BIBLIOTECA DE ESTUDIOS PASTORALES

**3.° Edición**

NUMERO 15

**LA RENOVACIÓN LA PARROQUIA**

**POR MEDIO DE LA LITURGIA**

**LITURGIA POPULAR**

POR EL

Dr. PIO PARSCH

Prior de la abadía de Klosterneuburg (Viena)

Introducción y versión española   
de   
DOM JESUS-MARIA DE SASIA, O. S. B.

Monje de Estibaliz (Alava)

Nihil Obstat   
Dom JESUS DZ. DE TUESTA AGUIRRE, O. S. B.   
Censor

Imprimi potest   
Dom QUINTILIANUS TAJADURA, O. *S.* B.   
Prior Estabiliensis   
*Estibaliz, 14 februarii 1960*

Nihil Obstat   
IGNATIUS OÑATIBIA   
Censor

Imprimatur   
*Viaoriae, 27 februarii 1960***t** *FRANCISCOS, EPPUS. V ICTORIENSIS*

Número de Registro; 1888-57

|  |  |
| --- | --- |
| **Depósito Legal M 9077-1963** | **Gráficas Meri - Madrid** |

*PROLOGO A LA SEGUNDA EDICION*

*No ha sido poca la sensación que han producido en los medios donde se trabaja por la liturgia las orientaciones de Pius Parsch en cuanto las presentamos a los países de lengua española. Y han influido. Nos consta directamente por el elemento clerical que nos lo ha asegurado repetidas veces, y por el espíritu de muchos cursillos, artículos, guio­nes y otros escritos de tipo litúrgico. Esto acusa un avan­ce a favor del movimiento litúrgico.*

*Una sana inquietud se va apoderando hasta de los sec­tores tradicionalmente cerrados a la piedad objetiva, a la participación activa, al espíritu comunitario y a la pre­ponderancia de los valores litúrgicos. Y esto no es poco. Tampoco todo. Pero al menos para nosotros los benedic­tinos, para los que nos tocó sembrar en una época prácti­camente superada ---,”euntes ibant et flebant mittentes semina sua»--, es un grato síntoma esperanzador de que se va logrando, aunque lentamente, lo que hemos queri­do y afirmado siempre: que el movimiento litúrgico no es sólo cosa de la Orden benedictina, sino de todas las estructuras y terrenos de la Iglesia: de la Jerarquía y de los fieles, de los párrocos y sacristanes, de los seculares y re­gulares, de los bautizados y de los catecúmenos, de los ni­ños y de los mayores...*

*Tras esta solidaridad de todas las fuerzas y elementos de la Iglesia en el movimiento litúrgico se atisba ya, en días no muy lejanos, su triunfo total y definitivo.*

**EL TRADUCTOR.**

Priorato de Estíbaliz, 10 de febrero de 1960. En la fiesta de Santa Escolástica.

*INTRODUCCION*

*La figura de Pío Parsch llena toda una fase del moder­no movimiento litúrgico. Desde Dom Próspero Gueranger, iniciador de este movimiento, hasta las últimas elucubra­ciones teológicas de la Escuela Litúrgica de la abadía de María-Laach, se ha recorrido todo un complejo camino en el que se pueden distinguir perfectamente diversas etapas o fases, tendencias u orientaciones, y por el que han tenido la suerte de transitar grandes figuras del movimiento cató­lico contemporáneo.*

*Hoy día el camino antes apenas excavado se ha con­vertido en una amplísima avenida por la que avanza todo un ejército avasallador a la conquista del ideal más tras­cendental dentro del movimiento religioso de nuestro siglo: la renovación integral de la vida cristiana por medio de la liturgia.*

*El gran momento litúrgico que estamos viviendo de in­cipiente pero vigorosa fructificación ha sido el producto de una triple labor* histórica, teológica y pastoral. *Todos conocemos la colosal obra levantada por Dom Gueranger, Duchesne, Battifol, Dom Cabro!, Dom Leclercq, Dom Bau­mer, Bishop, Wilson, Dom Morin, etc., etc. Esta labor* histórica *de las instituciones litúrgicas, tónica de esta pri­mera fase sembradora de principios y de bases, se ha con­tinuado en gran extensión hasta nuestros días.*

*La nueva fase* teológica, *algo más remota de lo que se creyera por haber sido inaugurada ya por Dom Festugiere, Dom Marmión, etc., ha llegado a su máxima eclo­sión estos últimos años con el famoso Instituto Herwegen de la abadía renana de María-Laach. La figura cumbre de esta segunda fase es, sin género de duda, el malogrado Dom Odón Casel. El santo abad Herwegen fue el fundador*

**8** INTRODUCCIÓN

*y el maestro de la academia litúrgico-patrística y el gran propulsor de todo ese admirable movimiento litúrgico ale­mán. Dom Odón Casel fue el profundo teólogo de la sa­grada liturgia descubridor de la teoría del misterio del culto cristiano. Se trata, pues, de la etapa más importante de trascendencia y valor incalculables. Precisamente esta investigación y estudio de la teología del culto es lo que ha dado preponderancia y peso decisivos al movimiento litúrgico.*

*Y pasamos a la tercera fase:* la pastoral. *También esta labor tuvo una cuna y una sede: la abadía de Mont-César (Bélgica). La semilla la lanzó a los cuatro vientos en 1910 la revista fundada por Dom Lamben Beauduin* «Les ques­tions liturgiques et paroissiales» *y produjo el céntuplo... Mucho deben a este ilustre monje liturgista, teólogo y gran publicista, todos los movimientos litúrgicos-pastorales de las distintas naciones. Los Institutos Litúrgicos, los Cen­tros de Pastoral litúrgica, etc., son los más bellos frutos de aquella ya lejana labor de sementera secundada por las experiencias de pastores de almas y liturgistas como Che­vrot, Michoneau, Doncoeur, Morin, etc.*

*En esta fase pastoral se ha querido y se trabaja sin descanso por dar vida y actualidad a todo. Ya no se tolera un rito sin contenido ni una fórmula que resulte letra muerta. Todo ha de tener su sentido para todos, para el sacerdote, para el pueblo, para el niño. Se quiere hacer de la liturgia no sólo un culto sino además edificación de los fieles, formación cristiana y estímulo de santidad y de res­ponsabilidad. La pastoral litúrgica tiende a fundir dos po­los que hasta ahora venían repeliéndose mutuamente: la liturgia y el pueblo. Para la solución práctica y radical del problema se trabaja tanto en el terreno de la lengua vulgar como en el de la participación activa del pueblo en la li­turgia.*

*El paladín universalmente reconocido de esta nueva batalla que viene riñendo el movimiento litúrgico ha sido el Dr. Pío Parsch. Su obra puede decirse que casi llena esta etapa o fase del movimiento litúrgico, sobre todo en los últimos veinte años antes de su santa muerte.*

INTRODUCCIÓN 9

*Para presentar a todos los países de habla española la personalidad de esta eximia figura del movimiento litúrgico-pastoral y popular, vamos a dedicarle a continuación una pequeña reseña biográfica.*

*Pío Parsch nació en Neustift (Moravia) el 18 de mayo de 1884. Manifestó ya desde temprana edad predilección por el estado eclesiástico y una vez terminados sus cursos académicos en el colegio ingresó en los Canónigos Regu­lares de San Agustín, en Klosterneubourg, tan enraizados en el suelo austríaco, emitiendo sus votos religiosos el 28 de agosto de 1905, fiesta del gran Doctor de la Iglesia y Patriarca de los canónigos regulares, San Agustín. En sus años de formación eclesiástica sintió verdadera pasión por los estudios de sagrada Escritura, y por la liturgia. Orde­nado sacerdote sirvió como vicario auxiliar en la parroquia María-Treu, regentada por la comunidad de Klosterneu­bourg, donde ejerció su ministerio sacerdotal durante cua­tro años, doctorándose al mismo tiempo en sagrada teolo­gía. Fue destinado después por sus superiores a la cátedra de teología pastoral y a la formación de los jóvenes novicios a quienes explicó el Salterio y el Breviario. Declarada la guerra europea (1914) tuvo que incorporarse al ejército como capellán, cargo que ocupó hasta el fin de la guerra. En el otoño de 1918 ya estaba en su cabildo regular, reanu­dando inmediatamente sus tareas docentes anteriores. De estos años (1919-1921) data el comienzo de su enorme actividad pastoral bíblica y litúrgica en la capital de Aus­tria. El año 1922, exactamente el día de la Ascensión del Señor, reunía ya a la primera comunidad litúrgica popular en la famosa capilla de Santa Gertrudis. Desde ese histó­rico día el ideal de sus múltiples actividades fue volver a dar a la parroquia católica moderna el carácter comuni­tario y litúrgico de los primeros siglos cristianos. Para esto el Dr. Pío Parsch se dedicaba con todo ahinco al estudio de la palabra divina contenida en la sagrada Biblia y a las experiencias pastorales litúrgicas. Su gran labor fue más de experiencia que de gabinete... Esta labor de tanteo cons­tante y metódica fue cristalizando en su capilla de Santa Gertrudis con verdadero éxito y fruto espiritual para las*

*10 INTRODUCCIÓN*

*almas. El propio Parsch en su* Liturgische Erneuerung *nos describe con rasgos bien concretos y vivos la vida reli­giosa de esta comunidad y el marco de su actividad litúr­gica. «Tenemos una capilla propia rodeada de jardines, campos de juego, un salón de conferencias, ágapes y cam­bio de impresiones. Varios días a la semana nos reunimos para tener explicaciones litúrgicas, veladas bíblicas, canto, latín y sesión para los niños... Todos los días celebramos una misa coral cantada y con su homilía... Celebramos todos los tiempos y fiestas litúrgicas. De modo especial damos solemnidad al culto dominical. El altar, en la ca­pilla, lo tenemos orientado hacia el pueblo. La cruz ador­nada con gemas suspendida bajo arcos triunfales. Empeza­mos generalmente cantando la Hora de laudes... Los días de defunción de algún socio de la comunidad leemos los dípticos. Conforme al ideal primitivo cristiano celebramos la misa con la mayor participación posible por parte del pueblo «omnium circunstantium non genuflectentium...». Terminada la misa los domingos celebramos un desayuno común: el* ágape. *Cantamos entonces algunas partes del* Mandatum. *Resulta hermoso ver a la comunidad sentada y distribuida según su estado: arriba los hombres, al lado en una gran mesa los niños, abajo los jóvenes. Son muchas las veces que sumamos cien personas... No nos contenta­mos con hablar de liturgia; la vivimos. Hay muchos segla­res entre nosotros que rezan a diario gran parte del Oficio canónico y aun todo el breviario.»*

*La obra pastoral litúrgica la completó Parsch con toda una rica e interesante serie de publicaciones. Las primeras fueron traducciones de textos del misal y breviario con sus correspondientes aclaraciones y notas, etc. En 1923 inició su tan conocida obra «Anuario Litúrgico», refundida y ampliada después bajo el título de «El año del Señor», que cuenta hoy día con cientos de miles de ejemplares y que ha sido traducida a los principales idiomas europeos. Sus revistas* Bibel und Liturgie *(Biblia y liturgia),* Lebe mit der Kirche *(Vive con la Iglesia), etc., pueden figurar, juntamente con las que publican las abadías benedictinas*

**INTRODUCCIÓN 11**

*belgas, como las mejores revistas de liturgia pastoral en todo el mundo.*

*El objetivo primario de su obra pastoral fue la santa misa. Aparte de algunos opúsculos de experiencias de pri­mera hora que llegaron a la cifra de 15 millones en cuatro años, sus repetidos ensayos en torno a la participación de los fieles en la «gran acción sagrada» se concretaron por fin en los tres tipos de misas comunitarias:* Betsingmesse, Chormesse y Choralmesse *que, con ligeras variantes, co­rresponden, respectivamente, a nuestras* misas dialogadas. misas cantadas y solemnes *(con ministros).*

*Otro de los puntos pastorales que Parsch estudió con más acierto, fue la predicación litúrgica. Para facilitar a todos los sacerdotes con cura de almas la tarea de la pre­dicación litúrgica, emprendió la publicación de una biblio­teca de predicación titulada «Predicación litúrgica». Según su autor contaría con once tomos, conteniendo ciclos de homilías para todo el Año Litúrgico sobre las epístolas, sobre la liturgia de cada una de las misas, sobre el valor formativo del Año Litúrgico, etc. Esta magnífica colección de sermones, homilías, sermones de circunstancias, etc., constituye una valiosísima aportación a la teología kerigmática y, francamente, no creemos que exista otra más completa y práctica sobre la predicación litúrgica.*

*Añadamos, por otra parte, que la biblioteca popular de Pío Parsch de divulgación litúrgica contiene folletos sobre todas las consagraciones y bendiciones del Pontifical y Ri­tual romanos, que han sido repartidos por todos los países de lengua alemana con una profusión increíble.*

*El libro cuya versión presentamos a todos los países de lengua española, puede decirse que condensa toda la doctrina que sobre pastoral litúrgica estudió, ensayó, vivió e hizo vivir el piadoso canónigo regular agustiniano en sus casi veinticinco años de intenso apostolado litúrgico popu­lar. Se trata, pues, de una obra singular y quizás la mejor en su género. Es un trabajo de los más originales de Parsch* y *de un carácter experimental y popular muy pronunciado. Su mérito creemos que reside, sobre todo, no en haber abordado ampliamente el problema de la participación ac-*

**12 INTRODUCCIÓN**

*tiva del pueblo cristiano en la sagrada liturgia, sino en haberle dado aquí su respuesta práctica, concreta y opa-mista...*

*En todo este bello historial tejido día a día por Parsch con sus experiencias pastorales y litúrgicas hay muchísimas cosas aprovechables y aleccionadoras. Quizás no todo sea aplicable en todas las tierras que hablan el español... De­talles, soluciones y actitudes que en Austria o en Alemania han sido posibles, han caído bien y hasta se han impuesto, quizás no sean posibles ni convenientes en otros sectores... Pero, incluso en este caso, ese detalle, esa actitud o esa solución no dejará de tener grandísimo interés aun cuando no sea más que para ver cómo se trabaja y se trata de dar una solución práctica al problema de la liturgia pastoral. Mucho hay que admirar, aprender e imitar en este libro. Los países todos de lengua española —insistimos— tienen una gran tarea que realizar en la renovación total de la vida religiosa empleando este medio realmente providencial de la liturgia. En este libro que hemos traducido tienen esos países una meta, una lección y un tesoro de liturgia pastoral.*

*No nos resta más que expresar, en esta misma intro­ducción, nuestro cordial y reconocido agradecimiento al eximio liturgista el Dr. Pío Parsch y a su ilustrísimo cabil­do regular de Klosterneubourg por el rasgo que tuvo para con nosotros los monjes del Santuario de Santa María de Estíbaliz (Alava) al concedernos el permiso de traducción para todos los países de lengua española. Precisamente dos meses después de otorgarnos dicho permiso fallecía el fun­dador del Movimiento Litúrgico Popular en Austria el jue­ves 11 de marzo de 1954, a los setenta años de edad, cuarenta y nueve de vida religiosa y cuarenta y cinco de sacerdocio.*

*¡Descanse en la paz de Cristo tan celoso siervo de su Señor!*

**D. JESÚS-MARÍA DE SASIA.**

**Primera Parte**

**COMO LLEGUE HACERME LITURGISTA**

COMO LLEGUE A HACERME LITURGISTA   
POPULAR

El sentido y gusto litúrgicos son carismas que he reci­bido de Dios; de esto estoy firmemente convencido. Jamás Había oído yo hablar de liturgia, ni hube de ser influenciado por nadie. Esta es la pura verdad.

Mi infancia y juventud transcurrieron en medio de una familia amante de la religión, aunque sin practicarla en el sentido que tiene esta palabra hoy día. Tenía yo un tío cura y pasaba la mayor parte de mis vacaciones en su casa rectoral. Dentro de aquel ambiente comencé a gustar la vida sacerdotal y quizá también la liturgia. Los niños disponíamos en el desván de cierto rincón donde podíamos jugar «a los curas»; allí teníamos nuestro altar, nuestros objetos y ornamentos litúrgicos. Muchas veces dije yo allí misa y prediqué mis sermones... En la iglesia ayudaba ade­más a misa. Durante mis años de colegial tuve ocasión de entablar relaciones con sacerdotes y seminaristas teólo­gos, mas no recuerdo que me hablara alguno de ellos de la liturgia impulsándome a su cultivo. Hasta que ingresé en el monasterio no tuve conocimiento de la existencia del misal. El colegio, desde el punto de vista religioso, no me infundió muchos ánimos. En esa época no se conocían aún las Asociaciones y demás movimientos juveniles ca­tólicos, y por otra parte mis condiscípulos en su mayoría carecían de religión o eran indiferentes. Ellos me miraban como un ser aparte, pues sabían que deseaba consagrarme a Dios en el sacerdocio. A esto último me determiné y re­solví pasada ya mi infancia. Tanto mis padres como mis parientes no habían hecho sobre mí presión alguna, pero ya era cosa manifiesta en toda la familia que «Juan iba a ser religioso»

16 **DR. PÍO PARSCH**

Como en los colegios de mi patria sudete (Olmütz) los alemanes sólo eran una minoría, muchos estudiantes de lengua alemana entraban en las comunidades religiosas de la Baja-Austria, y, así, yo ingresé en la de los Canónigos Regulares de Klosterneuburg el 28 de agosto de 1904. Tampoco encontré allí un ambiente litúrgico notable ni el estudio de la liturgia se cultivaba de una manera extraor­dinaria. No obstante, mi primer contacto con los oficios litúrgicos me hizo gran impresión. Todavía recuerdo que, a los pocos días de ingresar en el monasterio, saqué de la biblioteca un comentario de los salmos, pues me resultaba insoportable el recitarlos en el coro sin entenderlos. Con esto me sentí inmediatamente inclinado al estudio del Bre­viario, inclinación que fue en aumento durante mis estu­dios de teología hasta el extremo de resolverme a escribir un comentario del breviario al ver que no existía ninguno en la literatura religiosa. También empecé a leer con asidui­dad la sagrada Biblia aficionándome enormemente a ella.

Aún pueden ilustrar mi interés por la liturgia ciertos sucesos que tuvieron lugar por aquel entonces. En 1905 publicó Herder la obra en cinco tomos de Dom Wolter *«Psallite sapienter»,* que comenta litúrgicamente el salterio; la fui adquiriendo por entregas y recuerdo que la devoraba con verdadera pasión.

Cuando me ordené de Presbítero, mi tío cura me ofre­ció cierta suma de dinero para comprarme una biblioteca como recuerdo de mi ordenación, pero en lugar del mueble adquirí la gran obra en quince tomos de Dom Gueranger *«L'Année Liturgique».* Mucho he leído y estudiado esta obra, siendo quizás ella la base de mis ulteriores trabajos litúrgicos.

Por esta época apareció el decreto de San Pío X refe­rente a la sagrada comunión. (He de hacer notar que mi nombre en religión de *Pío* lo recibí después de haber sido elegido ya Papa Pío X.) Me hice en seguida entusiasta propagandista de la comunión frecuente y diaria en mi convento, aunque no dejó de haber conflictos poco agra­dables con el P. Espiritual y con mis compañeros que no

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 17

acababan de comprender el porqué de esta innovación. ¡Cuántas veces los de la minoría teníamos que ir a comulgar en plena madrugada..! Al redactar los recuerdos de ordenación sacerdotal puse como texto en las estampas unafrase del decreto de Pío X sobre la sagrada comunión.

Recordando ahora todas estas cosas, descubro en ellas un indicio de mi sentido litúrgico.

Inmediatamente después de ordenado sacerdote me des­tinaron al ministerio, ejerciendo durante cuatro años el cargo de vicario auxiliar en la ciudad de Viena (parroquia de María Treu).

Durante todos estos años viví totalmente absorbido por el sagrado ministerio confesando al día durante horas en­teras, ocupándome de las Asociaciones, creando una nueva destinada a los estudiantes y haciendo mientras tanto el doctorado en teología. Mis aficiones litúrgicas quedaron relegadas al último lugar, siendo incapaz de señalar un solo hecho de interés litúrgico en estos cuatro primeros años *de* sacerdocio. La cura de almas me absorbía por completo. Al cabo de estos mis cuatro primeros años sacerdotales la obediencia me hizo volver al monasterio para encargarme o de la clase de Teología Pastoral o de las del Nuevo Testamento, según mi elección; opté por la de Teología Pastoral debido a mis preferencias por el ministerio. Simultáneamente hube de cooperar en la formación de los novicios. Con ocasión de esta nueva labor se despertó en mí de súbito la antigua predilección Por la sagrada liturgia. En las clases del noviciado me ocupé sobre todo del comentario de los Salmos y de la explicación del Breviario. Mas esta actividad no duró mu­cho porque al estallar la guerra europea tuve que ir al frente de capellán, incorporándome en mayo de 1915 al regimiento en el que permanecería hasta terminar la gue­rra. Esta época fue para mí una gran lección; al contacto con oficiales y soldados, adquirí un conocimiento real de lo que son los hombres, de su estado espiritual y sus problemas religiosos, y comprendí que necesitaban de **un** alimento espiritual más sólido que toda esa acaramelada Piedad subjetiva de antes de la guerra... De este modo el

**18 DR. PÍO PARSCH**

terreno se iba disponiendo para recibir las nuevas ideas que fluían de esas dos fuentes que son la Biblia y la Liturgia.

Mi contacto directo con la Biblia y con la Liturgia du­rante mi vida de trinchera fue así: Pasado el primer año de aquella guerra tan agitada, el regimiento se estacionó, en los Cárpatos para pasar allí el invierno y con esto pude disponer de mucho más tiempo libre que antes. Cierto día me vino este serio pensamiento: no conozco como debiera la vida de Nuestro Señor. Encargué, pues, me en­viaran un comentario de los Evangelios y me puse a estu­diar con verdadera pasión la vida de Jesucristo, lo cual me hizo compenetrarme con el Evangelio, dándome cuenta además de que tanto en el clero como en el pueblo existía un vacío respecto al conocimiento e inteligencia de la Sagrada Escritura.

Precisamente, cuando renacía en mí el amor al oficio divino y a los salmos, comenzó a regir el nuevo salterio semanal del Papa Pío X y empecé a hacer un comentario litúrgico explicando los salmos de las horas canónicas.

Más aún, celebraba yo la santa misa a los soldados. unas veces delante de todo el destacamento, delante de un grupo, o bien delante de los heridos del puesto de socorro. Me di cuenta de que no comprendían nada de la misa, y, por otra parte, habiendo visto en Galacia y en Bukovine cómo todos los fieles participaban activamente en los ofi­cios de rito griego, ideé un plan de participación activa en la liturgia, plan que sin embargo no llegó a madurar sino años más tarde.

Durante estos años de la guerra adopté la siguiente táctica: encargaba a otro sacerdote que celebrase la santa misa y mientras tanto iba yo explicándola a los soldados por medio de oraciones, de suerte que lo que andando el tiempo se llamó misa comunitaria ya había sido un hecho con los militares en el frente.

Tampoco dejaría de ejercer sobre mí su duradera in­fluencia el siguiente incidente: El último semestre de la guerra lo tuvo que pasar mi regimiento en Kiew, capital

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 19

de Ucrania. La abundancia de iglesias con sus cúpulas do­radas, la vida monástica y el culto solemnísimo *de* la vigilia pascual en esta Roma rusa me impresionaron fuer­temente. Por aquellos días vino a Kiew para visitar los campamentos el famoso etnólogo P. W. Schmidt, de San Gabriel, capellán también del ejército, con quien me pa­seaba por la ciudad enseñándole yo las iglesias y monas­terios. Por su parte, y con esta ocasión, me expuso su plan, consistente en editar después de la guerra unos fo- lletos con el común y propio de las misas de los domingos y fiestas, Porque según él los católicos no sabían lo que se realizaba y decía en las misas. Semejante cambio de impresiones sobre esta materia fue de gran trascendencia para mi futura evolución.

La terminación de la guerra me resultó fatal, pues quedé despojado de mis cosas, incluso del altar portátil con el que estaba tan encariñado y por añadidura de los sermones escritos que prediqué a los soldados y de mis fichas de liturgia. Para mediados del mes de noviembre ya estaba de vuelta, y no bien hube llegado a mi monas­terio, cuando tuve que emprender de nuevo las clases de teología pastoral y las de los novicios. Lo primero que hice con éstos fue darles unas conferencias sobre la vida de Jesucristo y una explicación del breviario en general y más particularmente del salterio semanal, llegando a comprobar que la hora que dedicábamos al estudio de la sagrada Biblia era la que más apreciaban los jóvenes. En estas clases les distribuía los textos evangélicos debiendo cada novicio examinar un evangelio y de este modo llega­mos a estudiar sinópticamente la vida de Jesús. Entonces comprobé que ésta contenía en sí misma un gran tesoro de vida para el elemento seglar.

Unos meses después de terminada la guerra, el Padre Schmidt vino a comunicarme que iba a realizar su plan, publicando los folletos sobre la santa misa, y, efectiva­mente, para la Pascua de 1919 salía ya su Primer fas- ciculo magníficamente presentado, de los que yo me hice propagandista. Aparecían todos los domingos y fiestas y se vendían en la puerta de los templos, mas, por desgracia,

20 **DR. PÍO PARSCH**

al no tener aún preparado el terreno, esta iniciativa no tuvo el merecido apoyo por parte del clero.

Entre tanto reanudaba yo mis lecciones bíblicas en Klosterneubourg. La Cuaresma de aquel año me encar­garon los sermones que se solían predicar en nuestra iglesia. En uno de ellos traté del conocimiento de la persona de Jesucristo y recalqué el triste hecho de nuestra ignorancia respecto a la figura de nuestro Redentor recomendando a los fieles la lectura de su vida. Después del ser­món se me acercó una señora rogándome le indicara una vida de Jesús. Me quedé perplejo al ver que no conocía ninguna a propósito y por esto me propuse inmediatamente dar una serie de conferencias sobre la vida de Jesucristo. Esto hizo su efecto en el pueblo. Unos decían, riéndose, que aquellas cosas de historia sagrada estaban bien en el catecismo y no en el púlpito; otros veían en esta inicia­tiva cierta inspiración protestante, pero con todo eso, mis conferencias bíblicas encontraron buen ambiente y las re­petí en los años siguientes. Más adelante volveré a hablar de estas conferencias bíblicas.

Todo un año estuve dando conferencias sobre este tema, llegándose a crear una asociación bíblica con más de cien componentes, que al año siguiente me sugirieron la idea de explicar también la santa misa. Esto último lo hice con un grupo, y bien pronto comprobé que era muy poco lo que los católicos conocían de ese acto principal de nuestra santa religión, por lo que me decidí a añadir a mi conferencia semanal sobre la Biblia otra sobre la santa misa. Expliqué durante un año su esencia y sus ritos, si bien no se redujo todo a simple teoría. Terminada la ex­plicación se me ocurrió montar un altar en el salón para hacer allí las mismas ceremonias de la misa, revestido con los ornamentos, mientras que uno leía las oraciones en lengua vulgar, y aunque aquello no era en realidad una misa, sin embargo de eso los asistentes lograron compren­der la misa con sus fórmulas y sus ritos. Sin embargo, después de este ejercicio, acerca del cual podría alguien opinar de distinto modo, me pregunté qué es lo que con-

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 21**

vendría hacer. ¿Iba a dejar otra vez a toda aquella gente abandonada a sí misma? Tenían sin duda a su disposición los fascículos de la misa de los domingos y un devociona­rio latino-alemán, pero esto no bastaba.

Oí por entonces hablar de una *misa recitata* que se celebraba en los centros de enseñanza y me determiné a hacer lo mismo con mi grupo el día de la Ascensión de 1922. El día anterior les reuní en Santa Gertrudis —capilla que resultaría después la cuna del movimiento litúrgico popular— y les expliqué las ceremonias y el sen­tido de la misa cantada (que llamábamos entonces misa litúrgica). Esto dio ocasión a que los espíritus se fueran definiendo: un buen número de católicos de espíritu sub­jetivo se separó de nuestro grupo. Esta misa cantada era aún muy primitiva: cantábamos en alemán el *Kyrie, Sanctus y Agnus* con unas melodías muy sencillas de estilo coral que nos había compuesto el profesor Goller. Todos los asistentes decían a coro unísono las respuestas, el *Gloria y el Credo;* en cambio las lecturas y las oraciones las decía el sacerdote. Hacíamos una ofrenda y hasta lle­gamos a suplir el beso de la paz con un apretón de manos. Esta fue, sin duda, la primera celebración de la misa con el espíritu de la liturgia popular en un país de lengua alemana, repetida después muchas veces y perfeccionada con el tiempo. Cada vez dábamos más importancia al can­to, teniendo ensayos todos los sábados.

Fuimos introduciendo mejoras en la misma misa y puede decirse que la «misa litúrgica» celebrada en Santa Gertrudis, es el fruto de diecisiete años de ensayos y fa­tigas. Mi actividad no abarcaba hasta aquel entonces más que el grupo de la comunidad bíblico-litúrgica de Kloster­neuburg, pero como mi monasterio se encontraba a las afueras de Viena, me esforzaba yo por trasplantar mis ideas en la capital donde el terreno estaba ya dispuesto para la renovación litúrgica y bíblica. En los medios estu­diantiles funcionaban por entonces las conferencias de li­turgia y se practicaba la misa dialogada; grande era tam­bién la afluencia del Pueblo a los sermones bíblicos que

22 **DR. PÍO PARSCH**

predicaba el R. P**.** Kronseder, S. **J.,** todo lo cual acusaba una renovación católica en Viena. Mis ideas litúrgicas encontraban su eco dentro de esa renovación. Aquellos años fueron para mí el comienzo de un auténtico trabajo mi­sionero litúrgico; en unas veinte iglesias de Viena empecé a organizar semanas litúrgicas con la explicación de la misa introduciendo, para terminar, la misa dialogada por todos los fieles, pero mientras que la mayor parte de las parroquias se contentaron con hacer un ensayo, la de Gersthof tomó muy a pecho el ideal litúrgico y la misa parroquial del domingo se convirtió en una misa dialogada. Durante todo un año di personalmente en dicha parroquia los sábados por la tarde una explicación de la misa dia­logada que celebrábamos al día siguiente. Quiero evocar esta circunstancia porque fue allí donde nació la idea de publicar los textos de la misa. Cuando daba mi explica­ción de la misa dominical, sentía la necesidad de poner en las manos de los oyentes y participantes un texto del que disponían muy pocos, y mandé imprimir un folletito de cuatro páginas con las partes variables de la misa, que no sólo servía de base para la explicación de la misa, sino también para dialogarla. Las cuatro páginas se transfor­maron en seguida en un folleto de ocho a dieciséis pá­ginas, con el común y el propio de la misa. Con esto habíase hecho ya una importante aportación para la com­prensión de la liturgia entre los fieles. El folleto en cues­tión llegó a repartirse en años sucesivos con una profusión de millones de ejemplares, convirtiéndose en uno de los pilares del apostolado litúrgico.

SEGUNDA PARTE

SENTIDO Y ESPIRITU DE LA RENOVACION LITURGICA POPULAR

CAPITULO I

A PROPOSITO DEL CONCEPTO DE LITURGIA

No es mi intención dar una definición científica de la palabra LITURGIA; esto pertenece a los teorizantes y a los científicos. Describiré e interpretaré solamente mis ideas sobre liturgia y lo que quiero hacer resaltar de entre ellas.

I. Y comienzo tratando de explicar la palabra *liturgia.* Liturgia son dos palabras griegas: leiton ergon, que significan obra pública, oficio público al servicio del estado. Ateniéndonos a su etimología podría traducirse por empleo público. Esta palabra se encuentra ya en el griego clásico con el sentido de compromiso civil, y de ahí que se llamara liturgia a ciertos compromisos por los que los ciudadanos atenienses debían construir naves o caminos; también se denominaba así a los espectáculos públicos, como, por ejemplo, a los juegos olímpicos y a otras fiestas de cierta importancia. Mas, en los idiomas paganos, se empezó ya a aplicar a las ceremonias que tenían lugar en los templos y a las fórmulas rituales que se decían durante la celebración de los sacrificios. El judaísmo y el cristia­nismo adoptaron la palabra *liturgia* con este último sen­tido, empleándola para indicar su culto oficial. Por eso *liturgia* en el antiguo Testamento era el ministerio del altar y el de todo el templo, y más propiamente los sacrificios ofrecidos por los sacerdotes. Para los cristianos, la *liturgia* es el sacrificio único de Jesucristo en la cruz y desde el momento en que tuvo lugar ese sacrificio, la *liturgia* es

para nosotros el culto público que la Iglesia tributa a Dios.

La Iglesia oriental ha ido restringiendo cada vez más el uso de esta palabra y lo ha limitado al acto más subli­me que existe en la religión cristiana, es decir, al sacrificio de la misa, que ellos llaman «solemnidad de la divina liturgia». Aplican además este nombre de *liturgia a* los diversos ritos con que celebran la misa, como, por ejem­plo, «la liturgia de San Juan Crisóstomo», «la liturgia de San Basilio», etc. También los occidentales solemos dis­tinguir entre liturgia romana, griega, armenia, etc.

Basándonos en lo que acabamos de ver respecto al tér­mino *liturgia* pasemos a explicar ahora *el objeto* de la liturgia en sí misma.

La liturgia, hemos dicho, es el culto público de la Iglesia. La consecuencia inmediata de esta afirmación es que están equivocados los que creen que la liturgia es el conjunto de reglas y fórmulas establecidas por la Iglesia para el culto divino. No es lo mismo *liturgia* que *rúbricas.* Hay sacerdotes que al hablar de liturgia no se refieren sino a las rúbricas y como consecuencia desprecian la li­turgia. Cierto que la liturgia por ser culto público precisa de normas y reglas, que llamamos rúbricas, porque tratándose de una acción en que interviene toda una corpora­ción debe excluirse cualquier iniciativa personal. El hecho de que en un estado se requieran leyes, no da pie para afirmar que el estado es su misma legislación orgánica. De igual modo la liturgia está regulada por sus leyes, que son las rúbricas, pero la liturgia es una cosa y las rúbricas otra, o mejor, la liturgia es algo más que simples rúbricas.

Suele definirse la liturgia en las obras de carácter cien­tífico como *el culto oficial que se da a Dios en nombre y con la autoridad de la Iglesia.* Examinemos detenidamente esta definición. Los tres términos, *público, Iglesia* y *culto* requieren una explicación más detallada.

Representémonos los tres actos religiosos siguientes, que, aunque de distinta índole, nos ayudarán a explicar la palabra *público.*

1. Con el fin de hacer una visita al Santísimo Sacramento, uno de los fieles de la parroquia entra en el templo **y** se arrodilla delante del sagrario.

No puede negarse que esta acción es un acto de culto **y** hasta una oración agradable a Dios, pues precisamente nuestro Señor dice en el Evangelio: «Cuando oréis entrad en vuestro aposento y orad a vuestro Padre en secreto, y El, que ve en lo escondido, os recompensará» (S. Mateo,

Se trata, pues, aquí de *una oración privada,* de un culto privado, pero no de un culto litúrgico.

1. Supongamos ahora que es la noche de 31 de di­ciembre, fiesta de San Silvestre, y que los fieles se reúnen en la iglesia parroquial al toque de las campanas para celebrar la Noche Vieja. Entre todos los que se han re­unido en la iglesia se cuentan cientos de personas que durante aquel acto religioso interpretan al unísono diver­sas piezas de música religiosa.

¿Cuál es la categoría de este culto? Sin duda, esos fieles en esta ocasión han realizado una acción laudable y legítima bendecida Por nuestro Señor: «Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en este mundo para pedir cualquier cosa a mi Padre se la concederá» (S. Mateo, XVIII, 19).

Tenemos aquí un acto que implica culto divino, pero aún no tenemos categoría de liturgia (podría llamarse así, a lomás, en un sentido muy amplio).

1. Un tercer caso: se celebra la misa de aurora en aiglesia de la más remota aldea con una asistencia mínima por parte de los fieles.

¿Qué culto es éste? Un culto litúrgico, una liturgia. ¿Cuál es la diferencia que especifica a cada uno de estos tres actos de culto, y por qué solamente tiene categoría de litúrgico el último? ¿Quién es el protagonista de estos tres actos de culto?, o, sencillamente, ¿quién es el que ora en cada uno de ellos?

En el primer caso, a) soy *yo;* en el segundo, b) *nosotros,* o sea, los fieles reunidos en el templo. Pero en el

tercer caso ya no es la persona del sacerdote que celebra la misa, ni la de cada asistente a ella, ni nosotros los fieles allí reunidos, sino que es la Iglesia entera la que ofrece ese culto. Sacerdote y fieles realizan sólo este acto de culto en nombre de la Iglesia y de ahí podemos colegir la sublimidad y dignidad de la oración litúrgica.

El valor de la oración privada está en proporción con el mérito o santidad del que la hace, y la oración de todo un pueblo no tiene más valor que el que puedan tener a los ojos de Dios los fieles que integran ese pueblo, pudiendo compensar la oración de unos cuantos justos toda la indignidad de los pecadores. En cambio la oración li­túrgica, al ir dirigida a Dios por la Iglesia, Esposa in­maculada de Cristo, nunca deja de tener valor. El sacer­dote y los fieles son los que oran por boca de la iglesia.

Con esto podemos ver lo que el culto litúrgico tiene de esencial: el individuo en tanto será capaz de realizar una acción litúrgica en cuanto sea miembro de la Iglesia y se le considere como tal.

De todo lo dicho, fácilmente se echa de ver que en el culto litúrgico no es el sacerdote el único que actúa, aunque por desgracia se formara en los últimos siglos la opinión de que la liturgia era sólo incumbencia de los sacerdotes. Debido a esta opinión, la liturgia se ha hecho cada vez más extraña a los fieles. Sin duda no puede haber liturgia ni en la misa ni en los sacramentos si no es por el ministerio del sacerdote, pero, no obstante eso, todos los bautizados están capacitados para realizar un acto li­túrgico en el pleno sentido de la palabra. Por tanto, el culto litúrgico es, rigurosamente hablando, algo que per­tenece al mismo pueblo, como claramente queda indicado en la etimología de la palabra liturgia, *leiton ergon,* acción pública, es decir, aquí en nuestro caso, la acción de toda la Iglesia.

Quiero poner de relieve la palabra *acción* porque es frecuente la creencia de que la liturgia se reduce toda ella a una oración y estamos habituados a referirnos solamente a la oración cuando hablamos de los divinos oficios. Y

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 29

no; la liturgia tanto tiene de acción, de realización y de ejecución como de oración, fórmula e idea. Los modernos estamos intelectualizados por completo; en cambio los de la primitiva Iglesia, cuyo espíritu perdura en la liturgia, no daban, como nosotros, tanta importancia a lo que la liturgia puede tener de ideas y de diálogo cuanto a lo que tiene de acción y de realización.

De todo lo dicho hasta aquí se desprenden tres cosas: 1) que la liturgia es el culto oficial de la Iglesia; 2) que todo fiel cristiano es capaz de tomar parte en la liturgia, **y 3)** que la liturgia es un servicio en su sentido más lato, una oración y una acción.

Sin embargo el término *acción del culto* no abarca todo el concepto de la liturgia, pues sería falso afirmar que la liturgia es cuestión en la que interviene exclusivamente el elemento o la parte humana constituida por la Iglesia que da su culto a Dios. La liturgia supone además por parte de Dios una actuación con respecto al hombre. Un examen de la palabra *ekklesia,* iglesia, nos dará luz sobre esta cuestión.

La Iglesia no es una vulgar organización externa como cualquier otra corporación; es un organismo vivo. La Sa­grada Escritura nos presenta dos figuras muy aptas para comprender la esencia de la Iglesia. La primera nos la describe el mismo Jesucristo en su discurso de despedida antes de la Pasión: «Yo soy la vid y vosotros los sarmien­tos. El que permanece en Mí y Yo en él, da mucho fruto, pues sin Mí nada podéis hacer. Si alguno no permanece *en* Mí se le arrojará fuera como el sarmiento, y se secará» (S. Juan, XV, 5).

La segunda es la figura preferida por San Pablo: la Iglesia es el cuerpo místico de Cristo, y Cristo es su ca­beza.

Lo común en estas dos finuras es el organismo vivo;

Los miembros de ese cuerpo místico y los sarmientos de esa cepa se vivifican y alimentan por estar adheridos a la fuente de donde procede su vida. Da la cepa la savia se comunican a los sarmientos haciéndolos reverdecer y dándoles

doles fecundidad; la sangre que sale del corazón circula luego por cada miembro del cuerpo manteniéndolo sano y con vida; mas cuando se amputan los miembros del cuerpo o se separan los sarmientos de su cepa, tanto unos como otros, perecerán.

Estas dos figuras nos dan ya una idea exacta de lo que es la vida de la Iglesia. La fuente de esta vida es Cristo —sin El el cuerpo y el sarmiento mueren—. La Iglesia es el organismo vivo donde actúa la vida, donde hay espíritu, y por donde pasa la savia. El cristiano en particular, es miembro de este organismo y sólo puede acrecentar su vida mientras permanezca en unión vivifi­cante con el cuerpo.

Si aplicamos estas ideas a la liturgia quedarán aún más diáfanas: la liturgia es la respiración del cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia; es también la sangre que circula por ese cuerpo y es la savia que fluye de la cepa a los sarmientos. La liturgia es pues, la manifestación de la vida de ese organismo que es la Iglesia. Una vez comprendido todo esto, podemos ahora darnos una idea de lo que aven­taja la oración litúrgica a la privada y a la de todo un pueblo. En la oración litúrgica cada miembro colabora en el bien común del cuerpo místico, y, de una manera indi­recta, en el bien propio.

Pero estas dos figuras que nos describen la vida de la Iglesia nos demuestran precisamente que la definición *«li­turgia es el culto oficial de la Iglesia»,* no es, ni mucho menos, exhaustiva. En la liturgia hay dos aspectos, uno divino y otro humano. La humanidad recapitulada en la Iglesia da su culto a Dios por medio de la liturgia, y Dios también por su medio hace que los miembros y los sar­mientos reciban la savia de sus gracias.

El servicio ejecutado en honor del Rey Divino es el aspecto humano de la liturgia. En toda sociedad existen reglas de cortesía; la corte tiene las suyas de etiqueta; los palacios de los reyes tienen su protocolo, y aunque un emperador podría desde luego conceder audiencia a un aldeano que se presentase en traje de faena, sería esto

excepcional, puesto que la regla en estas ocasiones la de- termina el ceremonial cortesano.

• También la Iglesia nuestra Madre nos enseña a servir a Dios en su corte que es el templo y ella misma lo prac­tica en su nombre. La liturgia a su vez nos enseña *el culto determinado por Dios.*

En el aspecto divino la liturgia es una acción de Dios, es el desbordamiento de sus gracias, la actividad redentora de Cristo, la continuación, digámoslo así, de la redención del Señor.

Por consiguiente, la liturgia viene a ser el medio por *el* cual el hombre se relaciona con su Dios. Por la liturgia rinde la creatura a Dios su más profunda adoración, por ser la Iglesia la que enseña a servir a Dios en la liturgia **de** la mejor manera de que el cristiano es capaz. Dios, por su parte, se abaja hasta el hombre para santificarle, reali­zándose en la liturgia aquello que los ángeles cantaban en Belén: *«Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres».* La Iglesia hace que los hombres demos a Dios el culto debido, y nosotros recibimos la paz de Cristo, que no es otra cosa que el beneficio de su reden­ción. Por lo tanto la liturgia es el acto por el que se rela­cionan y comunican Dios y el hombre. En este divino in­tercambio Jesucristo hace de intermediario, rinde a Dios, corno cabeza de la gran familia humana, el honor y la adoración más perfectos y distribuye todas las gracias que se derraman sobre los miembros de su cuerpo místico. El santo sacrificio de la misa, centro de toda liturgia, es la acción donde se patentiza esa espiritual comunicación. La liturgia hace que el cuerpo místico de la Iglesia ad­quiera más vida, se dilate y nutra en su caminar hacia la santidad, y de ahí que sea la máxima expresión de la vida de la Iglesia, su faz y su palabra, su sentir, su pensar y su obrar. Es, exactamente, el principio formal de la Iglesia.

II. Examinemos ahora *los constituyentes* de la litur­gia y enumeremos *sus Partes* principales.

*1. Símbolos.* Muchas son las cosas visibles, palpa-

bles y audibles de que la Iglesia se sirve como de instrumentos en la liturgia, tales como el tiempo, el lugar, la acción y los objetos.

Siendo Dios y la gracia (principales objetos de la liturgia) entes sobrenaturales e invisibles, la Iglesia ha de valerse de lo natural y visible para plasmar con figuras y signos lo sobrenatural. Los signos sacramentales y el simbolismo son el ambiente de la liturgia. (Todo sacramento es, a su vez, un símbolo, un signo visible, tras el que se encierra la realidad invisible de la gracia.) Si al entrar en el templo observamos y escuchamos y queremos penetrar el misterio litúrgico, se presentará entonces a nuestra vista todo un mundo de símbolos sagrados. Nos quedaremos absortos como niños. Y si nos proponemos descifrar todos esos signos sagrados, símbolos, acciones y objetos, si nos preguntamos el significado de las genuflexiones, de las per­signaciones, del agua bendita, de lo que significa el altar, las pilas bautismales, las campanas, lo que representa el edificio de la Iglesia, y si examinamos las ceremonias, todo esto nos resultará no un confusionismo sin contenido y sin consistencia sino un mundo lleno de sentido y de vida. En este caso podremos aplicarnos también las palabras de nuestro Señor: «Se nos ha concedido la gracia de com­prender los misterios del reino de Dios, pero a los de­más se les ha anunciado con parábolas; éstos verán y no entenderán».

2. *La santa misa.* La misa es la liturgia por exce­lencia, puesto que ella posee de la manera más perfecta los dos aspectos de la liturgia de que hemos hablado: es el acto de culto más sublime que la Iglesia da a Dios por medio de Jesucristo su cabeza, y en ella a la vez actúa la obra redentora y perenne de Jesucristo; es la reproducción de la redención de Cristo y es, al mismo tiempo, nuestra muerte y resurrección con Cristo.

Por eso, la magna tarea del movimiento litúrgico *es* volver a hacer de la misa el centro de la vida religiosa. Esto, como todos sabemos, no es aún una realidad, pero

nos daríamos por satisfechos si con esta nuestra labor de apostolado litúrgico lográramos ilustrar y renovar los es­píritus en este sentido. Volveremos a tratar este punto con más detención.

1. *El misal.* La participación en la liturgia nos obliga a hablar del libro litúrgico más importante. El misal es de pura necesidad para el que quiera gustar las bellezas de la liturgia y debe ser para todo cristiano un libro de una importancia vital. No es fácil, con todo, romper su dura corteza: sus oraciones nos resultan lapidarias y austeras, y cuando se le empieza a usar no suele provocar ningún afecto; hay en él además otras muchas cosas que nos parecen verdaderos enigmas, todo lo cual ha sido para más de uno la piedra de escándalo... Para eliminar seme­jantes dificultades el movimiento litúrgico quiere tender su mano bondadosa y eficaz.
2. *El Año Litúrgico.* Hemos llegado a otro terreno: el año litúrgico. Hay que vivir de nuevo el ritmo del año litúrgico, de ese tiempo sagrado encuadrado en el mundo de la gracia y en los misterios de la liturgia. ¿No era esto un hecho antiguamente cuando toda la vida del cris­tiano se desarrollaba bajo la influencia del ciclo litúrgico?
3. *La santificación de la vida.* La Iglesia conduce a los fieles a través de la vida con su mano pródiga en gracias. En todos los momentos trascendentales de nuestra existencia allí está Ella para bendecir, santificar y purifi­car. Aun en los pormenores más insignificantes de nuestra vida cotidiana derrama sus bendiciones por medio de los sacramentales. Así santifica la Iglesia toda nuestra vida cristiana.

En este aspecto tiene amplio campo que trabajar el movimiento litúrgico hasta llegar a vivificar los sectores más abandonados de la sociedad por medio de estas ben­diciones litúrgicas. Las familias, por su parte, han de compenetrarse con esta vida de la Iglesia por medio del ciclo litúrgico.

1. *El breviario.* Es otro libro de que dispone la Igle­sia, y que, como el misal, nos introduce en los misterios de la liturgia.

Hasta ahora al breviario le ha tocado hacer el papel de «cenicienta» porque no obstante su gran valor, apenas si ha sido apreciado por el clero y conocido siquiera entre los fieles. En cambio el movimiento litúrgico proclama que el breviario es el devocionario universal de los cristianos, Para esto habría que empezar por presentar a los seglares sus partes más bellas y asequibles para que así fueran entrando insensiblemente en su espíritu, ya que sin una iniciación el breviario sería para ellos un mundo aparte, La experiencia nos demuestra claramente que los seglares, al menos los selectos y de mejor espíritu, prefieren valerse de las horas canónicas y adaptar a ellas su vida de oración.

1. *La Biblia.* La sagrada Biblia tan olvidada Por los católicos es el tercer libro sobre el que reclama nuestro interés el movimiento litúrgico. La liturgia se sirve casi exclusivamente de las palabras de la Sagrada Escritura, y hasta puede afirmarse que cuando la Iglesia se dirige a Dios en la liturgia, Dios está oyendo constantemente sus propias palabras.

Todos los días nos presenta la liturgia una lectura bí­blica, y cuando los cristianos lean con asiduidad la divina palabra nos granjearemos grandes bendiciones del cielo.

1. *Piedad litúrgica.* Este punto que vamos ahora a tocar tiene su importancia. Ya se ha dicho que la liturgia es la más íntima manifestación de la vida de la Iglesia, y por eso la liturgia nos da a conocer también la piedad de la Iglesia o aquella forma de devoción peculiar suya.

Al irse alejando los fieles de la piedad litúrgica siglo tras siglo, dejaron de participar en los cultos sagrados y con esto se fueron olvidando también de la piedad litúr­gica acomodándose a esa otra piedad tan distinta en mu­chos aspectos de la antigua, y que, como subjetiva hace

del individuo su centro, convirtiéndose por ende en una forma de piedad muy sentimental...

Con un conocimiento más a fondo de la liturgia vol­veremos a la piedad tradicional de la Iglesia, piedad cor­porativa, teocéntrica en lugar de egocéntrica, piedad sobre­natural basada más en la gracia que en la ley y en el temor del pecado.

Para muchas personas difícilmente llegará a ser un hecho esta transformación, porque siempre ha de haber di­ferencia entre los fieles que siguen la piedad litúrgica y los que practican la piedad subjetiva individual. Esta pie­dad litúrgica viene siendo también objeto de no pocas polémicas y es la razón principal de por qué muchos cris­tianos no llegan a comprender la liturgia (porque se opone a su género de piedad). Aunque estemos de acuerdo en que la piedad en la que se nos ha educado es ciertamente buena, deberíamos reconocer que *la de la Iglesia,* tal cual nos la enseña la liturgia, *es la mejor y la que más nos une a Cristo.*

Esto es la liturgia. Es todo un gran campo de acción que se extiende ante nuestra vista. Muchos han sido los siglos en que ha estado oculta y olvidada por los mismos cristianos. Nosotros, los cristianos de hoy, que la hemos descubierto nuevamente queremos apropiárnosla. Si nos resulta algo anacrónico el uso de la palabra liturgia —so­bre todo para el pueblo— digamos que es lo mismo que *vivir y sacrificar con la iglesia,* y con esto está dicho todo, y esto es lo que queremos poner por obra con todo entu­siasmo.

III. Hasta aquí no hemos tratado más que de la litur­gia en general, pero ahora lo haremos refiriéndonos a *la liturgia puesta al servicio de los fieles.*

El concepto de liturgia popular ha de proceder lógica­mente del mismo de liturgia. Efectivamente, hemos visto que la liturgia es algo que atañe a la Iglesia entera, tanto a los sacerdotes como a los fieles. A la jerarquía eclesiás­tica se le ha encomendado el papel de embajadora en

toda laliturgia. Al ser los sacerdotes los ministros y dis­pensadores de los sacramentos, una gran parte de la litur­gia la han de realizar los que están consagrados sacer­dotes. El sacerdote católico, en virtud del carácter sacra­mental recibido en su ordenación queda capacitado para ofrecer el santo sacrificio y para administrar los sacra­mentos en nombre del mismo Jesucristo, único sacerdote que en realidad existe en la Iglesia, pero que ejerce su sacerdocio por medio de sus representantes los sacerdotes.

Es esta doctrina tan evidente que entre nosotros los católicos no existe respecto de ella género alguno de duda. A este propósito nos declaramos anticipadamente contra toda acusación que pretenda de cualquier modo defender que la liturgia popular rebaja o hace sombra a esa doc­trina.

Pero, por otra parte, estoy plenamente convencido de que en la Iglesia la liturgia no está exclusivamente reser­vada al sacerdote. Ciertamente que han existido épocas dentro de la vida de la Iglesia en las que se ha favorecido esta mentalidad y en la que, consecuentemente, se fue excluyendo a los fieles de la participación activa en la liturgia. Fueron tristes épocas tan faltas de espíritu litúr­gico como de alimentación eucarística. Es triste, pero hay que reconocer que en toda la edad media y moderna, hasta Pío X, no se cultivó más que una liturgia sacerdotal que con frecuencia excluía a los fieles de su participación, sobre todo en la misa y en el oficio divino. Fue única­mente S. Pío X el que llamó la atención sobre la partici­pación activa del pueblo cristiano y reconoció de nuevo que todo cristiano tiene derecho a participar en la liturgia, y que el sacerdote, aunque sea el jefe litúrgico, no es el único que ha de beneficiarse de la liturgia.

He aquí el fin del *movimiento litúrgico popular:* pro­pagar ese derecho que tiene el pueblo a tomar parte *en* **la** liturgia.

Esta liturgia popular es, por supuesto, la misma que **la** de la Iglesia, pero la popular insiste especialmente en el deber y oficio de los fieles dentro del culto católico.

No se trata de una emancipación o revolución del pueblo contra el ministerio sacerdotal, sino solamente de volver a la primitiva colaboración de los sacerdotes y de los fieles en la celebración litúrgica como de hecho sucedía en los primeros siglos del cristianismo.

*La liturgia popular pretende delimitar con exactitud aquello que les toca realizar a los fieles en la acción litúr­gica, pero sin atribuirles más facultades de las que ya po­seen.* En este terreno el movimiento litúrgico popular, de­bido al gran abandono de que ha sido objeto esta parte de la liturgia después de tanto tiempo, debe ir procediendo con prudencia e investigando para su utilidad y provecho las posibilidades y límites de esa participación activa del pueblo en la liturgia.

No será preciso subrayar aquí que la liturgia popular hade prestar a la Iglesia con sus esfuerzos un gran ser­vicio, devolviéndola una armonía y un equilibrio que le hafaltado desde hace ya mucho tiempo.

**CAPÍTULO** II

PARTICIPACION ACTIVA DEL PUEBLO   
CRISTIANO

Una de las preocupaciones más importantes del movi­miento litúrgico es la participación activa de los fieles en la liturgia. Resulta curioso el ver que semejante cuestión no se la hayan planteado los líderes de la liturgia tradicional. Esto, sin embargo, tiene su explicación, porque los monjes benedictinos iniciadores del moderno movimiento litúrgico, lo orientaron ante todo a sus comunidades, sin pensar siquiera en introducir elementos seglares en su li­turgia, y aun esto por sistema; de ahí que en sus abadías los seglares participen de una manera pasiva con su asis­tencia al drama litúrgico.

El movimiento litúrgico popular de Klosterneubourg tiene el mérito dehaber afrontado seriamente el problema de la participación activa y de haber dado con una solu­ción práctica.

Para darnos perfecta cuenta de lo importante y urgente de esta cuestión, la investigaremos fijándonos en los puntos siguientes:

1. Estado actual del movimiento litúrgico en la Iglesia.
2. El ideal de la participación activa en la Iglesia primitiva.
3. Cómo desapareció la participación activa.

**40 DR. PIO PARSCH**

1. Esencia, contenido y extensión de la participación activa.
2. Bases dogmáticas y canónicas de la participación activa.
3. Lo que favorece y obstaculiza a la participación activa.

Antes de dar nuestra respuesta a todos y cada uno de estos puntos debemos advertir dos cosas. 1a Aunque tra­temos la cuestión en sus fundamentos no pretendemos enfocarla teológicamente sino más bien con miras a solu­ciones prácticas, porque de nada serviría hacer una mag­nífica exposición del asunto si no llegáramos a un resul­tado de orden práctico. 2.• Estando todavía el problema en plena experiencia, no es posible dar por ahora con su completa solución. Tenemos constantemente la ilusión de llegar un día al logro del ideal, pero también sabemos que sus medios presuponen soluciones parciales y hasta ver­daderas dificultades de tipo legislativo, pues, por una par­te, los fieles se han hecho a la pasividad en la liturgia y difícilmente se deciden a tomar parte activa en la misma, y, por otra parte, la reglamentación eclesiástica supone esas condiciones pasivas que se remontan nada menos que a la edad media.

*1. La situación actual.*

Comenzamos preguntándonos cómo toman parte los fieles hoy día en el sacrificio eucarístico. Al estar repre­sentados por los que ayudan a misa y por los cantores, no pueden naturalmente tomar parte activa por sí mismos en la liturgia de la misa. Y más: para mucha gente la manera de oir misa consiste en entregarse más o menos a su devoción o devociones particulares, prestando espo­rádicamente una atención vaga a lo que hace el Cura en el altar, que se manifiesta en levantarse al evangelio, en arrodillarse cuando oyen la campanilla y en Persignarse a la elevación y la comunión. No puede decirse que exista un conocimiento completo del desarrollo de la ceremonia

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 41**

de **la** misa, y son raros los que conocen las oraciones o fórmulas más usuales. La misa como tal, y por sus circunstancias, es para los fieles un libro cerrado con siete sellos, y la mayoría de ellos cumplen con el deber de santificar el día del Señor y las demás festividades asis­tiendo a una misa de la que no puede afirmarse que tomen mucha parte en ella. Por otra parte no es raro el ver que se suele aprovechar el momento de la misa para que los fieles recen el rosario con las letanías, canten letras a la virgen o se practiquen otros ejercicios totalmente ajenos al santo sacrificio, sin que falten autoridades eclesiásticas que sigan manteniendo y favoreciendo estos abusos. ¡El colmo de la antiparticipación en la misa para decirlo sin rodeos...!

De las tres clases de misas que se celebran, *solemnes, cantadas y rezadas,* creemos francamente que tampoco hay que afirmar que los cristianos participan en ellas de una manera real. En las misas *solemnes* el pueblo tiene muy poco que hacer debido a que la «Schola» es la encargada de cantar las partes fijas y las variables. Generalmente no se suele supeditar la parte musical al conjunto de la acción litúrgica del sacrificio y creen muchísimos que a la misa solemne sólo se va a cantar y a oir cantar... Por lo general el pueblo no entiende lo que se canta en el coro y en el altar. A pesar de todos estos inconvenientes la misa so­lemne podría considerarse como la misa propiamente li­túrgica, mientras que la misa rezada no es sino una sim­plificación de la solemne. Por lo demás no faltan casos en los que los cantores se atreven a suprimir el canto o recitado del propio de la misa contentándose con el ordi­nario y aun éste mutilado...

En las misas *cantadas* (sin ministros) la participación **del** pueblo es relativamente mayor: se canta en lengua vulgar durante algunas partes de la misa pero piezas cuyo texto es totalmente ajeno a la liturgia de la misma. Esta participación es de lo más rudimentario que se puede dar,

La misa *rezada* favorece enormemente las devociones privadas; cada cual reza aquello que se le antoja y lo

**42 DR. PÍO PARSCH**

que sabe. El que uno siga con su devocionario las oraciones de la misa es un mal menor, y en general será dificultoso el entender y asimilarse los textos, sobre todo del propio de la misa, excepto quizás el del santo evangelio. La participación por medio de la sagrada comunión no es un hecho más que en ciertas misas relativamente tempranas; en una palabra, el pueblo deja que el sacer­dote lo haga todo, y su participación se reduce a hacer acto de presencia con una atención parcial a las partes principales.

¿Cómo vive el pueblo la vida de la Iglesia? ¿Cómo toma parte en los misterios del Año Litúrgico, en los sa­cramentos y en los sacramentales? ¿Cómo aprecian los fieles su parroquia? Y si seguimos preguntándonos si el pueblo cristiano participa en la oración oficial de la Iglesia no podemos por menos de entristecernos al tener que res­ponder que se ha creado una devoción a su hechura con ejercicios de piedad practicados al margen, aunque para­lelamente, de la oración oficial de la Iglesia y que rara vez concuerdan con las oraciones litúrgicas.

No podría negarse que aún toma su parte en alguna de las fiestas, como en Navidad, la Candelaria, Miércoles de Ceniza, Domingo de Ramos y Semana Santa. Pero aun así, ¡qué poco comprenden los fieles de todo esto! Además su vida de piedad es muy rudimentaria; fijémonos, si no, en las bendiciones del Santísimo tan desiertas. Y ¿el santo Rosario? No puede admitir comparación con la riqueza de las oraciones litúrgicas. Observemos con cuidado tam­bién la manera de portarse la gente en los entierros y en los bautizos: no comprenden nada de su liturgia.

¿Podemos decir, por tanto, que los cristianos de nues­tros días viven una vida litúrgica cuando no conocen ni comprenden lo que se realiza en el culto que precisamente se ha instituido para su provecho y debe realizarse por su medio? Lo que sí podría afirmarse es que la liturgia de hoy es casi exclusiva de los sacerdotes. Los únicos casi que ofrecen o celebran realmente el sacrificio, oran y viven con la Iglesia, son los sacerdotes y los religiosos.

LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 43

2. *El ideal de la Iglesia primitiva.*

Volvamos ahora la mirada a la época en que la liturgia romana alcanzó su perfección clásica —siglos iv, v, vi y vii— y examinemos cómo participaba el pueblo en ella. Para esto reconstruyamos la liturgia de una misa de aquellos tiempos. Era ésta ante todo un verdadero drama, una acción sagrada en la que participaba toda la asamblea juntamente con el clero. No se concebía aún una misa de las que hoy llamamos rezada, en la que el celebrante es el único que lee todos los textos litúrgicos y esto sin nin­guna intervención por parte del pueblo. La lengua litúr­gica era la que todavía hablaba el pueblo, de suerte que los fieles captaban todo el desarrollo de la liturgia sacri­ficial. Durante la antemisa se oraba colectivamente, se cantaban salmos y se escuchaba la enseñanza de la divina palabra que era una verdadera predicación en el mejor sentido de la palabra. Cuando el clero entraba en el tem­plo y se dirigía hacia el altar formando una procesión, to­dos los asistentes cantaban la antífona y el salmo del Introito. Tanto las lecturas de la epístola y del Evangelio como la misma homilía, que formaba parte de la liturgia, se hacían en lengua vulgar e iban dirigidas realmente a los fieles. La procesión que precedía la lectura del santo Evan­gelio se solemnizaba con el canto del pueblo. Es decir, que la *antemisa* se celebraba con la intervención del pue­blo y para su provecho.

En el *ofertorio* tomaba también su parte el pueblo de una manera activa. El altar, situado en el centro de la igle­sia, estaba rodeado por toda la asamblea: los fieles por delante y el clero por detrás. Y aunque la acción de la ofrenda (ofertorio) era propia de los sacerdotes, se hacía en ella repetidas alusiones al pueblo y no se le dejaba de mencionar un solo momento.

La ofrenda solemne de la comunidad se celebraba con la intervención real y activa del pueblo en el desarrollo de la ceremonia del ofertorio. La fórmula eucarística, punto Culminante de la misa, se cantaba o recitaba en voz alta;

**44 *DR.*** PÍO PARSCH

había también otros momentos en los que intervenía toda la comunidad, por ejemplo, en el canto del *«Sanctus»* y en los *«Mementos».* Volvían a actuar de nuevo los fieles dándose el ósculo de paz y comulgando todos bajo las dos especies.

Este breve esbozo no da, por supuesto, una idea completa acerca de la participación activa del pueblo en la misa y por eso es necesario acentuar la hechura dramá­tica de la primitiva celebración de la misa que en realidad no era más que un auténtico drama sacro en el que no existían espectadores sino solamente actores. Este carácter dramático se manifestaba principalmente en las cuatro pro­cesiones cantadas e integradas únicamente por el pueblo: la de la ofrenda y la de la comunión, en las que respec- tivamente presentaban y recibían la sagrada hostia. Estas hostias de pan fermentado procedían de las casas de los fieles. En las otras dos procesiones de la entrada solemne del clero y santo Evangeliario el pueblo intervenía con sus cantos.

Se trataba, pues, de una real participación de los fieles en la *oración,* en el *canto,* en las *lecturas,* en el *ofertorio y* en la *comunión.*

Lo que acabamos de decir de la misa se podría decir también de su modo de *vivir* y de *orar con la Iglesia.* El pueblo cristiano conocía y cantaba los salmos y las demás piezas, y las horas canónicas eran las oraciones de todos los fieles. La *vigilia* (maitines) la celebraba todo el pueblo. Apenas si se conocía la oración privada o común que se apartase de la oficial de la Iglesia. Las fiestas del Año Litúrgico eran otros tantos dramas sacros en los que actua­ba el pueblo fiel; recordemos el grandioso drama de la Vigilia Pascual en el que tomaban parte de una manera especial los catecúmenos.

Este elemento dramático tan sugestivo y la compren­sión por parte del pueblo de la lengua latina constituían los medios esenciales de la participación activa en la litur­gia. La liturgia, pues, era realmente en aquellos siglos el «oficio del pueblo».

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 45

3. *La desaparición gradual de esta participación activa.*

¿Cómo es posible que todo este estado de cosas llegara a cambiar hasta convertirse en la situación actual? El tránsito paulatino de la participación activa a la pasividad total del pueblo en el culto litúrgico es el producto de una decadencia milenaria. En este fenómeno hay que dis­tinguir entre las causas íntimas y las señales externas. Las primeras las dejo para los sabios, pero creo que se hallan en la transformación intelectual que experimentó la huma­nidad al pasar de la edad antigua a la media. El individuo de la edad antigua poseía un gran sentido de colectividad y de lo objetivo, mientras que el sajón y el celta era más propenso a lo individual y subjetivo. Al pasar a los pue­blos sajones en los comienzos de la edad media la hege­monía de lo intelectual, se fue debilitando cada vez más el carácter activo de los fieles de aquella época; se iban dejando llevar de unas circunstancias y de un ambiente que dificultaban la actividad. Todo esto tiene más de sin­tomático que de causante de tal retroceso en la actividad.

El primer debilitamiento de este carácter activo de nuestros antiguos cristianos de rito romano fue efecto de la preponderancia que fue adquiriendo la «Schola Cantorum». Cuando cantores y fieles ejecutaban melodías sen­cillas, el pueblo podía asociarse plenamente a la sagrada liturgia, pero al ir refinándose la «Schola» cada vez más con la ejecución de melodías más complicadas empezó a sustituir con mayor frecuencia al pueblo y desde entonces éste se limitó a cantar las respuestas más cortas hasta llegar por fuerza de las circunstancias a encomendar a los cantores toda la parte musical. De esta suerte los fieles se vieron privados del importante papel de su participación como coro popular en el sagrado drama de la misa. La participación fue disminuyendo gradualmente y la liturgia dejó de ser lo que era antes: cosa del pueblo, como lo indica su nombre.

La lección que podemos sacar de este hecho no deja de tener su importancia porque nos enseña que no debe-

46 DR. PÍO PARSCH

mos dejar a la iniciativa de los coros y cantores la ejecución de los cantos durante los oficios litúrgicos.

Por esta misma época la jerarquía eclesiástica adquiere mayor conciencia de su dignidad y fue descartando a los fieles de su participación en la liturgia, actitud que manifestó sobre todo en aquella parte de la misa llamada Canon. Ciertamente la Iglesia primitiva dejaba reservada al sacerdote el acto decisivo de la consagración y nunca llegó a pronunciar el pueblo con el pontífice las fórmula, eucarísticas; pero esto no quiere decir que los que formaban la asamblea fueran simplemente unos atentos espectadores. Los asistentes todos tenían en aquellos momentos el carácter de testigos y por esta razón todo el canon decía en voz alta, incluso las mismas palabras de la Consagración. Al concluirse el Canon daban todos los fieles su asentimiento y manifestaban la comprensión de todo cantando un solemne «Amén».

Pero llega el siglo VII y con él la supresión en la Iglesia Romana del recitado del Canon en voz alta. Como liturgista popular debo acentuar lo fatal de semejante innovación. He aquí el comienzo de una corriente que poco a poco llegaría a hacer una labor nefasta. «Con esto se par fió por medio el lazo que unía al sacerdote con el pueblo en uno de los puntos más vitales de la liturgia; lo decisivo del sacrificio se convirtió en monopolio del sacerdote, y el pueblo quedóse con el papel de mero espectador pasivo Una vez que el pueblo quedó eliminado de su intervención en la gran oración del Canon, ¿por qué no restringir o suprimir por completo su participación embarazosa que retardaba la marcha de las ceremonias en las diversas partes de la misa, como por ejemplo al ofertorio? Bien podemos ver en esto un primer paso cargado de consecuencias. La ulterior evolución no hace más que evidenciar la lógica rigurosa con que se procedió hasta el fin en esta carrera» (KLAUSER). La misa se convirtió en una liturgia sacerdotal que excluía a los fieles.

Otro rudo golpe contra la participación activa de los fieles se efectuó en el momento en que los fieles dejaron

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 47**

de comprender la lengua litúrgica. Por eso ya no se daba la participación activa en aquellos pueblos que iban int­egrando la nueva religión sin recibir una instrucción completa y sin comprender aquella liturgia que se les presentaba en un idioma extraño.

La antemisa, instituida toda ella para la instrucción del pueblo, se redujo a una simple fórmula; los asistentes no entendían nada de aquellas lecturas litúrgicas y en las misas rezadas ni siquiera se leía en voz alta.

No puede negarse que la unidad de la lengua litúrgica tiene su importancia como lazo de unión de toda la Iglesia católica, pero también es cierto que ha sido una de las causas principales por las que el pueblo ha dejado de com­prender el culto y le ha privado de su participación activa. Reconozcamos lealmente que el participar en la liturgia de una manera activa haciendo uso de una lengua des­conocida es algo violento para la gran mayoría de los fieles.

El uso de una lengua extraña podría compensarse en ocasiones con el fervor religioso del pueblo, pero de hecho en la Edad Media se fue notando un enfriamiento de la vida religiosa tanto en los países latinos como en los sajo­nes. Los fieles comulgaban ya con menos regularidad; todas las ceremonias del culto se iban simplificando a me­dida que pasaban los años sin encontrar ya resonancia alguna en la vida pública. Ya no se veía aquella asistencia de tiempos atrás ni aquel interés por el culto que propor­cionaba tantos frutos a los fieles. Pronto, con la introduc­ción de las misas rezadas, perdieron su primacía las misas solemnes cantadas. Aquella liturgia que unía en una sola acción al clero y al pueblo se vió suplantada por una nueva liturgia exclusiva del clero y de los religiosos.

Como resultado de este estado de cosas, la piedad da un viraje: de la piedad tradicional litúrgica de la Iglesia universal se pasa a la individual y subjetiva de la Edad Media y con esto la participación activa de los fieles en la liturgia queda herida de muerte. Un símbolo bien grá­fico de semejante situación son los coros que se empeza-

**48 DR. PÍO PARSCII**

ron por entonces a instalar en las catedrales: estos coros eran verdaderos muros que se interponían entre el altar mayor y los fieles y que apenas permitían ver el altar; incluso en las partes delanteras de esos coros se colocaron altares con una cruz en su parte alta destinados al culto del pueblo. Las ceremonias se celebraban en el recinto del coro a puerta cerrada y a vista sólo del clero; el pueblo rezaba sus oraciones fuera del coro sin poder ver la litur­gia que se desarrollaba en el interior del coro. Tras esto siguiéronse numerosos cambios dentro de los sagrados re­cintos.

Otra señal de la cesación de la participación activa fue la separación y el cambio de dirección del altar. Hasta entonces el altar había estado en medio de la iglesia y no era otra cosa que una mesa vuelta hacia la asamblea, en torno a la cual se colocaban los fieles para celebrar los sagrados misterios como en una verdadera fiesta familiar. Este altar representaba a Cristo y detrás de él se levantaba el trono desde el cual presidía el obispo rodeado de sus ministros. Por delante del altar se solía poner la «Schola» formando como un lazo de unión entre el altar y la nave. Frente a los fieles, y a ambos lados, unos ambones con sendos atriles para las lecturas y los cantos. Pero con el empotre cada vez más pronunciado del altar en el muro oriental de la iglesia, el pontífice no tuvo más remedio que colocarse de espaldas al pueblo. Surge entonces entre el altar y la masa de los fieles el coro de los clérigos y con este muro de separación se va acentuando el distan­ciamiento. Queda separada igualmente del altar la cátedra destinada a la predicación y como consecuencia, culto y predicación se van haciendo cada día más incompatibles.

A su vez, el coro de los cantores se va distanciando más y más del altar hasta perder todo contacto con el mismo. Antes había estado junto al altar formando un todo orgánico con el ministerio del sacerdote y constitu­yendo un factor esencial dentro del drama litúrgico.

La misa había sido hasta entonces un verdadero drama sacro análogo a las antiguas tragedias y a las remotas

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 49**

celebraciones de los misterios paganos. En las tragedias de estilo clásico el coro debía secundar el desarrollo de la acción en muchas de las escenas, debía subrayar también lasacciones o palabras importantes de los primeros actores. expresar los sentimientos, las reflexiones y reacciones delos espectadores. Esto mismo era lo que hacían de modo análogo los cantores en los templos de la nueva religión cristiana facilitando así al pueblo su participación en la sagrada liturgia. Cuando el coro se encontraba junto al altar era**,** en la mayoría de los casos, el intérprete del pue­blo en su participación activa; pero cuando los cantores se distanciaron del altar cesó el contacto espiritual y sobre todo su unidad inmediata. Los actuales coros de las pa­rroquias y demás iglesias, tan faltos de sentido litúrgico, son el producto de la anterior decadencia. El divorcio en­tre el pueblo y la liturgia hizo que aquél llegara a olvidar su papel sacerdotal: en vez de mantenerse de pie durante la misa prefirió hincarse de rodillas. El estar de pie —pos­tura propia de los celebrantes— es hoy día algo incom­prensible y extraño para los cristianos, y aun esto en las misas solemnes delos domingos, y sin embargo la primi­tiva iglesia que tenía un gran sentido litúrgico lo conside­raba sumamente importante.

Todo esto puede ser la significación externa de la gran evolución intrínseca en la vida de la participación activa hasta llegar a la pasividad y silencio de los fieles durante suasistencia a las celebraciones sagradas.

Pero sería injusto el querer afirmar que en la Edad Media llegó a desaparecer por completo la vida litúrgica. Nada de eso. La liturgia tuvo y tiene aún hoy día una gran fuerza dramática. El pueblo de la Edad Media solía captar con placer este valor dramático y si no llegaba a compenetrarse totalmente con la realización del misterio litúrgico propiamente tal, entendía al menos los misterios o dramas que nacieron al calor de este espíritu litúrgico. La introducción de esta nueva costumbre provocó inme­diatamente la participación activa del pueblo en el culto litúrgico. De todos son conocidos los numerosos dramas

50 **DR. PÍO PARSCH**

litúrgicos de Pascua, Navidad, Reyes, Ramos y Pasión, etcétera, dramas populares de los que tendríamos mucho que aprender. Aparte de estos dramas sacros, la Edad Media ha influido aun en nuestros días dando variedad e introduciendo rasgos evocadores en nuestro culto. Al pue­blo, por ser como un niño, hay que proporcionarle todos aquellos medios que le recuerden las profundas verdades de la fe y la obra redentora de la Iglesia. A esto tendían estos dramas litúrgicos medievales, a mantener en los fieles el interés por la vida litúrgica y cierta participación activa y a sustituir lo que se había suprimido de los textos litúr­gicos, de los cantos de la misa y de las procesiones, con­servados desde tanto tiempo atrás, aunque por otra parte disminuyera la participación de los fieles en la misa hasta llegar a la pasividad actual.

Y, como si fuera poco, apareció otro enemigo que vino a poner fin a lo que aún restaba de participación activa popular en el sacrificio, en la oración y en la unidad de vida con la Iglesia. Fue éste el racionalismo del siglo xviii que arrancó, sobre todo de los sectores selectos, el sentido litúrgico, mal que padecemos aun hoy día. En el siglo xix se trató de reemplazar la piedad del pueblo con una espe­cie de sentimentalismo corruptor del gusto popular e insa­tisfecho con la concisión y austeridad de los textos litúr­gicos. Y aún seguimos así... La historia, sin embargo, nos ha de ilustrar ayudándonos a conocer la esencia, el con­tenido, el alcance, las dificultades y los medios de la participación activa.

4. *Naturaleza, alcance y contenido de la participación activa.*

Veamos en qué consiste la participación activa y cuál es el papel que el pueblo ha de cumplir dentro de la litur­gia. Para comprender todo esto con mayor claridad fijémonos en una obra dramática o en una ópera de carácter profano. Cabe distinguir en ellas una triple participación: la mera presencia, la participación pasiva y la participa­ción activa.

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 51

a) Pongamos como ejemplo uno de esos dramas u óperasque se representan en las grandes ciudades. Asiste allíun extranjero —un chino, por ejemplo— que no en­tiende una sola palabra de la lengua de este país. Aunque mira, apenas si puede seguir el proceso de la obra, y, desde luego, no llega a comprender absolutamente nada del diálogo. Por eso no sería raro que se pusiera a leer algún libro escrito en su lengua materna para pasar así el tiempo; quizá de cuando en cuando mira al escenario, sobre todo cuando la escena reclama su atención.

Tenemos aquí ciertamente una manera de participar enel espectáculo, pero una participación que no pasa de ser simple presencia o una mera asistencia.

1. Otro de los espectadores que asiste conoce ya la obra, su música y su texto: éste presencia el desenvolvi­miento de la obra con el vivo interés del gran público y del crítico. Manifiesta su participación, como la mayoría de los asistentes, aplaudiendo o exteriorizando su des­agrado.

¿Qué clase de participación es ésta? Ciertamente se trata ya en este caso de una participación más intensa, pero pasiva, auditiva y visual. Esta participación supone ya la inteligencia de la obra y puede alcanzar su máximo conocimiento si el espectador tiene un buen sentido artís­tico y una buena preparación, y si la ha visto ya repetidas veces. Con todo no deja de ser una participación pasiva puesto que ese espectador no toma parte en la acción misma de la obra.

1. El caso de los actores es muy distinto: toman parte completamente activa tanto en la representación como en **la** acción. Claro que no todos participan en la misma medida: los decoradores y cantores participan remotamen­te y, en cambio, los protagonistas de modo más especial **y** más intensamente.

Los tres ejemplos que acabamos de ver son muy apro­piados para enseñarnos la naturaleza y el contenido de la participación activa en la liturgia y además tienen mucha analogía con la participación litúrgica del pueblo.

52 **DR. PÍO PARSCH**

Con frecuencia los fieles se asemejan al espectador ex­tranjero: contemplan el drama sacro de una manera muy vaga y nada entienden de él. No es, pues, inverosímil que haya asistentes que durante la celebración del culto litúr­gico pasen el rato recurriendo a un devocionario escrito en su lengua materna...

No es ésta la participación que la liturgia quiere para el pueblo. Esto es evidente. Ni hay que pensar que tal manera de tomar parte en la liturgia sea el ideal como apli­cación recta y exacta de esa misma liturgia. Y sin embar­go hay que reconocer que por desgracia una gran mayoría de los fieles se contenta con esa participación pasiva de la mera presencia. Esto es justamente lo que sucede en esas misas de 11 y de 12, en las que el sacerdote lee la misa mientras los asistentes pasan las hojas del devociona­rio, rezan alguna oración y se persignan al oír tocar la campanilla. Y aun ni siquiera podría afirmarse esto, pues­to que los que disponen de un devocionario son una mino­ría y el resto lo que hace es aguardar a que se termine todo aquello... Dígase lo mismo de los asistentes a las misas solemnes y a las vísperas. No decimos con esto que no cumplan con lo que les impone la Iglesia, pero lo cierto es que su participación en la liturgia se reduce a presen­ciar y a «esperar», sin tomar la más mínima parte en esos actos de culto. Reconozcamos, pues, que la actitud actual de los católicos respecto a su participación litúrgica *es* una pura presencia que no responde al espíritu de la litur­gia. Se trata de una situación intolerable cuya solución ha abordado el movimiento litúrgico.

Sigamos indagando. ¿Participa realmente en la liturgia aquel espectador y oyente que la conoce y la comprende? La mayoría de los católicos se contentarían con esta par­ticipación intelectual, propia del cristiano espiritual y que se manifiesta en el silencio y en la pasividad. Y ojalá que esto fuera una realidad entre los católicos, que tomaran parte y comprendieran todas las manifestaciones de la li­turgia con verdadero espíritu y con toda su alma, como testigos interesados, como espectadores y oyentes. En este

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 53

aspecto el movimiento litúrgico tendría ya un terreno rico e importante para su actividad; sería cuestión de formar al pueblo más a fondo sobre la misa, el breviario, los sacramentos, el año litúrgico, etc.; habría que realizar un granapostolado por medio de la prensa para facilitar a losfieles textos asequibles, con buena impresión y buena presentación, para que comprendieran sin dificultad y si­guieran con atención las ceremonias litúrgicas. No es una quimera el hecho de que los fieles de hoy día asisten sin la ayuda de una traducción a los oficios litúrgicos que se dicen enteramente en latín. Todos los domingos y días festivos nos toca a los sacerdotes actuar en las ceremonias como unos seres extraños. Todavía queda mucho por ha­cer en el campo de la participación activa de los fieles que, al menos por ahora, se contentan con una mera pasividad. Y de hecho, muchas veces, los que nos dedi­camos a la formación y al ministerio litúrgico nos damos por satisfechos si logramos como fruto de nuestro tra­bajo esa clase de participación. Este grado de participa­ción pasiva es el que se propone conseguir al menos el movimiento litúrgico que dirigen los benedictinos en Ale­mania y en Austria, haciendo ahondar a los fieles en el espíritu y en los textos de la liturgia por medio de cursillos y conferencias, capacitándoles así para tomar parte en la liturgia de sus abadías como inteligentes y entusiastas oyentes. Estos monjes, con esta labor de formación litúr­gica, se han hecho acreedores de un gran mérito.

El movimiento litúrgico popular apunta más lejos. No nos contentamos con la participación pasiva, sino que re­clamamos para el pueblo fiel una participación *activa.* Nuestra liturgia católica, afirmamos, no es una liturgia pu­ramente sacerdotal, ni es un espectáculo que proporciona a los asistentes el sacerdote o el clero para que lo escuchen y admiren. El consejo *«Has de oír la misa con devoción»* no data precisamente de la mejor época litúrgica y su expresión es bien poco feliz. Los fieles deben tomar parte en la liturgia de la misa, en el sacrificio, deben orar con

54 **DR. Pío PARSCH**

la Iglesia, vivir con la Iglesia y colaborar en las activida­des litúrgicas de la Iglesia.

La liturgia en general y la misa en particular es un drama y sus actores son tanto los sacerdotes como los fieles. Cada cual, desde luego, tiene su papel especial: el sacerdote representa el papel principal, en cambio el pue­blo, otro de menor importancia cantando o uniéndose al coro. No temamos comparar la misa con un drama por­que hoy, después de tantos siglos, nos sugiera cierta idea profana y hasta pecaminosa cualquier término que encierre la idea de espectáculo. El que un espectáculo sea malo no *es* cosa que pertenezca a su esencia. La misa es en su sentido más digno un drama en el que se ejecuta no una simple representación, sino una acción real. Renuévase *en* la misa el sacrificio de Cristo en la Cruz y se desarrolla en ella ante nosotros la obra *de* la redención. La misma decoración es análoga a la de un espectáculo: el altar sobre un estrado, el protagonista con sus ornamentos ca­racterísticos, cantos, textos magníficos y diversos papeles. Se trata, pues, de un espectáculo que constituye toda una santa realidad y en el que toca al pueblo desempeñar realmente un cometido. El pontífice, o el sacerdote, son los que tienen la representación principal de Cristo, y luego, en jerarquía descendente, el diácono, el subdiácono. los cantores y los fieles. No pueden comprenderse entera­mente los antiguos formularios de la misa si no se tiene en cuenta este carácter dramático de la misa. En la epís­tola se nos presenta frecuentemente el santo de la fiesta o aquel en cuyo honor está consagrada la iglesia estacional. En el canto del *Alleluia* saludamos a Cristo que se va a presentar también ante nosotros en la lectura del evan­gelio. Suele ser frecuente además que el santo festejado o el de la iglesia estacional sea el que dirija la actuación litúrgica del pueblo.

El tipo de participación activa que desearíamos para el pueblo sería el de los actores de un drama, como el de la Pasión de Oberammergau.

Sin embargo debemos evitar aquella participación falsa

LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 55

y exagerada que pretendiera atribuir al pueblo el mismo papel que desempeña el sacerdote. Ese ha sido el desacierto de algunas misas dialogadas cuyos autores se han creído que todo lo que dice el sacerdote lo debe también recitar a coro toda la asamblea. Sería una cosa totalmente irre­gular e inorgánica el que todos los fieles dijeran en voz alta las oraciones del ofertorio y las del Canon. Los fieles ya tienen señalado su cometido y no tienen que apropiarse lo que es privativo del sacerdote. Tampoco el coro debe entorpecer el oficio predominante del sacerdote ejecutando piezas interminables... El sacerdote tiene en el culto litúrgico su oficio peculiar que no ha de sufrir de ningún modo menoscabo alguno con pretexto de la participación activa del pueblo. Los que hayan observado atentamente la misa de rito griego, comprobarán con qué delicadeza se mantiene esta diferencia entre el sacerdote y el pueblo y cómo durante la ceremonia todos los fieles toman su parte activa sin entrometerse en lo que es sólo propio del sacerdote.

Por otra parte no hay que temer que la dignidad sacer­dotal quede rebajada con la participación activa del pue­blo. Tal mentalidad no tiene fundamento alguno.

Ahora podemos ver claramente el alcance de la parti­cipación activa: el pueblo desempeña en el drama litúr­gico un papel determinado pero subordinado y semejante al de los iniciados presididos por los *mystagogos* durante la celebración de los antiguos misterios. Esta celebración era efectivamente un culto que los paganos celebraban en secreto y en el que los *mystos* o iniciados representaban escenas mitológicas bajo la dirección de los sacerdotes *(mystagogos).* Ateniéndonos a este símil tenemos que el sacerdote católico es el jefe de la reunión —el *mystagogo,* como se le denominaba en la primitiva Iglesia— bajo cuya dirección celebra el pueblo el drama sacro.

Este drama sacro es una acción sagrada y no sólo una oración o una meditación. Los fieles debían participar siempre en esta acción bajo la dirección de los *mystagogos.*

Los antiguos coros de la tragedia clásica no corres-

56 **DR. PÍO PARSCH**

ponden exactamente a lo que deben ser los coros de nuestros fieles. El oficio de aquéllos era el dar trabazón al drama, subrayar e interpretar, aunque el coro dejara de actuar, el drama conservaba su naturaleza, su fuerza y efecto. Del estudio de los orígenes, del florecimiento y del fin de la liturgia se desprende que el pueblo cristiano en las celebraciones sagradas no es solamente un coro: fijémonos si no en su participación en el ofertorio y en la comunión. Nuestro pueblo en la liturgia es también un verdadero actor. Su presencia no es algo simplemente tole­rado. Una liturgia realmente viva y que rinda su fruto normal supone la participación popular hasta tal punto que en nuestra liturgia actual muchos de sus puntos no tendrían sentido sin esa participación. Excluída ésa, mer­maría enormemente la eficacia de la liturgia pretendida por Jesucristo y su Iglesia. Sin duda nos iremos conven­ciendo y comprobaremos que la belleza de la liturgia reside en su carácter comunitario perfectamente organizado, con una participación activa de los fieles. El hecho cotidiano de que el pueblo esté representado por los cantores y por los monaguillos demuestra precisamente que los fieles son un elemento necesario en la liturgia y que realmente poseen con todo derecho su papel especial. Nuestra liturgia ro­mana no sólo presupone la presencia del pueblo sino ta­bién su participación activa y por eso hay que volver a cultivarla de nuevo.

Tal es nuestra pretensión. Ya hemos advertido que para lograr este ideal hay que ir despacio, educando pri­meramente a los fieles en el sentido litúrgico activo y orientándoles hacia él poco a poco. Estando además tan poco favorecida esta participación activa en la legislación y en la práctica eclesiásticas, se debe proceder con tiento y viendo experimentalmente lo que es factible en este tipo de participación. Con frecuencia sería cuestión de pasar por encima de los usos y tradiciones seculares, a lo cual muchas veces se suele oponer el pueblo y la misma auto­ridad eclesiástica. Nosotros, con todo, mantenemos el prin-

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 57

cipio indiscutible de la participación activa y queremos, con suave tenacidad, convertirlo en una realidad.

En los capítulos siguientes se irán tratando los detalles de la participación activa del pueblo.

*5. Bases dogmáticas, litúrgicas y canónicas de la par­ticipación activa.*

En el primer plano del movimiento litúrgico se en­cuentra el principio de la participación activa del pueblo. Trataremos ahora de fundamentar esta tesis dogmática, litúrgica y canónicamente.

a) La participación activa popular ¿tiene base dog­mática? Ciertamente, puesto que es una consecuencia del dogma del Cuerpo místico de Cristo, dogma sobre el que ha llamado la atención el Papa Pío XII en su encíclica «Mystici Corporis», del 29 de junio de 1943, así como sobre su dogma afín del sacerdocio universal.

Jesucristo se somete a una segunda encarnación, se rodea de un cuerpo y de numerosos miembros: este cuer­po es la Iglesia y los miembros son todos los que están en gracia de Dios. Cristo es la cabeza de este cuerpo mís­tico. Con los dos misterios principales de su vida, Muerte y Resurrección, hace que sus miembros mueran a la vida de la carne y los eleva haciéndolos partícipes de su dig­nidad y de su obra. Cristo es Sacerdote y Rey en el sentido más elevado de la palabra. Del mismo modo su Cuerpo místico, la Iglesia, es Pontífice y Reina. Los cris­tianos participamos de este *sacerdocio real.*

El sacerdote católico tiene un oficio esencialmente dis­tinto del sacerdote pagano. Entre los paganos era el único capacitado para ofrecer el sacrificio y para llegarse hasta la divinidad, y por eso los templos paganos carecían de ordinario de un lugar destinado al pueblo y sólo eran accesibles a los sacerdotes.

Muy distinto es el caso del sacerdote cristiano que es la representación y la figura visible del sacerdote divino Jesucristo, único Pontífice de la Iglesia y eterno Sacerdote según el orden de Melquisedec.

Todos los demás sacerdotes tienen su origen en este sumo Sacerdocio de Cristo y del que no son más que par­ticipantes. Cristo es el que administra los sacramentos v Cristo es también el que renueva en la misa el sacrificio que El ofreció en la cruz.

Ahora bien, este sacerdocio de Cristo lo ejerce la Igle­sia por medio de los sacerdotes que han recibido el sacra­mento del orden y por medio del sacerdocio universal de los fieles. No es sólo el sacerdote consagrado el que ofrece el sacrificio de la nueva Alianza; también Jesucristo el verdadero sacrificador hace que la Iglesia participe de este sacrificio por ministerio del sacerdote sacrificador, bajo cuya autoridad los fieles ofrecen real y verdaderamente el sacrificio del Nuevo Testamento. El sacerdocio univer­sal no es, pues, un simple título, sino que además supone deberes sacerdotales que pueden resumirse en esta idea general: la participación activa. Por tanto la condición del cristiano en el culto *es* esencialmente distinta de la del pagano. Si el pagano podía tomar parte en el sacrificio a lo sumo de una manera pasiva, el cristiano participa sa­cerdotalmente, o como decimos ahora, activamente. El sacerdote que ha recibido el sagrado orden, en cuanto consagrante, está muy por encima de los fieles, mas éstos le son totalmente iguales y tienen los mismos derechos que el sacerdote en lo restante de la liturgia. Fuera de la admi­nistración de los sacramentos y de la consagración euca­rística, actos en los que interviene como representante directo *de* Cristo, el sacerdote no tiene más privilegios que los fieles en la acción litúrgica.

En los primeros siglos, los cristianos hacían uso cons­ciente de su real sacerdocio y el principio fundamental litúrgico de la participación activa se remonta hasta aque­llos siglos. Efectivamente, el que los ministros consagrados adquirieran mayor conciencia de su propia dignidad y des­cartasen al pueblo del ejercicio *de* su sacerdocio colectivo, fue cosa de la Edad Media. Resultado inmediato en esta época fué la disminución del espíritu litúrgico y el aleja­miento del pueblo respecto del culto religioso.

59

Por tanto, el ejercicio del sacerdocio universal le compete al cristiano por razón de su participación activa en la liturgia, y si vuelve a ser una realidad este principio de la participación activa adquirirán nuestros fieles algo esen­cial de su nobleza cristiana.

Este sacerdocio universal se nos confiere a los cristianos por medio de los sacramentos del bautismo y de la confirmación. En el del bautismo, quisiera poner de re­lieve, sobre todo, la ceremonia inmediata al bautismo pro­piamente tal.

La unción con el santo crisma y la entrega del vestido blanco y del cirio. El santo crisma se emplea en la orde­nación de los Presbíteros y con su unción se confiere a los fieles recién bautizados una dignidad real, profética y sa­cerdotal según lo expresan las palabras del obispo en la consagración de los óleos, la mañana del Jueves Santo. Si el pueblo cristiano posee un *sacerdocio real* su unción con el óleo de la *dignidad real y sacerdotal* merece ciertamente toda nuestra atención. Solamente se hace uso del santo crisma en la administración de los tres sacramentos del bautismo, de la confirmación y de la consagración epis­copal. El santo crisma es el vehículo del Espíritu Santo.

También tiene su sentido sacerdotal la entrega que se hace después del bautismo del vestido blanco. Todos sa­bemos que entre los ornamentos litúrgicos del subdiácono, del diácono, del presbítero y del obispo existe una vesti­dura blanca. El que va a dedicarse de un modo especialísi­mo al ministerio litúrgico y queda incorporado al clero por la recepción de la primera tonsura, recibe también un or­namento blanco: el roquete. Esta veste blanca que los fie­les reciben y llevan litúrgicamente por primera vez des­pués del bautismo es, pues, semejante a la del sacerdote consagrado en la Iglesia. Las gracias y los deberes del sa­cerdocio universal ayudan a cumplir, más de lo que gene­ralmente se cree, el deseo que nos manifiesta la Iglesia de que esta vestidura sea llevada a través de la vida con ver­dadera inocencia. El cirio que se entrega encendido des­pués del bautismo puede considerarse como un arma pues‑

**60 DR. PÍO PARSCH**

ta al servicio sublime del sacerdocio universal. En nuestra religión cristiana la luz tiene varias finalidades y significa, dos. Su destino litúrgico y sacerdotal no es ciertamente el *de* menos importancia y supone, como las vestiduras, una íntima incorporación a Jesucristo, que por título y por na­turaleza, es el sacerdote consagrado eternamente y el Sumo Pontífice.

La historia de la liturgia, por su parte, corrobora esta doctrina: antiguamente los bautizados en la noche de Pas­cua recibían la unción del santo crisma al salir de las fuen­tes bautismales; recibían además la vestidura blanca y el cirio encendido para tomar parte desde entonces en el resto de la ceremonia *de* la Gran Vigilia. Durante toda la misa participaban de una manera activa y de modo especial *en* **la** misa de los fieles con la recepción de la Sagrada Euca­ristía. Su participación, pues, tenía lugar una vez que esta­ban ya armados y equipados sacerdotalmente (sacerdocio universal), y para esto tenían que recibir la unción del santo crisma, el vestido blanco y el cirio encendido. Aun desde el punto de vista exterior no habían estado capaci­tados todavía para el sacerdocio.

El sacramento de la Confirmación está aún más relacio­nado con el sacerdocio universal *de* los fieles. La confir­mación hay que situarla entre el bautismo y la ordenación sacerdotal; confiere, lo mismo que esos dos sacramentos, un carácter sacramental que media entre el del bautismo y el del orden. El carácter sacramental del bautismo nos incorpora al Cuerpo Místico de Cristo y produce la inhabitación del Espíritu Santo. El del orden incorpora **a** los sacerdotes a la Cabeza misma del Cuerpo Místico, haciéndoles portadores y dispensadores de las gracias del Espíri­tu Santo *(et cum spiritu tuo: y con el Espíritu que opera en ti).* En medio de estas dos clases de caracteres se en­cuentra el carácter sacramental de la confirmación. Viene a ser una especie de incorporación más íntima al Cuerpo Místico y una inhabitación más intensa del Espíritu Santo. La confirmación es un primer paso hacia la ordenación sacerdotal antes de las órdenes mayores y menores; y hasta

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 61**

podría decirse que la confirmación es la consagración pro­piamente dicha del sacerdocio universal de los fieles. Sin la confirmación no debería acercarse ningún cristiano a re­cibir la sagrada Comunión por ser ésta un acto sacerdotal. Por esta razón en la Iglesia primitiva, y actualmente entre los griegos, la confirmación se confiere inmediatamente des­pués del bautismo. El Código de Derecho Canónico parece favorecer esta interpretación al recomendar la recepción de la confirmación antes de la primera comunión.

De la doctrina de Santo Tomás de Aquino se despren­de que el carácter sacramental está relacionado con el sa­cerdocio y por ende con la participación activa, que supo­ne una acción sacerdotal: *«El carácter sacramental en los fieles es una participación en el sacerdocio de Cristo, quaedam participatio sacerdotii Christi in fidelibus eius».* «Cristo posee la plenitud del sacerdocio. Los fieles están en el mismo rango sacerdotal por haber recibido cierta parte de su poder sacerdotal en lo que se refiere a los sa­cramentos y al culto». (S. Theol, qu. 63, a. 2. 5.). En otros términos: los tres sacramentos que poseen carácter indeleble (bautismo, confirmación y orden) nos capacitan para una participación progresiva en el sacerdocio, que podría llamarse participación activa.

A mi juicio la doctrina del sacerdocio universal tiene un valor grandísimo. Su olvido y el de sus consecuencias prác­ticas (sobre todo después de Lutero) ha acarreado muchos daños a la Iglesia. El haberse apanado de esta doctrina ha favorecido ese cristianismo subjetivo y pietista nacido en la Edad Media y tan extendido por el Jansenismo; como fruto inmediato se fue concediendo en el cristianismo un favor amplísimo a lo subjetivo, gravitando la piedad de los fieles en torno a lo interior e individual, mientras que se iba sofocando todo lo que representaba cualquier acti­vidad litúrgica, comunitaria y «sacerdotal». Por otra parte, la Eucaristía se convirtió en un objeto de adoración ante el que se permanecía inactivo y, en el mejor de los casos, algo que había que recibir. La idea de sacrificio comuni­tario, lo que la sagrada Eucaristía tiene de sacerdotal, se

**62 DR. PÍO PARSCH**

debilitaba y languidecía por momentos. Hay que repetir. lo: la vigencia de la doctrina del sacerdocio universal con todas sus consecuencias prácticas y la participación activa según el espíritu y las disposiciones de la Iglesia son el *eje de* nuestra labor litúrgica.

1. Basándonos en la misma liturgia, no sería difícil demostrar que se supone en el pueblo una capacidad para tomar parte activa en esa misma liturgia. En los textos li­túrgicos esta idea queda expresada continuamente. Por ejemplo: el sacerdote invita al pueblo a intervenir por me­dio de los saludos litúrgicos. *«Dominus vobiscum», «Ore­mus», «Sursum corda», «Per omnia saecula saeculorum», «Orate fratres», «Ite missa est».* ¡Con qué frecuencia las oraciones de la misa nos hablan de la «familia», del «po­pulus tuus», de las «oblationes populi»! Son muchas las veces en las que la sagrada liturgia evoca y alude al pueblo como oferente del sacrificio. Recordemos solamente las dos oraciones del Canon «Hanc igitur oblationem», y la de «Unde et memores»: en la primera se alude expresamente a la oblación del sacerdote y a la del pueblo en aquellas palabras que siguen: «sed et cunctae familiae tuae»; en la segunda, de igual modo, se cita al pueblo como actuante en la celebración conmemorativa de los misterios de Cris­to: «sed et plebs tua santa...». Y en el «Orate frates» el sacerdote invita a los fieles para que oren por la acepta­ción por parte de Dios del sacrificio propio y el de ellos.
2. Es interesante y alentador el saber que los Papas, sobre todo los cuatro últimos, han hablado claramente de la participación activa del pueblo cristiano. Hace ya más de cincuenta años que el Papa San Pío X escribía en su «Motu Proprio» sobre música sagrada: «Nuestro más in­tenso deseo es que vuelva a revivir con fuerza el espíritu verdaderamente cristiano y se conserve pujante entre todos los fieles. Por eso es preciso que se cuide sobre todo de la dignidad y santidad de la casa de Dios, puesto que en ella se reúne el pueblo cristiano para beber su vida cristiana de su principal e indispensable fuente por medio de la parti­cipación activa en los sagrados misterios y demás funcio-

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 63

nes litúrgicas oficiales de la Iglesia *(«Motu Proprio, Inter pastoralis of ficii»,* 22 de noviembre de 1903).

Y Benedicto XV dirigió al Congreso Litúrgico de Montserrat, en España, el mes de julio de 1915, las siguien­tes frases de aliento: «Difundir entre los fieles un exacto conocimiento de la liturgia; inculcarles el sentido espiritual de las fórmulas, ritos y cantos, con los que, unidos a su Madre común la Iglesia, darán a Dios el culto debido; orientarles hacia una participación activa en los santos misterios y festividades *de* la Iglesia; he ahí un medio ma­ravilloso para lograr que los fieles se acerquen al sacerdo­te, a la Iglesia, para que alimenten su piedad, fortifiquen su fe y perfeccionen su vida».

El Concilio provincial celebrado en Bélgica el año 1922 se ocupó detalladamente de la participación activa del pue­blo en la liturgia. Entre otras cosas decidióse por «que los sacerdotes llevaran con gran celo a los fieles a beber el auténtico espíritu cristiano en sus principales e impres­cindibles fuentes (misa y liturgia en general), se familia­rizaran con el conocimiento y práctica de las oraciones, lecturas y ritos del Misal Romano, tomaran su parte ac­tiva en el sacrosanto sacrificio de la misa, sacrificio que les pertenece a ellos tanto como al sacerdote, para que así experimentaran sus beneficios y su maravillosa eficacia... Es ciertamente doloroso ver que los fieles que asisten a la misa se portan con frecuencia como si esta ceremonia no les interesara nada; por eso hay que lograr con nuestro esfuerzo que los fieles participen realmente en tan sagrada acción. Para esto se debe proceder poco a poco, con calma y con perseverancia. Los sacerdotes han de esforzarse so­bre todo por devolver a la misa mayor dominical y festi­va la supremacía y la alta estima de que gozaba antigua­mente. Se la debe considerar como una verdadera y solem­ne reunión de toda la familia parroquial, según consta en las antiguas tradiciones eclesiásticas. En la medida de lo posible los asistentes deberán manejar los textos litúrgicos de la misa, y sobre todo han de interpretar los cantos al unísono, de suerte que se compenetren lo más eficazmente

**64 DR. PÍO PARSCH**

posible con los misterios y fiestas de la Iglesia. Para llegar a eso hay que formar al pueblo con una explicación espi­ritual y básica de los textos».

Todas estas decisiones fueron aprobadas por Pío XI. En carta oficial del 28 de enero del año 1927 recomienda el Papa el movimiento de renovación litúrgica. Y este mis­mo Pontífice felicitó por medio de su cardenal Secretario de Estado al abad de Mont-Cesar, de Lovaina, que le ofrendó una obra con los textos de la misa y vísperas do­minicales para que los fieles dispusieran de los tesoros de la liturgia romana; «de ese modo—se afirma textualmen­te en dicha carta—podrán participar activamente en el culto divino».

El mismo Pío XI habló expresamente de la participa­ción activa del pueblo en su Constitución «Divini cultus sanctitatem» (20 de diciembre de 1928). Entre otras cosas dice lo siguiente: «Para que los fieles tomen parte más activa en el culto divino debe introducirse el uso del canto gregoriano de aquellas partes que deben ejecutar los fieles. Mucho importa que los fieles no asistan al culto *de* la Iglesia como extraños y como espectadores mudos, sino que se han de compenetrar totalmente con la belleza de la liturgia participando en las ceremonias y alternando sus voces con las de los sacerdotes y cantores según lo ya es­tablecido».

A su vez, el Papa Pío XII en su Encíclica «Mediator Dei» del 20 de noviembre de 1947, ha repetido estas pa­labras de Pío XI, con lo que ha dado su más completa aprobación al principio de la participación activa.

6. *Medios y obstáculos de la participación activa.*

Examinemos ahora conjuntamente los medios y obs­táculos de la participación activa que existen en la actuali­dad. Estudiando el espíritu de la postguerra llega uno a concluir que ese mismo espíritu se aviene muy bien con el de la liturgia y con el de la participación activa. Para una gran mayoría el racionalismo del xviii y xix ya no significa nada. La acción tiene hoy día mucho más valor

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 65**

que la idea. El hombre moderno procura cooperar; no le basta con ser un espectador más; quiere comprender, co­laborar; de lo contrario no experimenta interés alguno. Y aun puede afirmarse que si no hacemos actuar otra vez al pueblo nos perderemos las masas. También se va revelan­do ahora el sentido dramático del pueblo, pues vemos que vuelve la afición a los dramas sacros con argumentos to• orados de los misterios litúrgicos.

Uno de los obstáculos más frecuentes para la participa­ción activa suele ser el latín. Hay que hablar de este asun­to. Hasta ahora se ha venido considerando el latín, como todos sabemos, desde el punto de vista de la organización y administración eclesiásticas. Ciertamente es una ventaja el que exista uniformidad de lengua en todo el mundo eclesiástico. Mas preguntamos ahora, ¿cuál ha sido la re­lación directa entre el latín eclesiástico y la participación activa? A esta pregunta habrá que responder de distinto modo que antes. La historia tiene la palabra. Primitiva­mente no era uniforme la lengua eclesiástica. Cada país celebraba la liturgia en su lengua y oraba en su lengua. Siendo en Roma el griego la lengua más usual, fue también la lengua de la liturgia romana y hacia el siglo tv el latín cuando se introdujo como lengua eclesiástica. Tampoco en oriente había unidad de lengua; los cristianos de lengua griega se valían del griego para su liturgia, los sirios del siriaco, los armenios y coptos se servían igualmente de sus respectivas lenguas nacionales. Cuando los eslavos recibie­ron el cristianismo de la Iglesia de Oriente tuvieron su liturgia en su propia lengua eslava. Y la Iglesia oriental ha venido conservando hasta hoy día este principio: cada pueblo puede celebrar su liturgia en su lengua. Sin em­bargo, hay que decir también que esa lengua litúrgica, al no seguir la evolución de la lengua viva, se ha convertido en la lengua consagrada para los textos litúrgicos.

Únicamente la Iglesia Romana ha procedido de distin­to modo. No sólo ha hecho desaparecer, excepto ciertos vestigios, todas las lenguas occidentales de las liturgias ga­licana, celta, hispano-visigótica y milanesa, sino que no ha

**66 DR. PIO PARSCH**

autorizado otra lengua distinta del latín en los países evan­gelizados por vez primera. Así, por ejemplo, los países sa­jones recibieron la liturgia romana con la lengua latina. Y si estos pueblos hubieran recibido el evangelio de los orientales, como los eslavos, tendrían hoy una liturgia grie­ga en lengua germana, o sea, en alemán antiguo. Y si los sajones hubieran recibido mucho antes el cristianismo ten­drían una liturgia indígena como los armenios y los coptos.

La liturgia es algo tan íntimamente unido a la menta­lidad y sentimiento del pueblo que una liturgia supra­nacional ofrecería siempre sus dificultades en cada pueblo en particular. Los fieles no comprenden la liturgia en latín. no entienden el sentido de los ritos del bautismo y de los funerales. Cuando se ha admitido y se trabaja por la par­ticipación activa en la liturgia suele comprobarse que la lengua litúrgica es un impedimento para esa participación. Declaramos expresamente que no pretendemos ser unos re­volucionarios. Mientras la Iglesia prescriba la lengua latina y mantenga su uso litúrgico, obedeceremos. Mas también hemos de manifestar ciertos temores nacidos al contacto pastoral con el pueblo. Amamos a la Iglesia y lo que pre­tendemos es vivir cada día más unidos a Ella y por eso queremos y debemos trabajar para que nuestro pueblo viva esta vida de unión con la Iglesia. No vayamos tam­poco a creer que el problema de la lengua litúrgica va a resolverse de buenas a primeras.

La cuestión de la lengua vulgar litúrgica es una de las más candentes del movimiento litúrgico y una de las más discutidas. El eminente liturgista Antonio Bauntark ha ex­plicado el alcance de esta cuestión con esta tan significati­va frase: «Lo trágico es que el movimiento litúrgico, si ha de lograr la victoria, es decir, si ha de llevar a toda la co­munidad cristiana a participar en la liturgia por medio de la oración y del sacrificio como sucedía antiguamente, no podrá lograr esa victoria sino con el amargo precio de la destrucción de la antigua y bella liturgia romana». Y más aún, el canto gregoriano esencialmente unido al latín, es una de las razones en que se aferran los partidarios de la

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 67

conservación del latín en la liturgia. Esta singular obra maestra del canto gregoriano queda expuesta a un grave peligro al plantearse este problema de la lengua vulgar li­túrgica. Hay que reconocer que no se ve hoy por hoy so­lución alguna. Yo mismo admiro y amo ese canto grego­riano que estaría llamado a desaparecer con la creación de las liturgias nacionales; de hecho todas las tentativas para adaptar una lengua nacional moderna a la melodía grego­riana han fracasado. Podría aplicarme un texto de San Pablo: «No sé qué escoger: me encuentro presionado por ambos lados...». Quisiera que se conservara ese canto real­mente celestial de nuestra liturgia, que es además el que mejor le cuadra. Pero, por otra parte, la liturgia en lengua vulgar es necesarísima para la participación activa de los fieles. La solución de este problema la dejamos en manos de la Iglesia que está asistida y conducida por el Espíritu Santo.

**CAPÍTULO III   
LA PIEDAD LITURGICA**

Con mucha frecuencia me he preguntado seriamente si realmente existe un tipo de piedad litúrgica. ¿No será ésta una ilusión? ¿No nos falta la objetividad necesaria? Y, sin embargo, siempre he tenido que comprobar que la diferen­cia existente entre los fieles imbuidos del espíritu litúrgico y los que no lo están es un hecho. Hay que hacer notar que cada uno de estos dos grupos se sitúa de una manera determinada respecto de los dos elementos esenciales que constituyen nuestra religión. Por no citar más que algunos ejemplos, uno de esos dos grupos hace de la Eucaristía, ante todo, el sacrificio y el alimento del alma, y el otro, el culto de su adoración; el primero basa su vida cristiana en la gracia, el otro en el decálogo; el primero prefiere la oración común, el segundo gusta más de las devociones particulares... y así podríamos ir señalando toda una serie de divergencias. Por supuesto que ambos grupos están den­tro de la ortodoxia; sólo es cuestión de acentuar de modo diverso los mismos elementos esenciales, lo cual nos hace ver que esa diversidad produce dos formas distintas de piedad. Tratándose en ambos grupos de inadmisiones y de aceptaciones dentro de un plano muy determinado, hay que admitir que semejantes posturas están muy enraizadas y se remontan a un origen común. Porque no se trata de que el grupo de los litúrgicos haya recibido una consigna o un programa debido a la iniciativa de un *«líder»,* sino

70 **DR. PÍO PARSCH**

que suele suceder que cuando se encuentran dos amantes de la liturgia originarios de puntos muy distantes el uno del otro, coinciden inmediatamente en la mayoría de las cuestiones discutidas, sin haberse podido influenciar el uno al otro.

Hay que concluir, por tanto, que realmente existe un tipo de piedad litúrgico muy distinto de la de otros siglos.

1. Me doy perfecta cuenta de que voy a encontrar resistencia. Es cosa notable: puede uno discutir de todas las cuestiones religiosas, pero en cuanto se empieza a tratar de divergencias en la piedad, a muchos se les enervan los ánimos. ¿No es esto señal de que con ello se toca un punto neurálgico en la vida religiosa de ciertos sectores? He de reconocer que la expresión «piedad subjetiva y objetiva» no es del todo significativa —no me agrada el emplearla—; lo interesante no es la expresión, sino el sentido y el con­tenido.

Reconozco que no poseo una formación filosófica y científica lo bastante profunda para penetrar en razones más hondas y en los orígenes de esa diferencia entre ambos tipos de piedad. Lo que nosotros los liturgistas sentimos instintivamente deben los hombres de ciencia investigarlo y demostrarlo. Sin embargo, creo que vamos por buen ca­mino...

Y ahora se nos podría hacer esta objeción: ¿es posible crear una nueva clase de piedad a base de la liturgia? ¿Ocupa en la Iglesia la liturgia un lugar tan predominante para que pueda informar y abarcar toda la vida religiosa? A esto respondemos; No tratamos de delinear una nueva forma de piedad, sino solamente de volver a la piedad de la primitiva Iglesia; se trata, pues, de una «reforma» en verdadero sentido de la palabra. La liturgia no es simple­mente un conjunto de fórmulas y de textos sin alma y sin vida; bajo el cuerpo de la liturgia late un alma que hemos vuelto a descubrir. Esta alma posee manifestaciones vitales determinadas e igualmente una piedad claramente defini­da. Por eso podemos asegurar que la primitiva Iglesia res­piraba un espíritu determinado —el espíritu de Cristo, el

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 71

espíritu de la Biblia, el espíritu de San Juan y el de San Pablo— y este espíritu se plasmó en un cuerpo que es pre­cisamente la liturgia de la Iglesia. La Iglesia ha depositado todo su pensamiento, todas sus plegarias, toda su fe, toda su esperanza y todo su amor en la liturgia. La liturgia es un monumento elocuente de la piedad de la antigua Iglesia (en esta palabra de piedad supongo toda la manifestación de la vida humana en sus relaciones para con Dios).

Al principio de la edad media, se produjo un trastorno en la piedad. Más adelante veremos en qué consistió y cuá­les fueron sus causas. Cuando el alma se separa del cuerpo queda éste en el silencio de la muerte. Esto mismo sucedió con la liturgia: se quedó fría, y en las edades media y moderna vino a ser como un cadáver fosilizado. Con todo, por benévola disposición celestial, este cuerpo congelado se conservó durante siglos en la Iglesia. Entre tanto, nacía una piedad de características especiales. Mas «la joven no estaba muerta, sino dormida...» Esperaba a Aquel que la dijera: «Joven, yo te lo mando, levántate».

El nuevo conocimiento de la liturgia y del movimiento litúrgico nos lleva a la piedad de la primitiva Iglesia, y de este modo podremos decir que la liturgia nos ha benefi­ciado singularísimamente conservándonos la piedad de la antigua Iglesia. Esta desarrolló su espíritu y su alma dentro de la liturgia. En nuestro caso el proceso es inverso: nos­otros partimos de este cuerpo así formado hacia el alma de la antigua Iglesia, hacia su piedad.

2. Hay voces escépticas que objetan inmediatamente: ¿se puede hablar de un trastorno en la piedad al principio de la Edad Media? ¿No sucedió más bien que esa liturgia ya trasnochada se hizo ajena al pueblo? Y respondo con toda decisión que no. El principio formal es el alma y el espíritu; el cuerpo no puede crearse un alma. Hay que reconocer que la liturgia puede llegar a envejecer y que sus elementos primitivos pueden perder su actualidad, co­mo, por ejemplo, el catecumenado que ha desaparecido ya, aunque por otra parte pueden desarrollarse otros ele­mentos. Pero la cuestión no es esa; el espíritu es el que

**72 DR. PÍO PARSCH**

da la vida. Si la edad media hubiera mantenido el espíritu cristiano hubiera éste seguido desarrollando su cuerpo, la liturgia. Pero fué incapaz de tal desarrollo porque ya había perdido su espíritu. La liturgia de la Edad Media no sólo no tuvo evolución, sino que fué marcha atrás. Solamente han quedado algunos rudimentos. Con esto queda resuelta por sí misma esta otra objeción: ¿se debe re-actualizar una liturgia, caduca a fuerza de tanto tiempo, y que en nada responde a nuestro siglo? Nuestra principal labor es la de volver al alma partiendo del cuerpo. Debemos tomar de la liturgia existente el espíritu del cristianismo primitivo, la piedad de la primitiva Iglesia; esa es la labor principal. Sería una torpeza y hasta un crimen el querer transformar la liturgia sin más ni más adaptándola a las necesidades de nuestra época. Con esto tendríamos un cuerpo con un es­píritu pseudo-cristiano. Cuando nos hayamos imbuido del espíritu que fluye de la liturgia entonces estaremos capaci­tados para desarrollar nuestra liturgia. De semejante cosa sólo será capaz otra nueva generación. Lo que urge en nuestros tiempos no es tanto la reforma de la liturgia cuando la asimilación del espíritu del primitivo cristianis­mo a base de un cultivo realmente ferviente de la liturgia actual: esa es la piedad litúrgica.

3. Y ahora bien: ¿Cuáles fueron las causas profun­das de tan funesto y fatal trastorno? No fueron otras que el haberse apartado del centro de gravedad en la mentali­dad y actividad humanas.

Vuelvo a decir que no me siento llamado a decir la última palabra sobre esta cuestión. Hablo intuitivamente. No puedo llegar a las razones profundas más que a base de los fenómenos.

Esta transformación se produjo en una época en que agonizaba el espíritu del mundo antiguo y en la que los pueblos sajones adquirieron hegemonía sobre el mundo civilizado. Quizás se debió a que la cristianización de esos pueblos no fue total, o bien que esos nuevos cristianos no comprendían la lengua de la liturgia romana; aunque no

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 73

creo que sean estas las razones más hondas de este tras­torno•

Me inclino más a pensar que la verdadera revolución se efectuó en la mentalidad con la salida del centro de gravedad más catastrófica que puede uno imaginarse: la de dejar de girar en torno a Dios para convertirse el hom­bre a sí mismo en su centro. No quiero decir que Dios fuera destronado por los hombres. Esta ha sido la última consecuencia a la que nos ha tocado asistir en esta época moderna y contemporánea. En la Edad Media floreció cier­tamente la piedad y hasta se dio el tipo del estado cristia­no; pero el hombre se fue convirtiendo más y más en el centro de todos los intereses y de todos los conatos. De la misma manera en el plano religioso el hombre se cons­tituyó en su mismo centro. Ya no era tanta la preocupa­ción por que el nombre de Dios fuera santificado, por que el reino de Dios fuera una realidad y por que se cumpliera su santa voluntad. La inquietud se cifraba más bien en cómo el hombre serviría a Dios, cómo lograría entrar en su reino y cómo debería cumplir la voluntad divina. Y así pasaron a primer plano los actos humanos dejando a un lado los intereses divinos. Desde esa época en adelante van a ser los mandamientos los que, como en el Antiguo Testamento, tengan la preeminencia, al revés de los primeros siglos del cristianismo, cuya piedad se centraba en la gracia y en la adopción divina. Aquí creo yo que se encuentra el cambio más lleno de consecuencias: el paso de la con­ciencia de la gracia a la conciencia del pecado, aunque me inclinaría más a denominar a estas dos formas de pie­dad, la piedad de la gracia y la piedad de los preceptos, porque así podrían explicarse muchas de las manifestaciones de esos dos tipos de piedad: por un lado Dios y la gracia, y por otro el hombre y los mandamientos (el pe­cado).

La piedad de la gracia es gozosa y se basa en las ale­gres relaciones filiales con Dios considerado como Padre. La piedad de los mandamientos vive en un continuo temor de pecar. En la primera el hombre es un hijo, en la segun-

74 DR. PÍO PARSCH

da un siervo. La primera enfoca el cristianismo más po­sitivamente: la felicidad de encontrarse en gracia de Dios, la felicidad del cielo, la Comunión de los santos, el Cuerpo místico de la Iglesia, y hasta el mismo dolor se transfigura en Cristo. La segunda tiene una orientación más negativa: infierno, juicio («Dies irae»), purgatorio (dogma muy traído precisamente en la Edad Media como efecto del temor al pecado y que sofocó el anhelo de la *parusía* de la primitiva Iglesia) y el pecado. Todo se centra en los mandamientos y a los cultos se les impone el yugo del pecado: el precepto dominical, la ley del ayuno, la confesión, la co­munión pascual, la obligación del rezo canónico. Y con esto se empieza a pesar con onzas y a examinar hasta dónde llega lo permitido o lo prohibido. La casuística se convierte en una ciencia y el estudio de las rúbricas se empotra en la teología moral. Al pasar la gracia a segundo plano, sus medios y sus fuentes ya no se echan de menos y hasta se les llega a preferir. La Sagrada Eucaristía deja de ser un alimento y se convierte en un objeto de contemplación; la misa no pasa de ser una devoción privada, mientras que, por el contrario, se empiezan a multiplicar los actos de penitencia, como la confesión y las indulgen­cias. Realmente toda la liturgia, en cuanto fuente de gra­cias, llega a petrificarse. Puede decirse que la liturgia se mantiene firme y que se desmorona juntamente con la pri­macía de la gracia 'y de su piedad.

Por ser el hombre, el individuo, el centro de gravedad llega a preferirse la oración privada a la común; la litur­gia, que es precisamente la oración de la comunidad cris­tiana, se la va relegando cada día más debido a las devo­ciones privadas.

Con la época moderna aparece todo un sistema de ejer­cicios religiosos que nos hacen ver la orientación antropo­céntrica de la piedad: retiros y ejercicios espirituales, exa­men particular, examen de conciencia, meditación, confe­siones de devoción, dirección espiritual, etc... Todo esto, bueno, por supuesto, en sí mismo, fue tenido muy por en­cima del «Opus Dei» de la liturgia. Este tipo de piedad

descubrió al hombre su pobreza, sin poder llegar a comprender que el cristianismo es «el mensaje de la alegría de la gracia». No sintiéndose el hombre ciudadano del cielo (Filipenses, II, 20), se construyó aquí abajo un castillo roquero en la Iglesia de la tierra y trabajó con los medios humanos de la propaganda y de la organización para agrandar numéricamente el reino de Dios en la tierra. Por lo demás, la piedad de los mandamientos da más impor­tancia al número que a la cualidad; a sus ojos lo que cuenta es el número de actos, de misas, de Padrenuestros, de años de indulgencias, de buenas obras y hasta la canti­dad de fieles que asiste a las iglesias....

En este cuadro en que hemos pintado la diferencia entre los dos tipos de piedad, quizás nos hayamos pasado de severos y es posible que hayamos descrito con rasgos poco favorables la piedad de los mandamientos. Ruego que se me disculpe. Para que no haya malas interpreta­ciones, debo manifestar expresamente que en ambos tipos de piedad existen aspectos legítimos y tanto el uno como el otro deben evitar las exageraciones. La piedad de la gracia ha de preocuparse también de guardar los manda­mientos, debe adquirir conciencia de lo que es el pecado y de los motivos de temor. Desde luego, el ideal sería ar­monizar la piedad objetiva, la de la gracia, con la santifi­cación subjetiva por medio de las obras. Este equilibrio se ha roto hace ya siglos con detrimento de la piedad de la gracia; el movimiento litúrgico es el correctivo provi­dencial contra el subjetivismo de estos últimos siglos.

Sería un error creer que en la piedad de la gracia no se cotizan los mandamientos de la Ley de Dios y que incluso se creería uno dispensado de su cumplimiento. La conversión debe preceder a la gracia: si decimos que la piedad de los mandamientos es una especie de catecume­nado —el primer grado del cristianismo— y con la que nos quedamos a medio camino, debemos de continuar nuestra trayectoria hacia la letificante convicción de que somos hijos de Dios.

Hagamos un parangón basándonos en la vida de fami-

76 DR. PÍO PARSCH

lia. Para que una familia sea feliz es indispensable que el hijo, en su casa, cumpla, como es natural, la voluntad de sus padres, y, por tanto, que obedezca sus mandatos. Pero cuando los hijos no quieren obedecer a sus padres, éstos tendrán que estar castigándoles y repitiéndoles sus órdenes. Este último caso es el que podríamos asemejar a la piedad de los mandamientos que no sabe salir del temor al peca­do y del miedo a los mandamientos. Por el contrario, si el hijo sabe cumplir la voluntad de sus padres teniéndola como norma natural de la vida familiar, entonces se verá tratado como miembro legítimo de esa familia, amado de sus padres y gozando de la felicidad y de la paz en el seno de la familia. No es preciso que los padres le impongan una orden cualquiera: eso cae de su peso. Este hijo no hace cálculos para ver hasta dónde puede llegar para no faltar a la obediencia, sino que procura complacer siempre a sus padres. De este modo el mandato pierde sus espinas. A esta conducta podríamos comparar la piedad de la gracia.

Esa es, pues, la piedad litúrgica, el fruto más maduro del movimiento litúrgico. Su razón última es la soberanía divina. El hombre queda destronado para ceder de nuevo la preeminencia a su Dios.

Persuadámonos que nos ha tocado vivir en una encru­cijada de la historia, en una época de gigantesca transfor­mación que nos trae lo que perdimos al finalizar la era antigua. Entonces se destronó a Dios para exaltar al hom­bre, pero ahora vuelve Dios a reinar sobre el mundo. Y no pensemos que esta revolución se está produciendo solamen­te en el terreno religioso; se está haciendo sentir en todos los sectores de la vida, en la vida política, social y econó­mica, aunque aún no se llegue a definir con claridad. Bah este punto de vista podemos llegar a comprender el de­rrumbamiento de todas las supremacías y valores terrenos. El mundo actual se deshace en ruinas. Se desplomó bajo nuestros pies destruido por los bombardeos, sacudido por esas doctrinas sociales más desastrosas que las mismas epidemias, y se ve amenazado a ser reducido a polvo con

1

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 77

esas bombas atómicas que sobrepasan toda fuerza destruc­tora. El hombre que se había proclamado Dios, ha des­truido su mundo por sentirse incapaz de dominarlo. Con esto ha dejado un lugar a los grandes planes de recons­trucción divina. Ahí está precisamente el aspecto gigan­tesco e incomparablemente magnífico de nuestra época, pues es cosa sabida que Dios actúa donde ha habido una humillación y es precisamente en nuestra común humilla­ción en donde Dios comienza su obra; y aún podemos afir­mar que su obra ha comenzado ya y sus planes son de una profundidad cuyo alcance apenas podemos sospechar. La cuestión social ha de encontrar nuevamente su solución en Cristo; los dos sistemas del período «humanista», libera­lismo y colectivismo, han fracasado y es preciso que Cristo reine otra vez sobre las naciones. La palabra que encierra la solución es: amor.

Y yo añado que si Dios debe volver al mundo, ha de volver para reinar y por eso no conviene que el hombre se haga el centro de este mundo. Por eso en el terreno religioso, la piedad de la gracia debe prevalecer en la vida de la Iglesia y en las almas de los cristianos.

El vivir esta nuestra época es una suerte y una ver­dadera ventaja. No hay que lamentarse de lo que nuestra época tiene de mala. Solamente los viejos lamentan los pla­tos de antes de la guerra. Nosotros estamos orgullosos de nuestra generación. Tenemos el honor y la responsabilidad de poner los fundamentos del nuevo templo donde Dios debe reinar y donde sólo Dios, y no el hombre, ha de ser adorado. Los liturgistas estamos en primera fila dispuestos a trabajar y viendo lo que otros siglos no han visto. He­mos vuelto a encontrar las «perlas preciosas» de la Iglesia: Eucaristía, sacrificio de la misa, oficio divino, Cuerpo Mís­tico de la Iglesia, sacerdocio real, la palabra de Dios, la liturgia y sobre todo la grandeza de la gracia. Vayamos a vender todas esas obras humanas, que hemos ido amonto­nando trabajosamente, para poder poseer ese tesoro. El movimiento litúrgico no es algo pasajero, sino que ha de vivificar la faz de la Iglesia.

CAPÍTULO IV   
LA VIDA CRISTIANA BASADA EN LA PIEDAD   
LITÚRGICA

La liturgia no sólo nos forma en la práctica del servicio divino, del *«Opus Deí»,* conforme a determinadas normas elaboradas durante muchos siglos por la Iglesia, sino que quiere también informar toda nuestra vida con tal de que nosotros sigamos sus leyes internas haciendo de ellas la regla de conducta de nuestra vida. Puede, pues, hablarse de una formación litúrgica de la vida, distinta en muchos puntos de la formación que se suele dar hoy día. Esa formación litúrgica de los espíritus puede reivindicar para sí, en competencia con su hermana más joven, la antigüe­dad y nobleza de origen. Precisamente es la piedad y el tipo de vida de la primitiva Iglesia y de la Biblia.

1. Y ahora preguntamos: ¿Cómo hemos de educar li­túrgicamente nuestra vida y nuestra piedad? Ante todo es preciso ir eliminando cada día más ese espíritu subjetivo, egocéntrico, que en los últimos siglos ha venido informan­do nuestra vida religiosa. Mientras no procedamos de un modo radical no podrá decirse que nuestra vida cristiana posee una formación litúrgica. Puede uno usar con prefe­rencia el misal y el breviario y no participar nunca del todo en la liturgia. La liturgia tiene su alma y su cuerpo. El cuerpo es lo exterior, las palabras, las acciones; el alma es el espíritu de la liturgia. Lo que debemos apropiarnos es ese espíritu. Claro que esto no se consigue de la noche a la mañana. Sin embargo, no debemos desanimarnos. Mu-

80 **DR. PÍO PARSCH**

chos hombres lo han conseguido rápidamente. Desde el momento en que se han dado cuenta de la diferencia se han abierto sus ojos y han quedado capacitados para com­prender el espíritu litúrgico. Otros, en cambio, no lo con­siguen nunca y con éstos es inútil toda discusión y razo­namiento.

¿Cómo se logra, pues, esto? Practicando asiduamente la liturgia. Pasando de la oración del *«yo»* a la de *«nos­otros».* Buscando en nuestra forma de piedad a la comu­nidad y ateniéndonos a las fórmulas que usa la liturgia. No haciendo tantas devociones ni quedándonos en la periferia de la religión, sino penetrando cada vez más hacia el cen­tro. Procurando que nuestra vida y nuestra oración sean cristocéntricas y teocéntricas. Mirar menos el lado humano de la piedad y más el de Dios. Pensar más en el gozo de la redención que en el pecado. Muchas veces es cuestión de llegar a una transformación espiritual y a una nueva apreciación de los valores religiosos. Hay que contar con la oposición de la parroquia, del director espiritual y del ambiente. Lo primero, pues, que hay que hacer es tra­bajar por conseguir una disposición de alma objetiva y teocéntrica.

2. El edificio de nuestra formación espiritual hemos de construirlo sobre una triple base: la vida divina, la Eucaristía y la Iglesia.

a) *La vida divina.* ¿En qué consiste nuestra santidad? No consiste ni en nuestro esfuerzo hacia la perfección, ni en las propias virtudes, sino en el acrecentamiento y pro­greso de la vida de la gracia en nosotros. Es una acción divina, y, por tanto, independiente de nuestra participa­ción. En el bautismo y en la confirmación me he santifi­cado y con la recepción de la sagrada Eucaristía seguiré santificándome constantemente. Esta vida de la gracia no sólo es una condición indispensable para la virtud y para la perfección, sino que es el objeto continuo y propiamente dicho de nuestra vida (1). Si, pues, pretendemos informar

(1) Véase lo que el autor dice más ampliamente sobre este punto en el Cap. III de la 3.a parte.

**1**

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 81**

**l**itúrgicamente nuestra vida, debemos preocuparnos -del omento y consolidación de la vida divina en nosotros. jemos a Dios hacer su obra en nuestra alma.

1. *La Eucaristía.* Los dos grandes medios con los que Dios santifica las almas, son el bautismo y la Eucaristía. Van juntos. El bautismo nos proporciona el germen de la vida divina y la sagrada Eucaristía lo va desarrollando. Es como si al comulgar fuéramos bautizados de nuevo, puesto que, como en el bautismo, en cada comunión muere una parte del hombre viejo y se nos da otra del hombre nuevo. La Eucaristía produce, pues, el crecimiento y la madurez de la santidad y por eso se comprende que sea el centro de la Iglesia.

Sin embargo hay que precisar bien la esencia de la Eu­caristía: no la instituyó Cristo solamente para permanecer a nuestro lado, sino, sobre todo, para sacrificarse y alimen­tar *el* alma; reproduce el sacrificio de la redención y se convierte también en el alimento que precisa en nosotros la vida de la gracia. La sagrada Eucaristía es el sacrificio comunitario de los hijos de Dios, es el más sublime acto de culto y es la fuente de todas las gracias. La Eucaristía, por lo tanto, ha de ser el eje en torno al cual debe girar el que quiera llevar una vida litúrgica. Sobre todo hay que aplicar esto a la misa del domingo.

1. *La Iglesia.* La tercera base del edificio de nuestra formación espiritual la constituye la comunión en y con la Iglesia. Debemos darnos perfecta cuenta otra vez de que la Iglesia es nuestra Madre, de que es el Cuerpo místico de Cristo, la santa e inmaculada Esposa de Cristo Rey. No nos presentemos ante Dios como miembros aislados, sino dentro de la comunión de la Iglesia. Yo, como individuo, soy un pecador, un miserable, mas, como miembro de la Iglesia, soy santo y puro: por eso prefiero la comunidad en toda mi actividad religiosa, en mis oraciones, en mis sa­crificios y en mi vida. Para nosotros la Comunión de los Santos es un dogma de fe de suma importancia: Comunión con los que triunfan en el cielo y con todos los cristianos entre sí. Evitemos el aislamiento. *Vae soli.* En la época in-

82 **DR. PÍO PARSCH**

dividualista prevalecía la opinión de que la personalidad lo era todo y la comunidad era, y le hacía a uno, vulgar. Estos titanes de la súper-humanidad creían poder construir una torre hasta el cielo. «Seréis como Dios, conocedores del bien y del mal». Fruto de esta siembra diabólica ha sido el subjetivismo, el racionalismo, el materialismo y otras tantas herejías.

A nosotros nos toca volver a la comunidad, a la comu­nidad religiosa y a la comunidad popular. Mucho hay que trabajar en ese sentido hasta librar a la generación actual del egoísmo, del aislamiento, de la división y del orgullo de clases. Precisamente el espíritu de comunidad es para la vida litúrgica una de las principales condiciones indis­pensables.

La vida divina, la Eucaristía y la Iglesia son los tres fundamentos de la formación litúrgica de la vida.

3. Viene seguidamente *la organización litúrgica del tiempo.* La liturgia rodea con cuatro círculos concéntricos toda nuestra existencia: la santificación del día, de la se­mana, del año y de la vida entera

a) *El día litúrgico.* La Iglesia ha dotado a la jornada diaria de una forma litúrgica bellísima: 1, celebración de la misa; 2, horas canónicas, y 3, fiestas de los santos. Aun­que esta santa urdimbre de oraciones y de ideas no llega a extender todas sus mallas sobre los seglares, no faltan posibilidades para organizar litúrgicamente la jornada aun­que sea de una forma abreviada.

El punto culmen, el sol de la jornada, es la sagrada Eucaristía, que constituye el tributo más digno y la gran fuente de energía para todo el día. El que celebra diaria­mente la santa misa se ha asegurado un magnífico tesoro para su vida. Pero ha de esforzarse por penetrar cada vez más en el conocimiento de la misa a fin de que se con­vierta realmente en la ofrenda de su tarea diaria.

Las horas canónicas forman un círculo en torno a la misa como los planetas alrededor del sol. El cristiano que orienta su vida litúrgicamente ha de rezar las horas canó-

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 83

nicas, limitándose al principio a una que le sirva de oración de la mañana y otra de la noche. Las demás horas diurnas pueden servirle de oraciones jaculatorias: tercia, una invo­cación al Espíritu Santo; sexta y nona, una oración a Jesús crucificado. Más tarde, sin duda, terminará por rezar cada una de las horas canónicas que santifican el día. Si se quiere dar al día una forma litúrgica, es imprescindible una recitación regular, aunque sea corta, de las horas ca­nónicas.

Cada día deberíamos leer un poco de la Biblia, bien de los Evangelios o bien de las lecturas bíblicas del oficio del día: *nulla dies sine línea.*

b) *La semana litúrgica.* La semana constituye también una unidad cuyo modelo nos lo ha puesto Dios en la obra de los seis días de la creación. El domingo santifica la se­mana, es el gran día litúrgico, el día del bautismo y el día de la vida divina. El cristiano debe tener sumo empeño en celebrar religiosamente este día. Nuestra época carente de espíritu religioso trata de borrar esa diferencia que existe entre el domingo y un día ordinario de la semana. Nos­otros no podemos ir por esos caminos.

¿Cómo debe ser nuestro domingo ideal? La tarde del sábado es ya víspera de fiesta y una preparación del alma para el domingo. El domingo deberíamos rezar enteramente las horas canónicas comenzando el día anterior con las vís­peras del sábado y los maitines, el domingo por la mañana laudes y prima, antes de misa tercia y después del medio­día vísperas. El domingo nos solemos vestir de fiesta como símbolo del vestido de fiesta del alma. ¡Que nuestra ma­nera de dirigirnos a la iglesia no tenga nada de precipi­tada, antes bien vaya impregnada de dignidad! La misa del domingo es el gran sacrificio semanal. Que a poder ser sea como una fiesta de la comunidad parroquial en la que todos llevemos al altar como ofrenda los trabajos, dolores y oraciones de la semana. La comunión dominical nos proporcionará la ayuda de la gracia para toda la se­mana siguiente. Las enseñanzas del domingo han de ser el plan de trabajo espiritual de la semana. El domingo es el

84 ***DR.* PÍO PARSCH**

día del Señor, el día de la alegría, del descanso: un día de alivio para el alma. El domingo debe santificar la se­mana entrante. Una genuina celebración del domingo con­tribuye esencialmente a la educación litúrgica de la vida.

1. *El año litúrgico.* El año litúrgico con sus ciclos y sus fiestas tiene suma importancia para vivir litúrgicamente. Debemos incorporarnos dentro de su ritmo. El año litúrgico es para la vida del alma lo que las estaciones del año para la naturaleza. Fomenta en nosotros la vida di­vina. Puede afirmarse en el sentido más pleno de la palabra que los dos grandes ciclos de Navidad y Pascua son dos cumbres en la vida de la gracia; dos veces al año se pro­duce ese flujo y reflujo en la vida de la Iglesia y del alma. La marea baja está constituida por los tiempos de prepa­ración: Adviento y Cuaresma, la marea alta por las fiestas y sus respectivos ciclos. Su sentido y finalidad es la ple­nitud de la vida divina en nuestras almas. ¡Cuántas ale­grías espirituales, cuántos ejemplos y cuánta fuerza ofrece el año litúrgico para nuestra vida! Se trata, pues, de compenetrarnos cada día más con el espíritu del año litúrgico.
2. *Santificación de la vida.* El círculo extremo en el que se encierra nuestra existencia es la santificación de toda nuestra vida por medio de los sacramentos y de los otros medios de obtener la gracia. Bajo este punto de vista es como debemos considerar el edificio de los sacramentos.

Empecemos por el sacramento del Orden. Cristo ha provisto a su Iglesia de un sacramento especial para crear dispensadores de los instrumentos de la gracia, o sea, por decirlo así, para crear productores de la vida de la gracia. El sacerdote es el ministro de los divinos misterios. !Qué gran estima debiéramos tener de la gracia del sacerdocio, cómo debiéramos agradecer a Dios este beneficio y aprovecharnos debidamente de él!

En segundo lugar Dios ha instituido un sacramento destinado a proporcionar la vida humana, condición in­dispensable para la vida divina. Este sacramento es el del Matrimonio. También el matrimonio está subordinado a

LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 85

la vida divina. Los dos sacramentos del Orden y del Ma­trimonio son el fundamento de la vida divina del indivi­duo. El matrimonio produce vida humana y el orden vida divina. El matrimonio debe ser santificado para que la vida divina se injerte en el tronco de la vida humana y debe ser un verdadero plantel de la vida divina. Los es­posos reciben en el sacramento del matrimonio el poder divino de hacer de los hijos de la carne hijos de Dios.

Ahora es cuando, después de estos dos sacramentos, podemos hablar del bautismo. El bautismo es un renaci­miento, es decir, el segundo y más bello nacimiento del hombre a una vida más sublime, nos eleva a una vida nueva y santa y hace del hombre un miembro del cuerpo de Cristo. El cristiano debe ser consciente de su bautismo. Esto nos lo facilita la Iglesia, puesto que todo su progra­ma formativo tiende a este fin. La Cuaresma y las Pas­cuas están consagradas a la renovación del bautismo y cada domingo es un aniversario del bautismo (el «Asper­ges» nos recuerda también el bautismo).

La Sagrada Eucaristía es el sacramento instituido por Cristo para renovar el bautismo. Su finalidad es conservar la vida divina, alimentarla y asegurar su crecimiento y madurez. Cristo lo afirma expresamente: «El que no come mi carne no vivirá» (San Juan, VI, 54). La comparación con la alimentación material nos hará muy comprensibles estas palabras. Si uno come es para crecer, para reparar las fuerzas perdidas, para preservarse de la muerte, para superar las enfermedades, para poder trabajar; otro tanto puede decirse de la sagrada Eucaristía respecto de la vida divina.

La celebración y la recepción de la sagrada Eucaristía son propiamente una función sacerdotal y de ahí que exista con este fin un sacramento especial, el de la confirmación. Tiene este nuevo sacramento la virtud de hacernos madu­ros, de reafirmar en nosotros la vida divina y al mismo tiempo de darnos la facultad de poder comunicar a los demás esa vida divina.

Por fin disponemos aún de otros dos sacramentos con

86 **DR. PÍO PARSCH**

los que podemos reparar las pérdidas y curar las enfer­medades que haya podido sufrir en nosotros la vida di­vina: la penitencia y la extremaunción.

Aparte de los sacramentos, la Iglesia nos ofrece toda­vía otras bendiciones y ritos que nos ayudan espiritual­mente y contribuyen a la formación litúrgica de nuestra vida. De este modo la Iglesia, nuestra Madre, nos conduce con mano amorosa y protectora a través de toda nuestra existencia. ¡Qué distintos parecerán así considerados los sa­cramentos y los sacramentales y cuánto mejor los compren­deremos y recibiremos con las convenientes disposiciones!

4. Todo esto que venimos diciendo es sólo la condi­ción indispensable y el marco de una vida litúrgica, Pero no es todavía la misma vida litúrgica.

1. No nos podemos edificar aquí abajo, en la tierra, una morada permanente, sino sólo una tienda que en cual­quier momento puede ser levantada. O, con otras palabras, no pongamos el centro de gravedad de nuestra esperanza, de nuestros deseos y aspiraciones en la tierra, sino en el cielo. Asimilémonos algo de ese estado de ánimo de la pri­mitiva Iglesia que se despegaba del mundo, y de este modo la muerte perderá su aguijón y los bienes de aquí abajo nos parecerán de bien poco valor. «No tenemos aquí abajo ciudad permanente, antes buscamos la futura» (Hebreos, XIII, 14).

Por otra parte, como se nos ha concedido un tiempo estrictamente medido, hemos de utilizar con todas nuestras fuerzas el precioso don de la vida, hemos de agotar todas las posibilidades que el tiempo nos ofrece y llenar cada una de las celdas del panal de nuestra vida con esta pre­ciosísima miel.

1. Otro principio importantísimo: no querer vivir del pasado ni del futuro, sino más bien del presente. Muchos de los desasosiegos que pasan los hombres, se deben a que viven del pasado o del futuro, y con esto las cosas suelen suceder de distinto modo del que uno se esperaba o se temía. El pasado ya pasó: dejémoslo en el seno de la mi-

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 87**

sericordia divina. Aunque nos lamentemos del ayer no por *eso* va a dejar de haber sido una realidad. El futuro es inseguro y no depende de nosotros. Pongámosle en manos de la divina Providencia. Lo únicamente seguro es el pre­sente. Llenemos y dominemos el presente y habremos lo­grado todo. Cristo dijo en su sermón de la montaña: «No os inquietéis por el mañana, porque el día de mañana ya tendrá sus propias inquietudes; bástale a cada día su afán» (San Mateo, VI, 34). Cada momento debe ser vivido como si fuera el único, sin inquietudes por el mañana. Dios pro­veerá. Tal es la vida cristiana, entregada por entero a la divina Providencia, dispuesta cada día a abandonar este mundo y que no dispone de pólizas ni de seguros de vida... Esto es vivir litúrgicamente.

*c)* Detallemos en qué consisten estas exigencias de vi­da. ¿Qué es lo que Dios me pide hoy? Sirvámonos de esta comparación: El Padre celestial ha dispuesto que sus hi­jos, los hombres, vivan como peregrinos en este mundo, sufriendo una prueba antes de volver a su Padre. Para que sepan cómo deben portarse durante este viaje, Dios ha colocado dos cosas en su mochila: **1.°** Un reglamento para el viaje, y 2.° un itinerario. El reglamento es idéntico para todos y en cambio el itinerario es especial para cada cual. ¿Qué significado tiene esta comparación? El reglamento de este viaje son los mandamientos de la ley de Dios y los de la Iglesia. Son de obligación para todos. No podemos, pues, tener dudas en cuanto a nuestra manera de portarnos. La conciencia nos dice con exactitud lo que debemos practicar y lo que debemos evitar. Nuestro Señor ha resumido todas estas prescripciones en el gran mandamiento del amor de Dios y del prójimo.

Mas este reglamento no es suficiente para este viaje, puesto que no indica a dónde debe ir cada cual. Por eso nuestro buen Padre celestial da a cada uno de sus hijos unitinerario, en el que se nos señala el camino que se ha de recorrer. Cada uno de estos itinerarios es individual y no hay dos que sean iguales.

Este itinerario no es otra cosa que el género de vida

88 DR. PÍO PARSCH

Particular de cada cual, nuestra vocación, estado, destino, sea rico o pobre, bello o de mal parecer, considerado o despreciado. Hay que recorrer este camino consciente y animosamente y hemos de recibir nuestra suerte como la voluntad de Dios. No busquemos otra vocación. Sería un ardid del demonio el creer despreciable nuestra propia existencia y envidiable la del prójimo, pues quiere, efectivamente, que nos apartemos de nuestro verdadero ca­mino

Dios no distingue entre hombre y hombre; ante El todos somos iguales. No interesa que seamos señores o mendigos. Cualquier criado es a los ojos de Dios exactamente igual que un soberano que se sienta en su trono. Cada uno tiene que andar su camino.

Otra comparación: la vida es como una obra de teatro. Unos hacen de reyes y otros de pobres. Al terminarse la función, el rey se quita la corona y los pobres sus harapos, y luego, a la hora del pago, el que ha representado el papel de rey no recibe por eso más dinero, ni menos el pobre por haber tenido tal desempeño, sino que cada uno queda retribuido conforme a su capacidad, según sus valo­res artísticos. Y pudiera suceder que el que ha hecho de rey no era más que un simple figurante o comparsa, mien­tras que el pobre mendigo podría ser una primera figura.

Lo mismo se portará Dios con nosotros. Cuando caiga el telón de nuestra vida, dejaremos todas las máscaras y vestidos y todos seremos iguales ante Dios. El que mejor haya cumplido su papel durante su vida recibirá su galardón en el cielo.

Tales son las bases de una verdadera formación litúrgica de la vida.

CAPÍTULO V

PROGRAMA MÍNIMO DEL MOVIMIENTO  
LITÚRGICO POPULAR

Vamos a dar aquí un programa mínimo, que, como tal, no podrá contener el ideal deseado, ni dar una solución completa a nuestros problemas y esfuerzos, sino una inicia­ción, soluciones parciales, el destierro de las faltas más abultadas contra el sentido litúrgico, y las primeras piedras sobre las que se podrá continuar la construcción.

Subrayemos ahora una idea importantísima a este res­pecto. El movimiento litúrgico debe crecer de una manera orgánica, lo cual supone un desarrollo gradual. Por ende debe evitarse toda aquella reforma que resulte brusca y llamativa. Hay que contentarse por ahora con vivir una época de transición y de soluciones parciales. Siendo nues­tro movimiento de tipo espiritual no debemos dar especial importancia a los éxitos y a los actos exteriores. El resul­tado exterior es la hechura, el cuerpo que debe crear antes el espíritu. No pocas veces se han quebrantado estos prin­cipios de táctica y más de un fracaso en nuestro movi­miento hay que atribuirlo a este error. No nos hemos preocupado de crear ambientes de transición formulando exigencias demasiado ideales o insistiendo demasiado en lo puramente exterior, sin darnos cuenta de que un cuerpo sin alma es un cadáver.

Este mínimum de programa pretende alcanzar metas importantes y generalmente factibles. Las clasificaremos por materias:

90 DR. PÍO PARSCH

1. *La misa como ofrenda y sacrificio de la comuni­dad.* La misa debe ocupar nuevamente el centro de la vida religiosa y del ministerio pastoral. Para esto, hay que ha­cerla comprender y hacer que los fieles participen en ella.

1. La celebración litúrgica del santo sacrificio de la misa o cualquier tipo de misa comunitaria debe ser intro­ducida en la vida parroquial.

Tres son los tipos de misas comunitarias que se pueden practicar según el progreso litúrgico de una parroquia. La misa dialogada, la misa coral y la misa cantada por el pue­blo. La primera es la forma más simple y fácil de intro­ducir en cada parroquia, *la* última exige una formación más honda y un coro adiestrado. Mas dentro de estas tres formas, existen diversos grados hasta llegar al ideal.

1. La comunión debe distribuirle ordinariamente du­rante la misa. La comunión fuera de la misa debe ser siempre una excepción legitimada solamente por razón del ministerio pastoral. Se debe formar a los fieles en este sentido de modo que lleguen a considerar la comunión como parte importantísima, y aun como una participación propiamente tal del mismo sacrificio.
2. No deben abusar los sacerdotes de las misas de «Requiem». Los fieles tienen derecho a la misa del día. En cuanto sea posible díganse las misas encargadas con el color del día. Hay que hacer comprender a los fieles que la aplicación de la misa por los difuntos no exige necesa­riamente una misa de «Requiem». Y, por fin, hágase re­saltar en la celebración de la misa la importancia del año litúrgico, de tal manera que las misas de Cuaresma, por ejemplo, han de preferirse a las misas del santoral.
3. Durante las misas rezadas o cantadas, no se debe recitar ni cantar oraciones y piezas ajenas a la liturgia. Esto se aplica al rezo del santo Rosario; sin embargo, mientras no se disponga de otra cosa mejor, por ejemplo, de una oración litúrgica o de una misa comunitaria, no conviene privar a los fieles del Rezo del Rosario.

**LA RENOVACION DE LA PARROQUIA... 91**

2. *Rehabilitación de los sacramentos.* Nosotros debemos procurar poner en primer plano los sacramentos cada día más, por ser las fuentes de la vida divina. Cierta-mente, hasta ahora siempre ha habido recepción y administración de los sacramentos, pero en comparación con la vida de piedad subjetiva, no han sido cotizados como se merecen. Solamente el sacramento de la penitencia es el que con más frecuencia se recibe, y tal vez con demasiada frecuencia (1).

1. El bautismo se debiera administrar nuevamente en público, y a ser posible, en presencia de los fieles reunidos en el templo (y no, por consiguiente, en las viviendas). Deberíamos poner una mayor atención en la predicación de este tema y en la administración de este sacramento. El devolver su importancia al bautismo, lo mismo que la re-novación de la gracia bautismal, pertenece a la labor ordinaria pastoral.
2. La confirmación es muchas veces una ceremonia puramente externa. Conviene poner mucho más cuidado en su Preparación y poner más de relieve su aspecto espiritual en cuanto participación del sacerdocio real de Cristo.
3. La extremaunción, con todos los usos y costumbres que le acompañan, debe ser objeto de un cuidado especial. Es preciso que los fieles estén mejor instruidos sobre el uso y contenido de esta. fuente de gracias espirituales y tengan siempre dispuestos los objetos necesarios (mantel, candeleros, cruz y agua bendita). Asimismo se debería restaurar la oración de la recomendación del alma, que en muchas ocasiones se la deja a un lado.

(1) Para la recta interpretación de esta frase, al parecer es-tridente, conviene tener en cuenta dos cosas: a) que muchos usan el sacramento de la penitencia en plan de dirección espiritual; b) que la excesiva importancia dada a este sacramento supone desconocimiento de la eficacia del sacramento de la Eucaristía, uno de cuyos efectos es *perdonar los pecados veniales* (Trid., sess. 13, c. *y* contrarrestar las malas inclinaciones, efectos que muchos cristianos sólo creen propios del sacramento de la penitencia. Razones por las cuales son muchos los que frecuentan más el sacramento de la penitencia. (N. del T.)

92 **DR. PÍO PARSCH**

*d)* El sacramento del matrimonio se ha convertido también en una ceremonia puramente externa. Es necesario que se celebre juntamente con la misa de esponsales y la bendición nupcial.

3. *La predicación al servicio y en el espíritu de la liturgia.*

1. Toda clase de predicación debe orientarse cada día más hacia la liturgia y hacia la educación litúrgica de los fieles.
2. Hay que cuidar más de las instrucciones referen­tes a la misa.
3. Los domingos y fiestas, conforme a la mentalidad del Código de Derecho Canónico, debe leerse en todas las misas el santo evangelio en lengua vulgar y se debe pre­dicar una breve homilía.
4. El sermón u homilía, en cuanto sea posible, se ha de predicar dentro de la misa, puesto que la predicación forma parte *de* la liturgia.
5. Una manera moderna de adoctrinar e instruir cris­tianamente, sería tener una conferencia de Sagrada Escri­tura o de liturgia fuera de la iglesia.
6. La víspera de los domingos y fiestas, los sacerdotes deberían dar una explicación litúrgica preparatoria de los textos de la misa.
7. En el catecismo se debía cuidar más de la educa­ción e instrucción litúrgica de los niños y se podía aprovechar para que los niños comprendieran la celebración de los oficios litúrgicos. El año litúrgico es un catecismo vivo que recuerda continuamente el dogma, la moral y la Biblia.

4. *Las funciones y oraciones de la tarde deben reves­tir una nueva forma.*

a) En lugar de las bendiciones con el Santísimo y en vez de esas otras oraciones monótonas, hay que implantar

LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 93

otros ejercicios que tengan en cuenta el año litúrgico y se   
inspiren en los textos litúrgicos, sobre todo en el breviario.

1. También sería deseable que los fieles pudieran rezar el oficio canónico al menos poco a poco y de una manera apropiada.

Las horas que sobre todo había que rehabilitar son las vísperas y las completas (oraciones de la tarde y de la noche de la Iglesia). Deberíase también tratar de hacer saborear la recitación de los salmos.

1. Una lectura de los relatos bíblicos y de las vidas de los santos, darían más interés a los ejercicios de piedad.

*5. Una familia parroquial viva.*

El párroco debería trabajar más en la organización de su comunidad parroquia' y no tanto en esas organizaciones **y** asociaciones basadas todas sobre un mismo tipo. El párroco es la cabeza de esta familia y la parroquia del Cuerpo místico de Cristo en pequeño. Su organización debería partir de las fuentes bautismales y del altar. Los fieles que tengan verdadero espíritu litúrgico serán sus colaboradores más celosos. Con el fin de lograr la unión de la familia parroquia' hay que crear en cada parroquia una casa o, al menos, un salón parroquia' donde, por medio de conferencias litúrgicas y bíblicas, ensayo de cantos, preparación de los oficios, y, sobre todo, con el fomento de un amor real-mente fraternal, pueda ejercerse una labor efectiva de formación religiosa.

Solamente cuando las parroquias se hayan convertido en células generatrices de vida divina, tendremos comunidades litúrgicas en todo el sentido de la palabra. Pero mientras eso no sea un hecho, el círculo litúrgico, dentro o al lado de la parroquia, no puede representar más que una solución parcial que desde el primer momento debe poner todas sus fuerzas y todo su empeño al desinteresado servicio de la parroquia. .

6. *Dignidad de la casa de Dios.*

La iglesia como hogar de la familia parroquial *y como*

**94 DR. PÍO PARSCH**

teatro de la acción litúrgica deberá estar ordenada con dig­nidad y en conformidad con su destino. No es un museo de pintura, ni de escultura ni de objetos piadosos, sino, ante todo, el lugar destinado al sacrificio ***de*** la comunidad. Fuera todo ese oropel y demás adornos que están fuera de lugar; fuera las flores de papel, las coronas eléctricas y la invasión de cirios ante las imágenes de los santos. Fuera con todos esos objetos, ornamentos y empleos que desdi­cen de la dignidad de la casa de Dios. Y especialmente que se vuelva a conceder al altar, por ser la mesa del sacrifi­cio y el centro de la comunidad, el honor y el lugar que le corresponde.

7. *Cultivo del canto litúrgico.*

1. El canto litúrgico del pueblo, y no solamente de la coral, es un medio esencial de participación activa en los sagrados misterios y debe cultivarse con verdadero celo.
2. Con este fin sería de desear que en cada parroquia se organizara una agrupación de niños o de jóvenes que cultivara el canto litúrgico. Estos podrían situarse durante los oficios entre el altar y el pueblo.
3. En las ciudades (en las catedrales) se podrían tener cursos permanentes para la formación de organistas y di­rectores de coro.

Según la mente de la Santa Sede expresada en sus de­cretos y demás instrucciones, el movimiento litúrgico mu­sical debe ser objeto de gran cuidado y fomentado por las autoridades eclesiásticas.

**CAPÍTULO Vi**

MÉTODO DEL TRABAJO LITÚRGICO

¿Cómo he de empezar? He aquí la pregunta que se hacen a sí mismos los párrocos cuando quieren emprender la tarea de la formación litúrgica de sus fieles. Trataré de exponer un resumen del método formado por una experiencia de más de veinticinco arios.

Más que frases sonoras prefiero ideas claras y decir sencillamente aquello que tengo que decir...

¿Qué se pretende con la labor litúrgica popular? Si se trata, pues, de un método educativo conviene saber antes con claridad lo que queremos enseriar.

1. La liturgia es primeramente la suma de todos los usos y fórmulas que constituyen el culto de la Iglesia. Tal es la liturgia en su acepción más periférica. Este aspecto de la liturgia no hay que perderlo del todo de vista, aun-que tampoco debemos ser meros rubricistas.
2. En el sentido más hondo, la liturgia es el culto de la Iglesia. Con este último sentido pretendemos situar la liturgia en su verdadero lugar. Nuestra religión no es simplemente un edificio filosófico-dogmático, o solamente una institución moral. Es, ante todo, una religión cultural en la que el culto no es un simple apéndice. El culto es para nuestra religión lo que los pulmones y el corazón para nuestro organismo. Restituir a nuestros fieles este culto en toda su plenitud, su profundidad y su eficacia; poner al pueblo en contacto con esta circulación sanguínea, y,

96 ***DR.* PÍO PARSCH**

por consiguiente, hacer que participe activamente en ese culto, tal es el blanco de nuestra tarea litúrgica popular.

Podemos, y es nuestro deber antes que nada, rechazar la objeción de que la liturgia es algo accesorio en la Igle­sia. No escasean los que miran la liturgia como una cosilla sin importancia y dicen que el ministerio pastoral tiene otras cosas más serias que el preocuparse de las rúbricas. Los que así piensan no llegan a dar con el verdadero sen­tido de nuestro movimiento. Tampoco puedo aprobar las teorías de algunos que dicen ser la liturgia un medio más de ejercer el ministerio. Yo, en cambio, afirmo que la liturgiaestá de tal suerte incorporada al organismo de la Iglesia que es un absurdo decir que no es más que uno de esos numerosos medios. Del mismo modo que el cora­zón y los pulmones son algo esencial en el cuerpo humano y sin ellos no hay vida, así la sagrada liturgia es esencial para la vida de la Iglesia. No quisiera caer con esto en el extremo opuesto y decir que fuera de la liturgia no hay en la Iglesia otras cosas que son importantes y esenciales. Si dejáramos a un lado el dogma y la moral faltaría algo que es, sin género de duda, esencial. Nosotros, pues, tra­bajamos por la liturgia en un sentido pleno, como órgano de las relaciones entre Dios y el hombre y como pulmón de la vida de la gracia. Nadie puede decirnos, por lo tan­to, que estamos malgastando nuestras fuerzas en algo se­cundario y accesorio dentro de nuestra religión.

3. He llegado a tocar ahora un punto importante. Tras las formas y los textos litúrgicos se encuentra un espíritu, una disposición, el espíritu de la Iglesia, de la piedad del primitivo cristianismo tan próxima a la piedad de la Biblia y de Cristo. Las formas litúrgicas son un cuerpo habitado por un alma, y esta alma es la actitud objetiva de **la** Iglesia. **A** ésta la hemos ido descubriendo paulatinamente. Ese descubrimiento del camino de la piedad cristiana es uno de los frutos más valiosos del movimiento litúrgico.

Gracias al movimiento litúrgico hemos adquirido nue­vamente conciencia de los grandes tesoros con que cuenta nuestra Madre la Iglesia: el Cuerpo Místico, la vida divina

LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 97

de la gracia, Jesucristo, y el sentido genuino de los sacramentos. Hemos cambiado así nuestra actitud apologética defensiva en una concepción positiva de nuestra religión. Solamente ahora es cuando estamos capacitados para distinguir entre lo esencial y lo puramente accesorio. Ahora podemos decir que poseemos un conocimiento completa-mente nuevo de nuestra Iglesia. Todo esto ha ejercido también una poderosa influencia dentro del ministerio pas-toral. Sabemos ahora que el ministerio tiene como objeto el cuidar la vida de la gracia y que, por (=siguiente, el ministerio debe estar íntimamente unido con la liturgia.

Tal es el tercer punto de nuestro propósito: queremos que la liturgia devuelva al pueblo cristiano la piedad de la Iglesia.

El propósito está bien definido; busquemos ahora el camino que hemos de recorrer, o sea el método.

Visto el fin de nuestra tarea litúrgica pasemos a enumerar los medios, y, por tanto, al método propiamente dicho.

1. *Formación del clero.* Pongamos todo empeño en lo que se refiere a la formación y capacitación litúrgica del clero. Por supuesto que no podría decirse que nuestro movimiento litúrgico se mantiene o se derrumba con el clero, porque entonces ya se habría acabado desde hace mucho tiempo; pero con todo eso el clero es algo esencial para el auge y la prosperidad de nuestro movimiento. Por desgracia no podemos por menos de comprobar que los sacerdotes entrados ya en la vejez se oponen con frecuencia al movimiento litúrgico.

Muchos son los medios de formación litúrgica del clero **y** mucho se ha venido hablando de ellos: las jornadas litúrgicas sacerdotales, los ejercicios espirituales, los retiros **y** las conferencias de pastoral que deberán preferir, ante todo, temas referentes a la verdadera profesión del sacerdote en el mejor sentido de la palabra; las revistas del clero que deberán dar más importancia a la vida y al pensamiento litúrgico; el interesar al episcopado por nuestros esfuerzos, y el ejercer sobre todo nuestra influencia en los

**98 DR. PÍO PARSCH**

seminarios. Mucho esperamos de la joven generación sa­cerdotal y podemos afirmar sin exageración que el tiempo trabaja en favor nuestro. En veinte o treinta años todo el clero será del movimiento litúrgico. Pero sería una tor­peza esperar hasta entonces. Mientras eso llega, los sacer­dotes liturgistas debemos trabajar en la formación del pue­blo cristiano.

1. *¿Parroquia o comunidad litúrgica?* ¿Esta forma­ción litúrgica ha de comenzar en la misma parroquia o fuera de ella? El ideal, respondemos, es y seguirá siendo la parroquia como sede del trabajo litúrgico popular. Sin embargo, habrá que tener en cuenta ciertas necesidades y circunstancias que en muchas ocasiones impondrán otro procedimiento. No faltan párrocos que prohíben toda acti­vidad litúrgica dentro de su feligresía. Por eso una comu­nidad litúrgica que exista con vida propia fuera o al margen de la parroquia, será un medio provisional de ir adelante. En las ciudades en las que hay varias parroquias la comu­nidad o círculo litúrgico podrá desarrollarse bajo la direc­ción de un sacerdote libre del ministerio ordinario y sin que por ello el ministerio parroquial sufra detrimento esen­cial.
2. *La comunidad o círculo litúrgico.* Podríamos dis­tinguir: el *círculo* es una comunidad en sentido amplio, que se reúne sobre todo para tratar seriamente de cuestio­nes litúrgicas y para conferenciar en plan litúrgico. *La co­munidad litúrgica va* más lejos: celebra en común y con regularidad oficios litúrgicos y se entrega a una intensa vida de comunidad.

Aquí abarcamos en un solo concepto de «comunidad litúrgica» al *círculo* y a la *comunidad.*

Con relación al trabajo litúrgico la comunidad tiene más posibilidades que la parroquia. Es más homogénea, puesto que sus miembros proceden de un medio ganado ya para el movimiento litúrgico: pueden éstos trabajar con más intensidad y sin compromisos, mientras que la parro­quia ha de contar siempre con feligreses de distinta opi-

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 99**

nión. La comunidad litúrgica puede convertirse gradual-mente en una comunidad ideal, puede practicar la liturgia ceo más perfección y hacer de ella su norma de vida. Un ejemplo de todo esto que hablamos lo tengo en la comunidad de Santa Gertrudis de Klosterneuburg, que me sirve al mismo tiempo de terreno de experiencias para mis estudios de liturgia popular. Esta comunidad, fundada en 1919, me ha mostrado las posibilidades, los límites y las dificultades de la formación litúrgica de la mayor parte de los cristianos actuales.

Cuatro son los elementos que deben concurrir para for-mar una comunidad litúrgica: 1, un sacerdote entregado totalmente a esa labor. 2, reuniones fijas que a la vez sirvan para profundizar y cultivar el espíritu de comunidad. 3, la celebración regular y litúrgica de los oficios. 4, un local común en el que se realicen todas estas actividades.

Los miembros de la comunidad pueden pertenecer a cualquier condición social, edad y sexo. El elemento joven es sumamente importante, puesto que sin él se correría peligro de envejecimiento. La vida y el impulso los da la juventud. Al hacerse más numerosa la comunidad se impone la necesidad de formar distintos grupos. La mitad de los trescientos cincuenta miembros de Santa Gertrudis son jóvenes. Entre toda la comunidad formamos siete grupos: hombres, mujeres, solteras mayores, jóvenes de ambos se-xos, muchachos y niños. Cada grupo tiene sus reuniones particulares con miras a la formación de sus miembros; pero cuando se trata de oficios, conferencias bíblicas, re-uniones familiares y otras cosas por el estilo, entonces se juntan todos. Naturalmente son más frecuentes las reuniones de los grupos juveniles y precisan de mayor cuidado que los grupos de adultos. El sacerdote director verá lo que cuesta armonizar los intereses de los diversos grupos con los de todos. Este sacerdote ha de ser el director, el maestro y el padre de todos, cosa que muchas veces resulta dificilísima. Su lema ha de ser el de San Pablo: **«**Me

100 DR. PÍO PARSCH

he hecho todo para todos». La comunidad litúrgica debe estar formada siempre por una agrupación de selectos y nunca debe convertirse en un movimiento masivo.

El punto cumbre de la actividad de esta comunidad litúrgica es la celebración de la misa en todas las festivi­dades y tiempos del año litúrgico con una participación lo más activa posible. En esa misa se reúne toda la familia litúrgica distribuida según sus diversos grupos. ¡Dichosa la comunidad que dispone de una capilla a propósito en la que pueda celebrar su culto según sus conveniencias y sin trabas!

Es igualmente de suma importancia el «hogar» de la comunidad en el que pueda desarrollarse plenamente la vida comunitaria. El «hogar» de Santa Gertrudis respon­de a todas las exigencias: un gran salón en el que pueden celebrar el «ágape» doscientas personas, y otras salitas para las reuniones de los diversos grupos. Por supuesto que no son únicamente santos los que se reúnen en el «hogar» y que pueden apreciarse también allí debilidades y defectos. A pesar de todo, es aquella una familia divina, un Cuerpo místico de Cristo en pequeño, donde se practica mucho el bien, se ora mucho y donde se realiza una sólida labor religiosa y litúrgica.

Creo que sería de gran utilidad en todas las grandes poblaciones el constituir tales comunidades, porque podrá servir de modelos a las parroquias, y porque muchos sa­cerdotes y seglares podrían aprender de ellas. Los miem­bros de estas comunidades podrían ser en el futuro la levadura de la labor litúrgica en las parroquias.

4. *La parroquia litúrgica.* La parroquia ha de seguir siendo nuestro ideal en cuanto que es la célula de la litur­gia al alcance del pueblo cristiano. La marcha de la labor litúrgica en la parroquia ha de ser más lenta. El párroco ha de tener en cuenta los fieles que carecen de formación litúrgica y ha de respetar también las tradiciones. Sería arriesgado el proceder de una manera demasiado radical. Su labor, en este caso, resultaría más nociva que útil. El método de la labor litúrgica en las parroquias será, pues,

**a** base de un proceso lento y gradual, sin tanteos, sin quitar lo antiguo mientras no se haya reemplazado con algo mejor, ateniéndose a lo bueno que exista y respetando la tradición.

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 101**

El párroco nunca debe Perder de vista la finalidad del renacimiento litúrgico y en la consecución de esta finalidad ha de contar con soluciones parciales. Ha de contar también con fuertes resistencias, y por eso deberá trabajar con una dulce tenacidad. No deja de tener importancia para el párroco el recordar que él es el guía de su parroquia, que la liturgia es su obra propia, su primer deber de esta-do. El párroco tiene que partir a su comunidad el doble pan de la doctrina y de la sagrada Eucaristía. En ninguna ocasión ostenta el sacerdote más dignidad que cuando celebra en el altar el sacrificio de la comunidad con su familia parroquial. Su tarea consistirá, por tanto, en dar a su pueblo los mayores bienes de la religión, la misa y los sacramentos. El es «el dispensador de los divinos misterios» (1 A los de Corinto, 4, 1). Como pastor de las almas debe dar en primer lugar a los suyos la vida sobrenatural de la gracia, mantenerla y desarrollarla. Tal es el objeto de su paternidad espiritual. Mas no tendrá en esto éxito si no se vale de la liturgia.

Para iniciar su labor litúrgica en el pueblo necesita el párroco un núcleo que llamaríamos de auxiliares litúrgicos. La masa del pueblo suele ser las más de las veces amorfa y muy poco activa. Ha de formar de tal modo este núcleo que no se concentre sobre sí mismo sino que se despliegue lo rnás apostólicamente posible, constituyendo al propio tiempo la corte del párroco en todas sus funciones litúrgicas. Ante todo les debe enseñar a orar, pensar y vivir litúrgicamente; con ellos también debe ensayar las funciones litúrgicas y valerse de su ayuda cuando trate de introducir, por ejemplo, la misa dialogada u otros ejercicios de piedad parroquiales. La schola de cantores podrá formarse a base de ese núcleo, así como también los lectores, los encargados del orden y los distribuidores de los textos. En la parroquia de San Pablo de Múnich existe un ejem-

102 **DR. PIO PARSCH**

plo clásico de esta comunidad de auxiliares. Y otra cosa: comience el párroco con su gente joven, y sobre todo con los niños. Son muchas las parroquias en las que la misa dialogada con cantos ha venido celebrándose primeramente con los niños del catecismo, convirtiéndose después fácil­mente en acto cultural de toda la parroquia.

El párroco ha de formar de una manera metódica a su feligresía en la vida y oficios litúrgicos, y utilizar, con este fin, todos los medios del ministerio. La liturgia es una disposición *de* espíritu que no puede separarse de la pie­dad y del ministerio pastoral.

Sobre tres puntos quiero ahora hacer hincapié por ser particularmente importantes para la formación litúrgica: las semanas litúrgicas, las conferencias litúrgicas y los ofi­cios comunitarios.

a) *Semana litúrgica.* Consiste ésta en predicar duran­te una semana sobre temas litúrgicos *y* en tener al mismo tiempo ensayos litúrgicos, cuyo colofón sería una misa co­munitaria. Estas semanas litúrgicas pueden tener doble fi­nalidad: o bien pueden ser una primera pulsación en vistas a la formación litúrgica de una parroquia que, con esta ocasión, puede interesarse en este movimiento y ser invi­tada a participar en las conferencias litúrgicas y en los oficios de la comunidad, o bien, una de estas semanas puede hacer también que una parroquia ya formada enraíce más en el movimiento litúrgico y se prepare a un período litúrgico determinado, por ejemplo a la Semana Santa. Naturalmente, la celebración de una semana litúrgi­ca da margen a diversas posibilidades. Muchas han sido las semanas litúrgicas que hemos organizado y hemos experimentado que, en general, los fieles las acogen con gra­titud. Es este un ejercicio que se ha venido descuidando casi en todas partes y que para la mayoría es una novedad y se mira como una revelación. «¿Por qué no se nos ha hablado de esto antes?», se oye decir con frecuencia. Las semanas, como introducción a la vida litúrgica, ejercen siempre una poderosa influencia en los fieles, aunque hay que reconocer que, si el párroco no mantiene el fuego con

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 103**

celo, fácilmente se aminorará después de la primera sema­na el entusiasmo del principio. Más de un sacerdote creyó haber hecho todo con una semana litúrgica que había en­cargado a un sacerdote de fuera. Y por eso, al poco tiem­po, se fué olvidando todo. Con una semana litúrgica no se pretende más que ponerse en contacto con la feligresía con miras a una ulterior formación litúrgica. Por el momento es preciso implantar conferencias litúrgicas y oficios comu­nitarios que proseguirán la obra comenzada. Debido a las diversas decepciones que hemos tenido que experimentar en este terreno, nos hemos decidido a no dar ninguna se­mana litúrgica si no se cumplen estas dos condiciones: **I,** cierta preparación consistente en la creación de una schola y de un grupo de auxiliares. Para sostener la obra se necesita una base. 2, garantía de que se ha de continuar después la labor litúrgica.

Todo esto me lo imagino así: el párroco invita a los selectos de su Parroquia y les expone su plan de organizar la parroquia dentro del espíritu litúrgico. Comenzará con unas conferencias que sirvan de introducción al año litúr­gico y a la vida de unión con la Iglesia. Reunirá un grupo de cantores y les meterá el gusto por los cantos litúrgicos. Cuando vea que el terreno está ya dispuesto invitará a otro sacerdote para que dé la semana litúrgica.

¿Cuáles son los temas que se han de tratar en esta se­mana? Hay diversas maneras de proceder. Mi consejo es que no se pierda el tiempo exponiendo la liturgia teó­ricamente, sino ir lo antes posible al vivo de la cuestión. Después de una conferencia introductoria sobre lo que es la liturgia, yo dedicaría seis o siete de las principales con­ferencias a la misa. La santa misa es el eje de la liturgia y es una cosa desconocida de la mayoría de los cristianos. Terminada la conferencia de la tarde, que tendrá lugar en la iglesia o en un salón, se podría hacer inmediatamente un ensayo de la misa comunitaria. También se podría terminar con un ejercicio de piedad litúrgica, como por ejemplo, las completas. Durante la semana litúrgica no sería imposible el celebrar por la mañana una misa comu‑

**104 DR. PÍOPARSCH**

nitaria con homilía con tal de que el grupo de auxiliares esté ya preparado. El colofón de la semana litúrgica con­sistirá, como ya hemos dicho, en un verdadero acontecimiento. Lo que se pre­tende, pues, con la semana litúrgica es que la parroquia se familiarice con las ideas litúrgicas y sobre todo con la santa misa tomando parte en su celebración.

Una semana litúrgica puede proporcionar óptimos ser­vicios incluso en una parroquia avanzada ya en el movimiento litúrgico. Los iniciados se afianzará y se despertará el interés del resto de los fieles. Conozco comunidades y parroquias dirigidas litúrgicamente que celebran todos los años una semana litúrgica. En bastantes partes se han hecho asimismo ensayos para dar un matiz litúrgico incluso a las misiones.

Donde una semana litúrgica tropiece con dificultades, limítese el párroco a dar una serie de instrucciones sobre la misa, ya de una vez, ya cada domingo. También Podrían aprovecharse los sermones de Cuaresma y de mayo para darles una orientación litúrgica. Estoy convencido de que tendría su importancia el dar en cada iglesia un ciclo de sermones sobre la misa. Mucho se suele predicar, pero casi nunca sobre la misa.

b) *La**conferencia litúrgica.* El punto de partida de la formación litúrgica en la parroquia debe ser la semana litúrgica. Es necesario proseguir esta labor por medio de conferencias dadas de un modo regular por la tarde, y mejor que en la iglesia en el «hogar parroquial». De ahí la necesidad, para el apostolado moderno, de un «hogar» parroquial. El templo no resulta apropiado para tales ac­tividades; en cambio, en el «hogar parroquial» los fieles cultivarán el espíritu de comunidad, porque el alma de la liturgia es la comunidad en la oración, en la celebración de los oficios y en el trato mutuo. La liturgia debe hacer de la feligresía una familia parroquial viviente.

La conferencia litúrgica contribuirá enormemente a im­buir la parroquia en el espíritu litúrgico. ¿Cuál es el modo

|  |  |  |
| --- | --- | --- |
|  |  |  |

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA. .** 105

de dar esta instrucción o conferencia litúrgica? Existen varios. Propongo el siguiente: hay que ambientar y organizar litúrgicamente la misma conferencia, comenzando con una especie de «Introito» que sea un canto apropiado, para terminar con una oración litúrgica, Completas, por ejemplo. Lo que es propiamente conferencia no debe ex-ceder los cincuenta minutos y estará dividida en dos par-tes. La primera dedicada a un tema determinado que se continuará en sucesivas conferencias y que puede versar sobre la santa misa, los sacramentos, la Iglesia, el bre-viario, y más tarde, sobre la lectura de la santa Biblia, puesto que en todo esto se suele formar el espíritu litúrgico.

En la segunda parte se tratará del ciclo litúrgico, y enprimer lugar de la liturgia del domingo siguiente. Importa mucho impulsar a los fieles en cada conferencia a vivir dentro del espíritu del tiempo litúrgico. Para esto puede servirse del misal o de los textos de la misa. De ese modo aprenderán a celebrar bien el día del Señor. Los domingos son el nervio del año litúrgico. Este llevar a los fieles a vivir con su Madre la Iglesia es la mejor introducción a la liturgia. Habrá veces que, como antes de las grandes fiestas, habrá que suprimir la primera parte de la conferencia, puesto que la preparación al ciclo litúrgico ocupará la hora entera. Aprovechando estas conferencias o después de las mismas, conviene tener ensayos de los cantos que se han de interpretar en los oficios. Para las grandes solemnidades es preciso invitar a los ensayos a toda la parroquia.

Por supuesto, en las conferencias ordinarias sólo aparecerán los que tienen verdadero interés, y de este modo se encontrará reunida la comunidad litúrgica que constituye la base del apostolado litúrgico parroquial.

c) *Oficios comunitarios.* La liturgia debe llevarse a la práctica lo antes posible. No hay, pues, cultivo de la liturgia sin oficios celebrados en común. Hay que hacer que los fieles participen lo más activamente posible en los oficios, sobre todo en la santa misa. El párroco, por tanto,

**106 DR. PÍO PARSCH**

procure llegar cuanto antes a celebrar la misa comunita­ria, que será, a su vez, la mejor preparación para com­prender debidamente la misa.

¿Qué camino ha de seguir y qué clase de misa comu­nitaria debe preferir? También aquí todos los caminos van a Roma. Yo aconsejaría el siguiente método:

Empezar con los niños. En muchas parroquias se suele decir los jueves y domingos una misa para los niños. Puede empezar el párroco por una misa dialogada y con cantos. Aproveche la catequesis para que los niños apren­dan a rezar las oraciones y ensayen los cantos. Pronto se empezará a notar que las personas mayores gustan de participar en esta clase de misas.

No tardará en llegar el día, y más después de una se­mana litúrgica, en que la misa de los adultos pueda dialogarse y cantarse. Quizás no sea prudente comenzar inme­diatamente por convertir la misa solemne parroquial en esta misa dialogada y con cantos, porque el espíritu tra­dicionalista de muchos feligreses suele ser hostil a tales novedades. Aunque, por otra parte, tampoco sería aconse­jable celebrar esta misa dialogada y cantada solamente una vez al mes, porque nunca se llegaría a imponer. Al párro­co toca ir superando con tacto y con firmeza la resisten­cia que aparecerá por doquier. De cuando en cuando será necesaria una palabra zanjante. Cada parroquia debe llegar a celebrar todos los domingos una misa dialogada con cantos.

Quizá no habría gran dificultad en pasar de la misa que se canta habitualmente a la dialogada-cantada procediendo del siguiente modo: ante todo liberar a la misa cantada de todos esos cantos que le son ajenos, es decir, hacer que se ejecuten otros que sigan el proceso de la misa. Predique el párroco un día sobre el «Padre nuestro» haciendo ver la belleza, profundidad y santidad de esta oración y cómo ocupa dentro de la misa el lugar más hermoso, engarzada como piedra preciosa entre la Consagración y la Comu­nión. Es la oración de los hijos de Dios reunidos en torno a la Mesa del Señor. Y seguirá diciendo: «vamos a rezar

LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA.- **107**

ahora en esta misa lentamente, todos juntos con el sacer­dote, esta oración». Comiéncela un cantor u otra persona **y** sigan rezándola los demás fieles despacio, frase por frase. sin añadir el «Ave María». Esto ha de gustar a los fieles; después se seguirá esta costumbre. Otro día predique el párroco sobre el *Credo,* haciendo ver que no se trata sola­mente de una oración, sino de una profesión de fe, la más hermosa que puede hacerse durante la misa del domingo; ese día la decimos de boca, mas en el curso de la semana la debemos poner en práctica. Invite luego el párroco a los fieles a que la digan todos juntos y de pie en la próxima misa.

Ya hemos recorrido dos etapas de la participación ac­tiva. Lentamente, y sin precipitación, así es como debemos avanzar. Después vendrán las respuestas breves en latín: el *amén,* que significa sí. así sea; o bien el *Dominus vobiscum.* Estas respuestas nos están invitando justamente a la participación activa. Hay que hacer pronunciar a los fieles realmente en voz alta estas respuestas y que las can­ten en las misas solemnes. De esta suerte la misa cantada se convierte de una vez en misa dialogado-cantada. Y po­demos proseguir en este camino.

Se debe cuidar de que los tres principales personajes, sacerdote, cantor y organista estén perfectamente conve­nidos y que los asistentes canten con mucha unión; de este modo la misa pronto se irá haciendo popular y enraizando entre los fieles.

La misa dialogado-cantada no debe constituir en la parroquia simplemente la etapa inicial de la participación activa, sino que tiene que convertirse en algo permanente. Al párroco toca decidir si las demás formas de misas co­munitarias, como las cantadas por un coro o una masa popular, deben entrar en vigor, pero con todo eso creemos que la misa dialogado-cantada es accesible y se aviene per­fectamente con la misa cantada ordinaria y llegará a im­ponerse con el tiempo todos los días. Sabemos de parro­quias en las que ha desaparecido por completo la misa re-

**108 DR. PÍO PARSCH**

zada y ha sido reemplazada por una misa comunitaria aun los días de entre semana.

No queremos decir con esto que no haya que cultivar los coros populares. Precisamente la educación litúrgica de una feligresía conducirá ciertamente a la creación de un coro. La creación y cultivo de una coral son el corona­miento y remate de la formación litúrgica. Somos contra­rios a la creación de un coro para iniciar la labor. Es pre­ciso que el pueblo conozca los textos litúrgicos en su len­gua vulgar, y cuando su formación sea bastante lograda podrá ya pasar a cantar los textos litúrgicos en latín.

Cierto que la duración de semejante evolución variará más o menos, pero nunca hay que limitarse a ciertos ele­mentos más preparados sin tener en cuenta la masa. En muchas parroquias el canto coral, aun después de bastante tiempo, seguirá siendo el manjar extraordinario del que no convendrá hartarse. Hablo por experiencia y sin temor al descontento de los que sólo admiten el canto ejecutado por una schola o coro. En esta cuestión lo mejor sería enemi­go de lo bueno.

Hace ya tiempo un liturgista suscitó una polémica con­tra la misa dialogado-cantada que, según él, es un estado intermedio inútil para llegar al canto coral. ¿Por qué no lanzarse a fondo y por qué contentarse con medias tintas? Respondemos a esto diciendo solamente que ese individuo no conoce lo que hay tras las paredes de su convento ni la realidad parroquial. Lo afirmo claramente: el canto coral sin una educación litúrgica sólida e imprescindible de los fieles no durará mucho y se darán casos de enormes de­cepciones. La labor litúrgica no pretende encender fuegos fatuos, sino duraderos. Sin embargo de esto, el canto coral es el remate del edificio construido sobre la roca.

Para pasar de la misa dialogada y con cantos a la misa cantada por el pueblo, ¿habría que pasar antes por la misa cantada por el coro? En esto hay gran variedad de parece­res y es imposible lanzar un juicio definitivo. Por mi parte creo que una misa con cantos y con lecturas en lengua vulgar sería la mejor solución para la mayoría de las pa-

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 109

rroquias reducidas. De otro modo difícilmente llegaríamos a conseguir la participación activa de los fieles.

1. *Celebración del Año Litúrgico.* Las semanas litúrgicas, las conferencias y las misas comunitarias son los tres medios más importantes de la formación litúrgica. A con­tinuación el párroco ha de echar mano de todos los medios para que su feligresía viva plena y dignamente el Año Li­túrgico con sus manifestaciones, sus fiestas, sus ciclos y su desarrollo. Agote todas las posibilidades que ofrece el Año Litúrgico y que pueden ser utilísimas para el ministerio pas­toral. No necesito detallarlas; cada tiempo litúrgico tiene su mística, sus oraciones, su ornamentación, sus costum­bres eclesiásticas y populares. El párroco ha de proceder según un plan, sin romper con la tradición, sin engurgitar a los feligreses y sin lanzarse a locas experiencias. Ha de proceder por etapas para que los fieles vayan progresan­do gradualmente. Cada año un paso más, de suerte que. en la vida de la parroquia, se vayan reflejando más y más los esfuerzos de la labor litúrgica. El altar será el eje, y el sacrificio de la misa el punto culminante del culto divino. Por eso tenga constante preocupación en su ministerio por la preparación de sus fieles al sacrificio de la misa. La pa­rroquia debe ser la casa central de la oración y donde la comunidad de los fieles debe participar de la vida oracio­nal de la Iglesia. Los sacramentos son la gran fuente de la vida de la gracia y de ahí que deban jugar un papel im­portantísimo en el cultivo de las almas. Vea, por ejemplo, cómo puede hacer revivir el espíritu del bautismo y culti­var la conciencia de ese sacramento entre sus feligreses. En una palabra, el párroco ha de trabajar por el floreci­miento de la vida litúrgica y por una vida de más unión con la Iglesia en su parroquia.
2. *Apostolado de la prensa.* El apostolado de la pren­sa con vistas a una mayor comprensión de la liturgia por parte del pueblo cristiano tiene una importancia singular. Siendo para los fieles la lengua litúrgica una lengua extra­ña, precisamos textos apropiados para todas las funciones

**110 DR. PÍO PARSCH**

litúrgicas. La liturgia en el correr de los siglos ha venido a resultar enigmática para los cristianos, y por eso necesitan explicaciones, sobre todo de la misa, para que así se fami­liaricen con su contenido y sus ceremonias.

Para terminar añadiremos algunas reglas de carácter general referentes al método de la labor litúrgica.

a) La formación litúrgica de nuestros fieles requiere gran paciencia, y por eso hay que ir despacio. Hagámonos cargo de que el abandono que ha sufrido el espíritu litúr­gico es multisecular y no puede recobrarse en poco tiempo. En las parroquias se impone sobre todo un trabajo más lento y a largo plazo, porque el exceso de celo ha sido en ocasiones perjudicial.

*h)* Lo que vivifica no es la letra, sino el espíritu. Lo puramente exterior de la sagrada liturgia es su cuerpo, y el alma no es otra cosa que el espíritu litúrgico. El cuerpo de la liturgia sin su alma es un metal sonoro y una cam­pana que repica. Más de un párroco se figuró que ya había hecho bastante introduciendo la misa cantada por los co­ros. Pronto se llevó una decepción. Para saturar una feli­gresía del espíritu litúrgico se requieren muchos años y hasta la vida entera del sacerdote.

1. No hay que hacer desaparecer ni suprimir nada mientras no se disponga de otra cosa mejor. Así, por ejem­plo, mientras los fieles no hayan aprendido bien a seguir la misa, no se les debe privar del rezo del rosario durante ella. Hasta llegar al ideal se necesitará mucho tiempo, y muchas veces habrá que atenerse a compromisos y contar con soluciones parciales. Por eso en una parroquia nunca hay que proceder de una manera drástica. Debemos intentarlo todo, pero poco a poco.
2. Empalmemos nuestra reforma con lo ya existente En todas las parroquias se encuentran todavía restos litúrgicos aprovechables. El pueblo suele tener mucho sentido litúrgico. Puede afirmarse que el alma es litúrgica por naturaleza. Unamos nuestras iniciativas, sobre todo, a las costumbres populares y familiares, en las que quedan aún

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 111**

bastantes elementos de espíritu litúrgico. Las costumbres populares están inspiradas casi todas en la liturgia. El gran amor a las creaturas que palpita en la liturgia nos propor­cionará aun hoy día muchos puntos de contacto. Estudie­mos el lado sensible de nuestra parroquia: la gente de aldea ama la naturaleza, la gente de la ciudad tiene el sentido de la belleza, las mujeres son propensas al misticismo y los hombres a lo enérgico.

Estas son mis ideas para poner la liturgia al alcance del pueblo. Vuelvo a repetirlo: la práctica está por enci­ma de la teoría. Ciertamente las experiencias ajenas pueden ser una lección, pero lo mejor es que uno mismo se lance animosamente a trabajar. Enseñando aprende uno más. No desanimarse si los éxitos son mínimos. Todo lo grande ha sido pequeño. Formémonos nosotros mismos para poder guiar bien a los demás, y con esto nos veremos pronto rodeados de un grupo selecto con el que podremos ganar a todo el pueblo trabajando tenazmente.

CAPÍTULO VII

FACTORES PSICOLÓGICOS

El culto divino de nuestras iglesias ha pasado por una época de abandono en su forma y en su celebración. De­bida a una vieja costumbre se ha venido celebrando la san­ta misa como misa solemne, cantada o rezada. Los fieles solían asistir al culto porque así se venía haciendo... y el párroco no se preocupaba de saber si esos fieles entendían algo, si tomaban parte y si sentían o no gusto en los divi­nos oficios. Cuando la ceremonia reclamaba un máximum de solemnidad se hacía traer coro y orquesta procurando que la misa durara lo más posible.

Ciertamente los oficios divinos católicos, de cualquier tipo que sean, son, ante todo, un acto cultual tributado a Dios, y de suyo es indiferente que agrade a los fieles y que a esos mismos fieles les guste o les moleste tomar parte de él. Primero Dios. Mas ¿quién ignora que el culto tiene sus valores formativos y pastorales? Quizás se haya reparado muy poco en esto anteriormente. La misa, en particular, ha estado totalmente al margen de las inquie­tudes pastorales y ha sido bien poca cosa lo que los sacer­dotes han trabajado para hacerla comprensible y favorecer la participación activa de los fieles en la misma. Nadie se había creído en la obligación ni se había impuesto el cui­dado de formar al pueblo en este sentido.

Ahora han cambiado las cosas. El movimiento litúr­gico vuelve a colocar a la santa misa en el centro. Para él

**114 DR. PÍO PARSCH**

la misa no sólo es adoración, sino que tiene además un gran valor pastoral: se esfuerza por llevar a los fieles a la inteligencia de la misa y a la participación activa. Además nuestro movimiento litúrgico sugiere ideas e iniciativas del todo nuevas para los párrocos y de las que hasta hoy se ha venido haciendo muy poco caso. Estas ideas pertenecen al terreno psicológico. Hoy día ya se van convenciendo los sacerdotes de que no está todo en tener un culto lo más solemne posible, misas con mucho ruido, un mar de velas y de luces, muchas exposiciones del Santísimo y una gran concurrencia, etc., etc. Más bien buscan el modo de orga­nizar un culto al alcance y a propósito para la participación activa de los fieles de suerte que se compenetren íntimamente con el misterio litúrgico y puedan sacar mayor fruto para sus almas.

¿Cuáles son, pues, los factores psicológicos que favorecen el culto divino? Tal vez sea mejor que empecemos enumerando los factores negativos que hacen antipático ese culto. Esto nos impresionará más. ¿Qué es lo que más impide a un cristiano de tipo medio el sacar fruto de nues­tros cultos? Sigámosle desde que entra en el templo. Acaba de empezar una gran misa polifónica. Se coloca atrás y se sienta en un banco en actitud pasiva. Podemos suponer fácilmente el estado de ánimo de este buen hombre. Em­pieza por mirar y acomodarse en el lugar donde se encuentra. ¿Qué es lo que le choca de momento? Que hace frío en la iglesia, que no está bien ventilada, que hay corrientes de aire, que no ve nada el altar, que el sacerdote está tan distanciado que apenas se le distingue. Empieza ya la misa. El coro interpreta una misa cualquiera. Al principio la música polifónica le produce cierta impresión, incluso le agrada. Puede ser que hasta le haga orar. No ha llevado el devocionario; se contenta con rezar las oraciones que conoce, el «Padre nuestro», el «Credo...», pero, poco a poco, se va aburriendo. El «Gloria» no termina nunca. El «Credo» lo mismo... No comprende ni una pa­labra de lo que se canta en el coro ni de lo que se reza en el altar porque está todo en latín. Ya no le interesa

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 115**

nada de aquello. ¡Si al menos pudiera él también cantarcomo en una misa con cánticos...! Toda esta función dura una hora. Resulta largo y a los quince minutos ya no sabe en qué pensar y qué rezar... El aburrimiento da al traste con su satisfacción de participar en el culto. Peor todavía *es* el recuerdo de este aburrimiento porque va unido al objeto en sí, es decir, al culto divino, y el hombre ha cogido tal antipatía a ese culto que cada día se encuentra más alejado de él.

Creo que nosotros, los sacerdotes, no hemos tenido en cuenta suficientemente los factores psicológicos. Pensemos en los grupos de jovencitos que van saliendo cada año de la escuela. Tienen que asistir a esta clase de cultos, pero con frecuencia el imperativo del deber no es lo suficiente­mente fuerte para superar estos factores negativos. Abun­dan los que poco a poco van dejando la misa dominical, se hacen a una vida fría y terminan por no practicar. Y nosotros, ante esto, debemos decir «mea culpa» porque en parte, somos causantes de que no les hayamos hecho agradables y atrayentes nuestros cultos.

Dejemos estos panoramas sombríos y pasemos ya a enumerar los factores psicológicos positivos. No vamos a hacer una descripción exhaustiva y por eso pondremos so­lamente algunos de ellos.

a) En primer lugar está el *lenguaje.* ¡Cómo vibra el alma cuando cantamos o rezamos en nuestra lengua ma­terna! El latín, como lengua eclesiástica, tiene sus pros y sus contras. Lejos estamos de querer revelarnos contra la autoridad de la Iglesia puesto que a Ella, y no a nosotros, toca determinar.

El especialista tiene el deber, querido por Dios, de crear las condiciones indispensables para la legislación. Quizás en épocas pasadas se exageraron muchos las ventajas del latín eclesiástico y se miraron muy poco sus inconvenien­tes. Creo que ya es hora de examinar también los incon­venientes. ¡Cuántos cristianos por culpa de la lengua ecle­siástica, extraña por completo para ellos, han dejado de comprender la liturgia, el culto y hasta su religión! En esto

**116 DR. PÍO PARSCH**

tengo a mi favor a S. Pablo, que declaró con ocasión de una discusión entre los que hablaban otros idiomas (ex­táticos) y los que profetizaban en los suyos (proféticos): «En la iglesia prefiero hablar diez palabras con sentido para instruir a otros, a decir diez mil palabras en lengua» (1.a a los Corintios, 14-19).

Así, pues, el culto divino en la lengua nativa, adaptado al ambiente del país y a su música, es un factor psicológico positivo. Como apóstol de la liturgia popular durante trein­ta años he estudiado y señalado los medios que pueden satisfacer esta exigencia psicológica. La misa dialogada y con cantos es uno de estos medios. En ella puede cual­quier cristiano orar, cantar y escuchar en su lengua.

1. Un segundo factor lo constituye *la participación.* El hombre moderno debe ser capaz de cooperar si la cosa lo merece. Esta exigencia de la actividad, de la participa ción activa, está psicológicamente justificada. Puede com­probarse esto en los jóvenes y en los niños. Cuando ayu­dan a misa o actúan de cualquier otra manera en el culto van con gusto; pero si han de quedar descartados entonces no les atrae el culto divino.

Sostengo que estos dos factores, inteligencia y coope­ración, bastarían por sí solos para renovar fundamental­mente en el culto católico. Surgiría en muy poco tiempo en las parroquias una nueva vida religiosa.

1. El tercer factor lo forman los *sentidos.* La vista, el oído, deben experimentar una influencia psicológicamente favorable. El movimiento litúrgico considera al culto divi­no como un drama sacro; la iglesia es el escenario de un santo acontecimiento. ¡Cuántos factores psicológicos ema­narían de esta idea si se la explotara lógicamente! Los fieles gustarían de ir a una iglesia en la que, además de encontrar una temperatura agradable y una decoración de buen gusto, se ofreciera a su vista, oído y gusto alguna cosa emotiva.
2. Un último factor. Las costumbres laudables, *los usos,* y el sentimiento patriótico contribuirán notablemente

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 117**

a que los fieles acudan al templo de buen grado. Cada época tiene su música, sus costumbres religiosas y popu­lares, sus gustos, en una palabra todo lo que el Año Li­túrgico trae consigo en sus fiestas y solemnidades. Hay que cultivar todo esto con amor, hay que enseñarlo y ex­plicarlo. Es un reactivo contra el tedio. Mientras que el recuerdo de un culto soporífero se nos hace odioso, el de una bella costumbre litúrgica acompaña al cristiano duran­te toda su vida y le vuelve a atraer. La iglesia debe ser un «hogar» tan íntimo, tan cordial, como la misma casa paterna, y, por eso, el párroco debe hacer todo lo que esté de su parte para que el amor a este «hogar» penetre enel corazón de los fieles.

**TERCERA PARTE**

**EL SACERDOTE EN EL MOVIMIENTO LITÚRGICO**

**CAPITULO I***EL SACERDOTE Y LA LITURGIA*

El párroco es el pastor de su comunidad; anuncia a sus fieles el mensaje evangélico y la voluntad divina. Con todo no sería completa la imagen del pastor de las almas **si** no le consideráramos como sacerdote y como liturgo. **Por** eso voy ahora a tratar este tema ateniéndome a los puntos siguientes:

1. Quiero, primeramente, hacer un paralelo entre los dos conceptos *de* sacerdocio y de liturgia, que, si bien podría suponerlos conocidos, con todo eso hay que dejarlos sólidamente asentados por ser la base y el pedestal del asunto que tratamos.
2. Inmediatamente expondré las relaciones del minis­terio con la liturgia, y
3. por fin, señalaré los deberes que tiene un pastor de *almas* como liturgo.

**1.** *Liturgia y sacerdocio.*

a) ¿Qué es la liturgia? Hoy día la palabra liturgia, movimiento litúrgico, renacimiento litúrgico, está en boca de todos, pero ciertamente no se tiene de ella sino una idea bastante vaga. Su concepto cabal es de muy pocos. Prime­ramente expliquemos esa palabra: Liturgia viene del grie­go *leiton ergon,* es decir, servicio del pueblo, empleo pú­blico. Y con esto hemos llegado a la explicación del objeto

122 **DR. PÍo PARSCH**

designado con este nombre, que, sin embargo, no es más que una definición provisional: la liturgia es el culto divino oficial de la Iglesia.

Esta expresión: *culto divino,* no llega a agotar entera­mente el concepto de liturgia; le expone a uno a engañarse, porque parece dar a entender que la liturgia no es más que una cosa humana, un servicio que realiza la Iglesia para con Dios. La liturgia es también un servicio de Dios para con el hombre. La liturgia no es solamente un deber del hombre, sino que es también una acción de Dios. En la liturgia existe un doble aspecto, humano y divino. No es sola la humanidad congregada en la Iglesia la que actúa en la liturgia, sino que es Dios también quien en la litur­gia hace derivar la corriente de sus gracias sobre los miem­bros de la Iglesia. En el aspecto humano la liturgia es el servicio que se realiza en la corte del Rey divino. En toda sociedad existe un protocolo. La Iglesia, nuestra Madre, nos enseña este ceremonial o la practica por nosotros, y la liturgia nos enseña ese divino servicio determinado por Dios.

En el aspecto divino, la liturgia es una acción de Dios, es el desbordamiento de las gracias divinas, la actividad redentora de Cristo; en una palabra, la continuación de la obra salvífica del Señor.

Este aspecto divino no debe preterirse; los hombres tenemos propensión a ver con demasiada evidencia en la religión el elemento humano; en la primitiva Iglesia el primer plano lo ocupaba el elemento divino. La liturgia nos diviniza y nos llena de la vida de Cristo; sí, vivimos con Cristo y estamos incorporados a El. He ahí el sentido más hondo de la liturgia: lá participación en la vida divina de Cristo.

Por medio de la liturgia el Cuerpo místico de Cristo vive, se agranda y camina hacia la perfección. La liturgia, pues, Posee un cuerpo y un alma. El conjunto de formas y fórmulas establecidas por la Iglesia forman su cuerpo. Una gran mayoría no ven en la liturgia más que este cuer­po y aprecian poquísimo la liturgia. Y, sin embargo, la li-

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 123

turgia tiene también un alma que es la acción de la gracia de Cristo, Cristo mismo perpetuando su obra bajo el símbolo de estas formas.

*b)* Visto el concepto de liturgia examinemos el del sacerdote. ¿Qué es un sacerdote? Es esencialmente un in­termediario entre Dios y el hombre; se sitúa entre los dos: tiene que representar los derechos de Dios ante los hombres y tiene que procurar que éstos cumplan sus deberes para con Dios, y. además, debe trasmitir a los hombres las gracias divinas.

Estas relaciones entre Dios y el hombre, entre el hom­bre y Dios se realizan según una forma determinada que se llama precisamente liturgia. El sacerdote es ante todo un liturgo y el punto culminante de su actividad mediadora ha sido siempre el sacrificio; el sacrificio es el centro de toda la liturgia.

Esta doctrina es aplicable a todo sacerdocio, aun al pa. gano. Entonces, ¿cuál es el sello particular del sacerdocio cristiano? Su dignidad es infinitamente más elevada puesto que su sacerdocio está enraizado en el sumo sacerdocio de Jesucristo. Cristo es el Pontífice eterno que ha ofrecido por los hombres su sacrificio redentor en la cruz y sigue realizando este sacrificio en su Iglesia. Este es el más sublime ministerio de Jesucristo. El es, en el sentido más digno de la palabra, un liturgo. El sacerdote participa de modo par­ticular de *ese* ministerio. La liturgia, en cuanto perpetua­ción del sacerdocio *de* Cristo, y en cuanto continuación de la actividad redentora de Cristo, es el oficio más digno del sacerdocio católico. Ningún sacerdote tiene derecho a despreciar la liturgia y a decir que no significa nada para él. El sacerdote debe ser el defensor de un movimiento que vuelve a situar la liturgia en el centro de la vida religiosa. La liturgia es, por decirlo así, la profesión del sacerdote y su vocación primordial.

*2. Liturgia y ministerio pastoral*

Ahora que conocemos claramente los dos conceptos de

**124 DR. PÍO** PARSCH

liturgia y sacerdocio demos un paso más y veamos cuáles son las relaciones que guardan con el ministerio.

Es frecuente oír decir a los sacerdotes: el ministerio tiene cosas más importantes en que ocuparse que en la li­turgia; la liturgia es un bocado muy dulce para algunos..., pero el ministerio ha de cumplir con otras exigencias perentorias..., por ejemplo, la organización de los católicos, el cuidado de las asociaciones, el contacto personal con los fieles, etc...

Expongamos, pues,. con toda claridad la finalidad del ministerio; muy pocos son los que se han planteado abiertamente la cuestión. *Finis primum in intentione, ultimum in executione.* Sólo de esta manera llegaré a hacer un estudio metódico.

¿Cuáles son las principales ocupaciones del ministerio? ¿Son la predicación, las confesiones, la misa, el catecismo, el contacto con los feligreses, el exhortar, el aconsejar y el dirigir almas? Debe, ciertamente, abarcar todo esto; pero es de suma importancia saber a dónde debe conducir todo eso y a qué hay que dar más valor. Así, por ejemplo, sucede que uno es director de obras católicas, otro de se­ñoras piadosas, otro hombre de oficina, otro de estadística y otro dedicado al apostolado entre hombres. En todo esto falta un lazo de unión y la claridad del objetivo.

¿Cuál es el fin del ministerio? Es, sin duda, la realiza­ción y la continuación de la obra redentora de Cristo. Pero ¿en qué consiste ésta? ¿Consiste en su doctrina o consiste en sus mandamientos? Cierto que la redención nos lleva a su doctrina y a sus mandamientos; en efecto, Jesucristo ha dicho: «Enseñar a todas las naciones...; enseñarlas a observar todo esto». Pero en otro texto señala del modo si­guiente el fin de su obra: *«In hoc veni, ut vitam habeant et abundantius habeant».* La vida divina es el fin de todo ministerio; establecerla, llevarla hasta la madurez y pre­pararla así para la glorificación. La Iglesia no es, ante todo, una institución moral ni un edificio filosófico, sino una institución de la gracia. El fin del ministerio no puede encontrarse en los actos humanos, sino en la acción de la

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA . .** 125

tracia divina. Es este punto fundamental desde el punto de vista católico; no está lo principal en los actos humanos. Nosotros por eso, en la práctica, reconocemos la primacía de la gracia. Todo ministerio, pues, debe aspirar a abrir el corazón de los hombres al influjo de la gracia y a la acción de Dios; lo que haya de obra humana es cierta­mente dispositivo y concomitante, pero lo esencial es la vida divina que procede de Cristo.

Tal vez la primitiva catequesis bautismal nos ilustre en Ja jerarquía de los deberes pastorales.

—«¿Qué deseáis de la Iglesia de Dios?

—La fe.

—Y ¿qué os proporciona la fe?

—La vida eterna.

—Si deseáis conseguir la vida eterna guardad los man­damientos: Amarás a Dios... y al prójimo como a ti mismo.»

Aquí podemos ver con admirable claridad los diversos planos del ministerio pastoral y sus mutuas relaciones.

La fe es el vestíbulo.

La vida divina el santuario.

Los mandamientos el muro de protección.

La fe y los mandamientos son actos humanos; la vida es una acción divina. El hombre pone la razón (fe) y la voluntad (mandamientos); pero el que da la gracia es Dios.

Lo mismo sucede en el ministerio pastoral: la predica­ción y la instrucción religiosa nos presentan la fe; por me­dio del ministerio pastoral, tanto en la confesión como en toda la disciplina pastoral, se nos inculca el cumplimiento de la ley de Dios. Pero la fe y los mandamientos son sola­mente condiciones indispensables, medio, no fin. Lo que se pretende es infundir la vida divina en las almas y hacer que lleguen a su madurez espiritual. ¿Qué medio existe para esto? El medio es la liturgia con su tesoro, la sagrada Eucaristía.

La Eucaristía, en cuanto sacrificio, debe volver a ser el punto centro del ministerio. El párroco, el pastor de las almas, nunca es más digno que cuando junta en torno suyo

126 DR. PÍO PARSCH

a su comunidad y ofrece con ella el santo sacrificio. Este es el acto más grande del ministerio sacerdotal. Por desgracia los pastores de almas modernos nos hemos hecho tan racionalistas que no vemos otra salvación más que en los actos humanos, en la organización, y con mucha fre­cuencia hemos preterido la obra de la gracia en el cristianismo.

¿Cómo nos figuramos al pastor ideal? Tiene bien organizada su parroquia, la cuestión administrativa marcha a las mil maravillas, las asociaciones están florecientes, cada católico aparece fichado exactamente en el libro de almas, se suelen organizar reuniones Parroquiales, en la iglesia reina un orden perfecto. Funcionan instituciones que se encargan de proveer todas las necesidades de la vida parroquial. Dispone de auxiliares parroquiales; da conferencias prematrimoniales y conferencias para los que dudan y se lanza a la búsqueda de los que se alejan.

Así nos forjamos la idea del verdadero pastor de almas. Yo afirmo: ciertamente lo será si es que ese sacerdote no ve en todo esto más que una preparación a la acción de la gracia divina, si no considera toda esa labor como la primordial de su ministerio y si, a través de todos estos me­dios, conduce a los fieles a las mismas fuentes de la gracia, al santo sacrificio. No hay duda de que la organización pa­rroquia] es necesaria e importante; pero si no se pasa de ahí, si el párroco no tiene el sentido de la organización sobrenatural de su parroquia, entonces ha pedido prestados al mundo sus métodos..., podrá ser un perfecto organizador, un director general..., pero no será un auténtico pastor, puesto que no se cuida de lo más preciado que las almas necesitan, de la vida divina.

Aprendamos de la primitiva Iglesia a ejercer el sagrado ministerio. No digamos que las condiciones son totalmente distintas. Es más, yo estoy persuadido de que nuestra época presenta una gran analogía con la antigua Roma im­perial. Y si queremos saber cómo se ejercía el sagrado ministerio en la Iglesia primitiva, podemos responder que lo hacía también de un modo exterior, pero que el corazón

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 127

de la vida pastoral era el culto litúrgico, el cultivo de la vida divina.

Para la antigua Iglesia los puntos culminantes del ministerio pastoral tenían su realización cuando el Papa, como padre de la gran comunidad romana, celebraba la liturgia estacional, cuando la noche de Pascua conducía a la basí­lica lateranense a los catecúmenos para recibir el bautismo y celebrar la primera fiesta pascual. Todas las demás manifestaciones de la vida cristiana, y por ende el ministerio pastoral, se unían en torno al santo sacrificio y a las fuentes bautismales. La comunidad de sacrificio, de oración y de vida de los fieles constituía el cuerpo principal del mi­nisterio cristiano primitivo.

Si procedemos conforme a todo esto, veremos con muy distintos ojos las tareas del ministerio, y lo que es mucho más importante, se ordenarán conforme a un plan y con miras a una misma finalidad. El templo no será ya un museo de altares, de imágenes de santos y de objetos de devoción, sino una reproducción del Cuerpo Místico, una iglesia, una casa para la comunidad parroquial, un escenario sagrado para los divinos misterios. ¿Qué papel ju­gará la predicación? No se reducirá a moralizar y a ins­truir, sino que también se explicarán en ella los ritos del sacrificio y servirá de lazo de unión entre el altar y la vida... El confesionario estará en el templo para quitar los obstáculos a esa vida divina. La instrucción religiosa gi­rará en torno a la gracia y a la vida divina. La vida de las asociaciones será el vestíbulo del santuario, un catecumenado para llevar a la comunidad sacrificarte a los que se encuentran fuera de ella. La práctica de la caridad ha de ser santificada por medio del altar y, por tanto, de la liturgia (ofrenda). De esta manera el sacrificio de la misa ocupará el centro de la actividad pastoral.

No sería imposible crear toda una teoría pastoral tomando como base la liturgia. Tendría como gran resultado el hacer del ministerio algo más teocéntrico, más sobrenatural, y no dar tanta preponderancia a la acción humana. El ministerio volvería a ser el arte de abrir el alma hu-

128 **DR. PÍO PARSCH**

mana a la acción de la gracia divina, el arte de inyectar en el hombre la vida, la vida en su plenitud.

3. *Deberes del pastor de almas, como litúrgico.*

Trátase ahora de sacar conclusiones prácticas de lo di­cho hasta aquí, pero en vez de perdernos en los detalles, preferimos solamente presentar tres puntos de programa pastoral que yo considero como conclusión de mi doctrina.

1. El altar, o con más exactitud, el sacrificio eucarístico debe ser el centro en torno al cual ha de girar el ministerio.
2. El sacerdote con cura de almas debe concentrar sus esfuerzos en la santificación de sus fieles.
3. El sacerdote debe llevar a través del Año Litúrgico y de una manera activa a todos los que están confiados a su cuidado.

Voy a exponer brevemente estos tres puntos:

1. *El altar es la base del ministerio.* Ya conocemos el significado del sacrificio eucarístico como representación del sacrificio de la cruz. Conocemos también la Eucaristía como fuente única de vida, o mejor, como fuente conservadora de la vida. Claramente lo dice Jesucristo: «El que no come mi carne no puede tener vida en sí». Tener vida y tenerla plenamente es, pues, el principal objeto del ministerio. Esto nos da pie a que examinemos seriamente nuestra actividad pastoral. Desgraciadamente he de reconocer que son muy pocos los sacerdotes que se encuentran en esa disposición.

Pongamos un ejemplo que nos sirva de ilustración: **Un** párroco trata de organizar la fiesta patronal. ¿Cómo proceder para ello? Se celebra un triduo, es decir, que se pre­dica durante tres días en la función de la tarde; se tiene una comunión general y el último día una misa solemne a toda orquesta con una asistencia lucida... A esto se reduce la fiesta; y el párroco se dice satisfecho: he ahí una hermosa labor pastoral.

Examinemos un poco más de cerca esta fiesta y vere-

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 129**

mos que ese sacerdote ha procedido conforme a dos puntos de vista. En primer lugar su acción ha sido más que nada psicológica, y en segundo lugar, de lo que más se ha pre­ocupado ha sido de las conversiones, como si esa fuera la actividad principal del pastor de almas. Esta fiesta ha te­nido mucho de humano, y en cambio la acción de la gracia divina ha tenido muy poca cabida e importancia. La pri­macía se la han llevado los sermones, las funciones de la tarde y las confesiones. El párroco se ha dado por satis­fecho al ver los confesionarios invadidos; lo demás le ha parecido que no tiene tanta importancia. El santo sacrificio, como tal, no constituye el centro espiritual de esta parroquia.

Esto mismo sucede con el ministerio ordinario: el sacerdote oye confesiones, predica, atiende a los feligreses, les visita a domicilio; todo esto es bueno y laudable, pero su mayor dignidad y la acción más influyente del párroco se manifiestan cuando está en el altar rodeado de sus feli­greses, ofreciendo éstos con él activamente el santo sacrificio y recibiendo la vida divina. Ahora bien, al no haber preparado su parroquia para este acto sublime, los fieles han de asistir a él sin captar nada.

Ponga el párroco la misa en el centro de su programa ministerial durante un año, con estos dos fines principales: el de enseñar a comprender la misa y el de que se tome parte en ella. ¿Cuál será el resultado?

*a)* Comprobará que los fieles no comprenden bien el santo sacrificio. Démonos cuenta de esta paradoja: los cris­tianos no comprenden el acto principal del culto. Predique durante una temporada sobre la misa. ¡Qué raro suele ser esto! Sería muy acertado tener un ciclo de predicación sobre este tema: podría distribuirse en varios meses, o bien en ocho días seguidos; en cuanto a la conveniencia de hacerlo en el púlpito o en un salón, es cuestión circunstancial. Lo que importa es que se explique la misa con todo detalle en su esencia y su importancia. Con una sola serie de conferencias no esperemos hacer milagros, puesto que no puede lograrse tan pronto lo que ha sido penuria de

130 **DR. PÍO PARSCH**

siglos... La misa debe ser para el párroco objeto de continua reflexión.

Del mismo modo hay que proceder en el catecismo: dedíquense varias lecciones todos los años al estudio de la misa.

1. Hay que poner los textos litúrgicos en manos de los fieles. En los cines, teatros y conciertos se reparten programas, y es natural. Y sin embargo, para las ceremo­nias de la misa, que se desarrollan además en una lengua extraña, se suele dejar al personal abandonado a sí mismo. Realmente es digno de compasión el público que se suele ver en las iglesias, sentado y sin saber qué hacer, luchando nerviosamente contra el aburrimiento y las distracciones...
2. Y ahora otra cosa que tiene su importancia: Debemos hacer que los fieles participen convenientemente en la misa y es preciso organizar las ceremonias de modo que puedan tomar parte activa en ellas.

¿Medios viables? Hay diversas maneras de proceder en esto, pero ahora no es el momento de explicarlas. También en esto han de ser las circunstancias las que decidirán si los fieles deben seguir en silencio la misa con un libro o con el texto de la misa, o bien si han de tomar parte en los cantos de la misa. Lo que interesa es que el párroco tenga gran empeño en atraer lo más posible a sus fieles al santo sacrificio de la misa, por eso tanto el sermón como la comunión deben tener su verdadero lugar dentro de la misa.

Hoy día, en las ciudades, no tenemos un genuino culto religioso. Los que desean comulgar se van a una misa temprana, y los que no comulgan se van a la misa mayor (cristianos de segunda categoría); la misa mayor actual vie­ne a ser (perdóneseme la expresión) una misa de gala exhibicionista y no un emotivo sacrificio eucarístico (1).

El ideal sería que el párroco, en cuanto padre de la gran familia parroquial, celebrara la misa mayor con una participación lo más activa posible por parte de sus fieles

(1) Víase la nota de la página 317.

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 131**

*y* a una hora en *que* todos pudieran celebrar un verdadero sacrificio eucarístico. El sacrificio del domingo debería convertirse en una gran solemnidad, en un auténtico sacrificio parroquial. No se trata de un deslumbrante concierto..., sino de una celebración piadosa y activa llevada a cabo por los miembros más selectos de la parroquia. En ella el párroco habla a su comunidad, la familia parroquial deposita su ofrenda semanal como expresión de su espíritu de sacrificio y recibe el Pan de vida para poder luchar du­rante la semana. Evidentemente para esto se precisa una buena preparación de los textos el día anterior.

Para llegar a una celebración eucarística que sea el eje de la comunidad parroquial, hay que trabajar durante mu­chos meses hasta que los fieles comprendan y tengan con­ciencia de todo esto.

Lo digo y repito: la misa del domingo es el termóme­tro de la vida parroquial; nunca ostenta más dignidad el párroco que cuando ofrece con sus feligreses el Cordero de Dios en sacrificio y reparte entre ellos el Pan de la vida divina. Estoy en la persuasión de que ha de llegar un tiempo en el que se volverán a formar grupos comunitarios que modelarán su vida según el prototipo de la vida di­vina; entonces es cuando habrá verdaderos lugares de sacrificio. Desaparecerá del altar ese muro de imágenes y volverá a ser la mesa del sacrificio de la comunidad; la mesa del altar estará colocada en medio de la iglesia, y el sacerdote, de cara al pueblo, celebrará activamente el sacrificio eucarístico rodeado de sus fieles *(circunstantes).* Elcoro de los cantores descenderá de «sus alturas» y se colocará junto al altar, con sus vestiduras litúrgicas para diri­gir los cantos de la asamblea. La Sagrada Eucaristía, en cuanto sacrificio y en cuanto alimento, hará de toda la comunidad un solo cuerpo, el Cuerpo de Cristo. La comu­nidad será «un solo corazón y una sola alma».

2. El deber primordial del párroco es la *vida divina de sus feligreses.* Inyectar esta vida en el alma, desarrollarla, vigorizarla, hacerla madurar y disponerla de este modo la glorificación, tal es el sentido de la vida cristiana. **La**

132 **DR. PÍO PARSCH**

Iglesia ha creado toda una serie de actos de culto con vistas precisamente a este fin tan sublime. Son estos los sacra­mentos y los sacramentales. Estos instrumentos de la gracia comienzan a actuar en el sacramento del matrimonio; con el nacimiento del hijo pasan a operar en el bautismo, con­firmación, comunión, penitencia, concluyendo con la litur­gia de los enfermos, *de* los moribundos, y por fin, con la de los difuntos. Para otras circunstancias están las bendi­ciones, muchas en número, pero con el único fin de des­arrollar la vida divina de modo copioso.

¿Cómo se encuentra en la actualidad el ministerio pas­toral respecto de estos instrumentos de la gracia? Por des­gracia hemos de comprobar una vez más que el ministerio moderno enfoca la vida cristiana de una manera demasia­do exterior y demasiado natural, no valorando, por tanto, suficientemente los medios de la gracia. El párroco moder­no se contenta con que sus fieles cumplan (como se suele decir) sus obligaciones de cristianos y con que eviten los pecados de más calibre... Y aun, ante la conversión pasa­jera de los pecadores, olvida muchas veces a los que quie­ren «tener vida y de una manera abundante». Este párroco semeja un roturador o un jardinero que quita las malas hierbas, pero que no se preocupa de mejorar las plantas. Para el párroco, la familia parroquial que tiene el sentido exacto de la vida divina debería ser el núcleo de su mi­nisterio ejercido en torno al altar, y desde allí podría lan­zarse a la conquista de los demás núcleos. No debiera formar a sus fieles solamente en lo que se refiere a la moral y al dogma, sino que para él la cuestión base debe ser la vida divina, la vida de la gracia. Si así fuera, apre­ciaría y administraría de muy distinta manera los instru­mentos de la gracia.

Es preciso volver a tener más diligencia y cuidado en la administración y recepción de los sacramentos. ¿Por qué el sacramento del bautismo no ha de ser cosa de toda la parroquia? Hay que dar más solemnidad a este sacramen­to, sobre todo durante el Tiempo Pascual y los domingos, proporcionando a los fieles textos litúrgicos para que sigan

su desarrollo; en las promesas del bautismo ha de inter­venir toda la parroquia. Se deben dar instrucciones sobre la gracia del bautismo. Se debe disponer de traducciones de los textos litúrgicos de todos los sacramentos.

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 133

Cada uno de los sacramentos precisaría una verdadera renovación en el ministerio pastoral. Recordemos la con­firmación: ¡Cómo se ha convertido hoy día en algo pura­mente externo! ¡Qué poco entienden los cristianos del sa­cramento de la extremaunción! ¡Con qué facilidad se des­cuida la recomendación del alma! ¡Cómo sufren los segla­res mejor formados viendo que la sagrada comunión se distribuye durante el curso de la misa en cualquier mo­mento menos en el propio...! Todo esto indica que la vida divina no es la preocupación principal de nuestro ministerio. En la actualidad la labor pastoral se dirige más a la formación de una vida buena, a la edificación por medio de la predicación y de los ejercicios de devoción, y tam­bién, algo, a procurar conversiones. El segundo punto, por tanto, de nuestro programa es esforzarnos en nuestra vida ministerial por santificar toda la vida cristiana por medio de los instrumentos de la gracia. **4.** *Hagamos del Año Litúrgico un guía para las almas.* El Año Litúrgico es un admirable sistema de fiestas y de tiempos, de usos y de cultos que enraízan en lo más hondo del corazón de la Iglesia, y que se ha formado con el único fin de proporcionar al alma la vida divina y dársela de un modo total. Volvamos a tener conciencia de las poderosas energías que el Año Litúrgico pone a disposición del mi­nisterio pastoral. Antes he dicho que el párroco no sólo no tiene que roturar, sino ante todo cultivar y hacer flo­recer las plantas espirituales; y ahora añado que esta labor la podrá realizar perfectamente por medio de un asiduo cultivo de la liturgia durante el curso del año cristiano. En nuestra vida pastoral nos preocupamos casi exclusivamen­te de la conciencia del pecado y de su perdón, o sea, empleando los términos de la primitiva Iglesia, no existe para

**134 DR. P1O PARSCH**

nosotros otro problema que el de los catecúmenos y peca­dores...; y la verdadera felicidad de la plenitud del cristianismo no la valoramos, o bien, se nos antoja una labor poco fecunda e inútil. Y sin embargo, se trata de la labor más importante de nuestro ministerio.

¡Cuántas cosas aprovechables para el ministerio pastoral podríamos encontrar en el Año Litúrgico! El domingo de Ramos, por ejemplo, ¡qué bien podría convertirse para la parroquia en una fiesta majestuosa y dramática, con la distribución de los ramos que equivale a la entrega de la espada a los nuevos caballeros, con la procesión en la que acompañamos a Jesús triunfante y que es un homenaje de la parroquia a Cristo, Rey y Vencedor!

¡Qué rica variedad presenta el Año Litúrgico en su em­peño de librar al alma de las garras del tiempo y de acer­carla más y más a Dios y a la gloria!

Hay en el Año Litúrgico toda una serie de ideas y pla­nes que solamente quiero ahora sugerir.

Ante todo es preciso que el párroco siga y se deje llevar por el ritmo del Año Litúrgico; para esto dispone de una fuente inagotable en el misal y en el breviario. La iglesia ha de ser el hogar de la familia parroquial y el escenario del drama litúrgico. Permítaseme hacer una observación: Considero un atraso el no tener calefacción en las iglesias. Cuando se tirita de frío y se congela uno en la iglesia y no piensa más que en meterse cuanto antes en casa, ¿cómo va a foguearse el alma y el corazón con la sagrada liturgia? Hay que preocuparse también de la decoración del templo. Debería adornarse de modo distinto en Adviento, en Na­vidad, en Cuaresma y en Pascua, etc. Antes de cada fiesta y cada tiempo litúrgico reúna el párroco a los fieles no sólo para prepararlos espiritualmente, sino también para ensayar las ceremonias. Sirvámonos de los fieles para adornar la iglesia y para todo lo que exija el Año Litúrgico.

Nada más propio de esta vida mortal que la monotonía y la falta *de* variedad. Es probable que los fieles antes de la guerra tuvieran bastante energía religiosa para sobrelle­var esta condición, pero los hombres modernos que no

LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 135

buscan más que lo sensacional, tienen necesidad de la va­riedad. Me da miedo recordar aquella época en la que tenía que rezar, como vicario auxiliar, durante todo el año y todas las tardes, antes de la Bendición, las Letanías de la Santísima Virgen. ¡Ninguna huella de la riqueza del Año Litúrgico! (1).

Busquemos, pues, en el Año Litúrgico, todo lo que podemos encontrar en él y transmitámoslo a los fieles en las funciones de la tarde, en los sermones, pero sobre todo en las ceremonias propiamente litúrgicas, cuya cumbre debe ser siempre la santa misa. La misa del domingo y la de las fiestas es la expresión más digna del tiempo litúrgi­co. Una misa encuadrada en el ciclo litúrgico debería ser lo más bello, lo más noble que una parroquia podría ofre­cer a Dios. No me refiero con esto a una misa a toda or­questa, sino a una fiesta eucarística activa y perfectamente comprendida por parte de la familia parroquial.

Cada párroco ha de comprender que esto no se logra de la noche a la mañana; hay que ir educando día a día a los feligreses. No hay que pensar que ya desde el primer año ha de marchar todo a la perfección. Es preciso dar a la vida litúrgica tiempo para crecer y para madurar. Co­miéncese con los jóvenes; resultará difícil al principio sacar de sus costumbres a una parte de los feligreses; sin em­bargo, en todas partes existen posibilidades con tal de que haya buena voluntad y constancia.

(1) Sobre este problema da mucha luz el autor en el capí­tulo V de la Cuarta Parte, *Las devociones populares.* Hasta ahora los ejercicios de piedad extralitúrgicos se han desarrollado total­mente al margen del Año Litúrgico: la misma Exposición y Ben­dición con el SantÍsimo en Navidad que en Pentecostés, en Tiempo Pascual que Adviento..., sin ejercicio alguno inspirado en la litur­gia de cada tiempo.

Sobre la armonía que debe existir entre la piedad litúrgica *y* la extralitúrgica repásense las acertadas y admirables orientacio­nes de S. S. PÍo XII en su Íamosa Encíclica sobre la liturgia *sMediator Dei»* (N. del T.).

136 **DR. PÍO PARSCH**

¡Carísimos hermanos en el sacerdocio, tengamos con­ciencia de nuestra gran dignidad de pastores de las almas! Somos sacerdotes y liturgos, representantes e imágenes vi­vas del divino liturgo Jesucristo! Hemos recibido las llaves del tesoro de la salvación; podemos distribuir realmente oro, oro purísimo para la pobre humanidad; sí, podemos dar la vida divina y de un modo superabundante.

CAPÍTULO II

EL CARÁCTER SACRAMENTAL   
DEL SACERDOTE

Se suele oír decir que los sacerdotes somos hombres como los demás. Ciertamente el sacerdote es un hombre de carne y hueso como los otros hombres y, como ellos, siente las miserias y tiene que decir humillado: «Por mi culpa, por mi grandísima culpa...». Ni es un ángel ni está aún coronado. Pero, no obstante todo eso, el sacerdote es algo más.

¿Qué es un sacerdote? El sacerdote es un mediador entre Dios y los hombres. Se coloca en el medio y tiende la mano a los dos lados tratando de unirlos. Ahora bien, el intermediario debe poseer la confianza de ambas partes y ponerse a favor de Dios y a favor de los hombres. ¿Puede un simple hombre desempeñar este papel? Sería demasiado para los hombres. El verdadero mediador entre Dios y los hombres tendría que ser a la vez Dios y hombre. Esto so-lamente se ha realizado en la persona de Jesucristo que tiene las dos naturalezas divina y humana. En realidad El es el único Sacerdote. Después de la venida de Cristo a la tierra no existe otro sacerdocio que el suyo. Sólo El puede reconciliar a los hombres con Dios y sólo El puede atraer la misericordia y el amor de Dios sobre los hombres. El punto de su acción mediadora y de su sacerdocio fue el sacrificio de la cruz, en el que se ofreció a si mismo a su Padre celestial por los pecados de la humanidad. Este sa-

**138 DR. PÍO PARSCH**

crificio tiene un alcance tal que abarca todos los tiempos, lugares y personas. Se trata de un sacrificio superabun­dante que excluye la necesidad de otro sacrificio.

Sin embargo, Cristo ha hecho más; ha querido que el sacrificio de la cruz se siga reproduciendo en su Iglesia hasta la consumación de los siglos en el sacrificio de la misa. También en la misa es Jesucristo Sacerdote y Víc­tima.

Mas después de su Ascensión a los cielos, Cristo es in­visible para los de este mundo. Por otra parte, los hombres no somos ni espíritus ni ángeles, sino seres sensibles que gustamos ver, oír y tocar. Jesucristo ha querido tener esto en cuenta y por eso se manifiesta sensiblemente en su Igle­sia por medio de sus sacerdotes. Jesucristo ha instituido un sacerdocio humano visible. Pero el sacerdote humano no pasa de ser un representante; es una personificación visi­ble del Sumo Sacerdote Jesucristo.

Preguntará alguien con extrañeza: ¿Cómo puede ser esto? ¿Puede un hombre pecador y miserable hacer las veces de Jesucristo? Ciertamente *es* esta una cosa imposible para los hombres, pero nada hay imposible para Dios. El sacerdote mortal sigue siendo, evidentemente, un hombre que debe asegurarse la salvación como todos los demás hombres, porque, como ellos, puede ir o al cielo o al infierno según se haya portado durante su vida. Pero a pesar de eso, y no obstante su humana flaqueza, la ordenación sacerdotal le ha constituido representante de Cristo y le ha impreso ese sello imborrable del carácter sacramental. Esta doctrina la sabemos por el catecismo, pero la mayo­ría de las veces apenas si nos damos cuenta de ella y la ponemos por obra en orden a la vida.

1. ¿En qué consiste el carácter sacramental? El cate­cismo nos enseña que hay tres sacramentos que imprimen en el alma un carácter imborrable; son estos el bautismo, la confirmación y el orden. ¿Qué significa, pues, este ca­rácter indeleble? Es un sello, una impronta y un signo que no se puede hacer desaparecer ni del cuerpo ni del alma. Es algo que permanecerá en el bautizado, en el confirma-

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 139**

do y en el sacerdote tanto en esta vida como en la otra. Un bautizado, un confirmado y un sacerdote se diferencian de uno que no está bautizado, confirmado u ordenado. La diferenciación se da en esta vida como se dará después en el cielo o en el infierno. De esto se sigue que el carácter sacramental es algo permanente a diferencia de la gracia que puede perderse. Este carácter sacramental perdura siempre y no puede perecer. Si un bautizado, un confirmado o un sacerdote llega a perder la gracia, no se le podrá equiparar a un pagano que nunca ha poseído la gracia, porque no puede perder el carácter sacramental. Esta condición tiene su gran ventaja, aunque también, como veremos, supone cierta condición peyorativa.

¿En qué consiste la esencia del carácter sacramental? En dos cosas principalmente: 1, en la pertenencia al cuerpo de Cristo, y 2, en la inhabitación del Espíritu Santo. El carácter sacramental está, pues, íntimamente relacionado con el dogma del Cuerpo Místico de Cristo. Podríamos decir que el carácter sacramental le constituye a uno miembro de Cristo, de su cuerpo místico. Este carácter es como un vaso que guarda el óleo de la gracia. Jesucristo ha querido que sus miembros estén unidos a El, a su cuerpo. de una manera permanente. No siendo esto posible por la gracia, por el hombre capaz de perderla por el pecado, lo realiza por medio del carácter sacramental que nunca puede perecer. El carácter sacramental consiste primeramente en la pertenencia al Cuerpo Místico de Cristo. Tanto el bautismo como la confirmación le hacen al hombre miembro del cuerpo místico de Cristo; y, aunque pierda la gracia, sigue siendo su miembro. Por el sacerdocio queda el cristiano unido a la cabeza de este Cuerpo Místico; es un re-presentante de Cristo, otro Cristo; por su medio Cristo se muestra y obra ante los hombres. El bautismo y la confirmación nos hacen miembros del Cuerpo Místico, y la ordenación sacerdotal nos une a la cabeza de este Cuerpo.

Más aún: en estos tres sacramentos el Espíritu Santo entra en relaciones cada vez más profundas con el hombre. El bautismo nos hace templos delEspíritu Santo, en la

**140 DR. PÍO PARSCH**

confirmación desciende sobre nosotros el Espíritu Santo con sus dones, y en la ordenación el hombre se convierte en instrumento del mismo Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es el alma del Cuerpo Místico de Cristo. El alma actúa en todo el cuerpo y en cada uno de sus miembros, pero de diverso modo. Ciertamente el alma actúa más *en* el corazón y en la cabeza que en las manos. De la misma manera —lo estamos viendo—. el ca­rácter sacramental está más íntimamente unido al Cuerno Místico.

Quisiéramos ahora demostrar esta doctrina con la Sa­grada Escritura y la liturgia.

San Pablo, enteramente penetrado de 'esta verdad, nos dice en su primera carta a los de Corinto refiriéndose a la castidad cristiana: «El cuerpo no es para fornicar, sino para Dios... El nos resucitará también a nosotros por su poder. ¿Ignoráis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Y voy yo a tomar los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una meretriz? ¡No lo quiera Dios! ¿No sabéis que quien se allega a una meretriz se hace un cuerpo con ella...? El que fornica peca contra su propio cuerpo. ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es *templo del Espíritu Santo?»* (VI, 13-19). Ya lo vemos, San Pablo hace del carácter sacramental el motivo de la guarda de la pu­reza. El cristiano, por ser miembro de Cristo y templo del Espíritu Santo no debe entregarse a la lujuria. Con ello quedaría profanado un miembro de Cristo y un templo del Espíritu Santo. La idea de los miembros de Cristo es para San Pablo el tema de siempre: «Por lo cual despojándoos de la mentira, hable cada uno verdad con su prójimo, pues que todos somos miembros unos de otros» (Efesios, IV, 25). El hombre y la mujer deben amarse «porque son *miem­bros de su cuerpo»* (Efesios, V, 30). San Pablo tiene pre­dilección por este pensamiento del carácter sacramental. de la pertenencia al cuerpo místico, y para él es el motivo de la conducta cristiana.

En los textos litúrgicos de los sacramentos del bautis­mo, de la confirmación y del orden tenemos otra prueba

|  |  |
| --- | --- |
| 1 | **LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 141**  impresionante de la inhabitación del Espíritu Santo en el bautizado, en el confirmado y en el ordenado.   1. En el rito bautismal figuran los siguientes: «Sal, es­píritu impuro, y deja ese lugar al Espíritu Santo». «Aléjate de este siervo de Dios al que Nuestro Señor se ha dig­nado llamar y convertir en su templo para que sea morada del Dios vivo y habite en ella el Espíritu Santo». 2. En la confirmación son mayoría las fórmulas ora­cionales que hablan del Espíritu Santo: «Que el Espíritu Santo venga sobre ti y que la fuerza del Altísimo te preser­ve del pecado». La segunda oración expresa magnífica­mente esta misma idea: «Dios omnipotente que os habéis dignado regenerar por medio del agua y del Espíritu Santo **a** estos tus siervos concediéndoles el perdón de todos sus pecados, enviad desde el cielo sobre ellos vuestro Espíritu Santo con sus siete dones: el espíritu de sabiduría y de inteligencia, el espíritu de consejo y de fortaleza, el espíri­tu de ciencia y de piedad; llénalos del espíritu de temor de Dios...» 3. Para demostrar que el Espíritu Santo ejerce una ac­tividad Particularísima en la ordenación sacerdotal basta citar el *«Dominus vobiscum»* que sólo puede decir el sa­cerdote, y al que responde el pueblo *«et cum spiritu tuo».* El Espíritu Santo mora y actúa de tal forma en el sacer­dote que se le puede llamar «su espíritu».   La esencia del carácter sacramental que imprime el bau­tismo y la confirmación consiste en la pertenencia al Cuerpo Místico de Cristo y en la inhabitación del Espíritu Santo; en el sacramento del orden este carácter consiste en ser Cristo y Espíritu Santo para los hombres.  2. Saquemos las consecuencias prácticas y religiosas deestos datos. Veámoslos primeramente en el carácter sa­cramental del cristiano (bautismo y confirmación).  a) En cuanto bautizados y confirmados, somos miem­bros de Cristo y templos del Espíritu Santo. Estamos, pues, santificados; no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino aCristo y al Espíritu Santo. El pecado grave de un bauti- |

**142 DR. PÍO PARSCH**

zado y un confirmado es un sacrificio, una profanación del templo. Los primeros cristianos se dolían mucho más de sus pecados porque tenían conciencia viva de su carác­ter sacramental; muchos no se atrevían a recibir el bautismo por no sentirse lo suficientemente fuertes para mantenerse inocentes después del bautismo, y por eso había quienes no lo hacían hasta la hora de la muerte (la Iglesia des­aprobó semejante proceder, pero esto demuestra la gran claridad con que percibían el carácter sacramental).

Por otra parte, cuando un cristiano ha cometido un pe­cado grave, no por eso queda excomulgado; sigue pertene­ciendo al Cuerpo Místico de Cristo, aunque como miem­bro débil y enfermo al que todos los demás miembros se esfuerzan por curar y devolver la vida. El que es miembro de Cristo y templo del Espíritu Santo no puede darse a la lujuria, no puede robar, ni mentir, sino que debe revestirse de todas las virtudes y, sobre todo, estar repleto de gracia divina. Ser miembro de Cristo sin tener la gracia santifi­cante, ser templo del Espíritu Santo sin tener el Espíritu Santo, es una contradicción, es como si se convirtiera una iglesia en un lugar profano.

*b)* Pero este carácter sacramental es, ante todo, el má­ximo motivo del amor al prójimo. Cuando yo amo a mis hermanos amo, no a unos hombres mortales llenos de de­fectos o a unos hombres perversos, sino a unos miembros de Cristo, o a Cristo mismo. De esta manera podemos com­prender perfectamente al Cristo oculto bajo las apariencias de niño, de pobre y de desgraciado. Cuando el día del Juicio final nos diga: «tuve hambre, sed, estuve desnudo, enfermo, y preso», y añada, «lo que hicisteis al más pe­queño de mis hermanos a mí me lo hicisteis», entonces comprenderemos mejor que el cristiano es miembro de Cristo, lo que hacemos con nuestro prójimo lo hacemos con un miembro de Cristo, con el mismo Jesucristo. De este modo podemos realmente amar y favorecer al mismo Cristo en el prójimo. Por otra parte, y según esto, se ex­plica perfectamente la maldición del Salvador contra los que incitan al pecado a sus miembros: «El que escandali-

**LA INNOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 143**

zare a uno de estos pequeñuelos que creen en mí, más le   
valiera que le colgasen al cuello una piedra de molino de   
asno y le arrojaran al fondo del mar» (S. Mateo, XVIII, 6-7)

El carácter sacramental es, pues, un poderoso motivo para amar al prójimo y respetar a los cristianos. Por eso, *en* la liturgia, en el ofertorio y en las vísperas, el cristiano recibe el honor de la incensación por ser miembro de Cristo, y las honras fúnebres cristianas están plenamente justificadas porque el carácter sacramental no concierne sola-mente al alma, sino también al cuerpo.

Honremos y amemos en los fieles a los miembros de Jesucristo.

*c)* El carácter sacramental es, por fin, para nosotros un motivo de laboreo pastoral... El trabajo pastoral consiste en llenar a los miembros de Cristo de la vida divina por medio de la gracia, y, por ende, el ministerio es un servicio del cuerpo de Cristo y de Cristo mismo. Recordemos aquel episodio de la vida de Elíseo cuando mandó a una mujer reunir muchas tinajas vacías y las llenó de aceite milagrosamente. Es esta una figura del ministerio pastoral. En torno nuestro hay una multitud de recipientes vacíos, miembros de Cristo, vasos del Espíritu Santo que nosotros hemos de llenar con el óleo de la gracia. Es enorme la responsabilidad que tenemos respecto de estos miembros de Cristo debido a su carácter sacramental. Se nos han con-fiado los miembros de Cristo para que los mantengamos robustos y los curemos si se debilitan o enferman.

¡Qué respeto nos debería imponer la presencia de cual-quier cristiano, aun del más humilde y la de los niños, designados por el Señor de un modo especial como sus miembros!

El carácter sacramental es, pues, un estímulo para nuestro ministerio. Pero no hay que perder de vista a los miembros de Cristo que han vuelto las espaldas a su Madre la Iglesia, la persiguen y la combaten. También para con ellos tenemos una gran responsabilidad. Cuando un miembro de nuestro cuerpo está malo, todos los demás se esfuerzan por curarle. En cambio nosotros nos encogemos de hombros *y*

144 **DR. PÍO PARSCH**

apenas nos compadecemos de ellos. Roguemos por los de­sertores de la Iglesia, miembros enfermos del Cuerpo de Cristo.

3. Ahora vamos a tratar nuestra materia propiamente dicha, el carácter sacramental del sacerdote.

a) Este carácter sacramental del sacerdote es ante todo una gracia que se le otorga con miras al bien de la Iglesia y secundariamente para provecho personal del sacerdote. Por tanto es algo independiente de la santidad del sacer­dote, lo cual es para nosotros una providencia admirable. Supongamos el caso de un sacerdote que por un pecado grave dejara de ser representante *de* Cristo, dejara de ab­solver válidamente los pecados, de administrar válidamente los sacramentos, de celebrar válidamente el santo sacrifi­cio; entonces el cristiano estaría en una perpetua incerti­dumbre y en una duda continua de si había o no recibido la gracia divina. Nadie lleva impresa en la frente la señal del estado de gracia o de pecado. El carácter sacerdotal, es, pues, independiente de la santidad personal del sacer­dote. El sacerdote pecador sigue siendo verdadero repre­sentante de Cristo, perdona válidamente los pecados y cele­bra válidamente la misa. La responsabilidad que él tenga ante Dios, las cuentas severísimas que se le exijan, es cosa suya... No tienen por qué pagar los fieles las culpas del sacerdote...

Sin embargo, es un gran inconveniente para los cristia­nos el tener entre ellos un sacerdote indigno, por la contra­dicción que se establece entre el carácter sacerdotal y la vida del sacerdote. Es difícil que los fieles miren como re­presentante de Cristo a uno cuya conducta está en abierta contradicción con la doctrina de Cristo. Más de un cristia­no ha visto vacilar su fe ante un hombre que, debiendo re­presentar a Cristo y en el que Cristo debiera ser objeto de admiración y culto, se porta personalmente como un peca­dor e infiel. El pueblo cristiano desea y exige que el sacer­dote sea igualmente una imagen de Cristo en su modo de vivir.

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 145

*b)* El carácter sacramental del sacerdote es un magnifico don que Dios ha hecho a su Iglesia. ¡Qué elevada idea tienen los fieles del carácter sacramental del sacerdote! ¿Por qué tenemos tan gran respeto al Sumo Pontí­fice? ¿Por su grandeza moral y la plenitud de gracias de que goza? No por eso, sino por su carácter sacramental que, por ser representante inmediato de Cristo, se da en él de un modo particularísimo. ¿Por qué respetamos a nuestro Obispo? No sólo por su alto cargo, sino princi­palmente por su carácter sacramental que, debido a su consagración, es mayor que el del simple presbítero.

Pero donde mejor vemos lo que es el carácter sacra­mental del sacerdote es en la iglesia. En el confesionario vemos sentado a un hombre, y sin embargo, no es el hombre, sino Cristo el que está allí y el que recibe la confesión de los pecados y Cristo es también el que perdona esos pecados. Un hombre no puede perdonar los pecados.

Igualmente, en la predicación es Cristo mismo quien habla por boca del predicador. Jesucristo nos lo dice en el Evangelio: «El que a vosotros oye a mí me oye».

En el sacrificio de la misa es también el Señor el que lo reproduce y no el hombre que vemos en el altar; el sacerdote no hace más que prestarle la apariencia visible. Por eso, en la consagración, el sacerdote pronuncia las mis­mas palabras de Cristo: «Este es mi cuerpo, y esta es mi sangre».

4. Tratemos ahora de sacar las consecuencias prácti­cas que el carácter sacramental impone al mismo sacerdote.

Si el estado sacerdotal es algo tan grande y si el ca­rácter sacerdotal es un medio poderosísimo para ejercer el sagrado ministerio, el sacerdote debe preocuparse con todo empeño de que su vida responda a su dignidad. Por ser el representante y el instrumento del Espíritu Santo ha de poseer una personalidad de alto valor moral y en armonía con la doctrina evangélica. Así nos lo piden los fieles. Sería algo incomprensible el ser *«Alter Cristus»* y no vivir «a lo Cristo».

*a)* Una de las cosas que más escandaliza a los fieles

146 **DR. PÍO PARSCH**

es la apostasía de sus sacerdotes. Se suele oír decir: «¿Cómo va uno a tener fe en lo que dicen los curas viendo lo que ellos son? Y este escándalo tiene efectos más desas­trosos cuando se ceba entre los fieles de convicciones poco sólidas. No vamos ahora a sacar a reducir casos de esos..., pues cada cual sabe de sobra que son verdaderas bofetadas contra el carácter sacramental, pero sería conveniente que nos pusiéramos en guarda contra ciertas cosas inocentes en sí mismas que podrían escandalizar a los fieles. No debemos hacer en público todo aquello que desdiga de nuestro estado: entrar en una taberna puede ser una cosa inocente en sí misma, pero el frecuentarla, el oír lo que allí se habla y el beber más de lo justo son cosas que des­dicen mucho del sacerdote.

Tengamos sumo cuidado de portarnos como se debe en la sacristía delante de los monaguillos y del sacristán. Si ven que antes o después de celebrar nos enfadamos, gri­tamos o nos dejamos llevar por el capricho, perderemos el prestigio de nuestro carácter. Probablemente a esto se debe el hecho triste de que nuestros acólitos y sacristanes no sue­len ser modelos de piedad, ¡han visto muchas cosas entre bastidores!

También desdicen del sacerdote los defectos y miserias de orden material, como el desorden, la suciedad, el no ir afeitado y el no tener orden en sus ocupaciones. La gente gusta mirar lo que pasa en casa del cura.

En fin, los fieles quieren que la vida y la conducta de sus sacerdotes no estén en contradicción con el carácter sacerdotal que ellos tanto estiman.

b) Pero no pretendemos poner de relieve el carácter sacramental de una manera puramente negativa. También podemos hacer de él un motivo directo de la perfección sacerdotal y de ennoblecimiento de la persona del sacer­dote.

El sacerdote debe ser para todos el representante de Cristo; debe irradiar su persona divina; Cristo debe hablar y obrar por él. Este pensamiento debería bastar para re­formar de arriba abajo nuestra vida espiritual. Pregunté-

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 147

monos siempre «¿Es esto digno *de* Jesucristo?». El carácter sacramental es como una copa de oro y en ella debemos derramar el vino puro de nuestro sacerdocio. ¡Cuántas cosas sugieren estos pensamientos! Vamos a ceñirnos solamente a estos tres puntos: 1, las buenas costumbres naturales o materiales; 2, virtudes morales, y 3, la gracia.

1. Depositemos en esa copa nuestro aseo, nuestro amor al orden, nuestra educación, puntualidad sinceridad y discreción. Añadamos también nuestros conocimientos y mies-tras cualidades. Pongámoslo todo al servicio de nuestro carácter sacramental, hasta la limpieza del cuello y el brillo de los zapatos: debo honrar en mí a Cristo.
2. He de vigilar 133iS defectos personales. Si soy propenso al enfado tengo que vigilarme en ese punto de modo especial; si tengo inclinación a charlar y a envanecerme debo cuidar mi lengua. Si soy orgulloso, egoísta y sensible, he de combatir estos defectos. Esforcémonos por ser amables y serviciales con todo el mundo: irradiemos el amor de Cristo. ¡Seamos mansos y humildes como el Señor! El carácter sacramental exige de nosotros la más alta perfección, y ella hará más eficaz nuestra acción pastoral y conscientes de que cada nueva virtud aumentará en nosotros la fuerza sacerdotal.

*El mundo debe ver en el sacerdote la faz de Cristo.* El sacerdote debe reproducir las virtudes, las cualidades y la personalidad de Cristo.

¿Cómo era la fisonomía moral de Jesús? Felizmente disponemos de algunas semblanzas de Cristo en los cuatro evangelios y en los demás libros del Nuevo Testamento.

Cristo es el hombre exento de pecado que ha podido decir de sí mismo: «¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?». Es la pureza completa. Nacido de una virgen y virgen él mismo, es el modelo de la pureza. Podríamos ir recorriendo todos los rasgos de su carácter moral, pero hay uno sobre todo que brilla con más intensidad y del que nos habla en cada página el santo evangelio: es su bondad, su inefable dulzura y su amor para con los desgraciados. Refiriéndose aeste rasgo de la figura de Jesús

148 **DR. PÍO PARSCH**

nos dice el profeta: «No quebrará la caña hendida, ni apagará la mecha que arde aún...». Y el mismo Cristo dice: «Venid a mí todos los que estáis cansados y preocupados que yo os consolaré, y encontraréis refrigerio para vuestras almas». Recordemos también las parábolas de la oveja perdida, del hijo pródigo... Oigamos lo que responde al buen ladrón: «Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso». He aquí el carácter de Jesús, el dulce, el acogedor, el mi­sericordioso carácter de Jesús.

Este es el retrato de Cristo que los hombres desean ver en el sacerdote. Bondad, dulzura y comprensión, he ahí los rasgos esenciales de la personalidad sacerdotal. Dejemos para los demás el juzgar, el castigar y el que se enfaden. Nosotros los sacerdotes debemos ser por el contrario bue­nos, nunca jamás debemos perder la paciencia; en el con­fesionario acojamos a los pecadores con bondad; predi­quemos con preferencia la «Buena nueva», el amor y la humanidad del Salvador. El recuerdo de nuestro carácter sacramental debería hacer de cada uno de nosotros **un** nuevo Cristo.

3. Pero lo más valioso e importante que hay que de­positar en esa copa de oro es la gracia. Para comprender perfectamente lo que es el carácter sacramental lo hemos distinguido de la gracia, pero evidentemente la gracia debe ir siempre unida al carácter sacramental del mismo modo que ha de acompañar al carácter del bautismo y al de la confirmación. La gracia es esencialmente santidad. El mun­do necesita sacerdotes santos. Muy bien dijo un hombre de Dios, que le dieran doce sacerdotes santos y que con­vertiría el mundo entero.

Nada hay que dé más brillo y eficacia al carácter sacramental como la gracia santificante.

Es, pues, evidente que esta doctrina del carácter sacra­mental tiene una importancia enorme y posee en sí misma gran valor vital. El bautismo, la confirmación y el orden son realmente tres talentos que Cristo ha dado a su Iglesia, que nosotros debemos hacer fructificar y de los que se nos pedirá cuenta un día.

CAPÍTULO III   
LA GRACIA SACERDOTAL Y LA LITURGIA

Para tratar a fondo este asunto es de suma importancia precisar el sentido de estos dos términos: *santificación y liturgia.*

Por santificación se suele entender con frecuencia el trabajo que realiza el hombre en su alma, su esfuerzo por lograr la virtud, la oración y la contemplación. Pero todo eso no es más que una parte de la santificación.

Empecemos por examinar objetivamente esta palabra. ¿Qué es ser santo? La santidad es la divinidad: sólo Dios es santo. Por eso cantan los ángeles: «Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos...». Partiendo de esta. base podemos aplicar al hombre este término de santo. Ser santo significa estar unido a Dios. El hombre divinizado es santo. Jesucristo realizó el prodigio de elevar al hombre al plano de lo divino, «le hizo partícipe de la naturaleza divina». Cristo ha venido para divinizar a los hombres haciéndoles, por la gracia, miembros de su Cuerpo Místico. La gracia es la que hace al hombre santo en el sentido objetivo y esencial de la palabra. Por eso se les llamaba «santos» a los primeros cristianos. Atengámonos a esta definición de la santidad, el hombre es santo en cuanto posee la vida divina de la gracia: ésta es la esencia de la santidad. La gracia no es sólo un principio, sino el fin perpetuo del cristiano, y lo que constituye esta esencia de la santidad.

No obstante, no debemos perder de vista que existe

**150 DR. PÍO PARSCH**

además otro concepto del santo. Santo es aquel que ha sido canonizado por la Iglesia. Este concepto se refiere más bien al aspecto humano o subjetivo de la santificación y mueve a las virtudes heroicas y a la perfección. Pero hemos de saber que aun apreciando en todo lo que vale la acción humana, la santidad de los «Santos» consiste en la gracia de donde fluye toda acción humana. El que ha sido bautizado está obligado a modelar su vida de forma que responda a la unión contraída con Cristo en el bautismo. Los cristianos debemos tener siempre *presente* aquello de San Pablo: «Estoy crucificado con Cristo» (Gálatas, II, 19).

Ambos elementos, el objetivo de la gracia y el subjeti­vo del esfuerzo humano, deben permanecer armoniosamente unidos entre sí.

Pasemos ahora al otro término, al de liturgia.

También este término está lleno de oscuridad. Comprendemos perfectamente que algunos rehúsen ver en la liturgia un medio de santificación si es que por liturgia entienden solamente las rúbricas, las ceremonias y fórmulas de los divinos oficios. ¿Qué es, pues, la liturgia? Cierta­mente es, en primer lugar, el culto divino de la Iglesia, el servicio que ella ofrenda al Padre celestial bajo la direc­ción del mismo Cristo. Pero esta definición es todavía un poco estrecha porque en la liturgia no sólo interviene la Iglesia sirviendo a Dios, sino que también Dios actúa dando algo al hombre. Hay, pues, en la liturgia un santo intercambio entre Dios y los hombres. Cristo es el intermediario de este divino comercio. En la liturgia el hombre, en unión con la Iglesia, rinde honor a Dios y Dios, a su vez, da al hombre la paz (la gracia).

El medio instituido por Cristo para la santificación es, pues, la liturgia. Es el medio, no un medio de tantos. Muchos lectores quedarán sorprendidos de esta teoría y, sin embargo, es así. Normalmente recibimos la gracia por el bautismo, la confirmación, la Eucaristía y los demás sacramentos. Toda la liturgia con sus horas, misas y sacra­mentales es la gran fuente y el torrente de la santidad.

LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 151

Cuando nosotros glorificamos a Dios, la gracia y con ella la santidad se derrama a torrentes en nuestras almas.

Ahora nos resultarán más familiares y más claros estos dos términos de santificación y de liturgia.

El tercer término, sacerdote o clero, va íntimamente unido a los anteriores.

¿No es el sacerdote ante todo un liturgo? ¿No es la liturgia su más sublime ministerio? El sacerdote, como liturgo glorifica a Dios y también hace que desciendan a la tierra las gracias celestiales. ¿No debiera, por tanto, beber y recibir la santidad de este sagrado intercambio? De este modo los tres términos, liturgia, santidad y sacerdote, se armonizan perfectamente.

¿De qué modo puede la liturgia garantizar la santificación del individuo y sobre todo del sacerdote? La liturgia traza en derredor nuestro cuatro círculos con los que nos envuelve, por decirlo así, de gracia y de santidad. Esos círculos son las cuatro clásicas unidades de los tiempos litúrgicos, el día, la semana, el año y la vida.

La liturgia trata de santificar cada una de estas unida-des y al propio tiempo nos incita con ellas a la santificación personal.

1. *El día litúrgico.* ¿Qué medios pone la liturgia a nuestra disposición para santificar el día? Tres: la misa. las horas canónicas y el culto de los santos.

Del mismo modo que el sol sale cada mañana y llena la tierra con su luz y su calor, su fuerza vital y su alegría, así también el sol divino *(oriens ex alto)* se levanta cada mañana en la Eucaristía para llenar al cuerpo místico de la Iglesia y a sus miembros con la vida divina de su resplandor celestial y de su ardor sobrenatural. La misa cotidiana es el punto culminante del día, y la Eucaristía, por ser sacrificio y alimento, es el medio máximo de santificación en el sentido objetivo y subjetivo de esta palabra. «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna..., él vive en mí y yo en él». Poseer la vida eterna y permanecer en Cristo, he ahí la verdadera santidad.

Pero la liturgia no se contenta con hacer brillar el sol

152 ***DR.* PÍO PARSCH**

divino en la santa misa sino que extiende a lo largo de toda la jornada el velo dorado de las horas canónicas. De este modo, la misa queda Prolongada durante todo el día. Las horas canónicas son como planetas que giran en torno al sol de la misa: nos preparan a ella y hacen que prosiga su acción durante el día. Las horas canónicas santifican en el verdadero sentido de la palabra todas las horas del día.

Hay además una santificación objetiva del tiempo. No sólo es el hombre el que santifica el tiempo o el día con su oración, sino que también Dios interviene con su gracia en cada hora del día y las llena de santidad como la abeja llena con su miel las celdillas del panal.

Vamos a considerar en primer lugar cómo el breviario santifica objetivamente nuestro tiempo. Ya sabemos que las oraciones del breviario son medios *de* santificación en el sentido objetivo de esta palabra; son, por decirlo así, como el arcángel San Rafael, el viajero que nos acompaña a través de los días y de los años de nuestra peregrinación sobre la tierra... El breviario es la oración de cada hora del día; minuto a minuto pone en nuestras manos la espa­da de combate y el instrumento con que debemos edificar en nosotros el reino de Dios. Para ello es preciso que recemos el breviario en el orden de horas establecido. Si rezamos desde por la mañana lo que corresponde a la noche (vísperas y completas) y si decimos los laudes —la oración matutina— por la tarde, si lo rezamos todo su­perficialmente y sin comprenderlo, como una carga y una obligación, entonces no podrá ser para nosotros un medio personal de santificación. ¡Cuántos estímulos para la san­tificación presentaría el rezo del breviario si el sacerdote lo hiciera *attente ac devote!* ¡Qué bien se acomodan los salmos a cada estado de ánimo y a cada actitud del espí­ritu, y cómo nos enseña la santidad la palabra divina de la sagrada Escritura! Valdría la pena hacer un estudio especial del breviario como instrumento de santificación.

Además la Iglesia nos da casi para cada día uno o varios santos como compañeros de la jornada. Es este

**LA RENOVACIÓN DE LA. PARROQUIA... 153**

tambiénun medio particular de santificación. Los santos, **en** cuanto miembros glorificados del cuerpo místico, no sólo son intercesores que nos proporcionan la gracia y por tanto la santificación objetiva, sino que además, en cuanto modelos luminosos, nos mueven a trabajar por la perfección y por la virtud.

La liturgia, al presentarnos el santo de cada fiesta, lo hace de una manera muy realista. En las primeras vísperas hace al mismo tiempo el relevo del santo anterior. En maitines nos narra la vida del santo provocándonos a su imitación. En cada hora canónica lo sentimos junto a nos­otros, ruega por nosotros y nos asiste. Con frecuencia la colecta y los demás textos nos proponen una virtud espe­cial de ese santo y nos invitan al mismo tiempo a hacer un examen particular sobre ella.

El santo del día nos lleva a misa en la que juega un papel de introductor. En la epístola se constituye nuestro predicador hablándonos por medio de la sagrada Escri­tura. En el Evangelio es Cristo quien se sitúa junto a él para adoctrinamos y enseñarnos que ese santo ha seguido realmente las doctrinas del Maestro. En el momento del ofertorio nos precede ofreciendo en lugar nuestro el sa­crificio de su vida, de sus dolores y de sus obras Para que nuestro sacrificio sea del agrado del Señor. En la comu­nión participamos de su gloria.

Nos asiste durante el trabajo, en los sufrimientos, en las tentaciones, y nos ayuda a combatir y laborar por el reino de Dios. ¡Qué magnífico es el medio de santificación que nos ofrece el culto litúrgico de los santos!

El día es así una unidad repleta de gracias y de los más valiosos auxilios.

2. *La semana litúrgica.* La segunda unidad del tiem­po litúrgico es la semana santificada por el domingo. En lasagrada Escritura, como sabemos, se relaciona la semana con la obra de la creación. Nuestra semana es, pues, una imitación y continuación de la obra creadora de Dios. El día del Señor, o día de reposo, ha sufrido un cambio en elcristianismo. El sábado era el día de descanso des-

**154 DR. PIO PARSCH**

pués de seis días de trabajo; el domingo es el primero y no el último de la semana. El domingo abre la semana santificándola y llenándola de gracias.

¡Qué gran medio de santificación es el domingo! Sin duda el sacerdote se encuentra en una situación muy dis­tinta respecto de los simples fieles, porque, si bien el sacer­dote en el plano pastoral debería utilizar en su parroquia este inmenso valor santificador del domingo, con todo eso el domingo suele ser las más de las veces para los párrocos un día cargado de trabajo en el que no les es posible pen­sar en su alma. Y sin embargo también debe ser para el sacerdote una abundante fuente de santificación. Bajo el punto de vista litúrgico, los domingos son el armazón de todo el año litúrgico. Ellos nos proporcionan las ideas y las gracias de los grandes ciclos litúrgicos. Si el sacerdote se sumerge en ellos con amor (y debe hacerlo para su labor pastoral y su predicación) entonces ciertamente su alma no podrá menos de salir beneficiada. Pero querría ante todo llamar la atención sobre la misa del domingo que se destaca de entre !as del resto de la semana. La misa dominical recibe su fuerza de la solemnidad Pascual.

Valdría la pena que repasáramos de nuevo la fuerza santificadora de una misa. Y, en primer lugar, la palabra de Dios del principio de la misa. Nosotros los sacerdotes hemos olvidado totalmente lo que la palabra de Dios pue­de ser para nosotros. También la palabra de Dios tiene un poder santificador; es como un cuchillo y como un juez que nos acusa y separa lo bueno de lo malo; *es* como una semilla que prende en el alma cuando encuentra una tierra bien dispuesta y nos asemeja a María si sabemos «escucharla y conservarla».

¡Cuánto provecho sacaríamos si hiciéramos de la epís­tola y del evangelio de cada domingo el programa de toda la semana! ¡Y no sólo para la parroquia sino también para nosotros!

Recordemos ahora nuestro deber de hacer del ofertorio una ofrenda. Depositemos en la patena nuestro trabajo, nuestras penas y nuestras oraciones. La ofrenda es el acto

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 155

más humano de la misa. En el ofertorio deberíamos tener siempre presente que formamos una gran comunidad con los santos de las tres Iglesias. En ellas florece la cepa di­vina que se alimenta de la sangre del Cordero.

En cuanto a la comunión, sabemos muy bien que es la fuente de toda gracia y de toda santidad.

3. *El Año Litúrgico.* Nos damos cuenta de que el Año Litúrgico es una representación de la vida histórica

1 de Cristo y un catecismo vivo que nos enseña las verdades de nuestra fe y la ley divina. Pero tal vez no conozcamos tanto el sentido profundo del Año Litúrgico como escuela de santificación. El fin principal del Año Litúrgico es ase­gurar en nuestras almas la vida divina de la gracia y des-

1 arrollarla totalmente. Dos olas de gracia precedidas de una de penitencia caen sobre nosotros a lo largo del año. Esto acontece por primera vez en el ciclo de Navidad: Adviento es el tiempo de penitencia y reflexión para «pre­parar los caminos del Señor». Luego, en Navidad y Epi­fanía el Señor viene y se nos manifiesta con su gracia. Un poco más tarde se celebra la Cuaresma, tiempo de renova­ción espiritual para la Iglesia: son unos ejercicios espi­rituales de cuarenta días. Pascua es la fecha en la que resucita nuevamente toda la cristiandad en un nuevo bau­tismo. Los días que median entre Pascua y Pentecostés están consagrados al cultivo de esta conciencia del bautis­mo, de la gracia. El ciclo pascual que va desde Septuagé­sima hasta Pentecostés es, pues, para la Iglesia una época de santificación y de formación.

No creamos, sin embargo, que con estas breves ideas hemos agotado el tema del Año Litúrgico como fuente de santificación. El sacerdote que se adentra en los tesoros del Año Litúrgico a través del breviario y demás libros sagrados, puede darse perfecta cuenta de esto.

El sacerdote debe también vivir del Año Litúrgico. inspirar en él su meditación diaria y su ascetismo. ¡Que nunca deje de aprovecharse de las lecturas bíblicas que le brinda el breviario como de un medio de santificación!

**156 DR. PÍO PARSCH**

**4.** *La santificación de la vida.* Mientras que el día, la semana y el año son comunes para todos los cristianos, la santificación de la vida es cosa particular de cada hom­bre. Cada uno recibe el sacramento del bautismo, el de la confirmación, la absolución y la comunión, el orden y la extremaunción y la sepultura personalmente y para sí Esta santificación personal hay que considerarla como la consagración de la vida. Cada hombre es una planta en el jardín de Dios: crece, se viste de ramas y de flores da frutos, prospera de a& en año y se dirige hacia su plenitud espiritual. Ya hemos visto que los sacramentos son instrumentos de la gracia y de la santificación. Pero son algo más: injertan en el cristiano una vida más ele­vada. El bautismo le hace miembro de Cristo, la confir­mación le une a la obra redentora de Cristo y la ordenación sacerdotal le hace partícipe de la dignidad pontifical del Salvador. Advirtamos también que estos tres sacramentos no limitan su eficacia al momento de su administración; son las esclusas de donde fluyen constantemente la gracia y la santificación en nuestra vida. El cristiano, el confirmado y el ordenado no quedan simple­mente santificados, sino que tienen en los sacramentos un constante estímulo para santificarse. La sagrada Eucaristía viene a ser esa fuerza de la gracia que reanima sin cesar la gracia del bautismo, de la confirmación y del orden.

No por esto debemos olvidar los sacramentales, pues son también medios con que la Iglesia consagra nuestra existencia y santifican el ambiente cristiano para que así puedan los fieles caminar hacia la propia santificación.

Si consideramos bien todo esto, podremos decir que realmente la liturgia es el gran medio de santificación que nuestra Madre la Iglesia ofrece a todos sus hijos los cristianos. Pero el que debería aprovecharse más de estos tesoros es el sacerdote a quien la Iglesia se los abre con más frecuencia.

CAPÍTULO IV

EL SACERDOTE Y LA MISA

Así como en todas las religiones van juntos el sacer­docio y el sacrificio, del mismo modo el sacerdote católico está íntimamente ligado al sacrificio de la misa. El santo sacrificio de la misa es la función más alta del sacerdote; nunca es más grande que cuando pronuncia las palabras de la consagración y presenta las ofrendas de su comunidad. Esto no admite duda y es cosa clarísima. Pero no creo que sean tan conocidas las conclusiones que de aquí se siguen. No voy a hacer aquí más que evocar la importancia pastoral de la misa, porque pienso volver sobre este tema más tarde. La misa es lo más grande que puede hacer el sacerdote en el plano pastoral. Esto es fácil de demostrar.

Si el ministerio pastoral consiste en asesorar en los fieles la vida divina de la gracia, se sigue que la Eucaristía, alimento sobrenatural y espiritual, es el mejor instrumento del ministerio de las almas. El sacerdote debe preocuparse y está obligado a instruir a los fieles para hacer que comprendan y participen en el sacrificio de la misa. En este punto hay muchos errores y descuidos. Es poquísimo lo que se predica sobre la misa. El refrán *la boca habla de aquello que abunda en el corazón,* podría cambiarse así: *cuando el corazón está vacío la boca calla.* Da la impre­sión de que la mayoría de los sacerdotes no saben qué decir de la misa. Pasan años y años y no se dice una

158 DR. PÍO PARSCH

sola palabra del acto cultural más importante de nuestra religión. Ni siquiera se da a los niños una instrucción suficiente sobre este punto. Se considera la misa como una cosa tan natural que no es preciso hablar sobre ella. Pero cuando comprueba uno la ignorancia aterradora de la gran masa de los cristianos de las ciudades y de los pueblos sobre la misa, entonces es cuando puede medirse la proporción de ese pecado de omisión del ministerio pas­toral.

Si se pueden contar por miles los que no van a misa los domingos, creemos que, en parte, es porque no saben qué es eso..., porque nosotros los sacerdotes no nos mo­lestamos mucho para que el pueblo tome parte en ella. Ahora bien, ya sabemos que un cristiano deja de ser ca­tólico práctico cuando deja la misa dominical. Pero si los sacerdotes que tienen ministerio hacen tan raramente de la misa el objeto de su solicitud pastoral, es porque ni ellos mismos la conocen de una manera completa y porque ca­recen de intimidad y amor para con ella.

Este es el problema que nos ocupa en este capítulo: el sacerdote debe conocer a fondo la santa misa, debe tenerla en gran estima y celebrarla con el mayor cuidado y con el mayor amor.

1. ¿Comprendemos los sacerdotes la misa como se debe? Hay dos modos de conocer o de comprender: uno científico y otro teológico.

Evidentemente, un sacerdote debe poseer sólidos co­nocimientos acerca de los orígenes, de la evolución y de las diversas partes de la misa, y para eso es preciso que estudie esos puntos. En los seminarios de antaño no se solía estudiar convenientemente la liturgia. Refrescando sus conocimientos sobre la misa, el sacerdote llegará a acre­centar su amor hacia ella y tratará de llevar su conoci­miento y amor al pueblo.

Pero yo creo que tiene más importancia el conocimien­to práctico y teológico de la misa. Puede uno conocer per­fectamente y hasta con erudición la historia de la misa, di-

LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 159

sertar doctamente sobre las diversas teorías del sacrificio, pero también es posible que no tenga ninguna relación ín­tima y piadosa con la misa. Por eso, para que comprenda la alta función y acción de la misa, es necesario que sea un hombre piadoso, que viva en el reino de Dios y en el mundo de la gracia.

No faltan sacerdotes piadosos para los que la misa es un ejercicio de piedad más, una devoción privada... Tienen tal aprecio de ella que no pasarían un solo día sin celebrarla. Aun cuando se encuentran de viaje no pueden de­jar de decir su misa. En los Congresos católicos hemos podido ver centenares de sacerdotes decir misa simultá­neamente en un mismo recinto. Todos ellos hubieran rechazado de plano la sugerencia de concelebrar una misa y recibir en ella la sagrada comunión, porque miran la celebración personal de la misa como cosa más digna y meritoria que la concelebración (1).

A mi modo de ver, estos sacerdotes no comprenden la misa de un modo práctico y teológico. La Iglesia primitiva, que estaba más próxima a la fuente, puede darnos en esto la norma. Antiguamente sólo había misa los domingos y los días de fiesta, y una sola misa en cada iglesia. El sa­cerdote más antiguo, o bien el obispo, celebraba el santo sacrificio participando los demás sacerdotes en esta cele-

(1) El tema de la *concelebración* ha sido muy discutido últi­mamente. Esta doctrina de Parsch, al parecer un tanto avanzada, ha de ser rectamente entendida a la luz de la doctrina de Pío XII en su alocución dirigida a los cardenales y obispos reunidos en Roma el 2 de noviembre de 1954, y en su discurso del 22 de sep­tiembre de 1956 al Congreso Internacional de Liturgia Pastoral tenido en Asís. El Papa Pío XII habló así en esa última ocasión: «Por no distinguir entre la cuestión de la *participación del cele­brante* en los frutos del sacrificio de la misa y la cuestión de la *naturaleza de la acción* que él realiza, se llega a la conclusión de que la celebración de una sola misa a la que piadosamente asisten cien sacerdotes, equivale a la celebración de cien misas por cien sacerdotes. De esta afirmación decíamos: Hay que rechazarla como opinión errónea...»

«Nos lo repetimos: La cuestión decisiva para la concelebración como para la misa de un solo sacerdote, no es saber qué fruto

**160 DR. PÍO PARSCH**

bración en la que todos los asistentes tomaban parte activa. Se consideraba a esta misa como el sacrificio de la *«ekklesia»;* todos tenían su puesto en esta santa asamblea, y a ningún sacerdote se le ocurría decir una misa privada, por­que el sacrificio de todo el pueblo no le fuera a reportar las suficientes gracias espirituales.

Las misas privadas empezaron a prevalecer a partir de la Edad Media. Ya no se reconocía a la misa como el sacri­ficio de la *«ekklesia»;* el espíritu subjetivo medieval no veía en la misa el sacrificio de la comunidad, sino un ejercicio de piedad, un coloquio del alma con el divino Esposo... Desde entonces se empiezan a «contar» las misas. En las grandes iglesias los sacerdotes celebraban sus misas pri­vadas en altares que se encontraban casi pegados los unos a los otros y por fin se hizo ya una costumbre general el que cada sacerdote dijera su misa cada día. Hoy día a un sacerdote que no celebra diariamente se le considera como falto de piedad.

Y ¿en las comunidades? Desde muy temprano se em­piezan las misas privadas que dicen uno junto a otro; des­pués tiene lugar la misa conventual con asistencia de toda la comunidad. Los sacerdotes sufren por no poder llevar a esta misa de comunidad el fervor interior que han puesto en su misa privada. En estos casos, cualquiera que tenga un poco de sentido litúrgico no podrá por menos de decir que ahí falta algo, que no está todo en regla... Las misas privadas no tienen razón de ser en una comunidad.

saca el alma de ella, sino cuál es la naturaleza del acto que se realiza.» (A. A. S., 48 [1956), 716-717.)

Hay que reconocer, además, que la expresión «misa privada» usada aquí por el autor, no es muy exacta. «El santo sacrificio de la misa es un acto de culto *público* rendido a Dios en nombre de Cristo y de la Iglesia, cualquiera que sea el lugar o el modo decelebrarse. Se debe, por tanto, evitar la expresión «misa privada». (Instrucción de la Sagrada Congregación de Ritos, del 3 de sep­tiembre de 1958, Cap. I, n.° 2.)

Parsch murió siete meses antes de la primera alocución en que Pío XII habló de estas cuestiones teológico-litúrgicas, sin conocer cómo las zanjó. (N. del T.)

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 161

Sin embargo, el hecho es que la misa privada está tan enraizada en la actual vida eclesiástica que sería sospecho-so de falta de espíritu sacerdotal quien quisiera oponerse a ella. No obstante, yo creo que se haría un gran servicio a la Iglesia si se excluyeran lo más posible las misas privadas. Con ocasión de los ejercicios Espirituales y reuniones de sacerdotes deberían éstos celebrar, ***en*** vez de «su» misa privada, una misa comunitaria comulgando todos (1). Personalmente tengo por principio no decir, sino raras ve-ces, misas privadas; cuando no tengo una comunidad de fieles en torno mío, me falta algo esencial. Casi todos los días celebro una misa comunitaria.

Actualmente el Derecho Canónico no permite la concelebración de varios sacerdotes, pero esperamos que esta barrera llegará a abrirse un día; entonces los sacerdotes podrán ejercer comunitariamente las funciones de su dignidad sacerdotal.

Esta actitud respecto de la misa privada favorecerá la comprensión práctica y teológica del santo sacrificio.

2. Otra idea: si la misa ha de volver a ser una acción viva, debe verse libre de cierto formalismo. Hay sacerdotes piadosos que celebran el santo sacrificio desde el principio hasta el fin con una piedad ingenua, sin comprender la función de las diversas partes: por eso la misa para ellos no pasa de ser una devoción más... ¡Cuánto más viva es la misa cuando el sacerdote sabe, por ejemplo, lo que significaba en sus orígenes el introito, el ofertorio o la comunión! ¡La obra maestra que es con frecuencia una oración!, ¡el hermoso paralelismo que existe frecuentemente entre la epístola y el evangelio! Solamente cuando se considera la misa como un solemne drama sacro alcanzan el

(1) El autor habla en sentido ideal: El ideal sería que todas las misas fueran concelebradas sacramentalmente. Según esto, las misas privadas deberían convertirse en concelebración sacramental. En el caso de que las condiciones no hagan posible esta concelebración, creemos que el autor no se opone a la celebración de las misas privadas. Véase la nota anterior. (N. del T.).

162 **DR. PÍO PARSCH**

introito y la comunión ese carácter simbólico que nos llena de admiración.

Estudiemos este realismo de las cinco partes principales de la misa. Primeramente *oramos, y* en nuestra oración subimos una escala ascendente: arrepentimiento, súplica *(Kyrie),* alabanza *(Gloria),* oración. ¡Quiera Dios que las palabras de estas oraciones hallen un eco profundo en nues­tra alma!

¡Qué oración más emotiva la del *«Confiteor»!* El sacer­dote se inclina profundamente y se reconoce pecador. El diálogo de los *Kiries,* aunque breve, encierra toda la es­peranza de la humanidad. Luego el *«Gloria»,* ese canto pascual rebosante de alegría, himno pneumático de la primitiva Iglesia. Nunca cansa el decir el *«Gloria»,* siempre resulta hermoso y emocionante.

Por fin la colecta, finamente labrada, es con frecuen­cia una oración inagotable. Con ella rogamos al Padre en nombre de la Iglesia, por mediación de Jesucristo y aprendemos a hacer nuestras las inmensas necesidades de la Iglesia.

En la misa leemos y oímos *la palabra de Dios.* ¡Cuán hondamente debería impresionarnos esta palabra divina! No es San Pablo quien nos habla ni es tampoco San Mateo el que nos cuenta una parábola, es Dios mismo el que se levanta ante nuestros ojos y nos habla por su revelación. Esta palabra de Dios debe ser para nosotros una semilla y una espada. ¡Muchas veces, ¡ay!, esta semilla cae en un suelo pedregoso! ¡Ni se da cuenta el sacerdote de lo que lee! No nos olvidemos de que en la misa es donde debe­mos recoger esa palabra de Dios para transmitirla después a los fieles. Las lecturas de la misa son magníficos temas de predicación. Por mi parte encuentro insoportable el que no se transmitan al pueblo las lecturas de la misa. El pue­blo tiene que oír también la divina palabra. Precisamente la bendición que pide el que va a leer el Evangelio es una invitación a predicar realmente el evangelio haciendo de él un comentario u homilía.

Tampoco olvidemos el *Credo,* que no es en realidad

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 163

una oración, sino más bien una confesión, una afirmación y un testimonio. Confesemos, pues, nuestra fe con gozosa valentía y profundo agradecimiento por poseer este gran don.

Comienza en este momento la segunda gran división de la misa. Si en la primera hemos sido los siervos y los predicadores *de* la divina palabra, en esta parte somos los consagrantes y dispensadores del Cuerpo de Cristo. Nos asemejamos a la Madre de Jesús. El mismo Sacerdote Eterno Jesucristo se reviste con nuestra apariencia. Deberíamos darnos más cuenta de esto.

El ofertorio en la actual misa romana resulta muy pobre. Antiguamente era la gran ofrenda del pueblo, los fieles podían expresar su ofrecimiento personal mediante ese acto, el más humano de la misa. Antes de que tomaran los fieles en sus manos temblorosas el cuerpo y la sangre del Cordero de Dios, debían hacerse capaces con su ofrecimiento de participar en el sacrificio.

El significado y contenido del ofertorio no era propia-mente eucarístico, sino sacrificial. En la actualidad hemos perdido de vista este sentido. Su ofrenda popular ha sido sustituida por una amalgama de oraciones recitadas por el sacerdote, y cuyo contenido no es más que una anticipación del Canon. Hay que mantener el sentido original del ofertorio y hacer que el pueblo lo comprenda. Como actualmente el sacerdote es el que únicamente presenta la ofrenda de pan y vino, debe estar tanto más persuadido de que sobre la patena se encuentra su pan, es decir, su trabajo diario y el de toda su vida; que en el cáliz se contiene su vino, es decir, las alegrías y las penas de su existencia, y que de este modo une y junta con el sacrificio redentor de Cristo el contenido de su propia vida. Y precisamente ha de poner sobre el altar, en el momento del ofertorio, todo aquello que haya de doloroso y duro **en** su vida y en su profesión para completar así lo que falta a la Pasión de Cristo. El ofertorio será de este modo para el sacerdote una de las más hermosas e íntimas partes de la misa.

Con el *«Sanctus»* penetra el pontífice **en** el *Sancta*

**164 DR. PÍO PARSCH**

*Sanctorum* donde ya no puede seguirle el simple fiel; ahora   
va a prestar su persona y su lengua al Sumo Sacerdote Jesucristo. El Canon es un privilegio sacerdotal, es todo él una oración consecratoria y por eso tiene que poner encada palabra la mayor atención y reverencia. Con el Canon entra el sacerdote en el círculo interior de una comunidad excelsa trazado por la Santísima Trinidad en torno al Cordero inmolado y transfigurado. «Participantes en una mis­ma comunión y celebrando el recuerdo» *(communicantes es memorian celebrantes),* ofrecemos sobre el altar la víctima de la Nueva Alianza. El sacerdote deberá estar compenetrado de estos sentimientos al pronunciar las oraciones del Canon. Tenga muy en cuenta los dos Mementos. El unir a sus allegados y a aquellos por los que ofrece el santo sacrificio a esta acción sagrada constituye un verdadero ministerio. a

Hay dos pasajes del Canon que merecen destacarse e porque no se les suele interpretar bien o se suele hacer e

pococaso de ellos. Hacia el fin del Canon el sacerdote hace tres cruces sobre las sagradas especies diciendo: *«Per quemhaec omnia, Domine, semper bona creas, sanctificas, vivificas, benedicis et praestas nobis».* Muchos sacerdotes refieren estas palabras a la Eucaristía, mas examinadas de cerca hay que reconocer que no pueden referirse a ella.

Las palabras *«haec omnia»* significan otra cosa. La historia de la liturgia nos muestra que no eran sino la conclusión de la fórmula consecratoria de las ofrendas deposi-tadas sobre el altar. Esta fórmula se remonta a los prime­ros siglos cristianos cuando todavía se hacía la ofrenda. Si queremos que estas palabras tengan aun hoy día un sentido, hagamos que de la Eucaristía la bendición divina trascienda a los dones de la naturaleza que utilizamos de continuo en nuestra vida. De esta manera la misa repercute en toda nuestra existencia y santifica las cosas naturales que nos rodean. -

Termínase, por fin, el Canon con una pequeña elevación mientras el sacerdote dice: *«Per Ipsum...».* Con frecuencia solemos los sacerdotes recitar esta fórmula de una

***5***

166 **DR. PÍO PARSCH**

*también* los *«circunstantes»* deben ser invitados a este ban­quete. No suelo celebrar la santa misa donde no comulga nadie, y tampoco me gustan esas otras misas solemnes tar­días en las que no se comulga. Realmente San Pío X tuvo una inspiración celestial facilitando la comunión frecuente. Hoy día, después de cuarenta años no podemos compren­der cómo antes solamente era el sacerdote el comulgante. Sin embargo, hay muchísimas iglesias en las que todavía se da la comunión antes o después de la misa y no durante la misa.

Efectivamente, son muchos los sacerdotes que olvidan que la Eucaristía se debe dar a los fieles *ex hac altaris participatione,* es decir, que hasta deberían consagrar en la misma misa las hostias destinadas a los que van a comulgar en ella. La comunión, en efecto, es el fruto del sacrificio que acaba de ofrecerse. Jamás la primitiva Iglesia había pensado en distribuir a los fieles la sagrada Eucaris­tía de una misa precedente.

Para los cristianos modernos la íntima unión del sacrificio y la comunión nos resulta cosa extraña. Se ha dado a la Eucaristía una existencia propia independiente del sa­crificio. Un sacerdote que tenga espíritu litúrgico ha de procurar, en cuanto le sea posible, distribuir a los fieles hostias consagradas en la misa. Así suelo hacerlo todos los días depositando en una patena capaz el número de hostias correspondientes a los que van a comulgar. Si sobran las consumo después. Los domingos, como las comuniones son mucho más numerosas, se cuentan al entrar en la iglesia los que quieren comulgar y se ponen en la Patena otras tantas formas, que uno de los fieles presenta al sacerdote en nombre da la parroquia en el momento del ofertorio. Ya me hago cargo de que en parroquias populosas esta manera de proceder no estará exenta de dificultades.

Hay otro rito momificado que también espera su *re­surrección:* me refiero al ósculo de la paz. Este rito admi­rable por el que nos unimos con Cristo y con nuestros hermanos, y que es manifestación del amor al prójimo, no es más que una ceremonia en las misas diaconadas.

**ILA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 167

Nosotros la hemos vuelto a la vida: los monaguillos se dan literalmente el beso de paz y los mayores lo reciben con el portapaz.

3. Una palabra sobre la elección de la misa.

En algunas iglesias es esto cosa del sacristán. Deja abierto el misal sobre el altar y el sacerdote dice la misa que el sacristán ha elegido... Por supuesto, los días de rito simple opta invariablemente por la de difuntos... Un sacerdote que se precia de litúrgico procede de otro modo: no le es indiferente el elegir una misa por otra. Prefiere siempre las misas del ciclo temporal, misas de las cuatro Témporas y, en particular, las feriales de Cuaresma. Hay aún sacerdotes que no saben o no quieren saber que en Cuaresma se pueden elegir esas hermosísimas misas feriales. Si un sacerdote tiene 'sentido litúrgico, los días sin conmemoraciones debe volver a decir la misa del domingo anterior. Recordemos que todos sus textos y lecturas son el programa de la semana. Rara vez, y con dificultad. aconsejará a los fieles la participación en una misa de difuntos. ¿Por qué prefieren los sacerdotes la misa de *«Requiem»?* Posiblemente por que son más cortas. ¿Por amor, tal vez. a las almas del purgatorio? ¿Por complacer a los fieles? En todo caso no es tener espíritu litúrgico y, en resumidas cuentas, tampoco hacen ninguna gracia a los fieles, porque, en efecto, ¿cómo puede exigirse de un cristiano que quiere seguir la misa con su misal que lea la misa de *«Requiem»* tres o cuatro veces a la semana? ¿Debe limitarse su vida espiritual a sacar almas del purgatorio?

Sin embargo, hay sacerdotes que por principio dicen misa de difuntos siempre que se permite.

Terminemos este capítulo con una palabra sobre los ornamentos.

A todos y cada uno de los ornamentos sacerdotales no les vendría mal una reforma: albas adaptadas a la estatura del celebrante para que las mangas queden en su lugar. ¡Cuidado con los encajes barrocos! El ideal es un

168 DR. PÍO PARSCH

alba sencilla, con un pequeño adorno o bordado en la parte inferior.

La estola y el manípulo largos y estrechos. Sobre todo dar más importancia a la forma de la casulla. Natural­mente, es preferible el corte amplio de la primitiva Iglesia. No ha de ser rígida, sino que debe caer con naturalidad.

Sacerdotes, la misa es nuestro oficio principal: ¡mostrémonos maestros!

CAPÍTULO V

EL SACERDOTE Y EL BREVIARIO

Siempre que se habla a los sacerdotes de renovación litúrgica es imprescindible hablar del breviario, el libro que, juntamente con el misal, debe acompañarles a todas partes.

El breviario es, en la Iglesia, «el pariente pobre.. ». En los últimos diez años ha adquirido tal desarrollo y avance nuestra literatura religiosa, teológica y ascética, que hoy día es ya casi imposible mantenerse al corriente de cada una de las disciplinas teológicas. Y, sin embargo, nadie se decide a tratar del breviario. Hasta el presente no existe un comentario de importancia sobre este asunto. Cuando se oye hablar a algunos sacerdotes del breviario, cuando com­prueba uno la poca estima en que se le tiene y lo poco que se comprende, es preciso convenir conmigo en que el breviario es «el pariente pobre...». Francamente, son gran cantidad los sacerdotes que jamás se han preocupado de

Íi entender el breviario, nunca han sabido apreciarlo y siem­pre lo han considerado como una carga. Se le reza rutina­riamente y sin hacer esfuerzo alguno por lograr su com­prensión. Nos solemos atener muy bien a aquello de la moral: basta la oración vocal. Pero esto tiene un aspecto peligrosísimo. Más de un sacerdote al rezar de esta mane­ra el Oficio Divino —si es que se puede llamar a esto re­zar— ha ahogado su vida de oración y ha llegado a olvi­dar el rezo auténtico. ¿No es esto realmente triste? ¿No es una pena, querido hermano sacerdote, que un hombre que ha recibido una formación literaria y teológica rece, quie-

**170 DR. PÍO** pAstscH

ras que no, una oración sin darse cuenta de lo que ella propiamente significa? *¿Es* posible que haya sacerdotes que durante toda su vida jamás hayan traducido entera-mente los salmos? Desde el día de nuestra ordenación has-ta la muerte nos acompaña un amigo, diariamente tenemos que estar con él al menos una hora; ¿no es un absurdo que no le miremos nunca a la cara y no tratemos *de* introducirnos en su corazón? Y, sin embargo, ya sabemos todo lo que debemos a este amigo desconocido; ¿qué no nos daría él si le conociéramos real y totalmente? No se le aprecia porque no se le conoce, y si se habla de él es para sacar a cuento sus flacos y defectos. Pero nadie se preocupa de conocer su hermosura y nadie hace aprecio de ella. ¿No es un absurdo que este libro, devocionario del sacerdote, permanezca cerrado con siete sellos durante toda la vida? ¿Merece el breviario este desprecio? Nadie podrá negar que bajo el punto de vista histórico, teológico, ascético y estético tiene un enorme interés. Una ojeada a su historia nos muestra que se trata del libro de oración más antiguo de la Iglesia, tan antiguo en su esencia como la misma Iglesia. Los primeros cristianos «perseveraban en la oración» *(Actos,* I, 14), y ya sabemos de qué se componía esta oración: salmos, himnos, lecturas sacadas del Antiguo Testamento, o sea, las partes principales de nuestro breviario.

Ante todo, he de significar inmediatamente que no quiero caer en el defecto de dar por bueno y hermoso todo lo que se encuentra en el breviario... También tiene sus fallos; pero en comparación de todo su conjunto estos fallos son cosa de poca monta y fáciles de eliminar. Es más. nosotros mismos somos indirectamente responsables de que existan algunos de estos fallos, porque si nosotros no hubiéramos relegado el breviario al papel de «pariente pobre», los trabajos de reforma estarían hoy día mucho más avanzados.

I. Para apreciar el breviario en su justo valor hay que conocer su constitución interna. El breviario tiene como

LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 171

fin: 1, ser la oración de la Iglesia, y 2, ser el guía del alma sacerdotal.

1. El breviario es, ante todo, la oración de la Iglesia, la que hacemos en su nombre. Es preciso que comprendamos bien la gran diferencia que existe entre la oración privada y la litúrgica. En la primera soy yo el que ora, generalmente, por mí y por los míos. Yo soy el centro: es, pues, una oración más o menos egocéntrica. En la se­gunda —por tanto en el breviario— no soy yo el que ora principalmente, es la Iglesia, la Esposa de Cristo, que re­comienda al Padre los grandes intereses del reino de Dios en la tierra. En esta oración me siento como un miembro de la gran «Ecclesia», como una hoja del árbol gigantesco de la Iglesia y participo de su vida y de su acción. La estima y el amor del breviario será para nosotros un hecho cuando le recemos con este espíritu eclesial. Entonces lo comprenderemos mejor y al pensar que la Iglesia nuestra Madre ora por boca nuestra, encontrarán un eco en nuestro corazón todos sus sentimientos. De este modo nuestras plegarias ganarán en contenido.

Con esta idea base tenemos ya la clave para acomodar muchísimos salmos a nuestra vida de oración. Rezando el breviario nos sentiremos verdaderos pastores de almas, haremos nuestros los intereses de la Iglesia y los intereses redentores de Cristo. De este modo podremos ejercer nuestro apostolado sin salir de nuestra habitación, desde por la mañana hasta por la noche. Para impregnar nuestra alma de esta idea fundamental escribámosla en el registro del breviario y digámonos al empezar el rezo de cada hora: «la Iglesia va a alabar ahora a Dios por mi boca, va a luchar por mis manos a favor de las almas». El rezar así el Oficio Divino es un verdadero apostolado, santo y eficaz.

1. Tiene además el breviario otra finalidad: en unos horizontes tan vastos no podemos dejar olvidada nuestra propia alma. Es el aspecto subjetivo: el breviario debe ser para el que lo reza un báculo, un guía y una escala que

172 **DR. PÍO PARSCH**

le lleve al cielo. La Iglesia acompaña con este libro a sus sacerdotes a través de su vida. Podríamos compararle con el arcángel San Rafael que condujo con toda felicidad al joven Tobías a través de todos los obstáculos de su viaje. El breviario nos conduce también a nosotros a través del Año Litúrgico; ningún libro mejor para esto; casi cada día nos proporciona un guía especial y nos pone como modelo un héroe: el santo del día. Apenas podríamos asimilarnos la gran riqueza de ideas que en un solo día nos proporciona el breviario. Además nos guía durante toda la jornada, gracias a esa admirable institución de las horas canónicas. Por medio del breviario la Iglesia nos facilita para cada momento del día una espada y un instrumento con que defendamos y trabajemos el templo de nuestra alma. Este libro, por ser la oración de cada hora y la de todo el año litúrgico es, en el sentido más elevado de la palabra, el director de nuestra alma: a nosotros nos toca conocerle y dejarnos guiar por él.

Tales son las dos características principales del breviario: en él se juntan y compenetran la oración apostólica, que abarca el mundo entero, y la oración personal. La primera nos constituye en pastores de las almas, y la otra nos santifica. En el breviario oran la *«ecclesia»* y el *«anima»,* unas veces aquélla, otras ésta, pero generalmente las dos a la vez, puesto que son la una para con la otra como la madre y la hija.

3. Otra sugerencia: el breviario y la misa forman un todo que es el día litúrgico, la jornada litúrgica del sacerdote. Podemos compararlos al sol y sus planetas: la misa es el sol de la jornada sacerdotal y en torno a este sol se mueven los planetas que son las horas canónicas. Estas horas son una preparación para la misa, giran en su derredor y tienden a mantener su fruto a lo largo del día.

II. Considerada esta parte fundamental, se impone ahora esta cuestión: ¿Cómo disponernos para rezar el breviario con inteligencia y con fruto?

De entre los múltiples medios creo que, para empezar, bastará echar mano *de* los dos más importantes.

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 173

1. El primero de éstos es el prestar más atención a la idea de cada hora canónica. El breviario ha de ser para raí la oración de todas las horas, un guía a través de la diaria jornada. Para comprender mejor la idea de cada hora canónica examinemos rápidamente su origen.

Entre los primeros cristianos se celebraba, aparte la misa, lo que llamaban vigilia: Era ésta un oficio dividido en tres partes, que contenía oraciones y lecturas y que se celebraba durante la noche inmediata a la fiesta. Esta vi­gilia dió origen a las horas canónicas de vísperas, maitines y laudes. Las vísperas se decían al anochecer y los laudes en las primeras horas del día siguiente, o de la fiesta. Ya en tiempos remotos (San Hipólito, s. III) se rezaban tres horas diurnas, y esta cifra de tres se fué manteniendo en una gran parte del Oficio Romano. De ahí que al dividirse la vigilia tripartita en vísperas, maitines y laudes, los mai­tines, a su vez, en los domingos y en las fiestas, se des­doblaran en otras tres partes. Estas tres partes son los tres nocturnos, y a ellos corresponden las tres horas diurnas de tercia, sexta y nona. Tenemos, pues, tres nocturnos, tres diurnos, una oración de la mañana y otra de la noche. De este modo el día entero se encuentra realmente santifi­cado en sus divisiones principales. Antiguamente los cristianos rezaban todas estas horas en su momento preciso. Prima y completas se originaron posteriormente en los monasterios. Los monjes rezaban los maitines durante la no­che, y los laudes al amanecer. Volvían a acostarse y, una vez levantados, no querían dedicarse al trabajo sin haberse antes juntado para orar: tal es el origen de la hora canó­nica de prima, la segunda oración de la mañana. Las vís­peras se decían bien entrada la tarde, pero antes de acos­tarse tenían lugar, en el mismo dormitorio, ciertos ejercicios religiosos (lecturas, confesión y bendición del abad) que se convirtieron en las actuales completas. De este modo se terminó la evolución de las horas canónicas. Te­nemos, pues, actualmente tres horas nocturnas, tres diur­nas, dos oraciones de la mañana y otras dos de la tarde. En total diez. Ocho de entre éstas son la consagración de

174 **DR. PÍO PARSCH**

las tres horas que siguen y están divididas en el Breviario Romano en tres partes, de tal forma que, en realidad, cada hora del día tiene su oración especial. Únicamente vísperas y laudes están divididas en cinco partes, ya que como oraciones de la mañana y de la tarde sirven de introducción y de conclusión a la jornada.

Se trata ahora de la manera de sacar provecho del rezo canónico para nuestra vida religiosa. También para nuestra vida sacerdotal el breviario continúa siendo la oración de cada hora, la consagración del día. Debe ser además el guía que nos conduzca a través del día y de la vida, y, por tanto, debemos aprovechar lo más posible la idea de cada una de las horas. Dos son las ideas que nos ayudarán a lograr esto en cada hora: 1, la idea misma de la hora, y 2, en algunas al menos, el telón de fondo del misterio de la redención.

La idea de la hora es el pensamiento particular o disposición de alma que responde a las necesidades de esa hora: es la intención de cada hora.

El telón de fondo es el acontecimiento que tuvo lugar esa misma hora en el misterio de nuestra redención y que debemos tener presente al rezar esa hora canónica. Ha de ser como un cuadro suspendido ante nuestros ojos; el pensamiento de este misterio o de *ese* acontecimiento favorecerá ciertamente la piedad (por ejemplo, para la hora de tercia la venida del Espíritu Santo).

Hagamos un rápido recorrido por las diversas horas canónicas poniendo de relieve estas ideas:

a) *Maitines.* Es de noche. Se han ido apagando los ruidos del día. Todo está ya en silencio. La Iglesia ora imitando a su divino Esposo que pasaba las noches en oración e imitando las vigilias nocturnas de los primeros cristianos en las catacumbas. Aunque los tiempos han cambiado, sin embargo la Iglesia sostiene firmemente que la noche no sólo es para descansar, sino también para *en*tregarse a la oración. Primitivamente los maitines eran la oración con que la Iglesia se preparaba a la parusía y con la que esperaba el retorno de Cristo. La noche es sím-

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 175

bolo de esta vida terrestre. Durante ella, como las diez vírgenes, esperamos al Esposo con la lámpara del amor divino en las manos... Escuchemos lo que los cristianos de Roma decían de los maitines hacia el año 200 (San Hipólito, *La tradición Apostólica,* cap. 32, 19-27): «Hacia la media noche levántate, lava tus manos y ora. Si tienes es­posa, orad los dos juntos. Si no es aún cristiana, retírate a otra habitación a orar y vuelve luego a tu lecho. No tengas pereza para orar. El que está ligado al matrimonio no es impuro...» Es preciso que oremos durante esos momentos, pues nuestros mayores, de los que hemos recibido esta tradición, nos han enseñado que en estas horas des­cansa toda la creación para alabar al Señor; las estrellas, los árboles y las aguas se detienen un momento, y todo el ejército angélico sirve y alaba a Dios juntamente con las almas de los justos. Por eso también los fieles creyentes deben preocuparse de orar en esta hora. Y así, refirién­dose a esto ha dicho el Señor: «He aquí que se ha oído un grito a medianoche: ¡Ya viene el Esposo! ¡Salid a re­cibirle!». Y termina diciendo: «Vigilad, porque no sabéis la hora en que va a llegar».

A pesar de todo tenemos que confesar que los maiti­nes, tal cual los tenemos hoy día, son la hora canónica que tiene menos relación con la hora, pues no están muy ligados con la hora de la noche...; pueden, efectivamente, decirse sin gran detrimento para la piedad la víspera o el mismo día de madrugada. En vez de la idea de la hora suele ser más frecuente la de la fiesta expresada en las lecciones y en las otras partes variables del oficio. En las fiestas los maitines son la meditación y el drama sacro de la fiesta. Si queremos analizar una fiesta debemos de examinar los maitines. Muchos oficios de maitines de las grandes festividades son verdaderas obras maestras de ora­ción, como, por ejemplo, los del Triduo sacro de Semana Santa, los de difuntos, Corpus Christi y Dedicación.

Los salmos de maitines feriales son casi siempre una magnífica meditación sobre el reino de Dios que debe pre­parar el día de salvación.

176 **DR. PÍO PARSCH**

Los maitines tienen una magnífica. introducción, que es el invitatorio, y en las fiestas, domingos y Tiempo Pascual una grandiosa conclusión, el *Te Deum****.*** El invitatorio que hace de introducción con el impresionante salmo 94, es una obra maestra de literatura litúrgica. Para captar la impresión emocionante del invitatorio hay que oírlo en todo su esplendor, y, por lo mismo, cantado y durante la noche. Entonces es cuando vibra, por ejemplo, el alegre mensaje *Christus natus est nobis*como una jubilosa aclamación, un verdadero evangelio en el silencio de la noche y una es-pléndida introducción a las solemnidades navideñas.

El *Te Deum*es el cántico de alabanza *de* toda la Iglesia a la Santísima Trinidad y, en especial, a Cristo, y ter-mina con una fervorosa súplica de protección. Este himno es además una hermosa manera de pasar de los maitines a los laudes.

b) *Laudes****.*** Los laudes son una hora de alegría, fresca como el rocío. Profundicemos su simbolismo. La noche, la naturaleza y el hombre están dormidos. En el lejano horizonte se va tiñendo la aurora. Aparece el alba mensajera del día y la naturaleza entera empieza a despertar. En la historia de la redención todos estos símbolos tienen su más brillante cumplimiento: es la hora en que el Salvador rompió las cadenas de la muerte, es la fiesta de la Resurrección y, por asociación de ideas, el momento de un tercer despertar: la resurrección espiritual del hombre.

Una triple resurrección: la naturaleza que despierta, el Señor que triunfa dela muerte y el hombre que celebra su resurrección espiritual; tal es el telón de fondo delante del cual rezamos los laudes. Laudes es, según lo indica su mismo nombre, una oración de alabanza y por tanto la alabanza constituye el espíritu propio de esta hora. El que se compenetre bien de todas estas ideas y figuras, se ponga en espíritu de «resurrección», ore, alabe y cante con la naturaleza, y rece esta hora bastante temprano y, en cuanto sea posible, al aire libre, se sentirá poderosamente impresionado por la naturaleza. Los laudes son un ejemplo gráfico de lo que es para la piedad la idea de la hora y

del telón de fondo. Sus salmos son también cantos laudatorios escogidos a propósito. La idea de la resurrección se manifiesta sobre todo en las antífonas que enmarcan los laudes en las que resuena constantemente el *alleluia.* No­table es a este respecto, sobre todo, el domingo, que es el día de la Resurrección. En él concurren precisamente el día y la hora de la Resurrección. El punto cumbre de laudes lo constituye el cántico *Benedictus.* Es un canto de alabanza a la redención, un saludo al día de salvación que ha de ser un nuevo paso hacia la realización de esa redención; la Iglesia ora por boca del santo sacerdote Zacarías; cada día vuelve hasta nosotros el Señor y la Iglesia lo saluda como al «sol divino que se alza sobre los altozanos».

Los laudes del domingo y de las fiestas poseen una be­lleza clásica. Son el despertar de la naturaleza, cantan al Rey divino que se sienta en el trono terrestre de la crea­ción, cantan al vencedor del diluvio (Salmo 92), nos llevan después hacia el Santuario (Salmo 99), son la oración ma­tutina, el beso que da el alma por la mañana a su divino Esposo *(adhaesit anima mea post te, me suscepit dextera tua****,*** salmo 62); y, por fin, la magna sinfonía del *Benedic­tus* y de los *Laudates.*

*e) Prima* es la segunda oración de la mañana, muy distinta de la de Laudes. Estos últimos son la oración típi­ca de la mañana, la oración de la resurrección y de la creación, la oración de toda la Iglesia. Pero la de Prima es la oración de la mañana del hombre pecador, una oración más subjetiva. La idea de esta hora es el ofrecimien­to de obras, la preparación al combate diario. Esta idea es la que prevalece en toda ella. No me ha sido posible en­contrar para ella un telón de fondo inspirado en la histo­ria de nuestra redención. La idea de la hora, que no es otra que la idea de la jornada, absorbe de tal modo la aten­ción que aun en los días de fiesta la idea propiamente de ***la*** fiesta permanece en la penumbra.

El himno, siguiendo esta consigna, consagra y ofrece

**178 DR. PÍO PARSCH**

al Señor todos los sentidos y facultades del que lo reza y le pone en guarda contra los peligros del día.

En prima hay una parte fija y larga que figura como una bellísima plegaria para la mañana. Después de los salmos viene la conclusión común para todas las horas menores (desde prima hasta nona): capítula, responsorio, verso y oración. La capítula «Al Rey de los siglos» es un juramento de fidelidad al soberano Señor del reino celestial; la que comienza «Amad la paz y la verdad» es un programa para el día que empieza. El responsorio es una fervorosa súplica ante la convicción de nuestra debilidad: el ciego de Jericó, sentado al borde del camino, grita con todas sus fuerzas cuando pasa Jesús... También yo soy un mendigo ciego y Jesús pasa hoy delante de mí.

La oración no cambia nunca y encierra todos los elementos de una bella oración de la mañana: agradecimiento, petición, buen propósito, disposición para la lucha diaria y, sobre todo, la hermosa súplica: «que no cometamos hoy pecado alguno». Con esta oración concluye la primera parte de prima y el propiamente dicho oficio de coro; los monjes iban en este momento a la sala capitular para leer el capítulo diario de la Regla y rezar el oficio capitular. Tenían allí lugar, como orden del día, cuatro puntos que aun hoy día están perfectamente definidos en esta segunda parte de prima:

1. Lectura del Martirologio, catálogo oficial de los personajes que han sido declarados como santos por la Iglesia. Ciertamente es un toque finamente psicológico el poner ante nuestra vista desde por la mañana los héroes que nos han de servir de modelos luminosos todo el día, sobre todo en el momento en que comienza el diario combate...
2. Distribución y designación del trabajo; el abad señalaba a sus monjes la tarea que tenía que desempeñar cada cual ese día. Las oraciones y versillos que siguen hacen referencia a esto y encierran hermosos pensamientos

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 179**

pararesolverse a hacer buenos propósitos. ¡Qué magníficas oraciones!

1. Lectura de un «capítulo» de la Regla o de un pasaje de la Sagrada Escritura. En los monasterios benedictinos, aun hoy día, se sigue leyendo en este momento la Regla.
2. Bendición del Padre (Abad); antes de entregarnos al trabajo recibimos la paternal bendición divina. Esta ben­dición se repite también al terminar la jornada.

La hora canónica de prima es al mismo tiempo una oración para las tres horas siguientes (de 6 a 9). Reparemos también en la bella oración que se dice antes de la capítula y que, breve y diáfanamente, nos señala la idea base de prima: «Que el Señor omnipotente disponga nuestros días y acciones en su paz».

1. *Tercia,* 9 de la mañana. La Iglesia quiere que en medio de nuestro trabajo cotidiano elevemos a Dios durante unos instantes nuestro corazón. Tal es el significado de las horas menores; son paréntesis que abre el alma y oasis en la travesía del desierto de esta vida. No debiéramos rezar estas tres horas menores seguidas, sino por se­parado y en el momento preciso para santificar así las diversas partes del día. Estas horas menores son breves porque el día es sobre todo para trabajar.

El telón de fondo de esta hora de tercia en la historia **de** la redención representa la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés sobre la primera comunidad cristiana hacia la hora tercera (9 de la mañana). Toda la semana de Pentecostés cantamos como himno de tercia el *«Veni Creator Spiritus».* La Iglesia nos hace pensar **en** este misterio de salvación; tercia es, pues, el primer refuerzo que recibimos en el diario bregar; es un *«Veni, Sancte Spiri­tus»* para la diaria tarea. La idea de la hora es, pues, la invocación al Espíritu Santo. El himno de las horas me­nores explica la idea de la hora.

1. *Sexta.* Mediodía. Su idea es: el combate de la jornada está en su punto álgido. Las pasiones están en

**180 DR. PÍO PARSCH**

pleno ardor, el infierno influye poderosamente en los hombres..., el hombre inferior se impone.

El telón de fondo en la historia de la salvación nos presenta al Salvador crucificado (de 12 a 3 de la tarde); el infierno despliega toda su fuerza contra El. Es la escena del Viernes Santo. En primer plano figura la lucha contra el pecado en nosotros mismos y en la Iglesia. «No nos dejes caer en la tentación», he ahí la idea que contiene esta hora de sexta.

1. *Nona.* De 3 a 6 de la tarde. El día santificador va lentamente hacia su fin, pensamos *en* el atardecer de la vida... y nos preguntamos ante ese futuro: ¿Permaneceré firme hasta el fin? La idea de esta hora es la perseverancia; no encuentro un telón de fondo apropiado, a lo sumo un fondo escatológico: las postrimerías.
2. *Vísperas.* Las vísperas son la oración vespertina de toda la Iglesia. Tienen un gran parecido a los laudes en su estructura y en lo que se refiere a la idea fundamental. La Iglesia lanza una mirada sobre todo el día que va ya a terminar con todas sus gracias santificadoras y manifiesta su ferviente gratitud. Las vísperas son, pues, una oración de acción de gracias. La idea principal es el agradecimiento y su punto culmen lo constituye el *«Magnificat»,* el gran cántico de acción de gracias de la Iglesia. LaIglesia o el alma hablan por boca de la Santísima Virgen manifestando sus sentimientos de gratitud. La idea completa de la hora es esta: reconocimiento agradecido por esta jornada santificadora, tanto para las almas como para la Iglesia, y gratitud por todas las gracias redentoras.

En la última Cena podemos ver el telón de fondo del oficio de vísperas. Fué a la hora de vísperas cuando Jesús se sentó para celebrar la última cena con sus Apóstoles; de ahí que podamos relacionar las vísperas con la sagrada Eucaristía. Efectivamente, muchos de los salmos que se dicen en vísperas son cantos eucarísticos o al menos admiten fácilmente una interpretación eucarística, sobre todo los salmos llamados de *«hallel»* (112-117) que fueron reza-

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 181**

dos en la última Cena. Los salmos graduales (119-131) son cantos para la peregrinación al templo. La misma Cena es una imagen del banquete celestial. Las vísperas tienen la desventaja de que sus salmos se atienen a un orden numérico, mientras que los de laudes están seleccionados con más cuidado, y por eso los salmos de vísperas no son ex­clusivamente, como hubiéramos podido esperar, cantos de acción de gracias.

h) Las *completas* son la segunda oración vespertina de la Iglesia; a diferencia de las vísperas son una oración subjetiva del alma pecadora para ponerse en paz con Dios. Esta hora canónica, compuesta por San Benito, es real­mente una obra maestra y se la puede presentar como la oración ideal de la noche.

Tiene un simbolismo magnífico: comienza directamente, sin oración introductoria, deteniéndose inmediatamente para examinar la conciencia y hacer un acto de contrición.

Tanto en la Sagrada Escritura como en la liturgia la luz y el sol simbolizan la divinidad, la persona de Cristo y la vida divina. Cristo es el sol divino: es éste un pensa­miento frecuente en el Oficio Divino. De la misma manera la Biblia y la liturgia se complacen en designar a las potencias tenebrosas del infierno con el término opuesto a la luz: la noche, las tinieblas. Este pensamiento de las tinie­blas es el dominante en todo el oficio de completas. El que reza esta hora canónica no puede por menos de ver en las tinieblas el elemento diabólico: la noche es la capa del príncipe de este mundo. El hijo de Dios, por ser hijo de la luz, teme la noche, como un polluelo se refugia bajo las alas de su madre para estar al abrigo de la rapiña diabó­lica. Hay que advertir que en la oración litúrgica no oramos sólo por nosotros, sino también por nuestros hermanos a los que también llega la noche, la noche de la ten­tación, del pecado y de la muerte... ¿No es un hecho que el enemigo gusta de aprovechar las tinieblas para tentar? Parece como si al acercarse la noche soltara el infierno sus ministros y los enviara a la tierra para tender sus lazos a los hombres. ¡Qué cantidad más enorme de pecados en-

**182 DR. PÍO PARSCH**

cubre con su velo la noche! El sacerdote reza esta oración de la noche para defenderse a sí mismo y defender también a todos sus hermanos de las fuerzas infernales.

También el sueño tiene su simbolismo. Representa la muerte. Antes de dormirnos solemos pensar instintiva-mente en la muerte. Por ***eso*** las completas son la oración «del atardecer de nuestra vida», la oración para alcanzar una buena muerte. En torno a estas ideas las completas contienen magníficos pensamientos. Este doble sentido de la oración de la noche está condensado de una manera vigorosa en la bendición del comienzo: «Que el Señor todopoderoso nos conceda una buena noche y un fin feliz». Podemos colocar como telón de fondo histórico del oficio de completas la escena de la agonía de Jesús en el huerto de los olivos. Encomendemos al Señor cuando las rezamos las horas de nuestra última agonía y la del prójimo. Es, pues, una austera oración de penitencia: contrición, súplica de protección, profunda confianza, tales son sus principales elementos. Lo que sigue a los salmos es de una belleza especial. Después del himno decimos un hermosísimo capítulo: «Tú, Señor, estás en medio de nosotros...». Jesús está con nosotros. En su nombre nos hemos reunido nosotros. «No nos abandones», tal es la idea maestra, la súplica principal del responsorio siguiente. Vienen luego dos imágenes de la muerte. La primera está contenida enel responsorio: Jesús está en la cruz y pronuncia sus últimas palabras: «¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!», y nosotros repetimos estas fervorosas palabras: Salvador mío, os encomiendo mi alma en esta noche de la vida y del alma... El verso que se dice inmediatamente nos muestra dos figuras de la noche:

1. «Guárdanos como a la niña de tus ojos». Tengo tanta necesidad de protección como el ojo, y, por mi parte, quisiera serte tan fiel y tan querido como el ojo**.**
2. Nos acogemos como polluelos bajo vuestras alas protectoras.

Después, en el cántico del evangelio en que el anciano Simeón lanza al aire su canto de cisne, aparece la segunda

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 183**

imagen de la muerte: el anciano Simeón tiene en sus manos a Jesús, se ha realizado su ardiente deseo, ha visto al Mesías y ahora pide a Dios ser relevado de servicio...

El que reza el Oficio Divino se encuentra en análogas circunstancias; también él lleva en sus manos y en su corazón al Cristo místico y las gracias redentoras de la jornada; sus ojos han contemplado la salvación, la luz divina ha prendido en su alma y Cristo ha sido su gloria. En estos momentos pide a Dios ser relevado de servicio, es el des­canso del día, es tal vez el descanso de la vida... Somos los jornaleros de Dios y debemos estar dispuestos todos los días a ser despedidos por El. Estas dos figuras de la muerte resultan grandiosas. Igualmente la antífona del cántico de Simeón es en extremo sugestiva: se juntan en ella la vigilia y el sueño del cuerpo y del alma: «Protegednos cuan­do estamos despiertos (durante el día) y protegednos tam­bién cuando dormimos (durante la noche) para que vele­mos con Cristo (con la gracia durante la vida) y descansemos en paz» (con una muerte feliz). Por esto podemos ver que las completas son a la vez una oración nocturna y una oración funeraria.

La oración condensa todas las ideas de la plegaria en una breve e insistente súplica y encierra las cuatro ideas siguientes: 1) invitamos a Dios a morar entre nosotros con la presencia de su gracia y su protección. Dígnese Dios visitarnos y permanecer con nosotros del mismo modo que habitaba en el arca de la Alianza cuando conducía a su pueblo por el desierto. 2) Dios además es el defensor de la ciudadela de nuestra alma y no dejará entrar en ella al enemigo. 3) Es más, los ángeles buenos, los ángeles cus­todios han de morar en esta casa. Sin querer pensamos en el sueño de Jacob y en la escalera cuyos últimos peldaños se pierden en el cielo; los ángeles suben y bajan llevando nuestras oraciones y buenas obras y trayéndonos las gracias divinas. 4)Permanezca sobre nosotros toda la noche labendición de nuestro Padre celestial. Ya se va terminando esta oración de la noche, decimos aún unos versillos y luego la bendición del Padre celestial, del Padre de familia.

**184** DR. PÍO PARSCH

Saludamos por última vez a nuestra Madre del cielo la Virgen María con una de sus antífonas a cual más bella, y luego reina el silencio en el coro. Rézase en particular el *«Pater», «Ave» y «Credo».* Con el símbolo de los Apóstoles terminamos el Oficio Divino y le empezamos en maitines: la fe es el principio y el fin de toda nuestra vida (1).

¡Cuánto ganaría nuestra piedad si los sacerdotes nos atuviéramos con fervor a esta idea de las horas!

Podría adivinar la respuesta de los sacerdotes que leen esto: «Todo esto está muy bien y sería el ideal, pero no es posible para un sacerdote sobrecargado de ministerio».

Me gustaría dar algunos consejos prácticos. Si no se pueden rezar todas las horas en su momento propio, al menos se debiera hacer esto con las más características de la mañana y de la tarde. Ante todo hay que guardarse de hacer del breviario una ocupación accesoria, un pasatiem-po, diciéndonos: «Ahora que dispongo de unos minutos voy a rezar en seguida una hora menor...». El breviario debe ocupar el centro de la vida sacerdotal. Debemos re-zar las horas con santo respeto, como uno de los más importantes asuntos del día. Sería un gran error poner todo el interés en una devoción particular cualquiera y desembarazarse lo más rápidamente posible del breviario; no, el breviario debe ser la copa de oro en la que hemos de depositar los mejores frutos de nuestra oración diaria.

Por otra parte no debiéramos rezar el breviario todo seguido de una vez. Tanto mejor será esta oración cuanto más tratemos de rezarla en su hora propia. El ideal será siempre decir cada hora aisladamente en cuanto sea posible: el rezo del Oficio Divino debe santificar el día y debe acompañarnos a través de él proporcionándonos alimento y medicina para cada una de las horas. Mas este fin no se

(1) Con las variantes o cambios introducidos en el Breviario por los Decretos de la Sagrada Congregación de Ritos del 23 de-marzo y 11 de julio del año 1955 el Oficio Divino ha quedado exonerado de ciertos aditamentos postizos, como el «Pater», «Ave María» y «Credo», que no datan precisamente de la mejor época litúrgica. (N. del T.)

**LA** RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 185

logrará si no se reza el Oficio Divino en cada hora conveniente y cada parte por separado.

Por eso proponemos lo siguiente: l.° Por lo menos re­zar el oficio litúrgico de la mañana y de la tarde en el momento preciso (aun cuando se interrumpa el orden de las horas, pues esto está permitido). Según esto: Laudes y prima por la mañana y vísperas y completas por la tarde (mucho mejor todavía sería decir vísperas antes de cenar y completas antes de acostarse). Con esto no se necesitan más oraciones de la mañana y de la noche, las de estas horas son las más hermosas.

2.° Separar las tres horas menores diurnas diciendo tercia antes de misa, a mediodía sexta y después de la sobremesa nona.

3.° Los maitines se pueden anticipar con toda tranqui­lidad, pero sin juntar laudes, pues estos son propios de la mañana.

Si rezáramos así, aun a pesar de que tengamos dificul­tades para entender ciertas cosas del breviario, sería éste para nosotros una incomparable fuente de santificación. Con un poco de buena voluntad encontraremos el tiempo necesario; y por supuesto que hay que tener un poco más de ideal y desterrar todo lo que sea mecanismo y rutina.

2. Abordemos ahora un segundo medio importantísimo para rezar debidamente el Oficio Divino: la inteligen­cia de los salmos.

Lo más hermoso y también lo más difícil del breviario son los salmos. Para rezar con fruto el breviario hay que ver primero la manera de rezar los salmos. Son éstos unas oraciones y cánticos pertenecientes a una época lejana y a un mundo de ideas totalmente distinto del nuestro. Aun­que, en realidad, los salmos son de inspiración divina, el problema de su adaptación sigue subsistiendo. Ningún ali­mento puede resultar nutritivo si no se le asimila. ¿Cómo podremos asimilar los salmos como alimento de nuestra oración? No se puede negar que el problema encierra serias dificultades. De hecho más de un sacerdote ha habido que

**186 DR. PÍO PARSCH**

al rezar los salmos sin entenderlos ha arriesgado su vida de oración. Sin embargo, yo sostengo que estas dificultades pueden superarse. Hay que admitir que ciertos salmos se pueden asimilar con más facilidad que otros en nuestra vida de oración. Con todo su conquista es posible, más aún, es una obligación; son y serán siempre el arpa en cuyas cuerdas volquemos nuestra necesidad de oración. Pero hay para esto una condición previa: tenemos que aprender a tocar ese arpa: ningún maestro se improvisa.

No es preciso tratar aquí el valor estético de los salmos; los hay tan bellos que figuran con gran honor en la Literatura Universal; y tampoco es preciso subrayar que deben de ser apreciadísimos por todos los cristianos, por haberlos rezado nuestro Señor y los apóstoles, y porque ellos constituyen la parte más antigua de la liturgia. No hace falta recordar que están inspirados y que, por lo mismo, son la palabra de Dios y fórmulas de oración dictadas por el Espíritu Santo. Hay que tener presente todo esto para que tengamos gran estima y un gran concepto de los salmos.

Resultaría interesante seguir la historia del rezo de los salmos y de su comprensión. En los primeros siglos de la Iglesia los salmos eran casi la única expresión de la vida de oración; de estos tiempos data sin duda el clásico principio de la Iglesia de que cada semana debería rezarse todo el salterio. Cuando leemos que en tiempo de San Jerónimo, los labriegos tras de su carro y los obreros en sus talleres cantaban los salmos, nos parece hoy día algo inaudito. Y es que entonces los salmos no eran una mera fórmula mecánica, sino vida, como podemos verlo en las homilías que sobre los salmos compusieron Orígenes, Eusebio, San Gregorio Niseno, San Hilario, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio y San Agustín. Y aunque, según estos ilustres Padres de la Iglesia, el rezo y la inteligencia de los salmos iba siendo cada vez menor, con todo eso, la Iglesia quiso que su oración oficial fuera la de los salmos. ¿Hanutilizado los salmos los obligados al rezo eclesiástico como medios de expresión de su íntimo sentimiento de plegaria? No me atrevería a afirmarlo de un modo general. Es cierto

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 187**

que estimaron el Oficio Divino como oración de la Iglesia, pero su vida personal de oración revistió con frecuencia otras formas. Aun hoy día una gran parte de los sacer­dotes reza los salmos de un modo maquinal y sin entenderlos; cuando quieren orar fervorosamente y con piedad, recurren al Rosario o a otras prácticas de devoción. Es frecuente encontrar quienes además del rezo obligatorio del breviario se empeñan en hacer sus oraciones de la ma­ñana y de la noche. Esto demuestra que no se dan cuenta de que el breviario es precisamente la oración de las dis­tintas horas del día. *No necesita el sacerdote buscar fuera del breviario fórmulas para revestir su vida de oración; en* él encontrará lo suficiente para satisfacer de la forma más ideal todas sus necesidades de oración; lo único que nece­sita es aprender a rezar el Oficio Divino bien y a su tiem­po. Fuera del breviario no tendrá necesidad de rezar ni si­quiera un Padrenuestro. Debemos volver a injertar nuestra vida de oración en el breviario y en los salmos.

Mas, ¿cómo es posible utilizar una forma de oración que pertenece a un mundo de ideas totalmente distinto cual es el Antiguo Testamento, como medio de expresión de nuestra vida interior? Los salmos encierran toda una gama de plegarias y se pueden utilizar de un modo perso­nal si se tienen en cuenta dos cosas:

1.• El abstraer de ellos las circunstancias concretas y aplicarlas de un modo general y personal (o sea, hacer de la historia judía la historia de nuestra alma o del reino de Dios).

2.\* El trasladarles al mundo de las ideas y pensamientos cristianos.

Esto es factible puesto que entre el Antiguo Testa­mento y el Nuevo no hay ningún abismo infranqueable y además es el mismo Espíritu Santo el que habla en estos cantos y ora en nuestro corazón. Atengámonos firmemente a este principio: procurar captar lo mejor posible el sen­tido literal de los salmos para sacar de él todo lo que podamos y, si tenemos verdadero empeño, encontraremos mucho aprovechable.

**188 DR. PIO PARSCH**

A muchos les asusta tanta cantidad de salmos impetratorios, elegíacos, dolientes e imprecatorios. A primera vista nos parece que es imposible encontrar enellos punto alguno de apoyo para nuestra alma por no verse actual-mente expuestos a las mismas persecuciones y hostilidades a que se vieron sus compositores.

Se trata de abstraer estos salmos de su marco histórico y personal: representan la lucha del infierno contra el reino de Dios en las almas y en la Iglesia. En todos los tiempos ha existido esta lucha contra Dios y su reino, y en todos los tiempos la Iglesia ha rezado en su breviario las tres últimas peticiones del Padrenuestro. No olvidemos que rezamos en nombre de la Iglesia.

Y ahora digamos una palabra de los salmos imprecatorios que son los que presentan más dificultad para el lector cristiano.

Los lamentos y las peticiones están revestidos con frecuencia en los salmos de la forma natural y primitiva de la maldición. El hombre natural expresa precisamente bajo esta forma su aversión al mal. Pero de suyo cae que nos-otros, los cristianos, no podemos desear mal alguno al pecador que puede enmendarse. Las hostilidades personales no encuentran plaza en los salmos. El argumento o tema de nuestras oraciones es el reino de Dios y el pecado; las maldiciones de los salmos no son más que la expresión primitiva de nuestra protesta absoluta contra el pecado y contra el infierno. Cambiemos, pues, el optativo de la maldición en un indicativo; de este modo la maldición será una expresión ***de*** la justicia divina que no pondremos en nuestra propia boca, sino en la de Cristo y en la de la Iglesia. Estas maldiciones equivaldrán así a la expresión de «malditos» que usaba el Señor contra los fariseos. Precisamente yo encuentro en esos pasajes imprecatorios algo de grandioso y conmovedor: el juez divino se presenta ante nos-otros y nos pone en guardia contra el infierno. Al rezar estos salmos pensemos que no se trata aquí de pequeñeces terrenas y egoístas de nuestro pequeño círculo sino de la gran lucha entre el infierno y el reino de Dios.

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 189**

Puede considerarse como parábolas una gran mayoría de los salmos. La clave para comprender una parábola nos la proporciona el mismo término de comparación. Este *es el* que nosotros debemos descubrir. Entonces encontrarnos inmediatamente lo que debemos asimilar para nuestra oración y lo que no es más que simple adorno del símil. Así como en una parábola no es preciso encontrar el sentido de todos los detalles del símil, de esta misma manera, en los salmos no hemos de pretender utilizar todos los versículos y todas las ideas. Si no tenemos esto en cuenta, nos encontramos con explicaciones forzadas que nos disgustarán... Una mirada al término de comparación nos preser­vará de tales errores. Por otra parte, este sistema tiene la ventaja de basarse en el sentido literal, porque solamente una comprensión íntegra del tipo original nos enseñará a captar la comparación. A veces el punto de comparación no es más que un sentimiento intenso y vehemente, que tiene como misión expresar la idea fundamental del salmo; por ejemplo, el salmo 135 *«Super ilumina Babylonis»* —grandiosa elegía del tiempo de la cautividad y cuyo término de comparación es el amor fiel y profundo para con Jerusalén— podemos aplicarlo a la Iglesia, a la sagra­da Eucaristía y al mismo Jesucristo. Así la maldición de los dos últimos versos no nos sorprenderá ya que pertenece al símil que debe expresar este sentimiento.

Otra recomendación: seamos francos cuando recemos los salmos: cuando pidamos, tengamos algo que pedir. Si pedimos amparo en la persecución cuando en realidad no la necesitamos, faltamos a la sinceridad. Cuando recemos un salmo, hagamos de él la expresión de una necesidad real ya de la Iglesia ya del alma; de lo contrario el salmo no será para nosotros más que «un bronce que suena y una campana que repica...». Necesidades tenemos, si no nosotros, al menos la Iglesia; lo que hace falta es tenerlas presentes.

Todos nuestros esfuerzos para rezar los salmos serán infructuosos si no nos decidimos a estudiar a fondo el

190 **DR. PÍO PARSCH**

salterio. En realidad esto debería haberse hecho ya en el seminario. Antiguamente no se solía ordenar a nadie que no supiera el salterio de memoria; hoy no debería ser ordenado nadie sin comprender perfectamente todo el salterio.

Añadamos aún algunos consejos prácticos para el estudio del salterio: es preciso atenerse al principio lo más posible al texto original. El nuevo salterio de Pío XII es una traducción del original. Para este estudio es de aconsejar una de las muchas traducciones modernas que presentan su breve comentario. Desde hace mucho tiempo llevo aconsejando a mis oyentes el sistema de fichas: una ficha para cada salmo; en ella suelo indicar el título y el asunto del salmo; después la ocasión y situación histórica. Por fin, para una buena inteligencia del salmo es muy importante la trabazón de ideas: división del salmo (que suele corresponder con frecuencia a la división de las estrofas); si conozco la trabazón de las ideas no me desconcertará un término oscuro. Añádase además la explicación verbal y real. Todo esto en la primera página, y en la otra los pensamientos más bellos y su uso litúrgico. La utilidad de estos apuntes está en su facilidad para volverlos a repasar; gracias a estas fichas, recuerda uno con toda facilidad lo aprendido. Después de haber estudiado a fondo un salmo, lo rezo delante del sagrario, o contemplando la naturaleza que me rodea, con toda mi alma y como ex-presión de mis más íntimos sentimientos.

Todavía cabe hacer una indicación de orden práctico: hay una gran distancia entre la mesa de trabajo y el reclinatorio... ¿Quién no lo ha experimentado? El salmo cuando se le estudia se convierte en algo vivo, mas cuando se le reza se nos vuelve a esfumar. Yo os aconsejo que arregléis vuestro breviario del modo siguiente: con un lapicero de punta fina poned en él algunas notas de cuando en cuando. No podéis imaginaros lo mucho que ayuda una simple señal para la comprensión del texto. Subrayar las palabras principales, hacer una división de las diversas par-

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 191**

tes y hasta poner la traducción de las palabras que encie­rran dificultad. Yo suelo poner al principio de cada hora unas pocas palabras sobre el uso litúrgico de los salmos. Puedo deciros por experiencia que estos medios ayudan mucho a rezar convenientemente el Oficio Divino.

El pensamiento o idea de cada una de las horas y el estudio de los salmos son, según mi opinión, las dos condiciones fundamentales para rezar debidamente el Oficio Divino. No creamos, como puede comprenderse, que el tema del breviario queda con esto agotado. Podríamos de­dicar a él todo un tratado. En él habría que hablar de la importancia de las demás partes del Oficio Divino, de las antífonas, responsorios, oraciones, distribución del salterio semanal; también habría mucho que decir de los oficios de las fiestas. Donde mejor se manifiesta el Año Litúrgico es en el breviario.

Tratado aparte merecería el problema del rezo del bre­viario entre los seglares; los ensayos hechos hasta ahora nos dan pie para forjarnos las más bellas esperanzas.

Lo único que yo he pretendido en este capítulo ha sido revalorizar un poco el rezo eclesiástico y despertar el amor para con este compañero de nuestra vida.

Termino con aquello del poeta: «Recibe para poseerlo lo que has heredado de tus padres». Esa herencia sagrada, que es el tesoro de las oraciones de la Iglesia, está a nues­tra disposición. Debemos recibirla y hacer de ella nuestra propiedad intelectual si queremos proclamarla como nues­tro tesoro.

CAPÍTULO VI

EL SACERDOTE Y LA BIBLIA

Desearía exponer en este capítulo, basándome en mi propia experiencia sacerdotal, lo que la Biblia significa para el sacerdote; para esto voy a recoger todos mis re­cuerdos que tienen alguna relación con la Biblia.

Cuando ingresé en el noviciado tuve que procurarme una Biblia: tal era la costumbre. Todo lo demás nos lo ponía la casa; únicamente la edición latino-alemana de Allioli debía adquirirla cada novicio por sus propios me­dios. Durante el noviciado se nos aconsejaba la lectura de la sagrada Biblia. En consecuencia, me propuse leer toda la Biblia —Antiguo y Nuevo Testamento— en ese primer año. No tenía ningún comentario, pero iba subrayando con lápiz todo lo que más me impresionaba. Desde luego no voy a decir que esta primera lectura de la Biblia me fuera muy útil, pero al menos fué el primer contacto con un libro que debía ser tan importante en mi vida. Pronto co­menzamos a estudiar teología, exégesis, hebreo y herme­néutica. No quisiera culpar a ninguno de mis antiguos pro­fesores, pero el hecho es que no lograban poner la Biblia a nuestro alcance. Las más de las veces todo se reducía a una pura y árida exégesis. Generalmente nos hablaban en latín. Todavía me parece oír aquello de «scilicet». «id est», «seu»...

El profesor del Antiguo Testamento era algo más mo­derno...; recuerdo que hicimos una rápida lectura de al-

**194 DR. PíO PARSCH**

gunos capítulos de Isaías, cosa que me agradó bastante más. Me atraía tanto el hebreo que después del mediodía nos solíamos juntar tres compañeros para traducir el libro de Ruth. Cursé después exégesis superior en la Universidad de Viena con el profesor Polz. Sus clases me gustaron muchísimo. Se limitaba a la exégesis, pero dominaba las epístolas de San Pablo y estos conocimientos de la Sagra­da Escritura me impresionaban enormemente. Hacia el fi­nal de mis estudios teológicos procuré que el profesor Polz me encomendara una disertación sobre el tema «La cruci­fixión según San Pablo». Con esta ocasión tuve necesidad de estudiar a fondo las epístolas paulinas. En resumen puedo decir que la teología me llevó a la Biblia y que me hizo recorrer la primera etapa que calificaría brevemente con el nombre de «exégesis».

Al poco tiempo me dediqué al ministerio que ejercí du­rante cuatro años en una de las parroquias más grandes de Viena. Por entonces perdí el contacto con la Biblia. Predicaba sobre todo temas apologéticos.

Pasados esos cuatro años volví a la casa-madre, requerido por mis superiores. Estaban vacantes las dos cátedras **de** pastoral y de Nuevo Testamento. Mi superior me aconsejó que tomara esta última, pero era tal mi afición al ministerio que lo abandoné con disgusto, y en compensación solicité la cátedra de teología pastoral. Hoy día reconozco que debiera haber seguido el parecer de mi superior por­que, en realidad, no he hecho nada extraordinario en pastoral, y, en cambio, creo que mi verdadera vocación estaba en la enseñanza de la Biblia.

Poco duró mi actividad como profesor, pues al decla­rarse la guerra tuve que enrolarme en las filas en mayo de 1915 como capellán, permaneciendo en el mismo regi­miento hasta el fin de la guerra. Mi actuación personal como capellán entre los soldados fue importantísima para mi ulterior evolución. Me encontré en medio de los hombres tal como son en realidad. En el ministerio parroquial, en el confesonario y atendiendo a las Asociaciones católi­cas no había tenido ocasión de tratar más que con gente

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 195

piadosa, lo cual me hacía concebir el mundo de una ma­nera irreal. Mi nuevo cargo de capellán del ejército supo­nía un ministerio duro y más realista. Nunca quisiera olvidar estos cuatro años de capellán militar.

Al principio, durante los avances, no podía pensar en un ministerio metódico entre la tropa, pero desde últimos de 1915 las posiciones se estabilizaron y pudimos tener nuestros actos religiosos con más regularidad. Debido a la poca actividad militar que teníamos en los Cárpatos, nos fuimos proporcionando refugios confortables. Por estos días me asaltó de repente este pensamiento: «Yo no conozco los Evangelios, no conozco la vida de Jesús...». Tomé un Nuevo Testamento y me sumergí en su estudio. Todo esto me resultaba nuevo e interesante, de tal modo, que no lo dejaba de la mano Hice que me enviaran libros de exégesis que después leía con avidez. Lo que más me atraía hacia la Biblia no era precisamente la exégesis, sino la realidad histórica, la vida y doctrina de Jesucristo, que resplandecía ante mis ojos en los Santos Evangelios. Re­cuerdo que en Kiew, donde nuestro regimiento había permanecido estacionado seis meses, saqué de la biblioteca del Obispado el comentario del Evangelio de San Lucas, de Polz. Esta convicción de que la doctrina y la vida de Cris­to hay que beberla en la Biblia, la considero como una gran gracia que adquirí con ocasión de la guerra europea.

Después de la derrota nos reintegramos a nuestro país en el mes de octubre de 1918, y sin darme lugar a descan­sar, me encargaron, además de la enseñanza habitual, la instrucción de los novicios. Cada semana dedicaba dos o tres clases a la lectura de los Evangelios, y no hacíamos otra cosa que cotejarlos entre sí. Encargábamos a cada uno de los novicios un Evangelio y llegamos a componer entre todos una sinopsis a base de los cuatro relatos. Les gustaba esto tanto a los novicios que estas lecciones llegaron a ser sus clases preferidas. Entonces me di cuenta de que la vida de Jesús, explicada de una manera palpitante, puede ser de mucho agrado y muy útil para los fieles.

**196 DR. PÍO PARSCH**

Hasta entonces había pensado que la Biblia era sólo para los sacerdotes.

Por la primavera de 1919 me encomendaron la predi­cación de Cuaresma en la iglesia *de* mi monasterio. Me propuse exponer, en un cuadro de conjunto, los grandes tesoros de que disponemos en nuestra religión. El tema fue: conocimiento y amor de Jesucristo. Me lamentaba en los sermones de que los cristianos conocemos muy poco a nuestro Fundador y Salvador Jesucristo; les invité a leer y a meditar el Evangelio. Inmediatamente después del ser­món, una señora me preguntó por alguna vida de Jesús. Me pasé algunos apuros, pues no conocía vida alguna que fuera indicada para los fieles. Fue entonces cuando me decidí a dar yo mismo cursillos bíblicos. Nunca me olvidaré del asombro que produjo en sacerdotes y seglares el anuncio e invitación a estos cursillos. Unos miraban aquello como cosa de inspiración protestante, otros se burlaban creyendo que se trataba de clases de Historia Sagrada y de Catecismo. Yo me mantenía sereno. Vi llegar a más de un centenar de personas provistas con su Biblia correspondiente. No solemos tener ocasiones para dar a conocer una idea totalmente nueva... Yo la tuve en este momento... A aquellos señores se les abría un mundo enteramente nuevo. Lo que habían oído en las hornillas sin interés, co­braba ahora vida y sentido.

Lo primero que hice fue armonizar la vida de Jesús, y, como ya estábamos en mayo, comencé no por la infancia del Señor, sino por el mensaje de San Juan Bautista. El blanco propuesto fue la vida real del Salvador tal cual se desarrolló cronológicamente y en sus detalles. Natural­mente, todos estos pasos del Evangelio instruían y edifica­ban a los oyentes. La sagrada Biblia resultaba, pues, ins­tructiva, edificante y descriptiva.

La preparación de estas conferencias bíblicas la tomé a lo serio; para una sola de ellas empleaba diez y más horas de trabajo, sirviéndome de comentarios, de diversas vidas de Jesucristo y escribiendo después palabra por palabra. Es muy probable que hoy día no necesitaría tanta pre-

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 197

paración, pero no me pesa haberme tomado este trabajo. Esta fue la manera cómo empecé a dedicarme a esta espe­cialidad. También a mí me resultaba todo aquello como el descubrimiento de un nuevo mundo y me consideraba siempre como el primer discípulo de todos aquellos estudios bíblicos. De hecho, estas numerosas lecciones o conferencias que di sobre la vida de Jesucristo, me han hecho un servicio enorme, pues desde entonces, puedo improvisar la explicación de cualquier trozo del Evangelio; solamente con encuadrarle en el conjunto de la historia de Jesús se me presenta con todos sus matices.

Lo repito a todos mis hermanos en el sacerdocio: ese es el medio de llegar al estudio, conocimiento y amor *de la* santa Biblia. Es tristísimo, pero es la realidad: pocos sacerdotes se preocupan de profundizar en el estudio de la Biblia para su provecho. Si es que quiere organizar unos cursillos bíblicos, no tendrá más remedio que abordar a fondo la cuestión, y enseñando a los demás, terminará formándose él a sí mismo. En veinte años he tenido que dar miles de conferencias sobre temas bíblicos, he hablado y explicado casi todos los libros más de cinco veces, siempre he logrado para mí nuevos conocimientos y he sacado gran provecho.

Aparte de las conferencias sobre la vida de Jesucristo, he tratado también en otras de diversos libros del Antiguo Testamento, de los Hechos de los Apóstoles, de las Epístolas, etc. Cuanto más conferencias he dado tanto más me he convencido de que la Biblia no supone una formación superior, sino que hasta la gente más sencilla, y los mismos niños, son capaces de entender los libros de apa­riencia difícil. También han asistido a mis conferencias niños y jóvenes y han sacado su fruto. He explicado por dos veces a los niños el libro del *Apocalipsis y* me han escuchado atentamente.

Con mucha frecuencia, por lo menos todas las semanas, he tenido que dar conferencias bíblicas a la comunidad li­túrgica de Santa Gertrudis, y en vacaciones casi todos los días. Lo solíamos hacer *de* este modo; se reunían todos

198 **DR. PÍO PARSCH**

los días los componentes de la comunidad, los niños ju­gaban en la campa, las señoras hacían punto y bordaban; luego se daba una señal y comenzaba la clase de sagrada Biblia. Con frecuencia entonábamos algún canto antes de empezar y luego íbamos a la capilla para cantar las oraciones de la noche (las completas).

A medida que pasaron los años hice un descubrimiento relacionado con la Biblia y que yo consideré como mi ter­cera etapa, sin duda la más elevada. La primera la constituyó la *exégesis* que me enseñó el sentido de la Biblia y me infundió el interés por la misma. La segunda fue la *realidad histórica:* Cristo se presentaba ante mí, veía su vida, escuchaba su doctrina; esto mismo se repitió con los demás libros de la Biblia. Por fin, en la tercera etapa, la Sagrada Escritura fue para mí la *palabra de Dios.* Dios me habla, su voz traspasa el cuerpo de la letra impresa. Las letras son algo bajo cuya materia late un alma; justa­mente es hasta esa alma hasta donde hay que penetrar. Antes había considerado la Biblia históricamente, pero ahora la hago realidad y la doy actualidad. No es San Pablo el que habla a los corintios, es Dios quien me habla a mí. Y por ser Dios quien viene hasta mí en alas de las palabras bíblicas, debo respetar esta visita divina.

Cada vez he ido captando más y más el carácter sagrado de la palabra de Dios. Diríase que lo que Dios nos habla en su Escritura viene a ser una especie de encarna­ción de Cristo, del Verbo. Jesús compara a su Madre con aquel que escucha (recibe) su palabra y la conserva (lleva). Esta sacramentalidad de la Biblia fue mi último y gran descubrimiento. La liturgia ha sido mi guía en este descubrimiento: ella siempre ha reconocido y considerado a la Sagrada Escritura como al símbolo de Jesucristo, y a la predicación del Evangelio como a la misma palabra de Cristo. Después de este descubrimiento, la ante-misa tiene para mí un significado nuevo. Hasta entonces la había con­siderado como el preámbulo del sacrificio de Cristo.

CAPITULO VII

LITURGIA Y MINISTERIO

El sacerdote en su vida de ministerio se habrá preguntado, pensando en todos los movimientos e iniciativas de tipo espiritual que surgen por doquier: «¿Podría encon­trar en ellos alguna utilidad y alguna ayuda para mi mi­nisterio?» Si se trata de algo que favorece de una manera inmediata su tarea pastoral, en seguida se muestra bien dispuesto. Son numerosos los sacerdotes dedicados al ministerio que miran el movimiento litúrgico como algo de gente selecta, de «esotéricos», y creen que no supone gran cosa a favor del ministerio práctico entre las almas de la parroquia: es un plato exquisito y no el pan de cada día de los trabajadores...

Soy liturgista popular y siempre me he opuesto a que la liturgia sea monopolio de los medios académicos y se­lectos; he trabajado siempre por que la liturgia sea real­mente lo que su nombre significa: *Leiton ergon-oficio* del pueblo. La liturgia es para el pueblo. Lo que el pueblo no puede captar no debe considerarse como meta de un movimiento verdaderamente litúrgico. Espero, pues, que los sacerdotes con cura de almas han de aceptar con más fa­cilidad de un liturgista popular que profesa tales principios, algunas ideas y sugerencias acerca del valor pastoral de la liturgia.

He aquí la cuestión: ¿Qué ayuda presta la liturgia al sacerdote que tiene cura de almas? Quisiera dividir la res­puesta en dos partes; en primer lugar respondiendo **a** los

**200 DR. PÍO PARSCH**

sacerdotes que consideran la liturgia simplemente como un medio más entre los muchos de que dispone el ministerio pastoral, y respondiendo después a los que apuntan más lejos.

1. Los sacerdotes de orientación práctica formulan esta pregunta: «¿En qué puede serme útil el movimiento en mi parroquia?» Para mí la liturgia es algo más que un medio de ejercer el ministerio. Aunque no pretenda agotar la materia trataré de señalar algunas razones.

1. La liturgia presta variedad a la vida parroquial. No hay cosa más peligrosa para un ideal que el *quotidiana vilescunt; en* la vida religiosa la monotonía del día tras día puede provocar una parálisis espiritual. Siempre las mismas bendiciones del Santísimo, las mismas letanías, siempre misas de *Requiem,* etc. De este modo, terminará por agonizar y morir la vida de una parroquia... La liturgia presta más variedad y más vida a la parroquia. Por poco que dejemos manifestarse en la parroquia al Año Litúrgico se verá luego esa nota de la variedad. Todos los sacerdotes desean ver su iglesia llena; pues bien, la labor litúrgica les ayudará a llenarla. ¡Qué transformaciones se han operado en los templos y en sus funciones merced a la influencia de la liturgia! La vista, el oído, el corazón y todos los sentimientos humanos participan en la liturgia con un interés mucho más vivo.
2. El renacimiento litúrgico ayuda a los fieles a comprender el culto divino. Pasaron aquellos tiempos, cuando los fieles permanecían sentados pacientemente en el templo sin entender absolutamente nada del desarrollo de la litur­gia. A la gente, hoy día, o le gusta entender o evitar esos cultos para ellos enigmáticos. En el cine, en los conciertos, en cualquier sitio, se reparten texto-guías, y el hombre mo­derno quiere también entender en la iglesia.
3. Es una verdad de experiencia que uno se interesa en una cosa en la medida con que tome parte activa en la misma. ¿Por qué no frecuentan los hombres las iglesias? Porque allí no tienen nada que hacer... La participación activa despierta a las parroquias de su letargo. Los cris-

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 201**

tianosindiferentes, si se les hace participar de una manera

nueva, vuelven inmediatamente a practicar su religión. Se comprobará cómo la participación activa hace cambiar totalmente al cristianismo seglar. Se está dando ya un nuevo tipo de católico: el católico independiente que se hace cargo del destino de su alma, que lee la sagrada Biblia y hace de ella el libro de su vida. Ciertamente, la práctica de la liturgia puede hacer de una parroquia muda e inmóvil una llena de actividad. Y esto es lo que suele querer el párroco.

*d)* Así es como el párroco llegará a formar *una co­munidad parroquial viva.* La liturgia educa la comunidad, puede despertar el espíritu de comunidad y hacer de la parroquia una familia parroquial. ¿No se ha venido culti-

vando y favoreciendo demasiado en estos tiempos pasados , el subjetivismo y el individualismo? En la parroquia de ayer no existía más que el «yo», no se hablaba del «nos­otros». Cuando los fieles oran y celebran juntos el culto se engrandecen al unirse mutuamente formando una comu­nidad. La liturgia ayuda al párroco a conseguir todo aquello que desea: una iglesia llena, una parroquia activa y una familia parroquial viva.

2. Demos ahora una respuesta a los sacerdotes que

calan más hondo.

¿Qué ayuda proporciona la liturgia al ministerio? Respondería que la liturgia es una parte esencial del minis­terio: no puede haber verdadero ministerio pastoral sin li­turgia. El ministerio no consiste sino en cuidar la vida re­ligiosa del hombre. Ahora bien, esta vida religiosa del cristiano consiste —como decimos en el rito del bautis­mo— en la fe, en la vida eterna y en la guarda de los mandamientos: son los tres grandes bienes de nuestra reli­gión. aunque, en cuanto a la importancia pastoral, no estén coordinados en el mismo plano. La fe es la base, los man­damientos son el muro defensor y la gracia la fortaleza. El Antiguo Testamento poseía la fe y los mandamientos. El enseñar y afianzar la fe y los mandamientos no pertenece-

**202 DR. PIO PARSCH**

ría ya al ministerio cristiano, pues con eso estaríamos aún en la Antigua Alianza.

El ministerio específicamente cristiano está en el cui­dado de la vida de la gracia. Esta es, pues, la gran labor de nuestra pastoral: perfeccionar al hombre dotado de la gracia. Es éste un ideal que no constituye aún el bien común de todos nuestros pastores de almas. Son muchos todavía los que viven de Ileno en el Antiguo Testamento, puesto que en su predicación, en el confesonario y en el ministerio pastoral no conocen más que este principio. Evitar el pecado y obrar el bien. Para éstos el ministerio consiste en educar gente buena y organizar a los fieles. Usan más de los medios naturales, del contacto personal, de las visitas a domicilio, de las amistades y de la edifica­ción. (Quiero hacer notar inmediatamente que todos estos medios son ciertamente buenos y necesarios, aunque no suficientes por sí solos.) Con razón dijo San Pablo a los corintios: «Aunque tuvierais diez mil maestros en Jesucristo no tendríais tantos padres. Pues yo mismo os he engendrado en Cristo por el Evangelio». El ministerio ha de izarse encima del naturalismo en el terreno de los sa­cramentos y de la gracia y menos de los mandamientos, más ministerio de la gracia y menos de los mandamientos. Y yo pregunto: ¿Quién nos ha enseñado esto? Seamos sinceros; la piedad subjetiva de otros tiempos no nos ha­blaba apenas de la sublimidad de la gracia. Las más de las veces la gracia solamente ha sido tema de la ciencia dogmática. El movimiento litúrgico nos ha abierto los ojos en lo referente a nuestra vida circundada de toda clase de gracias. El movimiento litúrgico ha franqueado el camino del ministerio sacramental y nos ha enseñado que la pastoral no debe pretender otra cosa que perfeccionar al cristianismo posesionado de la gracia.

¿Qué es, pues, la liturgia? La liturgia no es sólo el culto divino reglamentado por la Iglesia, ni sólo, por tanto, lo que el individuo y los hombres congregados en la Iglesia ofrecen a Dios, sino que también es el instrumento o el órgano por el que Dios nos da su gracia. Dios nos da la

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 203

gracia únicamente por los medios instituidos por Cristo, contenidos todos ellos en la liturgia, los sacramentos y sobre todo la Sagrada Eucaristía. La liturgia, por lo tanto, tiene un doble fin: hacer que los hombres den a Dios el culto que Dios quiere y atraer la gracia a los hombres.

¿Qué valor —pregunto yo ahora— tiene para la vida I pastoral la sagrada liturgia? ¿Puede el sacerdote dar algo más grande y mejor a sus fieles que el llevarles al culto de Dios «en espíritu y en verdad» y abrirles abundante-1 mente las fuentes de la gracia? ¿Es que cree poder hacer todo esto mejor y más fácilmente sin la liturgia?

El ministerio pastoral es el cultivo de la vida impreg­nada por la gracia divina. La liturgia es una fuente y un medio esencial de esta gracia divina. Por tanto, la liturgia es parte esencial del ministerio. Ningún sacerdote puede sustraerse lógicamente a esta consecuencia. Ninguno que quiera llevar seriamente su vida ministerial puede eliminar la liturgia de su programa pastoral.

En cambio, por la liturgia, nos veremos obligados a colocar el ministerio sobre unas bases distintas. En lugar del ministerio pedagógico y del ministerio de los mandamientos debemos colocar en lugar privilegiado el ministerio sa­cramental. No creamos con esto que la moral y la disci­plina no tiene su lugar en la vida de ministerio.

Precisamente el cristiano investido de la gracia acepta los mandamientos de una manera más positiva y optimista. No volverá a oír más «hay que...» y «no hay que...», sino «el hijo debe adquirir los rasgos de su padre y debe pare­cerse a él en todo».

Ciertamente, si nos situamos en el terreno del ministerio sacramental, veremos que disponemos de medios mejores para la pastoral. La misa se convertirá en el centro de la gran familia parroquial. El sacerdote debe tener sumo empeño en que los fieles adquieran una formación esmerada en lo que se refiere a la santa misa: del altar arranca el edificio de su comunidad a la que ha de mirar como el Cuerpo Místico de Cristo. El párroco, en su feli­gresía, es como aquella viuda de los tiempos del profeta

**204 DR. PÍO PARSCH**

Elías, que tenía muchos vasos vacíos para llenar con el aceite milagroso; también él tiene que derramar el óleo de la gracia en los vasos que se le han confiado. El valor espiritual de una parroquia se mide por la gracia que ella posee. Deber del sacerdote es basar su ministerio entera­mente en la gracia, para lo cual tiene necesidad de la liturgia. Bautismo y Eucaristía, he ahí los dos focos de **su** ministerio. El poseer una conciencia plena de su bautismo, el renovar su espíritu, es adquirir conciencia de la gracia\_ El método que emplea la Iglesia para formar a sus hijos es cultivar la conciencia del bautismo. La Cuaresma, el Tiempo de Pascua y cada domingo están consagrados al cultivo y renovación de la gracia bautismal. La Eucaristía, en cuanto sacrificio y alimento espiritual, debe constituir el eje de la vida cristiana de una parroquia. Cuando el sacerdote distribuye el pan de la doctrina y de la Euca­ristía entre sus fieles, adquiere el grado máximo de su dignidad. Esa es la cumbre de su ministerio. El mismo Año Litúrgico, con sus ciclos y sus fiestas, debe conside­rársele bajo el punto de vista de la vida de la gracia; con ella los hijos de Dios crecen y maduran para el cielo. No daremos aquí más pormenores referentes al ministerio litúrgico.

No obstante, vamos a terminar tocando otro punto: la liturgia nos ha puesto entre las manos un libro de subi­dísimo valor que hasta ahora hemos tenido empolvado en nuestra biblioteca: me refiero a la sagrada Biblia. Estoy persuadido de que la Biblia reportará a la Iglesia una vida interior y una santidad más hondas. Su uso continuo nos capacitará a los sacerdotes para ejercer con más perfección el importantísimo ministerio de la predicación. La sagrada Biblia convertirá a nuestros fieles en hombres realmente «evangélicos», penetrados de nuevo de la esencia del cris­tianismo.

Después de veinte años de experiencia estoy firmemente convencido de que la Biblia y la liturgia harán que el ministerio y la Iglesia logren una nueva floración y que los cristianos vuelvan a crecer según el Corazón **de** Cristo.

CUARTA PARTE

LA LITURGIA Y LA PARROQUIA

CAPÍTULO I

LA PIEDAD DE LA GRACIA Y EL MINISTERIO

1. Digamos algo sobre la gracia, no de un modo cien­tífico, como en la teología dogmática, sino de una manera práctica para la vida y el ministerio pastoral. Es mi pro- pósito presentar la diferencia entre esa piedad, en la que se nos ha formado y que es la que hemos venido culti­vando en nuestro ministerio —a la que llamo piedad de los mandamientos—, y esa otra piedad basada en la gra­cia, la piedad de la gracia.

En la presencia de Dios las criaturas están en la si­tuación de siervos respecto de su amo. «Las criaturas fueron creadas al imperio de su palabra» (Salmo 148, 5). Estas relaciones son las que el hombre tenía con Dios en el Antiguo Testamento. El israelita era el siervo de Dios. La base de su pacto con Dios era la obediencia a la ley y a los mandamientos divinos. Era el orden natural. Esta antigua Alianza consistía, pues, en una especie de lazo jurídico entre el hombre y Dios: los hombres debían guar­dar los mandamientos y Dios, por su parte, les protegería y colmaría de bienes temporales. Este orden natural podría formularse así: evita el pecado y guarda la ley de Dios.

Pero al venir Cristo ha inaugurado con su muerte una nueva Alianza. No se hizo carne el Verbo divino ni murió en la cruz para devolvernos el paraíso perdido, ni sólo para desterrar de esta vida el pecado, ni para que obser­váramos más religiosamente la ley divina. No es éste el

•

objeto de su redención. Jesucristo ha querido crear por medio de su obra redentora algo completamente nuevo, ha querido establecer un orden nuevo sobrenatural en lugar del orden natural; ha querido establecer nuevas rela­ciones entre Dios y el hombre: en lugar de las viejas relaciones jurídicas ha fundado otras más estrechas basa­das en la gracia; antes cada una de las partes daba y reci­bía, ahora sólo Dios da y el hombre recibe. Jesucristo quiso realmente fundar una nueva Alianza que inauguró relaciones filiales y amistosas con Dios. En una palabra, la muerte de Cristo en la cruz ha venido a traer al hombre el inmenso beneficio de la gracia. Cristo nos ha colocado en un plano totalmente nuevo, en el plano sobrenatural. Ya no somos siervos, sino hijos y amigos de Dios: «Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor, sino que os llamo amigos» (San Juan, XV-15). El fundamento de estas relaciones no es ya la ley, los manda­mientos de Dios, sino algo más íntimo, cual son las relaciones del amor y de la gracia. ¡Qué gran diferencia se da en una familia entre el hijo y el criado! En el hijo las relaciones son amorosas, en el criado jurídicas. Si el criado no obedece, no trabaja, se terminan sus relaciones con la familia, y si el hijo no obedece se le hace obedecer, mas esto no cambia en nada sus relaciones filiales. Interesa, pues, conocer claramente estas nuevas relaciones sobrenaturales, relaciones de amor a las que hemos sido sublimados.

Preguntémonos aquí qué cosa es la gracia. Damos por descontado que la gracia no es esa cosa grande, pero ima­ginaria, que no existe más que en el terreno teórico dog­mático y de la que ningún uso podemos hacer en el minis­terio y en la predicación. La palabra «gracia» está tomada del lenguaje corriente porque los conceptos sobrenaturales carecen *de* expresiones propias. Gracia viene a ser el amor condescendiente de un superior hacia un inferior, por ejemplo, de un dueño para con su criado, de un rey para con un súbdito.

Se trata, por tanto, de una complacencia, de la compla-

cencia particular y gratuita del superior a su subordinado; un rey, por ejemplo, que hace a su vasallo consejero y amigo. En este sentido la gracia representa un favor y un amor demostrado libremente por Dios a sus criaturas sin mérito alguno por parte de éstas; de este modo las cria­turas quedan elevadas por encima de su naturaleza y nive­ladas, como quien dice, con Dios.

Tal es el primer elemento para comprender la gracia: es un regalo gratuito que eleva al hombre por encima de su naturaleza.

Mas no creamos que con esto queda explicada plena­mente la esencia de la gracia. Pongamos una comparación: unrey concede a su favorito grandes beneficios, puede incluso hacerle su amigo, pero interiormente no puede hacerle mejor. Este favorito podría ser incluso un malvado que después haber gozado durante años del favor real termina por traicionar a su rey.

No sucede así con la gracia divina; por parte de Dios no es simplemente un favor exterior y una señal de su amor, sino que, además, penetra inmediatamente en el alma, haciéndola sobrenaturalmente amable y bella; la transforma, la asemeja a la naturaleza divina, de tal modo, que refleja la imagen misma de Dios.

Tal es la gracia con respecto al hombre. El favor y amor divino producen en el alma un estado de santidad y be­lleza sobrenatural; por eso se llama gracia santificante; le hace al hombre *santo.* El Catecismo Romano describe la gracia de la siguiente manera: La gracia no sólo consiste en el perdón de los pecados (esto sería el orden natural), ni en un favor externo que nos hace Dios (esto sería sólo por parte de Dios), sino que es una cualidad divina que se adhiere al alma como un brillo y como una luz que borra todas las manchas del alma, embelleciéndola y haciéndola esplendorosa. Es preciso que entendamos esto bien: el alma queda sublimada, re-creada y cambiada del todo por la gracia. No encontrando la Sagrada Escritura expresiones adecuadas, para decir lo que es la gracia, emplea símiles y figuras para dar a conocer con claridad esta propiedad esencial de la gracia. La llama:

1. *luz,* en contraposición a las tinieblas del pecado (examínense los abundantes textos de San Juan y San Pa­blo: «Esta era la verdadera luz, que, viniendo a este mundo, ilumina a todo hombre» (San Juan, 1-9); «Fuisteis por algún tiempo tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor. Andad, pues, como hijos de la luz. El fruto de la luz es todo bondad, justicia y verdad» (Efesios, V, 8-9).
2. *vida,* vida eterna,
3. *nuevo* nacimiento,
4. *nueva creación,* etc...

Observemos que todas estas imágenes y comparaciones nos muestran con claridad que la gracia no es una cosa natural como la moralidad, la virtud, ni tampoco algo ne­gativo como la ausencia de pecado, ni siquiera una cosa de pensamiento o de voluntad, sino más bien una reali­dad más alta, aun cuando no podamos verla ni palparla. Estamos en un terreno sobrenatural, en el que sólo se en­cuentra Dios. San Pedro, refiriéndose a la gracia, tiene una expresión terminante: «para hacernos así partícipes de la naturaleza divina» (San Pedro, 2.8, 1, 4). Con la gracia nos elevamos sobre el orden natural y de las rela­ciones todas naturales que tienen las criaturas con su Dios, hasta el mundo sobrenatural. Participamos además de las cualidades y perfecciones que sólo Dios posee, a diferencia de las criaturas y por las que se distingue de las mismas. La gracia nos diviniza, nos hace partícipes de la eternidad de Dios, nos inmortaliza; nos hace conocedores de la ciencia divina («nadie conoce al Padre, fuera del Hijo *y de* aquel a quien el Hijo quiera manifestárselo»), nos conduce a la dicha eterna y, sobre todo, a la santidad. ¿Qué es un santo? Santo no sólo es ser bueno, moral­mente perfecto. La santidad no forma parte de la mora­lidad; es algo divino. Sólo Dios es tres veces santo. En el Antiguo Testamento, los hombres podían llegar a ser mo­ralmente buenos, pero no santos. Sólo es santo el que ha recibido la gracia, por participar así de la divina natura­leza. Las palabras de San Pedro nos permiten adivinar el

raleza y que no puede alcanzarse ni con la máxima per­fección moral.

2. La *gracia y el ministerio pastoral.*Siendo el con­cepto de la gracia tan grave y tan hondo, desde el punto-de vista dogmático, hemos dejado, en la medida de lo po­sible, hasta este momento, la cuestión de la gracia en el ministerio.

Si queremos ejercer nuestro ministerio debidamente, tenemos que confesar que toda nuestra vida pastoral debe basarse sobre la gracia. ¿Qué quiere decir ministerio pas­toral? ¿Significa formación moral de buenos cristianos? No, el ministerio cristiano no es eso. Eso sería más propio del Antiguo Testamento. Mas, por desgracia, hay que re­conocer que muchos sacerdotes se limitan a este aspecto natural. Su labor pastoral puede resumirse en estas dos frases: «no pecar» y «guardar los mandamientos». A eso se reduce su predicación; las más de las veces, enfocan un tema moralizador y sólo de cuando en cuando hablan de ciertas verdades de la fe. Estamos oyendo sus sermo­nes, domingo tras domingo, durante años y apenas oiremos hablar de la gracia. Son los jueces de las costumbres y casi nunca lo que deberían ser: celadores de la vida de **la** gracia.

¿Qué es, pues***,*** el ministerio? No es llenar las iglesias..., ni edificar y organizar cristianos... El ministerio consiste en trabajar de tal suerte, que los fieles posean la gracia y la posean abundantemente. El gran objetivo del ministerio es dar, conservar y desarrollar la vida de la gracia.

Examinemos ahora el concepto de Iglesia. ¿Qué es la Iglesia? Si consideramos el conjunto de leyes eclesiásticas, de rúbricas, la jerarquía y organización eclesiásticas, ten­dremos entonces la *Iglesia jurídica;*si consideramos su fuerza espiritual y su trabajo cultural, tendremos su *as­pecto civilizador; si*consideramos su personalidad históri­ca, con todo su elemento humano y sus fallos, tendremos la Iglesia histórica.Pero esto no es todavía el verdadero aspecto de la Iglesia. La Iglesia, según lo ha querido sufundador, es la sociedad de los que han recibido la gracia;

esta sociedad puede aún formar y edificar el segundo cuer­po terrestre de Cristo: el Cuerpo Místico. Sólo por la gracia nace la Iglesia. Aunque en toda la tierra no hubiera ni prelados, ni sacerdotes, ni cristianos, y allí, en una re­mota isla, vivieran dos hombres en estado de gracia, estos dos hombres constituirían la Iglesia. La gracia es la que únicamente da existencia a la Iglesia.

Con esto queda más al claro la noción de *parroquia.* Considerar a la parroquia como un término de geografía eclesiástica, no es más que considerar el exterior. La pa­rroquia y cada comunidad (sea o no sea parroquia canó­nicamente), es la sociedad de los que están en gracia y forman plena y totalmente la Iglesia. Los que no están en gracia, no pertenecen ciertamente a la parroquia (en virtud de su carácter sacramental pertenecen, ciertamente **a** la Iglesia, pero como miembros muertos). Solamente la gracia crea una parroquia. Por tanto, la labor más impor­tante del ministerio es la de conservar y llenar de gracia el vaso de la parroquia. Aquella mujer que, por orden del profeta Eliseo, reunió todos los recipientes que pudo para llenarlos de aceite hasta los bordes, es una figura hermo­sísima del ministerio parroquial. El aceite es la gracia que nos da Cristo (el Ungido).

Los medios deben responder al fin. ¿Cuáles son esos medios de que dispone el ministerio? Comienzo por indi­car tres de los medios para obtener la gracia: la oración, la predicación y la liturgia.

1. La oración: es un medio esencial para obtener la gracia; la oración abre los diques del cielo. El párroco debe ejercer su ministerio primero de rodillas, debe orar mucho. Recordemos a Moisés, con las manos levantadas, rogando al cielo por su pueblo, para que lograra éste ven­cer a sus enemigos. Sin la bendición de la oración, el pá­rroco estará trabajando sin parar y «no cogerá nada»... El breviario es un ministerio importante.
2. La predicación es otro medio esencial para des­pertar la gracia en las almas. San Pablo se gloría de ser, por su predicación, el padre espiritual de sus hijos: «Aun-

que tengáis diez mil pedagogos en Cristo, pero no muchos padres, que quien os engendró *en* Cristo por el Evangelio fui yo» (1**.a** a los corintios, IV, 15). La predicación, por tanto, es el medio instituido por Cristo para inyectar la gracia en el alma humana. De ahí que Nuestro Señor com­pare la palabra divina a una semilla que se echa en el campo del alma para que dé fruto abundante, es decir, la gracia. De aquí se sigue el que en nuestra predicación no debamos detenernos en el terreno natural de la conciencia del pecado, sino que tengamos que tomar como tema de nuestras actuaciones en el púlpito el terreno sobrenatural y el de la gracia. Evidentemente no se puede estar predi­cando exclusivamente de la gracia, pero no deberíamos salirnos del plano sobrenatural.

*c)* Otro medio importantísimo para cultivar e implan­tar la vida de la gracia entre los fieles, es el gran patri­monio de nuestra *liturgia,* el culto sacramental.

Con frecuencia no se comprende bien lo que la liturgia representa en este aspecto. Se piensa más en la cuestión rubricista y en las formas exteriores del lenguaje y de las ceremonias y se cree que la liturgia no tiene ningún re­curso para el ministerio. Las formas exteriores no son sino el vestido, el alma de la liturgia es algo muy distinto.

La liturgia se propone dos grandes cosas: la primera, ser el culto que ofrecen a Dios los que han recibido su gracia y están unidos a El por la Iglesia; por consiguiente, el verdadero culto divino. Segunda, ser el organismo por el que Cristo nos concede sus gracias. La liturgia es el gran sacramento, o sea, un conjunto de signos exteriores respaldados por una realidad santa y que proporciona la gracia a los hombres. De este modo la liturgia es el *«ad­mirabile commercium»* entre Dios y los hombres: Dios nos da su gracia y el hombre devuelve a Dios el honor que El le hace.

Es sumamente importante el que los sacerdotes tenga­mos una idea exacta de la liturgia: ella es nuestra pro­fesión y nuestra ocupación específica. Es el medio ordi­nario establecido por Dios para dispensar, mantener y

desarrollar la gracia. La Iglesia no sólo es una religión moral ni un sistema dogmático, sino una religión del culto y de la gracia.

La liturgia y la gracia están unidas indisolublemente.

El que se sitúa en el plano de la gracia, si quiere mantenerse en el terreno del cristianismo eclesiástico, tiene que cultivar la liturgia. Comprendemos perfectamente por qué muchos sacerdotes no captan el sentido de la liturgia. Los primitivos cristianos se basaban ante todo en la vida de la gracia; el culto, la liturgia, el bautismo y la misa. eran el eje de su vida. Más tarde, la Edad Media echó en ol­vido la gracia y se colocó en el plano de la moral y de la conciencia del pecado. Nada de extrañar tiene que la liturgia haya sido mal comprendida desde el momento en que se relegó a un segundo plano el Bautismo y la Eucaristía, para dar mayor relieve al sacramento de la penitencia.

Estos dos aspectos suben o bajan como las columnas de un barómetro; una época que se sitúa en el plano de la moral, cultiva la conciencia del pecado y emplea mu­cho el sacramento de la penitencia. Una época que vive el espíritu de la gracia, cultiva más la conciencia de la gracia y frecuenta la mesa eucarística. Un ejemplo del espíritu de la edad media lo tenemos en Santa Isabel de Hungría, que, confesándose todos los días, no comulgaba más que algunos días al año.

Alabemos a Dios porque esos tiempos pasaron ya; más mérito tiene el movimiento litúrgico por haber vuelto a encontrar el tesoro escondido de la gracia, que por haber resucitado los antiguos textos y fórmulas litúrgicas. Con esto ha prestado a la Iglesia el mayor de los servicios.

Esto explica el por qué tantos sacerdotes dejan a un lado el movimiento litúrgico: no consiguen elevarse hasta la piedad y el ministerio de la gracia, ni conocen otro principio pastoral que el de no pecar y observar la ley de Dios. Cuando este principio es el único que priva en los sacerdotes, entonces la liturgia no se mira más que como un piadoso artificio, o, a lo más, como un medio educa-

tivo. Ni la misma misa tiene para ellos un valor super­eminente. Una novena, una exposición del Santísimo, un Vía Crucis, les parece tiene tanto valor y ventaja...

Si queremos liturgizar nuestra vida pastoral, debemos poner en juego todos los resortes. Para esto, el párroco debe hacer de su parroquia una comunidad basada en la vida de la gracia: sólo entonces tendrán su valor la misa comunitaria y la comunión frecuente. La formación litúr­gica, la misa de la comunidad parroquial y todas las demás iniciativas populares perderán su gran eficacia, tras un interés pasajero, si no están implantadas en el terreno de una formación fundada en la gracia divina. Sin esta formación la misa no será eficaz para el apostolado ni habrá renovación litúrgica. ¡Qué pocos sacerdotes predi­can sobre la gracia! Todo el ministerio, en el confesonario, en la iglesia, en el catecismo, en el púlpito, se limita al terreno de la formación, de los mandamientos, de la psi­cología y de la pedagogía. Rara vez se desliza algún rayo de luz sobrenatural y alguna alusión a la gracia. Ya no nos extraña esto por habernos formado todos de ese modo. El tratado *«de gratia»* en la teología dogmática, nos ha dado tan poca impresión de vida, que después hemos procurado no tocar semejantes ideas y verdades. También a mí me ha pasado esto y solamente estos últimos años me he dado cuenta de esta deficiencia... Al comenzar el Año Litúrgico me preguntaba sobre qué tema podría pre­dicar en él. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que no había hablado mucho a mis feligreses de los sacramentos. Pero no quise abordar inmediatamente este tema, sin dar antes unas nociones sobre la gracia. Tengo la cos­tumbre de acudir para todo a la sagrada Biblia. ¿Habla la Sagrada Escritura de la gracia? Creía que no iba a encontrar gran cosa, pues la misma palabra *gracia* se en­cuentra rara vez en la Sagrada Escritura. Sin embargo, pude ver que la Sagrada Escritura casi no habla de otra cosa. La gracia es la «buena nueva». Las parábolas del Reino de Dios, del Reino de los Cielos, nos hablan de la gracia; todo el Evangelio de San Juan tiene a la gracia y

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 217

a la verdad como tema predominante. En los otros libros ocurre otro tanto; las Epístolas de San Pablo hablan ex­clusivamente de lo sobrenatural y de la gracia. Pude pre­dicar a base de esto unas veinte pláticas sobre la gracia y luego otras tantas sobre los sacramentos. Este ciclo de sermones me ha enseñado más que todos mis demás estudios dogmáticos sobre la gracia.

3. Digamos algo sobre la vida espiritual del sacerdote. Si nosotros los sacerdotes no poseemos la gracia y si no estamos influenciados enteramente por ella, no llega­remos a guiar, como pastores que somos de las almas, a nuestros fieles a los pastos de la vida de la gracia ni ha­remos de ella el eje de nuestro ministerio. No podremos predicar sobre la gracia o, al menos, situar nuestra pre­dicación en el terreno sobrenatural, si es que no estamos penetrados de ella. Hay que predicar aquello de lo que está lleno el corazón, de lo contrario seremos bronce que suena y campana que repica. No llegaremos a formar a los demás en la vida de la gracia si nosotros mismos no la llevamos en nuestro corazón convencidos de que es el mejor de los bienes. Y conste que no hablo aquí de los sacerdotes que viven en pecado, sino de aquellos en los que la conciencia de pecado se destaca fuertemente en el primer plano, mientras que la conciencia de la gracia languidece semi-apagada. Empecemos nosotros formándonos. ¡Qué distintos serán entonces los sentimientos y pensamientos con que celebraremos el santo sacrificio de la misa! La Eucaristía será entonces el pan cotidiano de nuestra vida divina, el breviario no será un yugo pesado sino la conversación del hijo con el padre y el combate en pro de la vida de la gracia en nuestra parroquia. Igual­mente, la Sagrada Escritura nos resultará como un mundo nuevo que nos hablará de lo sobrenatural. Entonces la alegría del vivir penetrará en nuestra vocación convencidos como estaremos de ser los hijos dichosos de Dios. Bien sabemos lo cargados que estamos de miserias y de-

fectos como consecuencia del pecado original; no importa.

218

Solamente cuando nos mantenemos en el terreno de la moral es cuando podemos desanimarnos ante nuestra falta de progreso... Pero la gracia es más fuerte que el pecado original. «Donde abundó el pecado —escribió San Pablo -- sobreabundó la gracia» (Romanos. 5. 20). Antes de co­menzar nuestra labor pastoral entre las almas practiquemos y vivamos la piedad de la gracia.

|  |  |
| --- | --- |
|  | **CAPÍTULO II**  INTENSIVA O EXTENSIVAMENTE |

En agricultura se emplean dos sistemas de cultivo: el intensivo y el extensivo. El primero trata de obtener con poco terreno un producto abundante empleando mucho dinero y trabajo; el segundo economiza el trabajo y el capital y se contenta con un rendimiento más escaso por hectárea. Ambos métodos se fundan en los gastos y en los resultados. Uno logra en intensidad lo que el otro en extensión; el primero dispone sólo de un terreno reducido y el otro de una gran superficie.

Nuestro Señor compara a su Iglesia con un campo que deben cultivar los pastores de las almas. Nada dice El de estos dos métodos de trabajo extensivo e intensivo, mas no por eso se nos prohibe aplicar este punto de comparación. En efecto, en ministerio o con más exactitud, en el minis­terio pastoral la Iglesia ha habido y hay una explo­tación extensiva e intensiva. No hay más que dejar hablar a la historia eclesiástica. Cuando a los primeros cristianos se les exigía actos heroicos como el martirio, la renuncia al mundo y la severa disciplina penitencial, el cristianismo era más puro y perfecto. Pero cuando se incorporaron a la Iglesia los pueblos bárbaros y tuvo ésta que extender su campo de acción considerablemente, los sacerdotes con cura de almas debieron modificar su método de trabajo: se trabajó entonces extensivamente. De una sola vez se admitían en el seno de la Iglesia millares de personas y se bautizaban pueblos enteros. Con esto fue imposible a los

misioneros dar a los nuevos cristianos una formación catequística a fondo: el ministerio se ejercía extensivamente.

En la época moderna podemos nosotros registrar una evolución semejante. Después de aquel cristianismo desa­brido del «siglo de las luces» y del josefinismo se comenzó en nuestro país una gran misión de renovación interior y se empezó de nuevo a atraer a los fieles a la Iglesia. Sin embargo, no se siguió el procedimiento del método intensivo. Se contentaban con un programa mínimo: cum­plir con Pascua, con el precepto dominical y abstenerse de carne los viernes. El que cumplía todo esto era consi­derado como un buen cristiano. Se levantaron grandes iglesias, se lanzaron a la conquista de las masas y se creyó que el éxito había que buscarle en la organización... Se copiaron los métodos materialistas de los socialistas, se establecieron ficheros y se creyó que con esto se ejercía una gran influencia en amplios sectores. Mas pronto se percataron de que existía un procedimiento todavía mejor; la organización por sí sola no bastaba, y se dirigieron las miradas al organismo vivo de la Iglesia. Y esto... caló más hondo. Reconocieron que la Iglesia se basa esencialmente en la vida de la gracia, lo cual les indujo a crear la «pa­rroquia viva». Los cristianos, efectivamente, no son fichas de archivo... sino miembros del Cuerpo Místico de la Igle­sia que se manifiesta concretamente en la parroquia.

Hemos llegado con esto al punto en que podemos pa­sar del cultivo extensivo al intensivo. *No es sola la fe la que nos hace cristianos, antes que ella se necesita la gra­cia.* De este modo hemos dado con el hogar de la parro­quia: la vida supone el alimento. La Sagrada Eucaristía es el hogar, y el altar el eje de toda la vida parroquial. De él ha de brotar la Iglesia, no tanto como organización, sino como un organismo vivo.

Estas son las ideas sobre las que trabajaba el minis­terio pastoral antes de 1938. Fueron providenciales para los años de angustia que vinieron con la guerra en la que fracasaron todas las posibilidades exteriores de organiza­ción. Se mantuvo la posesión espiritual de la parroquia en

torno al hogar eucarístico. Además se encontró el camino de las dos grandes fuentes de vida religiosa: la Biblia y la liturgia. Con estas armas lograron los cristianos aus­tríacos mantenerse firmes durante sus siete años de per­secución, demostrando con ello el maravilloso temple *de* esas armas. Es esta una lección que no debemos olvidar para el futuro: la Biblia y la liturgia han mantenido siem­pre a la Iglesia fuerte e invencible.

Por esos mismos caminos debemos orientar la labor intensiva de nuestro ministerio. Hay que reconocer que debemos dejar el programa mínimo por el máximo. Antes se intentaba la fe, ahora la gracia; antes la comunión pascual, hoy la comunión en cada misa; antes el manda­miento era oír misa entera, hoy se trata de participar activamente en la misa.

Una nueva reflexión nos ayudará a comprender mejor este nuevo método de trabajo pastoral. Antes se solía considerar a la Iglesia como una institución jurídica, como un monumento histórico y visible, por lo que se com­prende que se la midiera por el número de sus miembros. Hoy día nos gusta más ver en la Iglesia al *Cuerpo Mís­tico de Cristo,* y, por lo mismo, más la gracia que el nú­mero de los miembros. Estamos ya sobre otro terreno. Pero tal vez no hemos comprendido en toda su profun­didad el misterio del Cuerpo Místico de Cristo.

Muchas veces nos hemos preguntado de dónde proceden esos poderosos progresos de la secularización en la Iglesia: los cristianos caminan hacia unas ideas y actuaciones cada vez más paganas. Semejante plaga se ha extendido hasta las parroquias más apartadas.

Quisiera dar una explicación que no todos la acep­tarán precisamente por lo influenciados que estamos por el espíritu del siglo: el Cuerpo de la Iglesia se asemeja a un hombre desnutrido, exhausto, que no puede resistir enfermedad alguna. ¿Por qué este cuerpo de la Iglesia se encuentra desnutrido? *Porque han sido muchos siglos los que ha estado privado del suficiente alimento de la gra­cia: la Eucaristía y la palabra divina.* ¿No es lógico el

que la Iglesia sufriera las consecuencias desastrosas del hecho de haber padecido la falta de calorías eucarísticas durante más de mil años? Cualquier organismo falto de calorías no puede sobrellevar tal estado sin que peligre su salud. De esto estoy tan persuadido que no cambiaría fácilmente de parecer. Esta es, pues, la razón principal de esa horrorosa secularización de la vida cristiana. Si pro­curamos devolver al Cuerpo de la Iglesia el alimento ne­cesario entonces se irá curando poco a poco, desapare­cerán los gérmenes infecciosos y volverá a su antigua robustez. Y con esto hemos llegado al punto cumbre: esta curación no se manifestará en la gran masa de los cris­tianos ni saldrá de ella, sino de las pequeñas minorías sanas y robustas. En otras palabras: esforcémonos por cultivar profundamente en *cada parroquia* esa minoría cris­tiana; trabajemos menos la superficie que el fondo, o por decirlo de otro modo, no olvidemos el cultivo intensivo por el extensivo.

Creo que esta concepción del apostolado representa un avance con respecto al ideal de 1938. Pero no podemos detenernos aquí. Por aquellos años se decía: necesitamos parroquias vivas. Hoy nuestro lema es: *Trabajo intensivo con los miembros sanos y vivos del Cuerpo Místico.* He­mos hallado con ello una nueva idea fundamental del mi­nisterio cuyo alcance apenas podemos sospechar.

Fijémonos en el ministerio de Cristo. ¿De qué manera lo ejerció Nuestro Señor? Ciertamente quiso ser ante todo el Salvador de la humanidad y llamar al Reino de Dios a todos los hombres. Pero adoptó en seguida otro método pastoral. Predicaba al pueblo, pero sólo por medio de parábolas. Entretanto se escogió un grupo de hombres —los Apóstoles y discípulos— a los que quiso formar in­tensivamente. «A vosotros se os ha concedido conocer los misterios del Reino de Dios; a los demás sólo en pa­rábolas» (San Lucas, 8, 10). Cada vez se iba quedando Cristo más aislado; eran solamente algunos íntimos los que permanecieron junto a El y a quienes formó para que fueran luego los fundamentos de su Iglesia universal. Los

que estamos habituados a los métodos de organización modernos nos preguntamos extrañados: ¿No hubiera po­dido reunir el Señor en torno suyo un grupo mucho más grande? ¿No fue acaso mínimo el éxito de su ministerio? Con todo su poder taumaturgo y con toda su personalidad de Hombre-Dios, ¿no pudo reunir más que 120 testigos de su Ascensión y 500 discípulos en su última aparición en Galilea? Y sin embargo, como lo demostró después su obra, fue éste el método más acertado: así se llegó a fundar la Iglesia universal. Mientras la Iglesia mantuvo este sistema pastoral se dilató y se conservó sana en su interior. Las verdaderas reformas de la Iglesia no se han operado por psicosis masiva, sino por individualidades, siguiendo el proceso del «grano de mostaza» y del «fer­mento en la masa»...

Pero preguntará el párroco sorprendido: ¿Voy a dejar abandonada a sí misma toda la masa cristiana para dedicarme exclusivamente al cultivo de las almas selectas? No por cierto. El párroco es para todos los fieles y ha de hacerse todo para todos a fin de salvarlos a todos. Pero también debe hacerse todo para las almas más interiores. Examínese sobre este punto y verá que quizás tiene muy poco cuidado de esas almas.

El principio de la pastoral debe permanecer siempre inalterable, pero el ministerio pastoral nada tiene que ver con el igualitarismo. No deja de ser una ventaja el hecho de que la parroquia actual no se halle fragmentada en mil asociaciones, pero pregunto: ¿Se procura que los cristia­nos «esotéricos» encuentren en la parroquia su alimento correspondiente? ¿No se asemeja la parroquia a estos círculos concéntricos que se aprietan en torno a un hogar caliente y luminoso? Es preciso, pues, que la parroquia pueda ofrecer a los fieles que tienen más vida interior la alimentación necesaria. ¿Es esto un hecho? ¿No son estos cristianos verdaderos donantes de sangre para todo ese organismo sin sangre de la parroquia? Estos cristianos deben dar de lo que a ellos les sobra, y, de ese modo, contribuir a una nueva robustez y a un nuevo florecimiento de todo el cuerpo parroquial. Y ¿no son éstos muchas veces el rigor de las desdichas porque la predica­ción se dirige siempre a la asistencia media y la misa se celebra de modo que la puedan seguir la mayor cantidad posible de gente? ¿No debieran los sacerdotes esforzarse por trabajar de una manera más intensa la parcela del Reino de Dios a ellos confiada? Se debiera pensar en las posibilidades que tiene el sacerdote para la creación de una selección dentro de su parroquia. El ejemplo de Jesu­cristo nos muestra que no se logrará un éxito fácil, como sería el tener las iglesias llenas, sino que hay que trabajar a largo plazo; pero el verdadero éxito será seguro.

Nueva idea base del ministerio parroquial: *intensificar el trabajo entre la selección.*

**CAPITULO III**EL SENTIDO LITURGICO DE LA CASA DE DIOS

La casa de Dios es ante todo un lugar de servicio, es decir, un lugar en el que se reúnen los cristianos para celebrar los divinos oficios, para celebrar el santo sacri­ficio, para escuchar la divina palabra, para orar con toda la Iglesia y para recibir los sacramentos.

Es además la casa de Dios el símbolo, la personifica­ción de una idea que debemos conocer antes de enfilar el objeto práctico y antes de interesarnos en la formación de una iglesia. ¿Cuál es esa idea? La casa de Dios repre­senta la unión mística de Cristo con su Iglesia. Es esto lo que hace de la Iglesia (quiero decir de la *ecclesia)* una Iglesia, es decir, lo que hace crecer en Cristo a la comunidad de los fieles, lo que la hace vivir en Cristo, enraizarse en El y lo que hace que la casa de Dios sea la representación visible de Cristo; en una palabra: la Iglesia es Cristo.

Tres son las parábolas bíblicas que nos hablan de la Iglesia en este sentido. En la primera es Cristo mismo el que habla: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en Mí y Yo en él, ése da mucho fruto, porque sin Mí nada podéis hacer. El que no permanece en Mí, es echado fuera como el sarmiento y se seca» (San Juan, 15, 5-6). Así es la Iglesia. El sarmiento recibe su alimento de la vid, que es Cristo; de El recibe la savia y por El produce los frutos. No puede un sarmiento sub-

sistir y prosperar por sí solo, su crecimiento depende de   
la vid: ésta es la figura de la Iglesia incorporada a Cristo.

La segunda figura, que se refiere al matrimonio, era ya conocida en el Antiguo Testamento, pero Jesucristo la ha dado un sentido más hondo. Cristo es el esposo, la Iglesia es la esposa; los dos forman un solo cuerpo. Cristo ama a su esposa, por ella ha dado su vida y su sangre, la alimenta y la cuida. La esposa vive de Cristo su esposo. También en esta figura aparece la Iglesia incorporada a Cristo.

San Pablo, fiel discípulo de su Maestro, nos da la ter­cera comparación que es la idea favorita de su teología: la Iglesia cuerpo de Cristo. Cristo es la cabeza, la Iglesia el cuerpo, los cristianos los miembros. Estos han de estar unidos al cuerpo, de lo contrario perecerían; los miembros desempeñan diversas funciones, pero todos sirven al cuer­po. **El** más insignificante de ellos desempeña su papel en el cuerpo: otra vez tenemos aquí la figura de la Iglesia unida a Cristo.

Estas tres comparaciones las vemos expresadas en las piedras del edificio del templo que no es sino una repre­sentación de la Iglesia unida a Cristo. La casa de Dios tiene todavía otro significado: por la consagración Dios establece su presencia y sus gracias en esta Iglesia; la Iglesia es el tabernáculo de Dios en medio de los hombres. Pero el simbolismo más hondo de una iglesia católica es el de Cristo que, desde el altar, alimenta, edifica y guía hasta el cielo a su comunidad.

De esta idea fluyen tres consecuencias que son de una

importancia enorme para el moderno arte cristiano.

*1. Cristo constituye en la iglesia el centro dominante.* Podría alguno objetar que esto ya era un hecho en nues­tras antiguas iglesias. Cristo era desde el sagrario el «Rey callado» y, al mismo tiempo, el «prisionero de amor...», ideas que alcanzaban su máxima expresión en aquellos templos en que, desde el trono de exposición, dominaba *a* los fieles... No. No es esto lo que queremos decir. Esta manera de enfocar la cuestión excluye el significado esen-

cial de la Sagrada Eucaristía. *La**Eucaristía es, ante todo, el sacrificio,* continuación y reproducción del sacrificio de Cristo; debe ser un alimento sacrificial que nutra nuestra vida sobrenatural. Que la Sagrada Eucaristía sea ante todo unobjeto de adoración y la continuación de la presencia de Jesús en nuestros templos, no aparece por ningún lado como fin de la institución de la misma ni en la Sagrada Escritura ni en la tradición eclesiástica primitiva. Este aspecto de la Eucaristía que sólo apareció en la Iglesia a partir de la edad media, no puede ser considerado como el predominante. Con otras palabras: ni el trono de exposición, ni el sagrario son el centro de la Iglesia. El verdadero centro lo constituye sólo y exclusivamente *el altar como mesa de sacrificio,* no el retablo con todas sus complicaciones... He ahí la novedad, la revolución que el mordimiento litúrgico impone al arte cristiano: la nueva forma del altar.

¿Qué es el altar según el espíritu de la liturgia? Es el lugar sobre el que se ofrece el sacrificio redentor. Es todavía más, es el símbolo del Rey divino, Cristo, el sím­bolo en el verdadero sentido de los antiguos, un símbolo lleno de realidad que encierra a la realidad misma. **Al** altar se le honra como al mismo Cristo.

De esta manera comprendemos por qué el altar debe ocupar en el templo el lugar preferente en cuanto mesa del sacrificio. El moderno arte cristiano deberá hacer des­aparecer los accesorios del altar y poner más de relieve lo esencial. En la medida en que la Eucaristía fue perdiendo su carácter sacrificial *y* de alimento, en esa misma medida fue desdibujándose el altar como lugar del sacrificio de la comunidad.

En la Iglesia primitiva era sencillamente eso: la mesa del sacrificio. En la edad media el altar se convierte en **un** verdadero monumento, cambia de orientación y se le retira hacia el muro. Al aparecer el barroco los retablos adquieren proporciones gigantescas, la mesa del altar des­aparece casi completamente. Aparte de esto se multiplican los altares dentro *de* las iglesias, distrayendo la atención

y la dignidad del altar mayor. Las iglesias quedan de esta manera descentradas por no haber acertado a poner en el puesto que le corresponde al sacrificio de Cristo. Por *eso las* iglesias modernas deben concebirse partiendo del altar, ya que no son más que su marco y su envoltura.

El ideal es, pues, un solo altar situado en medio de la iglesia, y, en cuanto sea posible, sin aditamentos inútiles. Los altares laterales han de ser los menos posibles y situa­dos de tal modo que no resten preeminencia al altar ma­yor. La iglesia debe volver a ser el escenario del sacrificio de la misa.

2. *La Iglesia en Cristo.* La segunda consecuencia se refiere a la Iglesia, a la *ecclesia.* La íntima relación de la iglesia —edificio-- con la Iglesia —sociedad de los cris­tianos— se revela ya en el empleo de la misma palabra para las dos acepciones. El edificio —la casa de Dios­es el marco; lo que encierra —la parroquia— es lo esen­cial. Pero la Iglesia no adquiere su verdadera realidad sino en la parroquia reunida en la casa de Dios. Ahí, dentro del templo, es donde se encuentra la Iglesia. Ahí se manifiesta con más intensidad la vida de nuestra Madre la Iglesia. Si el templo es una figura de la Iglesia, de la Iglesia que vive la vida de Cristo y que está enraizada en Cristo, debe ser esencialmente una casa familiar y un lugar de reuniones de primer orden. Una Iglesia no está para servir a la devoción privada de un individuo, sino para congregar a todos los fieles cristianos y para hacer de todos ellos la Iglesia. Por eso una iglesia ha de ser un lugar de reunión confortable y no un cobijo para reunión de masas; una sala familiar íntima que aun exteriormente tenga un efecto agradable, con calefacción, con bancos cómodos y adornada con tapicerías, etc. Todo lo que sea de devoción privada, imágenes, estatuas, Vía Crucis, altar de la Virgen, deben colocarse en sus propias capillas de modo que no resten importancia a la gran acción litúrgica de la comunidad.

De la misma manera que la comunidad debe estar orientada hacia Cristo, el altar debe también ocupar el

centro de la asamblea. Con esto tocamos el punto de las nuevas disposiciones con respecto al altar. El altar no debe estar retirado en el muro del ábside, sino que su sitio es en medio de los fieles para que éstos sean otra vez los «circunstantes». Debe estar de cara al pueblo, o sea, que el sacerdote no debe dar las espaldas a los fieles, sino celebrar el santo sacrificio mirando a la asamblea. Es éste un postulado de la participación activa del pueblo en la santa misa.

En este punto vamos en contra de costumbres que han adquirido un derecho centenario. Nos damos perfecta cuenta de la resistencia que va a encontrar esta revolución en la jerarquía eclesiástica y en el clero. Sin embargo. esta vuelta a lo antiguo se impone. La legislación eclesiástica no está en contra nuestra.

El altar vuelto hacia el pueblo crea otro problema: el de la guarda de la Sagrada Eucaristía y colocación del sagrario. En este punto la historia presenta diversas solu­ciones. Al principio se guardaba la Eucaristía en la sacris­tía en una caja; luego se la puso suspendida sobre el altar dentro de una cápsula (paloma eucarística). Más tar­de se adoptó el sagrario mural que se convirtió en la Edad Media en una especie de armario-sagrario. La colocación del sagrario sobre el altar tuvo origen en Inglaterra en el siglo XV, costumbre que prevaleció luego en toda la Igle­sia por obra de San Carlos Borromeo. En Alemania per­sistió, sin embargo, el sagrario mural hasta el siglo XVIII, y en otros países incluso hasta el XIX. Esto, no obstante, el tabernáculo fijo al altar no fue prescrito canónicamente hasta 1863 y no apareció esta prescripción en el *Codex juris canonici* hasta el año 1918. Efectivamente, los cánones 1268 y 1269 prescriben que la Sagrada Eucaristía se guarde en un sagrario colocado sobre el altar y ordinaria­mente en el altar mayor. Con todo, el tenor de esta dispo­sición da margen a excepciones, puesto que dice que «la Eucaristía debe guardarse... ordinariamente en el altar mayor, a menos que haya otro sitio más a propósito y digno para la veneración y culto de tan santo sacramento».

Parece, pues, que con está decisión no pretende la Iglesia de un modo absoluto que se tenga el sagrario en el altar mayor, sino que da margen a cierta evolución razonable. En consecuencia, nos atrevemos a proponer que el sagrario del altar mayor se traslade a su altar especial dedicado al Santísimo Sacramento, o junto al muro, al lado, o detrás del altar mayor.

3. Nos queda aún por tratar una de las ideas funda­mentales del movimiento litúrgico y sacar de ella las con­secuencias necesarias para la construcción de las iglesias: la participación activa del pueblo en la sagrada liturgia.

El sacerdote pagano entraba en el templo solo y ofrecía el sacrificio en nombre del pueblo. Esto mismo, al menos en parte, sucedía en el Antiguo Testamento. No ocurre lo mismo en nuestra Iglesia. Sin duda Jesucristo ha instituido su sacerdocio particular, pero éste tiene por misión simplemente el dispensar los divinos misterios y preparar el sacrificio por medio de la consagración, es el pueblo cristiano el que completa y enteramente toma parte en el sacrificio. No hay más que un sacrificador, Cristo; pero El hace que toda la Iglesia y todos sus miembros tomen parte en su sacerdocio. El cuerpo de un sacerdote es un cuerpo sacerdotal, y sus manos son manos sacer­dotales. El sacerdocio universal de los fieles fluye del dog­ma del Cuerpo Místico de Cristo. Consecuencia práctica de todo esto es la participación activa de los cristianos en la liturgia, sobre todo en la santa misa.

La liturgia es un drama sacro en el que toman parte todos los fieles. Los sacerdotes y arquitectos deben tener en cuenta esta nueva concepción. El sacerdote ha de edu­car litúrgicamente a sus fieles con miras a una participa­ción más activa y crear una *schola*que se encargue de los cantos litúrgicos. Todo esto supone ciertos cambios de or­den material: los cantores, en vez de cantar desde el coro alto, deben hacerlo junto al altar, ya que son actores prin­cipales del drama litúrgico. Su misión es conducir y ani­mar el canto de los asistentes. Hoy día todavía son muchos los coros polifónicos que no dejan tomar parte a los fieles

en las piezas litúrgicas. La nueva *schola,* nacidaal calor del movimiento litúrgico, formada por jóvenes vestidos li­túrgicamente, deberá cumplir con dignidad su honroso car­go delante del altar. Por tanto deberá también descender el órgano de las alturas... y situarse junto al altar.

La predicación, a su vez, debe formar parte de la liturgia de la misa y estar unida al sacrificio. Antiguamente el obispo predicaba desde su trono; más tarde se puso un ambón en los extremos de la barandilla del altar. Final­mente se colocó el púlpito en la nave y, con frecuencia, muy alto. El moderno arte litúrgico ha vuelto al ambón junto al altar, y son muchas las iglesias que tienen dos ambones para las lecturas litúrgicas y para la predicación.

La colocación de los asistentes dentro de la iglesia debe ser objeto de un atento estudio, teniendo en cuenta que debe estar en estrecha relación con el altar.

Del mismo modo que el cuerpo tiene diversos miem­bros y que éstos están armoniosamente unidos al cuerpo, así también los fieles deben ser distribuidos en el interior de la iglesia de manera análoga. En nuestra iglesia de Santa Gertrudis, de Klosterneubourg, los fieles están distribuidos jerárquicamente como en la primitiva iglesia. Te­nemos un *atrium*para los catecúmenos y para los penitentes, una parte para los cristianos completos y otra para el clero; en el centro de la iglesia el lugar destinado al sacrificio de la misa y delante del atar el destinado a los cantores. En la entrada el baptisterio. En el *atrium* ***la*** pila de agua bendita; pueden también colocarse los confesonarios. En la nave hay sillas para los hombres y para las mujeres. Los niños se colocan en bancos especiales delante. El clero tiene sus sitiales detrás del altar. Pero el altar ocupa el centro de toda la iglesia, como punto cul­minante de todo el edificio.

De lo que se deduce que el sentido litúrgico lleva consigo una completa renovación del arte cristiano, tanto en lo que se refiere a la construcción misma del edificio como a su distribución interior.

CAPÍTULO IV

LA LITÚRGIA Y LA MÚSICA RELIGIOSA

¿Cuál es la postura del movimiento litúrgico frente a la música religiosa actual, y qué exige ese movimiento a los directores de coros y organistas? Quiero desde ahora advertir que mis teorías no les han de agradar y que espero encontrar resistencia. Con todo, mi opinión es que las divergencias de criterio, cuando se exponen con obje­tividad, contribuyen a la búsqueda del verdadero camino y ayudan a hacer luz y a encontrar la solución del pro­blema. Obligan a reflexionar, a cambiar o a reafirmarse en sus decisiones.

Para aclarar los términos quiero, antes que nada, esta­blecer la distinción entre movimiento litúrgico y movimien­to litúrgico popular.

La liturgia es el culto oficial de la Iglesia. El movi­miento litúrgico trata de cultivar de nuevo este culto ofi­cial de la Iglesia. A partir de la Edad Media fue decayendo la vitalidad de la liturgia más y más; aunque se siguió practicando de una manera oficial en la Iglesia, ni los sacerdotes ni los fieles comprendían su significado, ni su contenido, ni su poder vivificador. Nada de extraño, pues, que se la fuera descuidando cada día más.

Paralelamente el culto no litúrgico fue desarrollándose cada vez más en sus dos formas de piedad privada sub­jetiva y de devoción popular. El movimiento litúrgico en­seña a todos los católicos a mejor apreciar los tesoros

**234 DR. PÍO PARSCH**

encerrados en la liturgia. La misa para el movimiento litúrgico es el sacrificio, y no una devoción más o un rato pasado piadosamente y en el que puede uno entregarse **a** piadosas meditaciones y a gozar del arte. Los cristianos, merced al movimiento litúrgico, gustan de seguir el des­arrollo litúrgico de la misa con su misal, reconocen el sentido y el valor educativo del Año Litúrgico, y se fami­liarizan y valoran el breviario, libro de oraciones de la Iglesia, y los sacramentos, fuentes de la vida divina. **En** unapalabra, un mundo nuevo se abre ante los ojos de muchos. Todo aquello que hace ya tiempo se venía mi­rando como un fárrago trasnochado de ceremonias y de fórmulas oracionales, vuelve nuevamente a ser vida y a tener su genuino sentido.

De todas estas oraciones añejas ha surgido un espíritu nuevo, el espíritu y la piedad de la primitiva Iglesia, sus­ceptibles de ejercer en nuestra piedad una influencia fecundísima. Este ha sido el resultado benéfico del movimiento litúrgico que no es, de ningún modo, un artículo de moda pasajero, sino que está llamado a ejercer uninflujo definitivo y aun revolucionario en los próximos tiempos.

El movimiento litúrgico *popular* constituye una moda­lidad particular dentro del gran movimiento litúrgico; se propone idénticos fines, pero insiste de un modo especial en el papel que al pueblo toca desempeñar en la acción litúrgica.

¿Cuál es ese papel que ha de ejercer el pueblo en la liturgia? No es la liturgia católica una liturgia exclusiva­mente sacerdotal: no es únicamente el sacerdote quien tie­ne derechos y deberes en el terreno de la liturgia; éste es, simplemente, el guía litúrgico; el *mystagogo.* Todos los fieles son capaces y tienen a su cargo el ejercicio de **la** liturgia. El movimiento litúrgico popular, pues, ha esta­blecido como uno de sus principios más importantes la siguiente afirmación: LOS FIELES DEBEN PARTICI­PAR DE UNA MANERA ACTIVA EN LA LITUR­GIA, en la medida, naturalmente, que ésta se lo permita.

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 235**

Entre los diversos medios de participación activa, pro­cesiones, ofrendas, sagrada comunión, oración colectiva, el más importante *es* el canto, pero el canto de toda la comunidad y no de un «solo».

El canto es un medio esencial de la participación ac­tiva. Al coro de cantores toca el dirigir y asumir con ello el principal papel activo. Característico en la primitiva Iglesia era el emplazamiento de la «schola» entre el altar *y* el pueblo, servía de puente entre el pueblo y el clero y llevaba la iniciativa en el canto.

Si examinamos un poco la historia veremos que *la* «schola» fue infiel a su finalidad de educadora y conductora del pueblo, y que cometió, por decirlo así (hablo en sentido figurado), dos pecados, uno venial y otro mortal. El venial lo cometió ya en el siglo VII durante el período clásico de la liturgia. La «schola» comenzó a ejecutar piezas cada vez más melismáticas y, por ende, difíciles, con lo cual el pueblo no pudo ya unirse a esos cantos. La «schola» se reservó las piezas variables y los fieles se convirtieron automáticamente en meros oyentes. El arte del canto se fue imponiendo en la liturgia romana, abrien­do paso a su evolución ulterior. El golpe cayó de rechazo en la participación activa del pueblo, aunque la «schola» continuó dándose cuenta de su papel de directora del canto litúrgico y, como tal, conservó su clásico puesto tradi­cional delante del altar y siguió dirigiendo los cantos que aún eran del dominio de los fieles. A estos avances de la «schola» los llamo yo por analogía pecado venial, porque no llegaban a afectar a la participación activa.

Sin embargo, quedaba lanzada la primera semilla del aislamiento del pueblo y aún hoy estamos sufriendo las ' consecuencias, realmente funestas. Esas melodías gregorianas complicadas y melismáticas que recogieron nuestros actuales libros de coro resultan tan difíciles que sólo pue­den cantarlas algún grupo selecto de seglares y unos pocos coros monásticos. Poseemos un repertorio gregoriano que, por lo que se refiere al propio, es prácticamente inasequi­ble para un noventa y nueve por ciento de nuestras pa-

236 **DR. PÍO PARSCH**

rroquias. *He* aquí una dificultad que han tenido muy poco en cuenta los representantes profesionales del movimiento musical.

A partir del siglo XVII los cantores cometieron ya el «pecado mortal» contra la participación activa del pueblo. Se alejaron del altar y se situaron en un rincón del templo atribuyéndose el monopolio del canto. Excluyeron cons­ciente y sistemáticamente del canto al pueblo, se instalaron en la tribuna del órgano —como en un escenario de con­cierto— y no vivieron más que para el arte, desentendiéndose más o menos de la asamblea. Allí, en medio de la iglesia, estaban sentados los pobres fieles...; los cantores detrás ejecutaban su programa; en el altar el sacerdote, de espaldas a los *fieles* y con frecuencia muy lejos de la nave, celebraba los divinos misterios. La asistencia, de acuerdo con sus disposiciones religiosas, podía edificarse o entregarse simplemente al goce artístico. Tales fueron las ventajas de la música religiosa polifónica.

Cualquiera que esté al corriente de la situación sabe muy bien cuán poco ha salido ganando en el aspecto reli­gioso la «schola» en estas circunstancias. Con mucha fre­cuencia no es el espíritu religioso de participación en el santo sacrificio el que reina en la tribuna del coro. Si los cantores estuvieran en la nave no se portarían, sin duda, con tanta despreocupación como arriba en el coro... Por regla general en las actuales corales se juntan elementos de idéntica tendencia artística que no se encuentran catalogados necesariamente, salvo honrosas excepciones, entre los más fervorosos católicos.

He exagerado intencionadamente la situación para acen­tuar más el contraste. Hay naturalmente casos en que la situación es bastante mejor que la que yo he descrito.

Vamos ahora a los resultados prácticos. De modo ge­neral podemos decir que hay que volver de nuevo al ca­mino que hemos abandonado. Voy a exponer tres principios que resumen el ideal del movimiento litúrgico popular:

1.° La música polifónica actual, en la que el pueblo no puede tomar parte y en la que la «schola» canta sus

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 237**

piezas al final de la nave, no tiene cabida en una iglesia que quiere adoptar la renovación litúrgica. No queremos decir con esto que la polifonía ha de descartarse del culto litúrgico ni que la «schola» deba desaparecer. Precisa­mente se trata de abrir camino a la composición de nue­vas misas en las que se buscase una armoniosa unión del canto artístico con el popular. Creo que la coral puede cantar ciertas partes polifónicas alternando con el canto popular. Lo que no admito de ninguna manera es el que la «schola» se atribuya el monopolio del canto.

La finalidad del canto litúrgico no es el cultivar el gran arte, ni siquiera edificar a los oyentes, sino hacer que el pueblo participe en el santo sacrificio. El arte debe ser un humilde servidor de la Iglesia, sin querer absorberlo todo egoístamente. El santo sacrificio de la misa es eso: un sacrificio, y no un acto edificante. El sentido literal de la palabra sacrificio indica ya una función ejecutada con sacrificio y con esfuerzo.

La coral no es cosa superflua en una parroquia que tiene espíritu litúrgico; es una parte importantísima de la comunidad agrupada en torno del altar. Pero esa «schola» tiene que ser muy distinta de la actual: una «schola» que cante junto al altar, pero no sólo materialmente, sino en espíritu y en verdad. Este tipo de «schola» debe estar inte­grada por los mejores elementos de la parroquia, para que pueda cantar dignamente las divinas alabanzas en nombre de toda la comunidad parroquial.

2.° Si la coral quiere cultivar la gran música de Igle­sia, tiene aún un vasto campo de acción con sólo volver al punto de donde partió el avance de la «schola»: debe cantar con fervor el canto litúrgico. Ahí está el arte y la belleza verdaderas.

En cuanto los cantores estén ya familiarizados con el canto coral surgirá un nuevo espíritu y desaparecerán in­mediatamente del canto de la Iglesia muchos defectos que se han introducido, los cantores no se quedarán atrás en la tribuna y habrá preocupación de buscar cantores con verdaderos sentimientos religiosos. No se crea ni se diga

238 **DR. PÍO PARSCH**

que el pueblo no aprecia el canto coral: eduquemos y enseñemos al pueblo a escuchar y a cantar el buen canto. Por supuesto que la labor tiene que ser gradual y no hay que pensar que todo se va a hacer de la noche a la ma­ñana.

3.° De lo dicho en el principio anterior se desprende que el movimiento de renovación litúrgica no deja inactivo al director de la coral. Aquí, en el tercero, se refuerza esta afirmación. Tanto los directores como los organistas deben ser los educadores del pueblo en lo referente al canto litúrgico. Con esto se les abren horizontes y perspectivas completamente nuevas.

¿En qué estado se encuentra muchas veces hoy el canto del pueblo en la iglesia? Los directores de coral y las mis­mas corales van generalmente a la misa para el gran arte... Lo que pasa en la iglesia no les interesa; lejos de eso no tienen más que una mirada despectiva para lo que canta el pueblo...

Hagamos un poco de estadística: en las grandes pa­rroquias de las ciudades los domingos suele haber, por término medio, unas ocho misas, de las cuales sólo una es cantada y no la más frecuentada. El resto de la semana es raro el oficio cantado por la coral, sin contar los demás oficios en los que la coral casi nunca toma parte. Por con­siguiente, ¡cuán poco contribuye hoy la coral al culto y qué contacto más débil tiene con la parroquia!

Valdría la pena que el director de la coral tomara en serio el problema del canto de la parroquia y le diera una nueva orientación. La labor sería inmensa. Comience con los jóvenes cultivando el canto popular. Podría surgir con esto todo un movimiento. No olvide, sin embargo, el director que debe contar siempre con el clero de la parro­quia. Cada semana debería entrevistarse con el párroco para puntualizar el programa de los cantos según el ciclo litúrgico.

Sería preciso el tener ensayos en la iglesia o en un salón de la parroquia. El sacerdote puede explicar el canto a modo de homilía, lo cantan primero los cantores y luego

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 239**

lorepiten todos. De este modo en poco tiempo se irá enriqueciendo el repertorio de cantos para los fieles. El director de la coral ha de ser amplio en la apreciación del canto religioso. Actualmente se vuelven a apreciar las costumbres y los cantos populares. Es preciso que el artista sehaga cargo de esta nueva situación.

Una palabra todavía: el movimiento litúrgico popular trata de encontrar nuevas formas de participación en la misa ante las cuales no deben permanecer indiferentes tan­to los directores de corales como los organistas. La misa dialogada y con cantos es una fórmula que justifica para el futuro las más bellas esperanzas. Ofrece ésta posibi­lidades a propósito para interesar tanto a los cantores como al pueblo. El director de la coral debería familiari­zarse con estas nuevas fórmulas y posibilidades y saber dirigirlas. Por desgracia no siempre sucede así hoy. Los organistas y los directores de corales se sienten muchas veces incapaces de comprender y solos ante estas novedades... Los compositores de música religiosa podrían tam­bién ejercitar sus facultades creadoras escribiendo piezas nuevas para las misas dialogadas con cantos.

Al director de la coral, por su parte, le falta aún por cumplir un cometido importante, el de formar un coro de niños o de muchachos. Este coro ha de constituir el núcleo del nuevo canto de la iglesia.

Se comprende que no piensen de este modo los mú­sicos de iglesia profesionales. Mas, desde el momento **que se** adopta el punto de vista del movimiento litúrgico, no es posible discutir las consecuencias de esta doctrina.

Sin embargo, manteniéndome firme en los principios, comprendo que debo ser comprensivo en la manera de aplicarles. Hay que ir avanzando por pasos sin desligarse de lo bueno que todavía exista; no demos al traste con las cosas viejas mientras no tengamos otras mejores con que sustituirlas. Trabajando con paciencia y tenacidad conse­guiremos el ideal del renacimiento litúrgico popular.

**CAPÍTULO V**

LAS DEVOCIONES POPULARES

Todos estamos de acuerdo en que los ejercicios de piedad de la tarde son una parte esencial de las actuales funciones parroquiales. Y, por otra parte, es igualmente evidente que necesitan una reforma. Muchas veces la forma habitual y tradicional de estas funciones no resulta lo bastante atrayente para el hombre moderno. Los domingos por la tarde, con frecuencia también los sábados, y en algunos meses como mayo, junio y octubre todos los días, tienen lugar los ejercicios de piedad. La exposición y ben­dición con Su Divina Majestad constituye una parte esencial de estas funciones. En todos estos ejercicios de piedad entran la exposición y la bendición del Santísimo, lo mismo se trate del mes de las flores, de un ejercicio piadoso en honor de un santo o de una oración en favor de las bendi­tas ánimas. Estos ejercicios se componen generalmente de una oración las más de las veces de letanías, después se canta alguna pieza alusiva a la Eucaristía o al santo. Con frecuencia a estos ejercicios se añade una plática o sermón. En algunas partes incluso se suelen cantar las vísperas en latín. Ahora bien, aunque es cierto que la asistencia a esta clase de cultos piadosos es cada vez más escasa, sobre todo en las ciudades, con todo eso hay que reconocer que existe en los fieles una especie de necesidad de algún ejercicio piadoso por la tarde.

Si nos preguntamos cuál es el origen de las devociones

**242** DR. Pío PARSCH

populares, tendríamos que responder que sus orígenes se remontan a los primeros siglos cristianos. Ya el libro de los Hechos de los Apóstoles nos dice que los primeros fieles practicaban un doble culto divino: el culto eucarístico y el culto de la oración. Este último lo practicaban primitivamente juntamente con los judíos. Todos sabemos que este culto dio origen a la ante-misa. Más tarde los cristianos rezaban fuera de la misa y en común la oración de la mañana y la de la tarde que sólo omitían en tiempos de persecución. Mas desde que el cristianismo hubo salido de las catacumbas, la comunidad de los fieles volvió a practicar la oración de la mañana y la de la tarde. La noche precedente a los domingos y fiestas celebraban la *vigilia,* ejercicio compuesto de lecturas y oraciones, como nuestros actuales maitines. Pero cuando el oficio divino en la Edad Media se hizo incomprensible para el pueblo convirtiéndose en monopolio del clero, fue necesario crear algo acomodado a los fieles: los ejercicios populares de piedad. En la Edad Media estos últimos conservaban el dramatismo de la liturgia y con frecuencia estaban íntimamente unidos a ella. A partir de la contra-reforma estas devociones tomaron un cariz eucarístico con la exposición y bendición del Santísimo. Más tarde perdieron su carác­ter vivo y su unión con el Año Litúrgico y quedaron me­ros actos de adoración. Es la situación actual.

Podemos formular dos objetivos preliminares para la renovación de nuestros ejercicios de piedad: l.° liberar esos ejercicios de devoción popular de la hasta ahora de­masiada exclusiva dependencia del culto eucarístico, con lo cual obtendremos una gran libertad de movimiento y una gran vitalidad en estos ejercicios, y 2.° encuadrar esas devociones en el ciclo litúrgico.

Examinemos el modo cómo se celebran esos ejercicios piadosos. Es una cosa bien sencilla: se comienza exponiendo el Santísimo, se rezan luego ordinariamente leta­nías o una oración en común seguida de algunas otras recitadas por el sacerdote. Terminase todo con un canto y

**LA RENOVACIÓN DI LA PARROQUIA... 243**

la bendición del Santísimo. Tal es, en términos generales, la forma de estos ejercicios piadosos.

En vista de que esta forma depiedad no resultaba satisfactoria en todos sus aspectos, ha sido reemplazada recientemente, bajo la influencia del movimiento litúrgico, por lo que hemos dado en llamar «ejercicios litúrgicos» que se caracterizan por los siguientes puntos: textos inspirados en las oraciones litúrgicas, ordinariamente del breviario, vinculación al Año Litúrgico, dramatismo y variedad. Lle­nan por lo mismo ampliamente las dos aspiraciones a que antes aludíamos.

El punto débil de estos ejercicios reside en su complejidad. Por una parte requieren que los fieles tengan textos disponibles a policopia o impresos en pequeños folletos distribuidos entre los asistentes. Además, muchas veces exi­gen demasiado del pueblo, que acostumbrado a la pasivi­dad, no sabe qué hacer. Otra de las cosas que puede acha­carse a estos «ejercicios litúrgicos» es su falta de forma y de plan regular. Creen algunos que basta juntar unos cuan­tos textos litúrgicos para obtener uno de estos ejercicios. Cualquier sacerdote joven se considera capacitado para esta labor. Y sucede que, si bien es de desear el que nues­tra época salga de todos esos caminos trillados y vuelva ***a*** la actividad creadora, sin embargo, no deja de haber unpeligro en esa profusión y abundancia de proyectos de ejercicios. Se impone, pues, una mayor vigilancia del estilo ***y*** del plan general. Muy pocos han sido los sacerdotes que se han dado cuenta de esto.

Recientemente el eminente liturgista Jungmann, jesuita, nos ha hecho un gran servicio al exponer claramente las leyes referentes a la forma de la oración litúrgica. Conocemos las leyes por las que debe regirse la composición litúrgica de un ejercicio de devoción popular. Cada ejercicio debe ser un oficio litúrgico, o, al menos, debe inspirarse en las leyes litúrgicas.

Quisiera añadir, sin embargo, que el esquema trazado por el P. Jungmann no es el único y que existe otro. El plan que él propone está basado en la piedad objetiva de

244 **DR. PÍO PARSCH**

la antigua Iglesia; la piedad, en cambio, que parte del hombre procede de una manera algo distinta en la composición del oficio litúrgico. Pero lo principal es que hayamos reconocido los elementos que integran el oficio litúrgico y nos demos cuenta de que esos mismos elementos pueden utilizarse ventajosamente en nuestros ejercicios de piedad popular.

Según el P. Jungmann un oficio litúrgico se compone de los siguientes elementos: primeramente la palabra de Dios y después un responsorio que nos invita a meditar esa palabra divina. El hombre abre su corazón a Dios por la oración, la cual es primero oración de la comunidad y luego, para terminar, oración del liturgo.

Creo que este esquema sería una hermosa base y un modelo apropiado para los cultos de piedad populares. Daría a la vez estilo y forma, simplificaría su estructura y les ofrecería grandes posibilidades de variedad.

¿Cómo componer según este esquema un ejercicio de piedad popular? Yo no empezaría inmediatamente por la divina palabra, sino que, como lo hace la Iglesia, comenzaría con un introito o un invitatorio. Es preciso disponer el alma a recibir la palabra de Dios. Esto se puede lograr con un canto. Luego la palabra divina a base de un trozo bíblico. Pueden tenerse dos lecturas para obtener más vida y efecto dramático. Seguidamente sería oportuno un co­mentario o predicación sobre el texto sagrado. Entre las lecturas deberá cantarse una pieza. Viene luego un verda­dero responsorio y un canto con varias estrofas que sean como el eco de la palabra divina. Con esto los fieles que­dan ya dispuestos a la oración; oración que al principio será colectiva y que puede consistir en letanías u otras oraciones en las que todos tomen parte activa y que termina­rá con la oración del sacerdote.

Un esquema como éste ofrece un gran número de *ven­tajas:*

1. Salimos, en primer lugar, de ese caos de las anti­guas fórmulas de devoción; la nuestra tiene más profundas raíces en la sicología y en la liturgia.

|  |
| --- |
| **LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 245**   1. Se tienen en cuenta los dos *desiderata* precedentes: sencillez y conexión con el ciclo litúrgico. Estos ejercicios litúrgicos los puede practicar el pueblo sin ensayos y hasta sin textos; por otra parte son innumerables las posibilidades de variedad en lo tocante a las lecturas, cantos y oraciones que pueden fácilmente enmarcarse en las ideas del Año Litúrgico. 2. El mismo sacerdote puede sin dificultad ejercitar sus facultades creadoras. Puede seleccionar las lecturas se­gún las circunstancias, acomodar su predicación a los tex­tos leídos, señalar los cantos y, por fin, escoger las oraciones. Puede también seleccionar lo bueno que encuentre en los libros corrientes de oraciones de la diócesis y de esta manera tendrá todos los días algo nuevo sin abandonar del todo lo conocido y familiar a sus fieles.   No hay duda de que todo esto requiere ciertas condiciones previas. La primera es el principio de actividad. Hay que sacar al pueblo de su somnolencia pasiva y hacerle ver su obligación de participar. Es además necesaria una «schola», un grupo de personas que lleve la iniciativa del canto y de las oraciones. No le sería difícil al párroco el agrupar con este fin de 10 a 20 personas de su parroquia, mayores o jóvenes, según las circunstancias. De este modo, el párroco debe irse formando un grupo de cooperadores con los que pueda preparar los ejercicios, ensayar los can­tos y formarle, sobre todo, a base de conferencias bíblicas y religiosas. También es necesario un organista que guste del canto religioso, y, en cuanto sea posible, uno que ento­ne los cantos e inicie las oraciones. Esto es imprescindible, pero basta y sobra. El párroco, el organista y el lector han de trabajar los tres juntos secundados por la «schola», con lo cual les será posible organizar un culto conforme al es­quema antes trazado sin que los fieles dispongan de textos especiales.  Quiero aún poner de relieve algunas partes de esta for­ma de ejercicios:  a) En nuestros ejercicios se ha introducido un elemen- |

246 **DR. PíO PARSCH**

to totalmente nuevo, pero muy importante y que había estado del todo olvidado: la lectura, o sea, la lectura de la Sagrada Escritura y su explicación. Nuestros cultos han venido siendo tan monótonos y soporíferos por estar com­puestos sólo de oraciones, tanto más cuanto que la mayo­ría de las veces estas oraciones tenían lugar delante del Santísimo. De esta manera el pueblo volverá de nuevo a oir la Biblia, digo oir, sin necesidad de leer al mismo tiempo. Con esto volvemos a la tradición de la primitiva Iglesia, en la que se leía con gran frecuencia la divina palabra. Evidentemente hay que ir con mucho método presentando primero trozos fáciles de entender y explicaciones cortas. Resulta muy provechoso el añadir a cada ejercicio litúrgico una lectura bíblica. Esto contribuirá a poner de nuevo al alcance del pueblo la sagrada Biblia.

1. El segundo elemento es el canto. Entre nosotros los católicos el canto ha venido ocupando un lugar secun­dario. La coral lo estima muy poco por no pertenecer al gran arte... Además los cantos del Año Litúrgico no pue­den desarrollarse completamente durante la misa porque no están adaptados a sus partes. Hasta ahora no había en ella lugar alguno para los cantos. Actualmente tienen ya su momento adecuado en los ejercicios piadosos. Hecha la lectura bíblica cantará el pueblo el responsorio con todas sus estrofas y no con una o dos, ya que el canto es una verdadera plegaria y un ejercicio de devoción. Pronto se verá la necesidad de disponer de un repertorio abundante y variado para todo el Año Litúrgico. Esta iniciativa es también propia de los cantores.
2. El tercer elemento *es* la oración de la comunidad, es decir, una oración a la que el pueblo responde con aclamaciones. Modelo de este tipo de oración son las letanías. Las hemos de utilizar. Pero también hay que buscar y encontrar otras fórmulas. A este propósito quisiera hablar aquí de una idea que vengo acariciando hace ya años. Siempre me ha dado pena que el pueblo conozca tan poco los salmos siendo, como son, las más sublimes plegarias de la Iglesia. ¿Por qué los salmos no se han hecho populares?

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 247**

Porque la manera de recitarlos con antífonas resulta demasiadocomplicada para el pueblo y porque necesitaría que los fieles tuvieran el texto entre sus manos. Hay que pro­ceder de distinta manera.

Dos son los modos de salmodiar: a base de dos coros que reciten alternativamente los versículos. Es de notar que esta manera no estuvo nunca en uso entre el pueblo porque para ello se precisa un coro organizado como en los monasterios.

Pero hay otra manera de recitar los salmos: un «solo» recita los versículos mientras que el pueblo, después de cada uno de ellos, repite siempre la antífona: así se hacía en la primitiva Iglesia y yo la propongo como la oración de la comunidad parroquial. La ventaja estaría en que los fieles no necesitarían libros. Y así, poco a poco, irá echan­do raíces entre nuestros fieles un pequeño repertorio de hermosos salmos.

Un ejemplo: el salmo 22 es el salmo del Buen Pastor. Los fieles lo pueden entender perfectamente. El sacerdote o un lector, o bien la «schola», dice: *«Es Yavé mi pastor; nada me falta. Me pone en verdes pastos...»* Los asisten­tes repiten el verso. Continúa el sacerdote o el lector diciendo el verso siguiente: *«Me lleva a las frescas aguas: recrea mi alma».* Los asistentes repiten el primer verso: *«Es Yavé mi pastor...».* Y así hasta el *Gloria Patri.* De este modo el tesoro de los salmos y otras muchas hermo­sas oraciones dialogadas podrían quedar vinculadas a la oración popular.

1. La oración que el sacerdote pronuncia al final pue­de igualmente escogerse sin ninguna dificultad entre las oraciones litúrgicas.
2. Algo más todavía. En esta oración alternada entre el sacerdote y la asamblea cabe muy bien el papel de un intermedio, cual es el del cantor o lector. Este puede ayu­dar al sacerdote en muchas cosas. Podría, por ejemplo. pronunciar las aclamaciones que anuncian el tema de las lecturas o de los cantos. Estas aclamaciones darán a la ora­ción nueva vida y más orden. Se necesita para estos ejer-

**248 DR. PIO PARSCH**

cicios un atril colocado en mitad del templo y un reclinatorio entre el altar y el pueblo. El lector ha de situarse, rodeado del coro, en medio de la iglesia.

Me propongo componer un devocionario a base de es­tas sugerencias. Seré todo lo sencillo y lo más variado que pueda. No tendrán los fieles necesidad de más devocionario que el de la diócesis. No haré más que ofrecer los elementos; el sacerdote se encargará de disponerlos a su gusto. La parte principal la formarán las lecturas seguidas de un comentario que el sacerdote podrá leer, o, mejor, adaptar a su manera. De este modo, durante todo el año, podrá el párroco hacer fácilmente estos ejercicios a tenor de las fiestas **y** delciclo litúrgico.

Quinta Parte

LITURGIA POPULAR Y LA CELEBRACIÓN DE LA MISA

CAPÍTULO I

EXPLICACION DE LA MISA

Toda la formación de nuestros fieles hay que orientarla hacia la santa misa. Es ésta una labor nueva que se nos impone a los sacerdotes en nuestra vida de ministerio y de la que hasta hace unos pocos años apenas si se hablaba. Débese insistir en este tema para atraer la atención del clero y del pueblo cristiano, ya que precisamente en este punto existen grandes lagunas.

**1.** *Condiciones indispensables.*

Cuando uno se dispone a dar conferencias sobre la mi­sa, y más si son una serie sistemática de instrucciones con miras a la formación de los fieles, pronto se echará de ver que hay que construir todo ese edificio sobre bases sólidas, o, con otras palabras, hay que presuponer una serie de principios necesarios para un conocimiento fructífero de la misa. Quizás haya que atribuir a esto el hecho de que lo que se predica sobre la santa misa no llega a dar el fruto fulminante apetecido. Es que estábamos construyendo sobre arena.

El santo sacrificio de la misa no puede ser bien comprendido sino por aquellos que posean una sólida formación religiosa y sean —ni que decir tiene católicos— católicos prácticos. Podríase medir el nivel religioso de un in-   
dividuo por su posición con respecto a la misa. En las   
parroquias esto es evidente. Basta asistir un domingo a una

252 **DR. PÍO PARSCH**

parroquia para conocer inmediatamente su vida cristiana. La misa del domingo y un cristianismo auténtico son dos cosas paralelas. Y, a la inversa, puede afirmarse que si se quiere reformar la parroquia o los individuos, hay que em­pezar por la misa.

Quisiera destacar algunos puntos relativos a la misa que juzgo indispensables para la formación cristiana.

a) *Jesús crucificado.* Cuando se lee a San Pablo encontramos frecuentemente esta idea: Cristo es todo para nosotros, no tenemos más acceso al Padre que por El, y su muerte de cruz es el centro de nuestra vida religiosa. Cristo crucificado es el tema constante de su predicación: «Nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna sino a Jesucristo, y éste crucificado» **(1.a** a los de Corinto, 2, 2). «¡Oh, insensatos gálatas! ¿Quién os fascinó a vosotros ante cuyos ojos fue presentado Jesucristo como muerto en la cruz?» (a los de Galacia, 3, 1).

Creo que los cristianos modernos hemos olvidado esta teología de la cruz. Una inmensa mayoría de cristianos sólo piensa en Dios y no en Cristo. Otros, los más piadosos, no conocen más que las relaciones sentimentales que tienen con Jesús (su misericordia, su amor, por ejemplo, en la devoción del Sagrado Corazón), y la comunión para ellos no es tanto el sacrificio. completo de la misa cuanto una unión amorosa con Jesucristo. Para ellos lo más importante de la misa no es el sacrificio, que no comprenden, sino la comunión. Por eso es preciso que Cristo crucificado vuelva a ser el centro de nuestra vida religiosa, no en el sentido de que el recuerdo de su Pasión constituya el objeto principal, sino que lo esencial y céntrico debe ser para nosotros el Cristo Mediador. El tradicional *Per Dominum nostrum Jesum Christum* debe inocularse nuevamente en la carne y sangre de la cristiandad.

El culto del Sagrado Corazón acentúa el amor de Nuestro Señor, el de Cristo Rey insiste en su dominio universal y su imperio sobre los corazones; seria interesante considerar a Cristo como Sumo Sacerdote, sin que se quiera decir con eso que sería de desear una nueva devoción es-

LA ***REN O V ACIÓN D.*** LA PARROQUIA... 253

pecial con fiesta, etc., del Sacerdocio de Cristo. En la cruz Cristo es al mismo tiempo Sacerdote y Víctima: ésta es la parte más íntima de toda nuestra religión. Pero si reflexionamos tenemos que confesar que es muy poco lo que se predica sobre este misterio central de nuestra fe y que casi nunca le hacemos objeto de nuestras oraciones. ¡Cuán a gusto nos inclinamos a lo accesorio creyendo que con esto tenemos lo principal! He aquí una de las causas por la que los cristianos de hoy día no llegan a comprender el sacrificio de la misa. El sacrificio de Jesús en la cruz no constituye para ellos el misterio central.

1. *El sacrificio.* Los cristianos actuales no tienen el sentido del sacrificio. El sacrificio, en cuanto acto de culto, les es algo extraño. Creen que nunca se unen mejor a Dios que cuando oran y piensan en El, e ignoran que el sacrificio, «la acción», es el medio más sublime de unirnos con Dios. La muerte de Cristo como sacrificio les es poco familiar y es mucho menos aún lo que comprenden del sa­crificio de la misa. A lo más la misa es para ellos una devoción, un ejercicio de piedad —el más piadoso— por el que gozamos de la presencia de Cristo en el altar; una mayoría ignora que es —y de qué forma— la misa un sacrificio. La labor especial de los años próximos ha de ser el reavivar en el pueblo cristiano la conciencia del sacrificio. ¿Cómo se llegará a esto? Valiéndonos de los ejemplos de la antigua Alianza: los sacrificios de Caín y Abel, de Noé y de Abraham que expresan ante todo el abandono en las manos de Dios. Después las relaciones del sacrificio con el pecado, la satisfacción por medio de los sacrificios de ani­males. Y por fin, el objeto de todo sacrificio: la unión con Dios expresada en el banquete sacrifical.

Estas tres ideas: ofrenda, satisfacción y unión con Dios son una condición indispensable para la inteligencia de la misa (ofrenda, sacrificio y comunión). Es también muy importante que tengamos en nuestra vida plena conciencia del sacrificio y que hagamos de todos los sacrificios persona­les de cada día un solo sacrificio con el de la santa misa.

1. Por fin, como cristianos, debemos cultivar una ter-

**254 DR. PÍO PARSCH**

cera idea fundamental: convencimiento de nuestra incorporación como miembros al Cuerpo Místico de Cristo. No creamos que esto es solamente cuestión de teología científi­ca y sin valor vital para nuestro cristianismo. El cristiano debe sentirse como un sarmiento en la cepa, como un miembro del Cuerpo Místico de Cristo. Sólo así comprenderemos la vida de la gracia, el organismo de la Iglesia, el sacerdocio real, el misterio de la cruz, la esencia de la co­munidad parroquial, el principio de la participación activa, el dogma de la Comunión de los Santos; en una palabra, nos adentraremos en el gran misterio del culto que la misa nos enseña plenamente. Esta es la explicación de por qué en la Edad Media la misa sufrió un vacío espiritual. Con la evangelización demasiado rápida de los pueblos germanos se limitó la formación cristiana al efecto moral y pedagó­gico de los mandamientos y la disciplina eclesiástica, mien­tras que el aspecto litúrgico y sacramental permaneció in­comprendido.

Estas tres condiciones indispensables y fundamentales son necesarias para una inteligencia más honda del sacrificio de la misa. Pero todos los pastores de almas saben muy bien el gran trabajo que exigen...

2. *Instrucciones sobre la misa.*

Quien quiera que se disponga a dar instrucciones sobre la misa ha de comprobar que semejante tarea tiene sus di­ficultades. Por otra parte, podemos observar que la predi­cación sobre la misa es, generalmente, muy rara e incompleta. Los efectos de todo esto son palpables: una ignoran­cia lamentable del pueblo sobre la misa. Repito lo que ya he expresado muchas veces: ¿qué decir de un maestro cuyos discípulos no han llegado a saber leer ni escribir? ¿Qué decir de los pastores de almas cuyas ovejas no comprenden el principal acto de culto de su religión? Podría contar con los dedos *de* la mano las iglesias en las que estos últimos años se ha dado un ciclo de predicación sobre la misa. Esto se aplica también al catecismo en el que se ha venido abandonando tanto la doctrina sobre la misa. Por eso nada

LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 255

de extraño tiene el que esos jóvenes, terminados los años de su instrucción religiosa, no vuelvan más a misa los días de precepto, porque jamás se les enseñó ni a entenderla ni a apreciarla.

En realidad cada sacerdote debería, por su propio interés, preparar y dar un ciclo de sermones sobre la misa, puesto que él mismo debe conocer a fondo esa materia. Pero... esa es precisamente la razón por la que los sacerdotes no se entregan de buen grado a este tipo de predica­ción: les da miedo el trabajo que ello supone...

Desde hace veinte años me he tomado el trabajo de dar instrucciones sobre la misa; y siempre compruebo que hay algo que falta. Por un lado abarca este tema una ma­teria inmensa que no hay más remedio que limitar; por otra parte, hay que esforzarse por lograr el espíritu inte­rior y las ideas. Me propongo, pues, dar aquí algunas ideas de orientación para la predicación sobre la santa misa.

1. *El plan:* En la primera instrucción hablo de la esencia de la misa partiendo de las palabras del mismo Jesucristo, o de la anámesis *(Unde et memores).* La misa es un memorial, un sacrificio y un alimento.

Después suelo trazar un ligero esbozo sobre la historia de la misa desde la última Cena hasta la época en que aparece ya la estructura actual, como nos la presenta San Justino hacia el año 150. Termino luego con el siguiente resumen: en la misa oramos, escuchamos, damos, sacrificamos y recibimos.

En las siguientes pláticas trato de ahondar cada uno de esos cinco elementos: oraciones, lecturas, ofertorio, ca­non y comunión.

1. *Las grandes líneas:* Creo de gran importancia el que los cristianos capten la estructura y las grandes líneas de la misa. Con los siglos la misa actual ha sufrido tal cantidad de añadiduras que los fieles se pierden en ese bosque de oraciones y ceremonias. El movimiento litúrgico, con exceso de celo, ha puesto a disposición de los fieles el texto completo de la misa sin hacer la conveniente separación entre lo esencial y lo accesorio. De este modo

256 **DR. P1O PARSCH**

a los fieles les resulta difícil el dar con el verdadero camino. las instrucciones deben proceder, por consiguiente, de una manera concéntrica partiendo de las grandes divi­siones. Primitivamente la misa era sencilla. Hoy debemos de nuevo volver a la sencillez sacando lo esencial de entre la exuberancia de nuestro tiempo.

1. Aunque ciertamente hay que abordar *la explicación detallada de las diversas oraciones y ceremonias,* lo más importante es exponer su significado.

Finalmente las oraciones y ceremonias no son más que la envoltura y el cuerpo de las ideas en ellas encerradas. Por eso no doy tanta importancia a las palabras cuanto a su significado. Considero más importante el espíritu de contrición al empezar la misa que las palabras del *Confi­teor.* Para mí el punto de partida lo constituyen las gran­des ideas de las distintas partes de la misa: palabra de Dios y sacrificio (antemisa y misa-sacrificio); palabra del hombre en la oración y palabra de Dios en la lectura de la Escritura (oraciones y lecturas de la ante-misa). Sólo cuan­do estas ideas quedan bien claras paso a encuadrarlas en las ceremonias.

1. En ciertos pasos suelo hacer alguna disgresión. **A** propósito de las oraciones hablo de la diferencia enorme que existe entre la oración privada y la de la Iglesia. Con ocasión de las lecturas insisto en la sublimidad de la pa­labra divina. Considero esto de particular importancia des­de que las misas privadas han dejado tan reducida la ante-misa : los fieles no sienten todo lo que hay de emocionante en la palabra de Dios; es para ellos una lectura que no comprenden o que comprenden a medias y con -la que de ordinario no saben qué hacer... Y, sin embargo, la ante-misa no recuperará su valor si no vuelve a ser de nuevo el encuentro con Dios por medio de su palabra.

La parte más oscura de nuestra misa es el ofertorio. Después de la Edad Media se perdió lo que esta parte de la misa tenía de esencial: la ofrenda. En su lugar se puso un ante-canon (llamado también pequeño canon). De ahí que sea tanto más necesario el hacer ver el hondo sentido

**LA RENOVACIÓN** DE **LA PARROQUIA...** 257

de la ofrenda, como tal, y como introducción al sacrificio de Cristo. Este es el momento de hablar de la participación activa en el sacrificio que tiene su máxima expresión en la ofrenda.

La explicación del canon siempre la he abordado con temor y con temblor. Empiezo por explicar dónde y cómo se origina el sacrificio. No consiste en las oraciones, sino en el acto de la consagración, en la consagración de las dos especies separadas. En este momento Cristo es a la vez Sacerdote y Víctima. Esto es lo que quiere significar la reproducción de la Cena, con las mismas palabras e incluso los mismos gestos de Cristo. Esto quiere decir que no es elsacerdote sino. Jesucristo quien ofrece el sacrificio; el sacerdote no hace sino prestarle su apariencia externa. Las oraciones que se dicen en torno a la consagración sig­nifican que la Iglesia con todos sus miembros toma parte en este sacrificio y percibe sus frutos. «Cuando sea levan­tado de sobre la tierra atraeré todas las cosas a Mí». He aquí las palabras que me sirven para trazar un ligero es­bozo del canon. Hago pasar todas las intenciones delante de la cruz.

No hay dificultad en hacer comprender la comunión. Basta con subrayar que es el complemento necesario del sacrificio y que, como la ofrenda, es la expresión de la participación activa en el sacrificio. Sacrificio y comunión van juntos. Esta verdad ha de tardar en echar hondas raí­ces en la mentalidad del pueblo. Han pasado ya siglos des­de que se perdió esta práctica y la generalidad de los fieles no conoce más que una misa sin comunión.

Otro pensamiento: la comunión no forma un todo en sí misma. Son muchas las almas piadosas e incluso de religiosos que prefieren comulgar antes de la misa para poderse entretener durante la misma con el divino Esposo. Para todas estas almas el sacrificio no significa nada: la comunión lo es todo.

Por fin la conciencia del pecado excesivamente cultiva­da hace que algunas personas, sobre todo entre los ancianos, no se atrevan a comulgar sin haber antes confesado.

**258 DR. PÍO PARSCH**

Sin embargo, este género de almas *se* va haciendo cada vez más raro. Los cristianos deben tener por principio que cada vez que asisten a la misa deben comulgar en ella. *La**comunión forma parte de la misa.*

e) Para terminar quisiera exponer mis ideas sobre la conexión sicológica de las diversas partes de la misa.

¿De qué medios se valen dos hombres unidos espiritualmente, pero separados por la distancia, para expresar su unión? De dos medios: de la palabra y del obsequio. Hay, pues, un doble modo de ponerse en relación. No es difícil entender lo que estas dos cosas significan. ¡Con qué impaciencia se esperan las cartas, con qué alegría se re­ciben y se leen! ¡Cuántas veces se las vuelve a leer y cómo, aveces, se las lleva uno consigo! Mas las palabras tienen una fuerza mayor si van acompañadas por el obsequio. ¿Qué significa el obsequio del amante para la persona amada? Recordemos los regalos de Navidad que unen aún más a los miembros de una familia. Bajo este punto de vista es como nosotros debemos entender la misa: la carta del hombre en la oración, la carta de Dios en las lecturas de la ante-misa, el regalo del hombre en el ofertorio, el obsequio de Dios en la Sagrada Comunión. Los que se aman se sienten unidos por la verdad sublime de la misa. sobre todo, al pensar en las palabras de Cristo: «El que come mi carne... permanece en Mí y Yo en él». En la misa hay, pues, regalos y aceptación mutuos.

Todo esto, aunque muy instructivo para los fieles, no es el corazón de la misa. Es sólo la figura de un acon­tecimiento mucho más profundo que se oculta en el mis­mo sacrificio. Por su sacrificio en la cruz Cristo ha lan­zado un puente entre los hombres y Dios. Por su muerte voluntaria Cristo se ha constituido «paz para los hombres de buena voluntad». Por su sacrificio de la cruz se realiza lo que el mismo Cristo dijo: «Veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre». Cristo colocado en medio del atar reúne a los dos participantes: los hombres y Dios. Ambos expresan su unión por medio de palabras y de dones. La esencia

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 259**

de la misa está, pues, incluida en el sacrificio. El culto oral es ya de por sí una unión, fin de todo sacrificio.

3. ***Participación.***

Hasta aquí no hemos recorrido más que la primera etapa de la formación sobre el sacrificio de la misa. La segunda y también importante parte es la que se refiere a la participación real. Hasta hace poco era éste un punto que no solía inquietar a los sacerdotes. No se prestaba atención al modo como los fieles tomaban parte en el sacrificio de la misa. Durante la misa mayor se dejaba al pueblo sin hacer nada y en las misas rezadas se le hacía rezar el rosario. En una misa con cantos se entona­ban piezas más o menos oportunas. Ahora han cambiado las cosas y la preparación a la participación en el sacri­ficio de la misa la consideramos como parte importantí­sima de nuestra labor pastoral.

Antes que nada vamos a poner bien en claro este principio: el cristiano no debe conducirse de un modo pasivo en la misa; no ha de contentarse con oirla, no ha de ser un oyente mudo, sino que está llamado a tomar parte activa, puesto que es capaz de ello. He aquí un principio que encierra gran importancia y que debe hacerse realidad viva en la Iglesia, en la parroquia y en cada cristiano. Esta participación activa se basa en el dogma del sacer­docio universal de los fieles y aún con más profundidad en la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo; se basa ade­más en el hecho real de que la Iglesia, y por tanto cada cristiano, participa real y verdaderamente en el sacrificio de la misma y, por lo tanto, toma parte en el sacrificio.

En este punto es donde se separan los caminos de laactividad religiosa de ayer ***y la*** del futuro. El cristiano deayer se acostumbró a quedarse tranquilamente sentado para escuchar, para recibir y para replegarse en su propio «yo». No conocía el «nosotros», la comunidad y la intervención en los divinos oficios. Su actitud era una actitud completamente pasiva y por eso se dejaba llevar renunciando en el terreno religioso a toda independencia y dejando a sus

260 **DR. PÍO PARSCH**

pastores toda la responsabilidad. Recordemos solamente dos escenas típicas: Primeramente la misa solemne en la que los ministros sagrados celebran la ceremonia (le es­paldas a los fieles mientras que el coro, en el otro extremo de la iglesia y arriba, interpreta desde la tribuna su repertorio; mientras los fieles, sentados entre ambos, practican sus devociones particulares... O bien esas vísperas canta­das en latín por el sacerdote y los cantores, mientras que los asistentes rezan en sus bancos el rosario...

Completamente distinta será la actitud de los fieles del mañana. Aparecerá entonces un tipo distinto del cristiano, el tipo del cristiano consciente de su real sacerdocio, par­tícipe de su responsabilidad y constructor del Reino de Dios. El ministerio no es monopolio del sacerdote; por la confirmación el cristiano participa del ministerio mesiánico de Cristo y es igualmente pastor de almas. Entra también en el santuario y la Iglesia le ofrece tres libros: la Biblia, el breviario y el misal. Tiene un papel activo en la liturgia y es actor del drama sacro. Deja al sacerdote consagrado lo que es de la exclusiva incumbencia del sacerdote: la consagración y la administración de los sagrados mis­terios. Para todo lo demás el cristiano interviene activa­mente: misa comunitaria con oraciones, cantos colectivos, ofrenda, comunión, actos religiosos y lectura de la Biblia en la que todos toman parte. De esta nueva postura nace una verdadera comunidad cristiana, una comunidad de oración, de sacrificio y de amor. Sólo de ese modo puede nacer una familia parroquial viviente.

Tales son las dos posturas cristianas: pero la señal decisiva es el principio de la participación activa. Principio que debe iluminar plenamente nuestros ojos si queremos educar al pueblo con miras a la participación activa en la misa. Esto no es en modo alguno un atentado a las prerrogativas sacerdotales, ni una manía litúrgica, sino un viejo principio cristiano de enorme valor que habíamos olvidado.

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA.** 261

4. *Método.*

Es preciso distinguir el método pedagógico del princi­pio de la participación activa. Si, por una parte, mantene­mos y defendemos el, principio en cualquier circunstancia, queremos, por otra, imponernos una gran moderación y paciencia en esta labor educacional. Tenemos que darnos cuenta de que el pueblo, habituado desde tantos siglos a la pasividad, no puede aceptar de una manera rápida y radical esta evolución. Muchas tentativas han fracasado por un mal método y por un celo exagerado. Hay que dar tiempo a la gente para que vaya cambiando, creando si­tuaciones de transición, y esto de una manera lenta. Apro­vechar lo existente en cuestión de participación activa e ir en aumento con discreción. No se debe pasar de golpe al principio opuesto sin dar tiempo a la reflexión. Ya pode­mos hacernos cargo de que ciertos sistemas de misa comu­nitaria tienen que resultar a los fieles penosos y molestos. Nunca hay que olvidar que cualquier forma de participa­ción activa ha de estar al alcance de todos los fieles. ¿De qué sirve el querer que toda la asamblea cante un coral sin captar su sentido y su contenido? La participación acti­va exige una formación litúrgica y un hondo conocimiento del texto y de la forma. De lo contrario el resultado sería completamente opuesto. *Quotidiana vilescunt,* el párroco nunca debe olvidar este principio a propósito de los textos que se recitan y cantan en común.

Otra idea importante que puede evitar muchos disgus­tos: En los primeros años del movimiento litúrgico, con sobra de celo, quisimos que los fieles recitaran casi todos los textos de la misa. Pensábamos que cuanto más rezara el pueblo en voz alta con el sacerdote, tanto más litúrgica sería la misa. Esto produjo tal desorden y precipitación que muchos fieles preferían no asistir a la misa comunita­ria. En estos últimos años hemos podido darnos cuenta de que la Iglesia con gran sabiduría ha decidido qué partes de la misa pueden recitar los fieles, cuáles están reservadas al sacerdote o deben decirse en voz baja. Basta seguir esta norma de la Iglesia para que todo marche en perfecto

**262 DR. PÍO PARSCH**

orden y armonía. Entonces aparecerá clara ante nuestra vista la línea pura y simple de la misa, mientras que antes los árboles nos impedían ver el bosque. Sólo entonces al­ternarán de un modo provechoso la actividad y la re­flexión.

Por lo que respecta al canto en la misa comunitaria atengámonos a la forma santificada por los siglos; esta forma nos da exactamente la medida de la actividad del pueblo. Lo que no canta el sacerdote ni el coro tampoco lo ha de cantar o recitar en alta voz el pueblo. Yo no permitiría ninguna excepción a esta regla a no ser en los comienzos, y esto por motivos puramente pedagógicos en el caso de que los fieles no supieran aprovechar los mo­mentos *de* silencio. En este caso podría permitirse al prin­cipio de la misa la recitación *del Confiteor,* en el ofertorio alguna de las oraciones que dice el sacerdote (aunque yo desearía aquí otra solución), y en el Canon podría reci­tarse el Memento. La experiencia dice que al principio los fieles no suelen saber utilizar con provecho los silencios, por eso es útil recurrir a estos medios en los momentos arriba indicados.

Muchos suelen lamentarse de la gran variedad de misas comunitarias: cada iglesia emplea textos y formas distin­tas. Si nos atenemos a esta regla fundamental, que no admite discusión, tendremos una forma única, sobre todo si adoptamos un texto común aunque no sea el que existe. Atengámonos, pues, a este principio fundamental: el canto de la misa *es el* ideal de la misa comunitaria.

Quisiera ahora hacer algunas indicaciones sobre el ofer­torio. Como es ya sabido *es* la ofrenda de los fieles la que da su sentido a esta parte de la misa. Podría afirmar­se que en este momento los fieles juegan el papel principal; con la ofrenda dan sentido al ofertorio y, al propio tiempo, expresan su participación en el sacrificio. Por desgracia este hermoso acto de participación se ha perdido quedando en su lugar unas oraciones del sacerdote que se anticipan al canon y que nada tienen que ver con la ofrenda de los fieles. Por añadidura estas oraciones no tienen ningún sen-

LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 263

tido en labios de los fieles y menos como oración de la comunidad. Menos mal que la liturgia ha cubierto con el silencio estas imperfecciones de la misa. Es preferible que, almenos en la celebración exterior, no se oiga nada de estas oraciones. Entonces, ¿qué es lo que debe hacer el pueblo durante este tiempo? El ideal sería hacer la ofren­da cantando algo propio del tiempo. Si el pueblo no puede hacer tal ofrenda convendría tener una colecta y enseñar de este modo al pueblo a hacer de su donativo la ofrenda y la participación en el sacrificio. Habrá que esperar aún bastante hasta que los fieles consideren la ofrenda como una parte de la liturgia de la misa. Por mi parte no haría nunca recitar al pueblo ni las oraciones del sacerdote en ese momento, ni tampoco las oraciones subjetivas que dice antes de la comunión. A lo más puede el pueblo rezarlas en voz baja como el sacerdote.

*5. Géneros de misa comunitaria.*

Ya hemos indicado antes la conveniencia de proceder de una manera pedagógica en la introducción de la misa comunitaria. El pueblo no puede pasar súbitamente de la pura pasividad a la más intensa actividad. De ahí mi con­sejo a todos los sacerdotes de poner manos a la obra con precaución y de no intensificar la actividad sino de una manera gradual. Porque podría muy bien suceder que el pueblo ni siquiera esté enterado que está en boga la acción litúrgica popular. La ventaja de este sistema está enque el párroco y los fieles pueden ir progresando paulatinamente en esta nueva postura y en que el sacerdote puede suspender en cualquier momento la labor si ve que el pueblo no responde. Siempre resulta peligroso el intro­ducir cosas nuevas y volverlas luego a dejar.

¿Cómo organizar esta ascensión gradual?

1. Hay que partir de lo que se hace ya en cuestión de participación activa, como la misa cantada; al pueblo le agrada tomar parte en ella. Empezar eliminando de *esa* misa cantada lo que no tenga razón de ser: me refiero **a** todos esos cantos a la Santísima Virgen, a San José. et-

264 DR. PÍO PARSCH

cétera. Hacer cantar las piezas de la misa que correspon­den a sus diversas partes y añadir incluso, en determina­dos momentos, algunos cantos del ciclo litúrgico. Esta se­ría la primera etapa. El párroco determinará de antemano el orden de los cantos y se pondrá de acuerdo con el or­ganista. El resultado será la adquisición y repaso de un selecto repertorio parroquial. El movimiento musical ha de ganar con esto. Y pronto se daría cuenta el párroco de que una «schola» o al menos un grupo auxiliar le es de todo punto necesario.

1. La segunda etapa consistiría en una reducción de los cantos de la misa. No se necesita que el pueblo cante durante toda la misa. El sacerdote puede hacer que se re­cen en común las dos oraciones de la misa más conocidas, el *Credo* y el *Padrenuestro,* en sus momentos respectivos. Esta sería la primera reducción. Después puede también el sacerdote leer el Evangelio en lengua vulgar y añadir una pequeña homilía. Si además se hace ofrenda (colecta) y se comulga después de la comunión del sacerdote, ya se ha logrado lo más esencial de la participación en la misa.
2. De aquí a la misa dialogada no hay más que un paso. Es conveniente que la misa dialogada, como se ha dicho antes, quede libre de aditamentos impropios. El ofi­cio coral (1) es aquí de nuevo el modelo: deben conser­varse los cantos de la misa y del ciclo litúrgico: no recitar más que la Epístola, el Evangelio, el Prefacio y la Comu­nión; el *Credo* y el *Pater* en común. El pueblo responde en latín con unas fórmulas que vienen a formar como un paréntesis que reúne a sacerdotes y fieles. Lo repito: la misa dialogada es la futura forma de la misa parroquial.
3. Al presente existen aún otras clases de misas co­munitarias: las misas corales que, a diferencia de las dia­logadas, se atienen más al texto del misal. Pueden ser can­tadas o bien recitadas solemnemente a dos coros: sus cantos son de ritmo libre y se atienen al texto litúrgico. Existen ya colecciones de estos cantos del género coral, unos y otros como composiciones de un género moderno. Considero ventajoso el que haya diversos tipos de misas comunitarias. Esto crea una variedad que beneficia a todos y que evita el peligro de una repetición rutinaria inyectando vida en todos los cultos de la parroquia.
4. De la misa últimamente descrita se puede pasar ya a cantar todo el común de la misa.
5. Por fin, una última cuestión: ¿no hay manera de hacer más vivas y activas las misas comunitarias? Me refiero a las misas polifónicas o a las rezadas. Podríase, por ejemplo, poner en los bancos de la iglesia hojas con el texto de la misa, propagar más y más el uso del misal, ensayar de un domingo para otro a fin de que los fieles puedan orar con él en silencio durante la misa.
6. Conozco un sacerdote que organiza en su parroquia todos los domingos cuatro misas: una solemne, otra comunitaria, otra cantada y otra rezada. Su parecer es que cada cual debe poder asistir a la clase de misa que más bien le haga. Tal como están hoy las cosas, yo haría lo mismo.

(l) Véase la explicación de esta terminología, «oficio coral», etcétera. en el capítulo siguiente, n5 de la división II.

CAPÍTULO II

PARTICIPACIÓN ACTIVA EN LA MISA

En las páginas que siguen quisiera exponer al sacerdo­te que tiene cura de almas la participación activa del pue­blo en la santa misa. Quiero antes que nada mostrar la manera de esta participación siguiendo las diversas partes de la misa y exponer luego las posibilidades que hay en

las misas hoy en uso.

¿Qué participación corresponde a las diferentes partes de la misa? Para responder a esta cuestión recordemos las partes principales de la misa. La misa actual tiene dos partes, ante-misa y misa-sacrificio, cada una de las cuales exige una participación determinada por parte del pueblo.

*La ante-misa:* se compone de oraciones y de la palabra divina. Las oraciones debe recitarlas el sacerdote y la pa­labra divina debe ser solamente escuchada. Orando bajo la dirección de la Iglesia y escuchando la palabra del Se­ñor el cristiano participa activamente en la ante-misa.

*El sacrificio:* ¿En qué consiste? La Iglesia ofrece al Padre celestial el cuerpo y sangre de Cristo como memo­rial de su obra redentora. Tanto el sacerdote como el pue­blo entero ofrecen este sacrificio siguiendo términos prefi­jados por la liturgia. «Por lo que, Señor, nosotros tus siervos y vuestro pueblo santo, recordando la bienaventu­rada Pasión del mismo Jesucristo vuestro Hijo, ofrecemos a vuestra preclara majestad una hostia pura...». El primero

268 DR. PÍO PARSCH

y principal sacrificador es el sacerdote, sin el cual no puede haber sacrificio; esto es evidente. Mas preguntémonos, ¿cómo exteriorizan esta ofrenda de la víctima los fieles? De doble modo: uniéndose al sacrificio por medio de la ofrenda y participando del fruto del sacrificio por medio de la comunión. Estas dos partes principales de la misa, ofrenda y comunión, son propiamente para el pueblo y confirman su sacerdocio en la misa. Su participación es menor en el sacrificio propiamente tal; en el canon su in­tervención es mínima: únicamente al principio con el *Sanc­tus* y al fin con el *Amen,* que expresa su adhesión al sa­crificio.

De las cinco partes de la misa el pueblo puede y debe tomar parte activa en cuatro: en la ante-misa, orando y escuchando; en la misa-sacrificio, con la ofrenda y la co­munión. El sacrificio propiamente tal lo ofrece por mano del sacerdote consagrado.

Pasemos ahora a otra idea fundamental: En la actua­lidad el pueblo se hace representar en la misa por los acólitos y el coro de cantores. Pero sería un error creer que el acólito no es más que el representante de los fieles, de tal manera, que todo lo que él hace y dice debería hacerlo y decirlo el pueblo. El acólito es también el sustituto del clero que antiguamente asistía y celebraba con el sacerdo­te. Las oraciones que se dicen, por ejemplo, antes de subir al altar no son ni han sido nunca para dichas por el pueblo, sino por el clero (que las pronunciaba mientras el pueblo cantaba el introito), alternando con el sacerdote. Si los fie­les, antes de la misa o durante las oraciones que se dicen ante las gradas del altar, quieren hacer una preparación análoga, hacen bien, pero deben proceder cada cual por su parte; sin embargo, siempre será un gesto al margen de la preparación del sacerdote. Por eso yo no soy partidario de que en la *missa recitata* se alternen dichas oraciones entre sacerdotes y fieles. Con el pretexto de participación activa no debe el pueblo atribuirse derechos que no le competen. Bajo este punto de vista nunca fallará nuestro criterio si nos guiamos por la misa primitiva.

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 269

Examinemos ahora más de cerca y detalladamente la participación activa:

*Primera parte: Oraciones.* ¿Qué debe hacer el pueblo durante las oraciones? Tenemos cinco: las que se dicen delante del altar, el introito, el *Kyrie,* el *Gloria* y la colecta. Con respecto a las primeras, de que ya he hablado. propongo que los fieles las digan antes de comenzar la misa, o bien mientras las dice el sacerdote, pero cada cual aparte.

*Introito.* Para el aspecto dramático de la misa tienen gran importancia los cantos a dos coros y las procesiones.

Hoy día el introito ha quedado reducido a su mínima expresión. En realidad hay dos introitos, el reducido que ha perdido todo su sentido, y el que se dice ante las gradas del altar *(Introito)* que nunca cambia. El ideal sería hacer revivir el antiguo introito. El clero debería volver de nuevo a dirigirse al altar por medio de la iglesia, mientras la ¡asistencia canta no el introito reducido sino el extensos que /va alternando una antífona con los versículos de un salmo } apropiado. Esta entrada solemne y cantada será un medio magnífico para que la misa adquiera vida y se acreciente la participación activa. El introito es con respecto al sagrado drama de la misa lo que para un espectáculo de teatro la subida del telón.

*Kyrie.* Es un verdadero canto popular. La antigua Igle­sia gustaba repetirlo con tanta profusión como la Iglesia griega. Hoy día los cantores ocupan el puesto del pueblo; tratemos de hacer que el pueblo vuelva a cantar el *Kyrie* o bien recitarlo alternando con el sacerdote.

*Gloria.* También el Gloria es un canto popular, un canto matinal de la comunidad cristiana. En la misa con coro debe recitarse en común e incluso cantarse. Todas las pa­rroquias deberían saber cantar algún *Gloria* en latín. El *Gloria* es propio de la participación activa.

*Dominus vobiscum.* Estas fórmulas cortas en latín de nuestra liturgia deben ser familiares al pueblo; es difícil traducir este saludo; nadie debe extrañarse de ver entre los cantos de lengua vulgar estos saludos y respuestas lati-

**270 DR. PÍO PARSCII**

nas; en nuestra misma liturgia tenemos varios casos en los que el griego *(Kyrie) y* el hebreo *(Alleluia, Amen)* al­ternan con las demás oraciones en latín. Estas breves fór­mulas son precisamente una especie de paréntesis que unen al pueblo con el sacerdote. El *Dominus vobiscum* es la Ilamada continua que hace el sacerdote al pueblo para participar en los sagrados misterios. Podríamos traducir así: ¡Atención, lo que sigue os interesa!

*Colecta.* El sacerdote dice o canta esta oración de tal modo que el pueblo la oiga y comprenda. Esto es fácil de demostrar: el sacerdote se vuelve hacia la asistencia salu­dándola con el *Dominus vobiscum* y la invita con el *Ore­mus;* el pueblo da su asentimiento con el *Amen* (así sea). Si el pueblo no tiene conocimiento del latín debe tradu­círsela de algún modo.

En suma, puede afirmarse que las colectas exigen una participación plenamente activa por parte del pueblo; se dicen por el pueblo y ante el pueblo.

*Segunda parte: Escuchamos las lecturas.* Una lectura y una alocución de las que los asistentes no comprenden ni oyen nada, son en sí algo que no tienen razón de ser. Es­tamos tan hechos a las actuales circunstancias litúrgicas que no nos extraña la lectura muda de las misas rezadas *(missa lecta).* Tras eso nos encontramos con una lengua incomprensible para el pueblo... Si la Iglesia no se decide a que el pueblo oiga estas lecturas en su lengua, al menos deberá buscar y dar con el medio de hacer llegar a los oídos de los fieles una traducción. Creo que no es posible resistir a esta lógica.

En cuanto a la Epístola no existen actualmente más que estos dos medios indicados: poner su texto en manos del pueblo, o bien, leer su traducción durante o después de que se haya dicho en latín. El pueblo agradece al final las palabras de Dios que acaba de escuchar *(Deo gratias);* es preciso que estas palabras no estén desprovistas de sen­tido.

*Gradual.* Es un eco y una transición de las lecturas. Como todo lo que se canta contribuye al dramatismo **y**

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 271**

a la variedad de la misa. Lo esencial aquí es la idea y no precisamente el texto: a la lectura sigue una pieza inspi­1 rada en la fiesta, en el tiempo litúrgico o en la lectura y cantada en forma de responsorio.

*Evangelio.* El Alleluia es el toque de trompeta que anuncia la llegada del Rey, mientras la procesión se dirige al ambón para el canto del *Evangelio.* El pueblo debe vol­ver a ver en el canto del Evangelio al Rey divino que nos habla: todo ese aparato de ciriales, incienso y demás ceremonias no es más que un solemne homenaje a Cristo Rey en el que también los fieles deben tomar parte. Todas estas ceremonias deben salir de su estado rudimentario y volver a su antiguo carácter dramático. Fijémonos también en las dos respuestas del pueblo antes y después del canto del Evangelio: «Gloria a Ti, Señor» y «Loor a Ti, Cristo»; ambas suponen la presencia de Jesucristo.

1

El *sermón,* que es parte integrante de la liturgia, tiene en este momento su lugar apropiado. Muchas veces se le ha desconectado del altar, siendo así que tiene como fin poner al alcance de los fieles la solemnidad litúrgica. Es­forcémonos, pues, por devolverle su primitivo lugar. De esta manera, si el pueblo no ha podido oir o comprender las lecturas, podía tener una idea más o menos general de lo que en ellas se dice. Pero el ideal sería que estas «pala­bras de Dios», contenidas en la Epístola, en el Evangelio y en el sermón mantuvieran entre sí una íntima conexión progresiva.

El *Credo* es la conclusión y el eco de toda la ante-misa. Toda la asistencia debería expresar su fe de pie rezando o cantando en lengua vulgar o en latín sea el *Credo* de la misa o el símbolo de los Apóstoles.

*Tercera parte: Ofertorio.* Actualmente el Ofertorio es unacto puramente sacerdotal. Los textos litúrgicos primi­tivos (ofertorio y secreta) suponen que el pueblo atestigua suparticipación en el sacrificio por medio de la ofrenda. Resto de esta participación son las colectas que se hacen en estos momentos. Muchos miran la restauración de la ofrenda como cosa puramente externa y ridícula. Pero si

272 DR. PÍO PARSCH

acudimos a la liturgia primitiva veremos que no es cosa secundaria sino que, hablando con propiedad, es lo esen­cial de esta parte de la misa sacrificial, porque todas las oraciones del Ofertorio son de una época muy antigua y, sin embargo, no llegan a suplir la ofrenda del pueblo su­primida después. Así expresa el pueblo en la liturgia ro­mana su participación en el sacrificio. Podríamos añadir que la ofrenda, la procesión de los fieles hacia la mesa del sacrificio, está repleta de simbolismo, acentúa el ca­rácter dramático de la misa y es la expresión visible de la participación activa; es también la acción con que los fieles ejercen y expresan su sacerdocio universal. Los modernos estamos tan sumergidos en el intelectualismo del culto di­vino que este desfile, esta procesión, estorba nuestra pie­dad. Pero la ofrenda, desde el punto de vista de la par­ticipación activa, debe cultivarse y fomentarse.

La ofrenda se presenta bajo este doble aspecto: como ofrenda de la hostia y como aportación de limosnas. Sim­bólicamente la primera es más expresiva y más bella: damos nuestro pan y lo recibimos después consagrado. Pero esta ofrenda no deja de ofrecer en la práctica dificulta­des de varios géneros. En las grandes parroquias es casi imposible; por otra parte son muchos los obispos que se oponen a ella. Más viable y natural es la ofrenda de dones que nunca ha desaparecido enteramente de la Igle­sia y que incluso en algunas partes sigue siendo muy popular. Ella nos ofrece un medio de unir al altar nuestra ca­ridad, puesto que después esos dones serán repartidos en­tre la Iglesia y sus pobres. Si la parroquia ofrece sus dones en especie, entonces este hermoso simbolismo será más perceptible. Aun cuando esta ofrenda no tenga su sentido fundamental: la ofrenda reemplaza a la persona que de esta manera participa en el sacrificio.

Durante la ofrenda se cantaba una pieza en relación con la fiesta, con el tiempo litúrgico, y de la cual el actual Ofertorio no es más que un resto. Un canto alusivo en lengua vulgar respondería muy bien aquí al espíritu de la liturgia. Las oraciones del pequeño Canon son todas exclu-

LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 273

sivas del sacerdote. En la misa comunitaria yo no suelo dar importancia a estas oraciones; sin embargo, ambas son aplicables a los fieles para despertar ideas de sacrificio.

El *Orate fratres* primitivamente no se refería al pueblo, sino al clero que actuaba en la celebración de la santa misa; ahora el representante de este último es el ayudante. Resumiendo: la esencia del Ofertorio en la primitiva Igle­sia consistía en la ofrenda de los fieles: la única oración que tenía lugar entonces era la secreta, que no significa tanto oración en voz baja cuanto oración sobre los dones escogidos (segregados). Insisto en la idea: todo esto con­tribuye mucho a dar vida y prestar dramatismo a los sa­grados misterios y más si los fieles dan la vuelta del altar cantando mientras el sacerdote realiza el Ofertorio. Se trata de que el pueblo tome parte activa. Ya me doy cuenta de que el pueblo y muchos sacerdotes no están todavía preparados para aceptar prácticamente esta idea.

*Cuarta parte: El Canon.* La liturgia romana procede de diverso modo que la griega. Mientras que esta última rodea el momento más solemne y sagrado del sacrificio de cantos y de fórmulas pronunciadas en voz alta, la nuestra, la romana, se retira tras el muro del silencio. Hay que tener, pues, en cuenta este deseo de la liturgia romana. El pueblo toma parte activa en el Prefacio respondiendo a las invocaciones: *Sursum corda* (llamada de atención), *Gra­tias agamus* (gratitud y alabanza); escucha seguidamente la alabanza y canta al Rey que va a llegar el canto de la adoración *Sanctus y Benedictus* (antes de la consagración). Es en este momento precisamente donde más se deja sentir que la misa sea con frecuencia rezada. El Canon debería, a continuación, detenerse; el sacerdote ha penetrado ya en el *Sancta Sanctorum* rodeado de la nube sagrada, mien­tras que el pueblo sigue fuera. Pero, pedagógicamente, puesto que el pueblo no está todavía preparado para ocu­par activamente este tiempo de silencio, tenemos que pre­parar la transición haciendo que un coro recite en voz baja con frases cortas los Mementos, cosa que por lo de­más no está en pugna con el espíritu de la antigua liturgia

274 DR. PÍO PP.RSCH

porque en estos momentos era cuando tenía lugar la lec­tura de los dípticos. Durante el Canon sería preferible no se cantase nada. Enseñemos al pueblo a guardar silencio. Las hachas que se sacan al canto del *Sanctus,* la campani­lla y la elevación de las sagradas especies son invitaciones que se hacen al pueblo para que advierta la presencia de la Santísima Eucaristía Sin embargo, hay que decir que el Canon es la única de las cinco partes de la misa en la que el pueblo no toma una parte plenamente activa, sino que es la liturgia propiamente sacerdotal. Con su *Amen final* los fieles asienten al ministerio sacrificial del sacerdote.

*Quinta parte: Recepción. La Sagrada Comunión.* Sale de su silencio el sacerdote e invita al pueblo a participar otra vez en el cantó del *Pater noster,* oración de la familia divina que se sienta a la sagrada mesa. *(Oremus. Audemus dicere).* Las dos fórmulas, *Per omnia y Pax Domini,* atraen la atención del pueblo sobre la fracción de la Sagrada Hostia.

El *Agnus Dei* es el canto popular que sirve de prepa­ración a la comunión. Sigue después el beso de paz que el pueblo podría recibir por medio del instrumento correspondiente. ¡Qué hermoso signo de unión y del amor con Cristo y con la comunidad! Las oraciones preparatorias si­guientes son oraciones privadas del sacerdote que el pueblo puede utilizar si así lo quiere. Viene inmediatamente la comunión. No tengo necesidad de subrayar que nuestros esfuerzos deben tender a conseguir que los fieles unan su comunión a la del sacerdote. En la misa primitiva no se concebía una misa sin la comunión del pueblo. El mo­vimiento de renovación litúrgica desearía que desaparecie­ra el *Confiteor* antes de la comunión; esta nueva purificación no tiene ningún sentido si, como se supone, la asam­blea se purificó ya al comienzo de la misa, y si en el Canon se convirtió en un «pueblo santo» formando un solo Cuerpo Místico con Cristo. Además este *Confiteor* data de una época que no comprendía la participación activa. Por otra parte el acceso a la sagrada mesa debería ser también una procesión litúrgica, durante la cual cantara el coro y el

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 275

pueblo la antífona de la comunión; la comunión actual no es tampoco más que un resto.

La *Postcomunión* es cosa que atañe a toda la comu­nidad *(Dominus vobiscum, Oremus, Amen).*

Termina la misa con una despedida solemne con la bendición. El Evangelio de San Juan es una oración pri­vada del sacerdote, mas no estaría mal que el pueblo la diga también.

Las tres *Aves* y oraciones siguientes evidentemente nada tienen que ver con la liturgia del sacrificio y sin duda están llamadas a desaparecer pronto.

Tal es el contenido y alcance de la participación activa del pueblo en la misa. De lo que venimos diciendo se dedu­ce que el pueblo está o debería estar en la misa constan­temente ocupado, con lo cual la misa ganaría en valor dramático y en variedad.

II

Preguntémonos ahora cómo puede prácticamente reali­zarse en la misa actual la participación activa. Veámoslo en las distintas clases de misas: misa rezada dialogado-cantada, misa con coros y misa coral.

1. *Misa rezada.* Para evitar malas inteligencias y equívocos digamos que las rúbricas no conocen más que dos clases de misas: la *misa lecta,* o misa en que el sacerdote reza por lo bajo, sea que los fieles la oigan en silencio o que canten y recen en voz alta; la *missa cantata,* misa en la que el sacerdote canta ciertas partes de la misa mien­tras que el coro canta los textos *latinos* que le corresponden. Durante la misa *rezada* se permite, conforme al uso general, cantar y rezar oraciones en lengua vulgar. De ordinario no se permite esto en las misas *cantadas.* Tomamos aquí la palabra misa *rezada* no en el sentido de las rúbricas, sino en un sentido más estricto, puesto que la misa cantada, la dialogada y la misa con coros pertenecen también a la *missa lecta.*

¿Qué posibilidades de participación activa caben en la

276 **DR. PÍO PARSCH**

*misa rezada?* Ante todo hay que descartar toda falsa acti­vidad: todo aquello que no pertenece a la misa y estorba la verdadera participación activa debe dejarse a un lado. Hay que demostrar al pueblo cristiano que la misa no es el momento para cumplir los ejercicios de piedad. La misa no es un ejercicio más de devoción sino el sacrificio de Jesucristo. Persuadamos de esto a los fieles desde su juventud. La exigencia más elemental de nuestros esfuerzos es lograr que los fieles no asistan a la misa sin entender nada. En esta época de formación del pueblo respecto de la misa hay que luchar denodadamente contra toda prác­tica de devoción durante ella. El rosario nada tiene que ver con la misa. La autoridad del Papa León XIII pres­cribiendo el rosario en el mes de octubre no se opone a lo que vamos diciendo. Cierto que dijo: «...o bien por la tarde o durante la misa». Al expresar así no acentuó el rezo del rosario *durante la misa,* sino el hecho de que de­bía rezarse todos los días. Por otra parte los tiempos han cambiado mucho desde aquella época en la que el movi­miento litúrgico aún no se había despertado y nadie había reconocido su valor. Debemos agradecer a Dios que hoy día se miren las cosas más a fondo. Entonces nada se sabía aún de la participación activa en la misa y el rezo meditado del rosario constituía ciertamente un buen ejer­cicio de piedad. Pero lo mejor es enemigo de lo bueno, *y* hoy se miran ya las cosas de otro modo...

Igualmente debe desaparecer durante la celebración del santo sacrificio de la misa el rezo de las letanías, ejercicios delas asociaciones piadosas, novenas, etc.

Pero vamos a lo positivo: se trata aquí de que los fie­les tomen parte en silencio en la misa. Hay dos medios: Las oraciones de la misa y el misal.

a) *Las oraciones de la misa* que traen los devociona­rios pueden encontrarse en la mayoría de ellos y pueden ayudar a los fieles a seguir la misa. Pero en la práctica la experiencia dice que estas oraciones de los devocionarios gustan poco y llegan a resultar monótonas y pesadas. Hay que buscar oraciones que sigan lo más posible el texto

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 277

mismo del ordinario de la misa. Sé de párrocos que colocan en los bancos de su iglesia hojas o folletos con el texto de las oraciones de la misa. Para introducir esa costumbre en la parroquia podríamos valernos de los niños.

1. *El misal.* Mejor es aún que se ponga a disposición de los fieles el texto mismo de la misa y que se les enseñe a participar en ella siguiendo ese texto. Naturalmente eso obligará al sacerdote a celebrar la misa con más pausa. Para empezar resulta muy práctico un misal reducido que contenga el ordinario, el propio y algunas oraciones esco­gidas. Una queja común de los fieles es que pasan la misa revolviendo páginas; por eso es conveniente que el sacer­dote les enseñe la manera práctica de usar el misal. La misa comunitaria es un buen medio para enseñar a orar **en** silencio. En el catecismo se debería enseñar a los niños a buscar los textos de la misa.

)Con esta preparación ya se puede poner en manos de los fieles un misal completo. Conseguir que toda la pa­rroquia lo utilice costará sin duda mucho tiempo, pero ya

., podría darse por contento el que lograra este resultado

/ con una mayoría de los fieles. Sin embargo, no debemos detenernos aquí porque esto todavía no es la participación activa.

1. Pero, aun así, siempre sería posible cierta activi­dad en las misas rezadas, si se tienen en cuenta estas tres cosas: predicación de la divina palabra, colecta y comu­nión durante la misa; tres cosas que constituyen la médula de las tres partes principales: palabra de Dios, ofrenda, comunión.

aa) Como vemos por la historia la lectura y la ins­trucción pertenecen a la esencia de la ante-misa. El párro­co cuidará de que las lecturas o al menos el Evangelio se lean al pueblo, cosa que nunca debería omitirse los domingos y fiestas, y en Cuaresma todos los días.

El sermón u hornilla se ha de tener una vez leído el Santo Evangelio por ser liarte esencial *de* la liturgia. Esta predicación no ha de tener nada de larga ni ha de ir sobrecargada de mil recursos, sino que ha de ser breve y a

278 DR. PÍO PARSCH

tono con la misa. El ideal es que sea una explicación de la misa del día.

Muy bien estaría incluso que el sacerdote, aun entre semana, todos los días o de cuando en cuando, hablara algo edificante. De dos a cinco minutos bastarían, y esas cortas frases serían de gran utilidad para edificación de los fieles e inteligencia de la misa. Para uno que vive con la Iglesia y medita diariamente el misterio litúrgico, esto no puede resultar difícil ni requerirá preparación especial. En cambio para el sacerdote será éste un medio de ir infil­trando paulatinamente en los fieles el espíritu litúrgico. Gota a gota se cava la roca...

bb) En la mayoría de las iglesias la colecta suele ha­cerse durante el ofertorio. Ya hemos visto lo que la ofrenda

significaba en la misa romana; con ella el pueblo expresaba su participación en el sacrificio. Hágase, pues, siempre la colecta en el momento del ofertorio y no des­pués de la consagración. Quizás no fuera difícil en ciertos lugares el restaurar la ofrenda tradicional. El párroco no debe buscar exclusivamente con la ofrenda los ingresos pecuniarios sino la idea de la participación del pueblo en el sacrificio. Según los tiempos la ofrenda podría tener distintas aplicaciones: en Epifanía, por ejemplo, se desti­naría a pagar el incienso del año, en la fiesta de la Can­delaria la cera, en verano las hostias, en otoño el vino de misa, etc. De ese modo la parroquia se dará cuenta de que contribuye a los gastos del culto proporcionando la mate­ria de los sagrados misterios. Hermoso sería también que de cuando en cuando, por ejemplo, en las Témporas, la ofrenda se destinara a los pobres.

cc) La comunión forma parte de la misa. La comu­nión de los fieles es el elemento más importante de la par­ticipación activa.

Antes que nada es preciso que nos pongamos de acuer­do sobre este principio. Hay que quitar a los fieles la idea de que la comunión es una práctica piadosa distinta de la misa, una unión amorosa con Cristo que nada tiene que ver con ella e incluso que la comunión es lo más im-

LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 279

portante de la misa. Comprendo perfectamente que entre

N semana se dé la comunión antes de la misa a los muy ocupados porque tienen que llegar a tiempo a su trabajo, pero el domingo, cuando todos tienen obligación de asistir a la misa, no debería de suceder esto, al menos por prin­cipio. De lo contrario los fieles se confirmarían en la idea de que la misa no es más que una hora de acción de gra­cias. Conozco bien las dificultades que en las grandes igle­sias encuentran los sacerdotes para la distribución de la Sagrada Comunión durante la misa: se prolonga la misa de una manera considerable. Examinemos objetivamente si no sería posible una distribución durante la misa, aun en el caso de que las comuniones fueran muy numerosas. Podría, por ejemplo, recurrirse a varios sacerdotes. Podría también empezar la comunión después del *Pater noster.* Es más, si hay alguno que no puede aguardar hasta el fin de la misa, puede marcharse con tranquilidad, ya que el fin de la misa no es parte tan importante que no pueda omitirse en casos de urgente necesidad. En todo caso se debe mantener el principio de que *la comunión es parte de la misa.* Si el párroco no trata de poner en práctica este principio va ciertamente contra el espíritu y las prescrip­ciones de la Iglesia.

Con estas tres cosas: palabra divina, colecta y comu­nión el pueblo fiel ejerce en las misas rezadas cierta acti­vidad: tal es la exigencia mínima de nuestro movimiento.

2. *Misa con cantos.* En estas tierras se prodiga y apre­cia mucho la misa con cantos. Consiste ésta en que durantela misa rezada *(missa lecta)* los fieles cantan en len­gua vulgar. Examinemos qué clase de actividad sabe en tales misas. Lo primero que hay que decir es que los tres elementos de participación activa que hemos estudiado en la misa rezada: predicación después del Evangelio, colecta *y* comunión dentro de la misa, son igualmente posibles y deseables en esta clase de misa con cantos.

a) Asentemos como base que el canto es un factor importante de la participación activa. De ningún modo puede tomar parte en las ceremonias religiosas una parro-

280 DR. Pfo PARSCH

quia mejor que cantando todos. También los amantes de la liturgia debemos favorecer y conservar los cantos en lengua vulgar: ciertamente el mejor testimonio de la vida religiosa de una parroquia es el canto frecuente.

1. Pero también en este terreno hay que descartar una falsa actividad. Las piezas que se cantan deben responder a la misa, pues de lo contrario estorbarían la participación activa lo mismo que las devociones esencialmente extrañas. El que el pueblo, por ejemplo, cante, durante toda la misa, piezas a la Virgen o villancicos, es un abierto atentado a la verdadera participación; es posible que esos cantos mantenga a los fieles recogidos durante la misa, pero eso no es participación activa en el sacrificio. La solución es que el párroco intervenga directamente en la elección de los cantos y forme en este sentido a su organista.
2. Es preciso también guardarse de la exageración. Evidentemente no está bien que el pueblo cante estrofas y más estrofas durante toda la misa... Hay que dar tiempo para que los fieles oren; hay quienes cantan por cantar sin preocuparse de hacerlo por piedad, y la mayoría de las veces sin pensar en lo que dicen. De ordinario no se debe cantar sino en aquellas partes de la misa que lo per­miten. La santa misa es un bello conjunto que funde en admirable variedad el canto, la oración, la lectura y la acción. El empeñarse en cantar durante toda la misa sería destruir ese edificio. La *misa mayor* (missa cantata) nos da lá norma con toda claridad para saber cuándo y qué cantos es preciso cantar en la misa. Comprende de ordi­nario seis piezas comunes y cuatro propias. Las comunes son: el *Kyrie,* el *Gloria, el Credo,* el *Sanctus,* el *Bene­dictus* y el *Agnus Dei;* los cantos propios son el introito, el gradual, el ofertorio y la comunión. Estos son los cantos que pueden sustituirse con otros. Mas hay momentos en los que no se canta nada, por ejemplo, durante las oraciones, las lecturas y el Canon. Había que formar de tal modo a los fieles que oraran en silencio durante todo el Canon. En esos momentos debería reinar en la iglesia un silencio absoluto.

|  |  |
| --- | --- |
|  | LA RENoVACIÓN DE LA PARROQUIA... 281  d) ¿De qué modo se podrían perfeccionar estas misas con cantos en el sentido litúrgico? Propongo el siguiente plan: Se necesitaría un buen poeta de estilo popular, a ser posible sacerdote, que tradujera en versos las piezas del común *Kyrie, Gloria, Sanctus, Benedictus y Agnus Dei.* Después se precisaría también un compositor que arre­glara para tales textos una música fácil de cantar para el pueblo, a ser posible en dos o tres «tonadas». Natural­mente el celebrante debería aguardar, como lo hace en las misas solemnes, a que terminaran los cantos (no soy par­tidario de que se cante el *Credo;* sería mejor decirlo en coro hablado por ser una confesión pública de nuestra fe).  Necesitamos además poetas y compositores para los de­más cantos de los diversos tiempos litúrgicos. Bastaría, según creo, cuatro estrofas para los de Adviento, Navidad, Epifanía, domingos de Epifanía, Cuaresma, Pasión, Tiem­po Pascual, Ascensión y Pentecostés. Para los domingos después de Pentecostés habría que componer algunas más para que hubiera un poco de variedad. Para el argumento de cada una de estas piezas de cuatro estrofas no sería preciso recurrir siempre a los responsorios litúrgicos correspondientes; se podrían aprovechar otros textos típicos del ciclo litúrgico. La razón por que cada canto debe tener cuatro estrofas es para que correspondan a las cuatro pie­zas propias de la misa: introito, gradual, ofertorio y comunión; las dos primeras estrofas estarán inspiradas en el tiempo litúrgico, la tercera unirá a esta idea de sacrificio y la cuarta será alusiva a la comunión. Podrían tenerse preparadas también algunas estrofas suplementarias para el caso de una comunión un poco más larga. Si llegamos a realizar todo esto nos habremos acercado, en lo esen­cial, al ideal litúrgico.  3. *La misa dialogada con cantos.* Como se acaba de ver, la misa con cantos presentaría un grado ideal de par­ticipación activa, mas hemos comprobado que en ciertos momentos se echa de menos la palabra hablada o rezada. Esta es la ventaja que nos ofrece la misa dialogada con cantos, de la que trataremos expresamente más adelante. |

282 DR. PÍO PARSCH

4. *Misa coral o Missa recitata.* Si en la misa con can­tos los fieles participan intensamente, falta, sin embargo, algo: el sacerdote y la asistencia obran separadamente uno de otro. Falta ese magnífico contacto previsto en la misa por las aclamaciones que tienen lugar entre sacerdote y pueblo. El pueblo está en ella representado por los acólitos. ¿Por qué el sacerdote no dirige en alta voz a todos los fieles el *Dominus vobiscum,* que equivale a «Dios os bendiga»? Y ¿por qué la asamblea litúrgica no responde *et cum spiritu tuo,* es decir, «que Dios os bendiga tam­bién», siendo sobre todo el *Dominus vobiscum* una invi­tación para que la asistencia participe activamente en lo que va a tener lugar a continuación? ¿Qué necesidad hay de que los fieles se hagan representar por los acólitos o los cantores? Hoy todos buscan la actividad tanto en la vida política como en el culto divino. Estas ideas nos lle­van a la *Missa recitata* o *misa* coral. La primera consiste esencialmente en que los participantes asumen el papel de acólitos y cantores y dicen en voz alta todos en unión lo que aquéllos dicen o cantan. Las oraciones las dice el sacerdote en voz alta. La *missa recitata* se dice, pues, en latín y es propia de gente ilustrada que conoce esa lengua. Por lo mismo suele practicarse en colegios y seminarios.

La *misa coral* es otro género de misa comunitaria entre la misa dialogada y la *missa recitata.* Tiene de la última el contacto con el sacerdote y de la primera los cantos y oraciones en lengua vulgar.

La *missa recitata* es una misa hablada y viene a ser más o menos como un oficio coral hablado. La misa coral admite más variedad. Litúrgicamente es una *misa lecta* en la que se permite orar y cantar en lengua vulgar. Si están autorizadas esas oraciones y cantos que nada tienen que ver con la misa (rosario, cantos a la Virgen, etc.), con mayor razón se permitirán oraciones y cantos tomados de la liturgia.

Hemos dado, pues, con un justo medio para vernos li­bres de los dos extremos: errores y exageraciones. Hay ciertamente una actividad ilegítima; en el drama sagrado

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 283

de la misa cada cual tiene su papel, el sacerdote el suyo y el pueblo también el suyo. Si el pueblo usurpa las funciones y las fórmulas propias del sacerdote, será ésta una participación ilegítima. Hemos conocido misas comunitarias en las que el pueblo dice en voz alta y a coro todas las oraciones, aun las del Canon. Esto es ir demasiado lejos y rebasar la medida.

Varias son las clases de misa coral conforme a la formación litúrgica del pueblo y al tiempo de que se dispone. Se puede sencillamente recitarla leyendo algunas partes un lector; pero también puede cantarse el ordinario *(Kyrie, Gloria, Sanctus y Agnus Dei)* al principio en lengua vulgar y más tarde en latín. Por fin puede cantarse también can­tos del propio.

*5. Oficio coral y misa solemne. La missa cantata* pre­senta en la actualidad dos formas: el oficio coral en el que las partes cantadas están intepretadas por un coro, y la misa solemne en la que frecuentemente se canta polifonía y que por otros muchos aspectos reviste una so­lemnidad inusitada. ¿Qué posibilidades ofrecen estas misas para la participación activa? Ante todo hay que admitir que la *missa cantata* es la verdadera misa plenamente li­túrgica. Antiguamente no existían las misas rezadas y aún actualmente no se conocen en la liturgia griega. La misa rezada procede de la misa privada y no se presta a la par­ticipación activa. Si no fuera la lengua latin un obstáculo para la participación activa, el oficio coral sería la única forma de misa dentro del espíritu de la liturgia. En ella se da un íntimo contacto entre el socerdote y el pueblo; el pueblo queda invitado a la oración común y da su asen­timiento con el *Amen.* Las lecturas se hacen de una ma­nera efectiva y sacerdotes y fieles cantan juntos las divinas alabanzas. En una palabra, se encontrarían en ella las condiciones ideales para la participación activa si el pueblo entendiera realmente todo esto. Por desgracia nuestros fie­les ignoran de ordinario el latín y tienen pocos conocimientos litúrgicos para poder superar la dificultad de la

|  |  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- | --- |
|  |  |  |  |  |

284 DR. Pío PÍoSCH

lengua. Es este el principal motivo por el que los fieles no entienden ni aprecian la liturgia.

¿Solución? Dos son los caminos a seguir: el primero procura lograr el fin valiéndose de las misas antes descri­tas, sobre todo de la misa coral. Una vez que la gente haya aprendido a seguir la misa en su lengua podrán también entenderla en la lengua de la Iglesia. El segundo camino va derecho: comienza por introducir al pueblo en el oficio coral y por hacerle participar activamente según sus po­sibilidades. En la práctica se siguen estos dos caminos y «los dos conducen a Roma». Según la formación de los fieles y las diversas circunstancias podrá seguirse uno u otro camino.

En todo caso se precisarán ciertas condiciones previas si se escoge el camino directo del oficio coral.

1. *Estudio del latín.* Deberíamos facilitar de nuevo al pueblo el conocimiento del latín. Estos últimos años sabe­mos que se han hecho con éxito ensayos en este sentido.
2. Se necesita además un buen organista y un buen director de coro. Sólo los cantos selectos y bien ejecutados son los que edifican al pueblo.
3. Otra de las condiciones indispensables es la buena formación litúrgica del pueblo. Habría que facilitar a los fieles los textos litúrgicos traducidos.

Y ¿qué posibilidad de participación activa nos ofrece la *missa cantata?*

1. El pueblo canta las *respuestas.* Hasta ahora la asis­tencia estaba representada por los acólitos y cantores y de ese modo se condenaba a sí misma a la inacción; detrás tenla a los cantores en la tribuna y delante el sacerdote oficiaba asistido de los acólitos: en medío estaba el pueblo que se contentaba con escuchar. Mas ahora ese pueblo re­nuncia a estar representado por los cantores y quiere ac­tuar él mismo, al menos, en las respuestas breves. No hay duda de que participa activamente **a** la asamblea si res­ponde al *Dominus vobiscum y* si da su asentimiento can-

LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 285

, tando el *Amen.* De ese modo se siente llevado a comprender y a participar en la misa.

1. El pueblo canta el *ordinario* de la misa. Pero además es necesario que los cantores bajen de la tribuna del fondo del templo para situarse en medio de toda la asam­blea o delante del altar. Los cantores deberán cantar las partes más difíciles y guiar a los fieles en la ejecución del ordinario de la misa.
2. Todavía hay que subrayar ciertos detalles que exige i la participación activa. En lo que al horario se refiere, la it misa solemne debería celebrarse bastante temprano para

facilitar la comunión de los fieles. En cuanto a las lectu-

ras sería mejor hacerlas no mirando al altar sino desde

el ambón de cara al pueblo.

Naturalmente ha de llegar el día en que el altar se volverá hacia los fieles y el clero se colocará detrás de él: entonces habremos llegado a una digna celebración de la misa en común.

Hemos expuesto toda la cuestión en su complejidad. Lo expuesto no ha sido al azar sino fruto de una expe­riencia de muchos años. Cada cual puede aprovechar para su parroquia aquella que le resulte más viable y útil.

Y para terminar, un consejo: ir avanzando poco a poco, pero seguro...

CAPITULO III

LA MISA DIALOGADA CON CANTOS 1. *Orígenes de la misa dialogada.*

Encabezamos esta materia con el principio de la parti­cipación activa del pueblo: Los fieles —ha dicho Pío XI—no deben asistir a los cultos de la misa como «mudos oyen­tes». El pueblo tiene el derecho y el deber de tomar parte activa en la santa misa. Tal participación debe inspirarse en las formas tradicionales: canto y oración, atención, ofrenda y comunión.

Hay dos clases de misas: la *missa cantata* (nuestra misa mayor) y la *missa lecta* (nuestra misa rezada, sea que el pueblo asista en silencio o bien que cante y rece en voz alta). Ya sabemos que la primera, la *cantata* constituye la forma ideal de la celebración de la misa. La misa rezada no es más que un forma derivada en la que tanto las partes esenciales como las menos esenciales de la misa se suceden con uniformidad. Ella es la responsable de que los cristianos no comprendan su sacrificio central y de que se haya éste convertido en una devoción o al menos en el momento en el que caben todas las devociones y medita­ciones posibles (1).

(I) La introducción en la liturgia de *la misa rezada* trajo consigo la cesación de la participación del pueblo en el santo sacrificio. Es en este sentido en el que el autor dice que fué la responsable de que los cristianos llegaran a ignorar su verdadera importancia en el culto cristiano. (N. del T.)

**288 DR. PÍO PARSCH**

Es evidente que el movimiento litúrgico debiera cultivar y adoptar la *missa cantata.* Es, en efecto, la forma ideal, ya que en ella quedan perfectamente delimitados los pape­les del sacerdote, de la «schola» y del pueblo. El canto coral representa la forma ideal de la participación activa. Pero ahí está precisamente el gran inconveniente: el latín es un obstáculo para los fieles. En la actualidad, y por bastante tiempo todavía, el pueblo, completamente *des­acostumbrado* a una misa cuya lengua le es extraña, no podrá participar de un modo activo. Si más tarde será de otra manera, no lo sabemos. A nosotros nos toca enfrentarnos con la situación *actual.* Creemos que sería prematuro e inconsistente el querer que los fieles cantaran ex­clusivamente en latín. No es que yo me oponga al canto coral en latín, pero precisamente por el aprecio que le tengo, quisiera evitar su profanación... Este canto coral, por parte del pueblo exige una preparación interior y ex­terior. En muchas iglesias su uso prematuro ha retrasado el movimiento por varios años impidiendo que durante ellos se pudiera hablar de este asunto. El canto es el coronamiento de la construcción litúrgica; para que la comunidad parroquia] cultive el canto de un modo regular se necesitan varios años de preparación. Para la mayoría de las parroquias de hoy día no será posible el canto coral más que en algunos casos. Reconozco que también aquí hay laudables excepciones.

Ante esta realidad tuvimos que recurrir de grado o por fuerza a esa clase de misa menos perfecta, que es la misa rezada (1). En estas misas rezadas pueden los fieles em­plear su lengua materna. Examinamos entonces los medios y procedimientos conducentes a la participación activa de los fieles en la liturgia de la misa. Vimos las dificultades, pero las vencimos y llegamos con ello a la *missa recitata,* o misa dialogada con cantos.

Hemos cultivado este tipo de misa comunitaria con gran celo. El lector, que en la liturgia griega juega un

(1) «Menos perfecta», se sobreentiende en cuanto a la parti­cipación activa de los fieles.

LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 289

papel necesario, formaba el lazo de unión entre el sacer­dote y la asamblea. En vista de que la misa simplemente rezada no podía satisfacer a la larga, ensayamos cantar lo que podía cantarse tanto del ordinario como del propio. Así lo hemos venido haciendo durante más de veinte años en nuestra comunidad de Klosterneubourg.

Sin embargo, no se nos oculta que este tipo de misa comunitaria tiene que resultar demasiado difícil y elevado para la mayoría de las parroquias. En vista de ello hici­mos ensayos para introducir como culto popular una misa en parte dialogada y en parte cantada, pero sin resultado duradero y decisivo. En cierta parroquia organicé durante todo un año esta misa y se mantuvo algunos años, pero no llegó a imponerse. Un término medio de los fieles no tiene suficiente formación litúrgica para poder utilizar el texto de la misa de una manera inteligente sin ser orienta­dos. La formación litúrgica es condición indispensable para la *missa recitata.*

Vimos entonces la necesidad de una forma más fácil de misa comunitaria; de esa misma necesidad nació la misa dialogada con cantos. Partimos del hecho de que en la misa rezada se cantan piezas en lengua vulgar.

Por supuesto que esta clase de misa amenizada con cantos en lengua vulgar no es el ideal sino un medio de entretener piadosamente a los fieles y por lo mismo un paso hacia la participación activa. Por eso seguimos nos­otros un camino distinto. La *misa cantata* nos sirvió de modelo. En esta misa se pueden distinguir dos clases de cantos: los del ordinario y los del propio. Los primeros acompañan a las partes esenciales del sacrificio y nunca cambian: *Kyrie, Gloria, Credo, Sanctus y Agnus Dei.* Los propios varían conforme al tiempo litúrgico y las fiestas. Razonamos de la siguiente manera: si hacemos de todos estos cantos otros de idéntico contenido, habremos encon­trado para el pueblo un camino fácil para su participación activa. Mas, para mantener la estructura de la misa no se debe cantar sino en aquellos momentos en que se canta en la *missa cantata.* Cuando el sacerdote o sus ministros

290 DR. PÍO PARSCH

oran o leeen en alta voz, el lector debe rezar esa oración o leer ese texto. De esta manera todo aquello que no es esencial en la misa pasa a segundo plano para dejar más destacados únicamente los trazos esenciales. Esta es la misa dialogada.

Pronto vimos que este procedimiento era eficaz. Reci­bió el bautismo de fuego el 10 de septiembre de 1933 en el Congreso Católico de Viena, en el que doscientas mil almas pudieron participar en una misa de ese tipo sin pre­via preparación.

Lo que dice o lee el sacerdote en alta voz lo repite en lengua vulgar un lector: oraciones, epístola, evangelio, prefacio, *Pater noster* y comunión. El pueblo entero responde a las aclamaciones del sacerdote: *Dominus vobiscum, Et cum spiritu tuo,* etc. Con esto tenemos ya una misa senci­lla y fácil y que responde totalmente al espíritu de la liturgia y de la participación. Esperamos que se vaya imponiendo en un futuro próximo en las parroquias que quieran tener misa comunitaria.

2. *Cómo ha de prepararse una misa dialogada.*

1. *Preparación remota.* Ante todo es preciso que el párroco explique la misa a sus fieles. Cualquiera que conozca la actual situación religiosa verá que son muy pocos los católicos, aun de los más fervorosos, que están capa­citados para comprender la misa y participar en ella de un modo conveniente. El sacerdote debe dar en su parroquia una serie de sermones sobre la misa en domingos sucesivos o en el curso de una semana litúrgica. Esto es hacer acción católica en su raíz. La misa tiene que ser la central espiritual de la vida religiosa de una parroquia: la renovación deberá comenzar por el altar.
2. *Preparación próxima.* Si el párroco quiere pasar ya a los hechos con la celebración de una misa con oraciones y con cantos deberá contar con un sacerdote de buenas disposiciones, de un lector formado litúrgicamente, de un organista inteligente, de una «schola» diestra y de textos apropiados.

a) *El sacerdote.* El sacerdote ha de estar ante todo

identificado con la comunidad. Aunque este tipo de misa deba desarrollarse de tal modo que retrase lo menos posi­ble la marcha de las ceremonias, podrá ocurrir, sin embargo, alguna vez que el celebrante tenga que esperar un poco, por ejemplo, en el *Gloria.* Una vez terminado ese canto es el momento de decir el *Dominus vobiscum.* Así como espera en una misa cantada debe también esperar en la misa dialogada. Ni hay que temer que esta misa se pro­longue demasiado, ya que una misa con oraciones y cantos como la dialogada, con una breve homilía y la distribu­ción de la Sagrada Comunión se puede terminar muy bien en 35 ó 40 minutos. Importa mucho que el sacerdote haga la misa accesible al. pueblo, y por eso sería conveniente que el altar estuviera, a ser posible, en medio de la iglesia; en muchas iglesias existe para esta clase de misas un altar portátil. Sería aún mucho mejor que el altar estuviera vuel­to *versus populum,* y en torno de él toda la parroquia, la «schola», los niños, etc. El emplazamiento del altar y de la asamblea debe ya indicar que se va a desarrollar una ceremonia realmente colectiva. De esta forma el celebran­te no considerará como un retraso molesto el que alguna vez tenga que esperar un poco, con ocasión de cualquier canto. Evidentemente para una misa como ésta los ornamentos, tanto del sacerdote como los de los acólitos, la ornamentación del altar y la manera de celebrar el sacerdote, no son cosas indiferentes. Los fieles se fijan en todo, todo les interesa, saben el significado de todos los gestos y de todos los objetos, y por lo mismo, todo ha de estar bien y en orden.

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 291

b) *El lector.* El oficio de lector, tan importante en la primitiva Iglesia y en la actual Iglesia oriental, vuelve a adquirir preponderancia. Escoja el párroco a algunos hom­bres o jóvenes de su feligresía y fórmelos y edúquelos *de* un modo especial. El lector debe en primer lugar estar dotado de una buena voz y tener una conveniente formación litúrgica, puesto que ha de saber desenvolverse con el misal. La experiencia demuestra lo raro que es encontrar buenos lectores. Sería de desear que al principio hiciera el

292 **DR. PíO PARSCH**

oficio de lector otro sacerdote que podría dirigir la misa desde el púlpito y leer los textos. Más tarde podría valerse de lectores seglares, hombres, naturalmente, y sólo en rarísimos casos excepcionales mujeres. En las misas para niños de la catequesis la función de lectores podría confiarse a los mismos niños; hay quienes lo hacen muy bien. Hasta podrían señalarse dos lectores: uno para el ordinario y otro para el propio de la misa. Tenga el párroco especia] solicitud sobre el lector y nunca comience la misa sin percatarse de que todo está ya bien preparado.

1. *El organista.* El organista es un personaje impor­tante para el éxito de la misa dialogada; debe tener sus ensayos de una manera regular tanto con los fieles como con la «schola» y saber en qué momentos debe tocar y cesar de tocar. La misa dialogada supone que el pueblo vuelve a cultivar otra vez Ja música religiosa; esta labor sólo puede realizarla un buen organista amante del canto popular. Si el director de coro no ama más que el gran arte de la música polifónica y mira al canto popular como una cosa de poco valor no será nunca el hombre que necesitamos para esta empresa. La misa dialogada no debe estar considerada como una misa de segunda clase. Estamos persuadidos de que tiene mucho más valor litúrgico que cualquiera otra misa solemne polifónica que excluye toda participación activa de los fieles y hace del santo sacrificio un marco y un medio para cultivar el arte y el gusto artístico.

Estos tres personajes, sacerdote, lector y organista de­ben de estar de acuerdo entre sí y entenderse de suerte que se logre tener una misa realmente edificante.

1. *La «schola».* Rodéese el párroco de un grupo selecto con el que pueda contar. Aunque a la masa del pueblo le suele gustar cantar, sin embargo, es muy poco activa; el párroco precisa de un grupo de elementos capa­citados. Las circunstancias particulares le indicarán dónde ha de encontrarles: puede ser que tenga que convocar a los mejores elementos con que cuenta la parroquia o bien utilizar una congregación o asociación ya existentes. Podría

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 293

también comenzar con los niños del catecismo por ser más fáciles de dirigir y formar con más cuidado para que integren más tarde la «schola».

La «schola» es vital para la renovación litúrgica popular de una parroquia. En su formación ha de intervenir un director capaz, un sacerdote u organista. Alguien podría pensar que para formar la «schola» de la misa dialogada podría valer la ya existente. La experiencia, sin embargo, enseña que la coral no se adapta ni moral ni técnicamente a esta labor. Ocurre que los miembros de esas corales no son necesariamente los mejores católicos ni los más piadosos de la parroquia, aparte de que aprecian poco la músi­ca popular para poder arrastrar a la masa de los fieles. Y sabemos que tanto la coral como el director suelen ser muchas veces un grave obstáculo para el desenvolvimiento del culto litúrgico popular y de la misa diaria dialogada.

El párroco, por tanto, debe crear otra «schola». El ideal sería un grupo de jovencitos que tuviera cada semana un ensayo de los cantos de la misa y que en el momento de la celebración guiase y arrastrase a toda la parroquia.

El canto es un factor que tiene su importancia en la participación activa de la liturgia y, por eso, si se quiere que el movimiento litúrgico se imponga, ha de cultivarse con gran celo.

e) *El ensayo.* Una vez preparadas estas personas y estas condiciones indispensables el párroco ha de dedicarse al ensayo de la misa. Mucho depende de un buen comienzo; el éxito inicial puede asegurar para el porvenir la existencia de la misa, así como un fracaso podría comprometerla definitivamente. De ahí la necesidad de una buena preparación. Pero el párroco, por otra parte, no tiene por qué temer. Si el sacerdote, el lector y el organista ocupan sus puestos y si se ha preparado la parte musical, la empresa no podrá fracasar.

Forme ante todo el párroco a su equipo de selectos y a sus cantores, reúna a sus feligreses para hacer un ensayo general de toda la misa con la ayuda de las tres personas antes citadas, y el éxito está asegurado. Pero no hay que

294 **DR. PÍO PARSCH**

dormirse en los laureles... sino que hay que continuar tra­bajando con constancia; sólo cuando haya transcurrido cierto número de meses y de años sentirá que su parroquia ha llegado a aclimatarse a la misa dialogada y que el espí­ritu litúrgico ha ido penetrando paulatinamente en su parroquia. Una vez más podemos aplicar la máxima: la letra mata y el espíritu vivifica. El cuerpo de la misa dialogada debe recibir un alma y ésta es el espíritu litúrgico.

3. *Cómo ha de celebrarse una misa dialogada.*

Vamos a describir ahora de un modo exacto cómo se desarrolla una misa dialogada. Se prepara el altar, si se puede, en medio de la iglesia; los cantores junto al altar, los niños y los hombres al lado contrario. El organista sen­tado a la consola del órgano en la tribuna o bien al harmonio junto a los cantores. El lector, para que todos puedan oírle, sobre una grada y de cara al pueblo, y, si es sacerdote, puede ponerse en el púlpito. Suena la campanilla: la asamblea se pone de rodillas y dicen, dirigidos por el lector, el *Confiteor;* pónense luego de pie. Al segundo toque de la campanilla comienza el órgano u harmonio a tocar y cantan todos el Introito. Entretanto el sacerdote avanza hacia el altar. Esta entrada podría solemnizarse mucho más con acólitos y demás precedidos de la cruz avan­zando delante del sacerdote, e incluso atravesando la nave de la iglesia procesionalmente. Durante esta solemne en­trada se cantan una o dos estrofas (si sólo se ha preparado una se la vuelve a repetir). Acércase el sacerdote al altar (el cáliz se puede colocar de antemano), reza las oraciones que se dicen antes de subir al altar, los fieles permanecen siempre de pie y cantan el Introito. Hacia la mitad de las oraciones que dice el sacerdote antes de subir al altar can­tan de pie el *Kyrie.* El organista debe calcular el tiempo necesario para que el *Kyrie* esté terminado cuando el sacerdote, una vez terminado el Introito, vuelve al medio del altar para rezar el *Kyrie* y entonar el *Gloria,* si le hay. Por una parte hay que procurar que no haya demasiadas pausas en el canto y que, por otra, no se vea el sacerdote obligado a esperar. Entona el sacerdote el *Gloria y* lo can-

LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 295

ta la asamblea de pie. El sacerdote aguarda a que termine el *Gloria* y se vuelve luego al pueblo para saludarle con el *Dominus vobiscum* al que los fieles responden en latín. Reza el celebrante la oración que lee en lengua vulgar el lector y responden todos *Amén.* Basta con que el lector recite una oración, o a lo más dos, omitiendo las demás. Sigue el celebrante diciendo las oraciones en voz baja hasta el Evangelio. La Epístola la lee el lector o un acólito lentamente y vuelto hacia el pueblo, comenzando así - Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los romanos (sin indicar capítulo ni versículo); si no es Epístola: Lec­tura del Libro de la Sabiduría. Cuide el párroco de que el lector lea en voz alta, despacio, en un solo tono y sin hacer ninguna inflexión al terminar cada frase. Terminada la lectura responde la asamblea: «Gracias a Dios». Antes hemos hablado de un canto que sirve de eco de la primera lectura y de transición al Evangelio. Durante la Epístola y ese canto intermedio todos los asistentes han de estar sentados. Ese canto puede suprimirse por falta de tiempo entre la Epístola y el Evangelio. Con respecto al Evangelio se ofrecen dos posibilidades: la más sencilla consiste en que el sacerdote, después del gradual, pase al otro lado y diga en alto: *Dominus vobiscum,* a lo que responderán todos *Et cum spiritu tuo,* continuando después *Sequentia sancti Evangelii secundum MatthAeum, Gloria tibi, Domi­ne.* Lee inmediatamente en lengua vulgar el lector ese mismo Evangelio al que escucharán todos de pie y responderán al fin: «Alabanza a Ti, ¡oh Cristo!» La otra forma más solemne consiste en que haga el sacerdote mismo la lectura del Evangelio. No aguarda durante el canto del gradual sino que lee inmediatamente el Evangelio en latín en voz baja, se vuelve después hacia los fieles o se pone en el ambón y lee él mismo el texto evangélico en lengua vulgar. Puede decir para empezar: «Oíd el Santo Evangelio según San Mateo», y el pueblo responderá: «¡Gloria a Ti, Señor!» En este caso los fieles no se ocupan del Evangelio mientras el sacerdote lo dice en latín y no se levantan hasta que lo lee en lengua vulgar. Al final res-

296 **DR. PÍO PARSCH**

ponden todos «Alabanza a Ti, ¡oh Cristo!» Para la lectura del Evangelio en lengua vulgar podrían también acompañar al sacerdote los acólitos. Creo que ésta es la mejor manera de proceder y la más conveniente, porque siempre leerá mejor el Evangelio el sacerdote que el lector. Des­pués de esto, dejando a un lado oraciones y avisos de costumbre, el sacerdote podría predicar una breve homilía en relación con la misa. Esta predicación durará como má­ximum diez minutos. Para terminar ya la ante-misa entonará el sacerdote el Credo y entonces se levantarán todos para rezar lentamente el símbolo de los Apóstoles; es real­mente la profesión de fe de toda la asamblea. No hablamos aquí de las misas en que se canta el *Credo.*

La ante-misa ha terminado. Ha quedado bien clara la unidad de su conjunto: canto, oraciones y lecturas se en­cadenan estrecha y armoniosamente y el pueblo participa constantemente. En este momento va a comenzar el sacri­ficio que se compone de tres partes: ofertorio o prepara­ción del sacrificio, consagración o Canon y comunión. Se trata sólo de presentar al pueblo clara y sencillamente es­tas tres partes a fin de que tome su parte en ellas de una manera inteligente.

La primera parte del sacrificio es la preparación: por parte del sacerdote la disposición de la materia para el sacrificio, y por parte del pueblo su adhesión al mismo sacrificio. Esto último tenía lugar antiguamente en la ofren­da que hacían los fieles. Suprimida ésta con tan poco acierto, se introdujeron en su lugar para esos momentos toda una serie de oraciones del sacerdote, que nada tienen que ver con la oración colectiva de los fieles. Actualmen­te el coro suele cantar una reducción del Ofertorio. El ideal sería reintroducir en esta parte de la misa la ofrenda para que volviera a tener su carácter activo, y durante la cual se cantaría el Ofertorio. La ofrenda podría consistir en dones, no precisamente hostias. El sentido de esto es claro: el donante se da en su presente; *es,* pues, un sacrificio que hace a Dios. El cristiano, antes de ofrecer el gran sacrificio de Cristo, se ofrece él a sí mismo. Conoce-

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 297

mos, empero, las notables dificultades con que tropieza todavía la introducción de la ofrenda, por eso hemos de aconsejar la ofrenda espiritual, y que el pueblo recite en común una de las oraciones del sacerdote. Inmediatamente canta la asamblea el cántico del Ofertorio de pie; es pre­ferible que se cante éste en vez de un canto del ciclo litúrgico, aunque también se puede cantar el mismo ofer­torio de la misa. Si se hace la colecta se debe proceder a ella en este momento por ser también una ofrenda. Pro­cure el párroco recordar continuamente a los fieles el sen­tido de esta parte de la misa, puesto que es el acto más humano de toda ella y en el que los fieles pueden afirmar más intensamente su sacerdocio universal y su participa­ción activa.

La segunda parte, la consagración, comienza con el diálogo que se entabla entre el sacerdote y el pueblo al comienzo del prefacio. Ese diálogo ha de ser en latín, mas el prefacio lo debe de leer en lengua vulgar el lector. Al principio bastará el prefacio común, después los propios. El prefacio va seguido del *Sanctus* y del *Benedictus* que cantarán los fieles antes de la elevación, o dejando el *Benedictus* para después de la misa. Terminado el *Sanctus* se colocarán de rodillas hasta terminada la consagración y elevación, y después de pie hasta la comunión. En el caso en que por la costumbre o idiosincrasia de la parroquia pudieran surgir algunas dificultades en este punto, podría adoptarse una postura diferente; lo interesante es que se guarde la uniformidad. Durante el Canon hasta el *Pater noster* toda la asistencia ha de guardar un silencio completo, pudiendo cada cual rezar en particular las oraciones que se dicen en ese lapso de tiempo. Pero la experiencia demuestra que los fieles tienen necesidad de una formación especial para que puedan aprovechar este silencio. Por tanto y a título de transición podría el párroco hacer rezar los Mementos y algunas oraciones del Canon en un tono muy bajo o también hacer cantar la estrofa correspondiente de los cantos de la misa. El sacerdote dice en voz alta el *Per omnia saecula...* que precede al *Pater noster* y el

298 **DR. PÍO PARSCH**

pueblo responde *Amen,* con lo que da su solemne aproba­ción a toda la consagración.

El *Pater noster* es la plegaria que se dice antes del ban­quete sacrificial de los hijos de Dios; puede el pueblo recitarla, pero hay que cuidar de que la diga lentamente, separando cada petición y sin añadir el *Ave María.* Inme­diatamente después se canta el *Agnus Dei:* si el celebrante quiere decir en voz alta el diálogo de la fracción de la hostia puede hacerlo.

Lo esencial de la tercera parte del sacrificio es la co­munión. Ha de procurar el párroco que todos los asistentes al sacrificio se acerquen a la sagrada mesa. La comunión es esencialmente una participación activa. Debemos tam­bién hacer recitar al pueblo una de las oraciones prepara­torias del sacerdote; después, pasado un tiempo, será pre­ferible que las rece cada uno en particular. Viene luego la comunión de los fieles. Estaría permitido y sería de desear que se tocase la campanilla solamente a la comunión de los fieles y no a la del sacerdote. El *Confiteor* de antes de la comunión basta con que lo recen en voz baja los acó­litos: no es preciso que lo diga todo el pueblo por haberlo hecho ya antes de la misa. Durante la comunión de los fieles, que debería hacerse a modo de procesión, se canta el cántico de la comunión con una o dos estrofas. Termi­nada la comunión el sacerdote invita a los fieles con el *Dominus vobiscum* a escuchar la postcomunión que ha de leer en lengua vulgar el lector. Tiene luego lugar la des­pedida de los fieles con la bendición del sacerdote. En vez de rezar el último evangelio cantan los fieles una pieza fi­nal para terminar la ceremonia.

No debe darse para terminar la bendición con el San­tísimo, ni *se* recen las oraciones finales (las tres Avema­rías, etc.).

Como puede verse esta misa dialogada y con cantos presenta la estructura esencial y las grandes líneas de la misa. Este alternar el canto, la palabra y la acción presta al conjunto esta hechura dramática y armoniosa que admi­ramos en la misa de la antigüedad cristiana.

SEXTA PARTE

LA LITURGIA POPULAR Y LA DIVINA PALABRA

CAPÍTULO I

LA PREDICACION LITURGICA

Cuando se habla *de* «predicación litúrgica» muchos sa­cerdotes creen que se trata de un refinamiento estético, de elevadísimas ideas litúrgicas destinadas a un círculo muy reducido de simpatizantes del movimiento litúrgico, pero desprovistas de especial valor pastoral para los feligreses. Si la predicación litúrgica no fuera más que esto, no aña­diría ni una palabra más... La predicación no puede ser nunca un juego, es una labor muy seria que Cristo ha con­fiado a la Iglesia encomendándola la enseñanza de los fie­les. Es el gran medio de propagar y de construir el Reino de Dios en la tierra. Este es el objetivo sublime que ha de imponerse toda predicación que no quiera ser infiel a su divina misión. Esta es la finalidad que debe poner ante sus ojos todo predicador que quiera cumplir con este mi­nisterio lleno de responsabilidades. Sería hacer traición a su sacerdocio el utilizar la predicación con otros fines ac­cesorios como el estetismo litúrgico, por ejemplo. Ponga­mos las cosas claras: la predicación litúrgica debe preten­der cooperar a la misión dada por Cristo a su Iglesia de edificar el Reino de Dios, y esto no sólo para un pequeño círculo de cristianos esotéricos, sino para todos los fieles, de una manera particular para sus feligreses. Siempre he pensado que la liturgia está hecha para la parroquia. Lo -que no está al alcance de los medios utilizables por la pa­rroquia nunca podrá ser objeto general de la renovación

302 **DR. PÍO PARSCH**

litúrgica popular. La meta de la formación litúrgica popular es la parroquia, no una comunidad religiosa. La predi­cación litúrgica a que me refiero no es una predicación reservada a la pequeña minoría selecta o a una entidad religiosa, sino una predicación parroquial, aun suponiendo la necesidad de cierta preparación litúrgica para su mejor inteligencia.

Al hablar de predicación litúrgica pienso con gusto en las conferencias sobre temas litúrgicos, como la misa y los sacramentos, etc., pero debo añadir en seguida que no es esto tampoco lo que entiendo por predicación litúrgica, aun cuando no deben de olvidarse esos sermones y confe­rencias sobre temas directamente litúrgicos. Siendo la sa­grada liturgia la manifestación vital más importante de la Iglesia, el cristiano debe estar bien formado e impuesto en este punto. Durante mucho tiempo hemos venido descuidando los sacerdotes el cultivo de este campo de la liturgia. Consecuencia natural y legítima es la ignorancia de los cristianos en todo lo referente al culto, a la misa, a los sacramentos y al año litúrgico. Condición previa para la predicación propiamente litúrgica tal como yo la concibo es esa serie de conferencias sobre temas litúrgicos en el sentido arriba expuesto. Considero como una tarea importante y como una obligación de primer orden del sacerdote la instrucción y educación litúrgica de su pueblo. La misa debe llegar a ser un día el centro de toda la vida parroquial y religiosa. Es, pues, necesario que se hable con frecuencia y se forme a los fieles sobre la misa. Mucho tiempo habrá que dejar correr antes de que llegue a llenarse este vacío en la formación religiosa del pueblo.

Pero ya lo he dicho antes: el fin de la predicación litúrgica no es la instrucción sobre los objetos litúrgicos sino *la predicación situada local y temporalmente en la liturgia, influenciada y dirigida en su contenido y en sus ideas por la liturgia.*

Dos son los elementos que hacen de la predicación una predicación propiamente litúrgica: 1, que sea un ele-

LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 303

mento de la liturgia, y 2, que esté inspirada en el espíritu litúrgico.

No tengo la pretensión de excluir otra clase de predi­cación; es evidente que hay y habrá siempre un tipo de predicación que considerada bajo estos aspectos no puede considerarse como predicación litúrgica. Aun cuando en la primitiva Iglesia apenas tenía lugar la predicación extrali­túrgica, comprendo perfectamente que hoy esté justificada esta clase de sermones. Me refiero a esos sermones ves­pertinos, por ejemplo, los de Cuaresma, los de la Virgen y el Sagrado Corazón, y pienso también en las conferencias bíblicas, etc. Con lo que yo voy a decir no quiero referirme a este género de predicación que, por otra parte, está plenamente justificado en el cuadro del ministerio pastoral. Tiene éste sus leyes particulares de las cuales yo no voy a hablar.

Siempre existirá también una predicación que nada tie­ne de común con la liturgia, como los sermones sobre las verdades de nuestra fe, las instrucciones morales, las con­ferencias ascéticas o místicas, etc. Tampoco voy a hablar de este otro género. Lo que importa es que se anuncie la palabra de Dios, el punto de vista poco importa. Dios ha dado a cada uno su capacidad y su talento especial.

Puédese, sin embargo, aun en los dos casos citados, dar un carácter litúrgico a la predicación tratando, por ejemplo, en los sermones vespertinos de Cuaresma de te­mas litúrgicos, o también presentando tanto el dogma y la moral como la ascética y mística a la luz de la liturgia, puesto que la liturgia es el dogma, la moral, la ascética y la mística hechas oración.

La predicación litúrgica tiene carta de ciudadanía en la Iglesia, puesto que se remonta a los mismos orígenes del cristianismo. Los oficios de la primitiva Iglesia nacidos del culto de la sinagoga contaban, como elemento esencial, con una predicación situada local y temporalmente en la litur­gia y unida generalmente en sus ideas a las lecturas del culto. La predicación litúrgica es, pues, tan antigua como el cristianismo.

304 DR. PÍO PARSCH

La predicación conservó este lugar al correr de los si­glos siguientes. Todas las fuentes referentes a la misa del primitivo cristianismo atestiguan esta predicación litúrgica. A las lecturas solía seguir siempre la predicación encomendada generalmente al obispo o al sacerdote principal. De este modo la predicación venía a ser el punto culminante de la parte del oficio dedicado a la divina palabra. Es evi­dente que si la predicación estaba tan íntimamente unida a la liturgia de la misa, no menos lo estarían sus temas e ideas. Esta predicación no estaba simplemente unida a las lecturas sino que las explicaba, originándose de esta ma­nera uno de los géneros de predicación más cultivados, cual fue la homilía que consistía en la explicación de las lecturas, sobre todo del Evangelio. La predicación venía a ser un puente que unía las lecturas con la misa-sacrificio y con la vida de los cristianos. Cuando, más tarde, a partir del siglo iv se pasó de la lectura seguida de la Biblia a la lectura de trozos escogidos, quedaron las lecturas mucho más unidas aún al sacrificio; entonces las lecturas no sólo servían para instruir sino que eran además tipos e imáge­nes del sacrificio. Con esto la predicación adquirió un sello mucho más hondo. La misa vino a ser una acción dramá­tica uniforme y la predicación el intérprete de este drama. Fue ésta la época clásica de la predicación litúrgica. El obispo era el que personalmente señalaba y determinaba las partes propias de la misa: escogía las lecturas, señalaba los cantos y las oraciones y componía el prefacio. Evi­dentemente su predicación estaba estrechamente relaciona­da con todas esas piezas formando una sola acción dra­mática uniforme.

Nótese la fina sicología que ha introducido la predi­cación en la estructura de la misa. Las oraciones del co­mienzo son la toma de contacto: con ellas el alma queda dispuesta a recibir la divina palabra. Viene después la lec­tura que queda explicada con la predicación y adquiere con la misma su valor vital. Las palabras de las lecturas y de la predicación se hacen carne y sangre en el sacri­ficio y quedan bañadas del rocío de la gracia por medio

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 305

de la Eucaristía. La predicación funde la palabra de Dios con el sacrificio y la hace vida; une la Escritura, la Euca­ristía y la vida.

A partir de la Edad Media vino el estancamiento de la liturgia y ya no siguió siendo la expresión de la piedad cristiana. Arrastró una vida fosilizada, mientras que **la** vida religiosa de los cristianos se refugiaba en la devoción subjetiva y en la piedad popular. La misa y la Eucaristía iban siendo cada día menos comprendidas. Nada tiene de extraño que desde entonces la predicación se fuera desentendiendo más y más de la liturgia, en el tiempo. en el espacio y en las ideas. Ya no se consideraba la predica­ción como un elemento de la misa, del mismo modo que no lo era para entonces la comunión. Comenzó a predicarse antes de la misa y aun independientemente de ella. Un símbolo muy representativo del cisma espiritual entre la liturgia y la predicación lo tenemos en el hecho de que el púlpito se alejó del altar para colocarse en la nave. Finalmente, como la liturgia no decía gran cosa ni al clero ni al pueblo, la predicación terminó por no tener nada de litúrgica y por hacerse moralista, apologética, dogmática, formalista y hasta profana. Su apartamiento de la liturgia causó grave daño a la misma predicación. Cuanto más se separó del altar, más quedó expuesta a las influencias del tiempo y más incompleta se hizo. La liturgia posee la fuerza íntima de mantener el justo medio en todos los in­tereses religiosos; no permite que una manifestación de la vida religiosa, por ejemplo, la moral, la ascética y la mís­tica, predomine sobre las demás. Pero desde que la predi­cación se independizó de la liturgia cayó en las estreche­ces de la época. Esto significó el declive de la predicación. Siendo además la liturgia la Biblia hecha oración, al apartarse de ella se apartó de la Sagrada Escritura y en lugar de beber en las puras fuentes de la vida se abrevó en las cisternas de la sabiduría humana ;se hizo hueca, alambica­da, racionalista., y perdió la unción espiritual. Y con ello el pueblo comenzó a sentir en la predicación un cansancio que ha llegado hasta nuestros días.

DR. PíO PARSCH

La predicación de los últimos años era un discurso sobre una tesis. El mismo Evangelio no venía a ser más que un trampolín para la tesis... Se sacaba del texto evangélico una frase que servía de tema al sermón. El ciclo litúrgico apenas si se tenía en cuenta. La predicación se orientaba perfectamente hacia la moral, y esto la llevó al descrédito. Entre la misa y la predicación se abrió el vacío, con lo que la predicación dejó de ser litúrgica...

Gracias al movimiento litúrgico ha cambiado la situa­ción y nuestra predicación va ganando esencialmente en dignidad y en fondo. Vuelve a constituir una parte impor­tante de la liturgia y se vale de ella ampliamente.

Examinemos, pues, concreta y prácticamente la predi­cación litúrgica. Una de sus principales características es su unión con la misa que hace que sea la predicación normal del sacerdote en la parroquia los domingos y fiestas. Exige una triple unión de tiempo, de lugar e idea con la liturgia. En cuanto al tiempo, la predicación litúrgica va dentro de la misa, ni después, ni antes, ni entre dos misas. Su momento propio es después del Evangelio. De esta ma­nera será más corta, no estará sobrecargada de oraciones y cantos y sobre todo tendrá una natural unión con las ideas de la liturgia. No se pretexte que no gusta el prolongar la duración de la misa. Hay que persuadirse de que la parte de la misa que presenta la palabra de Dios en las lecturas queda desprovista de sentido sin la predica­ción. La audición en el momento de la lectura litúrgica es algo del todo esencial. Los sacerdotes tenemos que estar cada día más convencidos de esto. ¡Ninguna ante-misa sin anunciar la divina palabra! Debemos habituarnos a una redacción más corta de nuestros sermones como también a evitar todas las prolongaciones accesorias de la misa, por ejemplo, la bendición del Santísimo o cánticos dema­siado prolongados.

En lo concerniente al lugar de la predicación no hay dificultad ninguna. Esos púlpitos que la mayoría de las veces se encuentran dejadísimos del altar, resultan muy poco a propósito para la predicación litúrgica. Hable el

LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 307

párroco desde el altar, o si no, haga instalar un ambón junto al altar. La costumbre de quitarse el sacerdote los ornamentos antes de subir al púlpito, la de cantar antes del sermón un cántico especial, los interminables avisos, etcé­tera, todo esto data de una época en la que la predicación era considerada como cosa distinta de la liturgia. Pero lo más importante es que la predicación esté unida a la liturgia por las ideas. En este punto es donde se ofrecerán las mayores dificultades y objeciones. La primera objeción es la estrechez del contenido de la predicación litúrgica; se dice que otros muchos temas religiosos y numerosos problemas pastorales quedarán perjudicados con el cultivo de la predicación litúrgica; se dice que las verdades del catecismo, dogma y moral, apenas hallan en ella un lugar. Quiero dar a esta objeción toda la importancia que tiene, tanto más cuanto que también yo pensé así al principio. Sin embargo, he de afirmar que si la liturgia es el dogma, la moral, la Biblia, hechas oración, también ha de contener todas las manifestaciones de la vida religiosa. De hecho el Año Litúrgico, con sus domingos y sus fiestas, es un catecismo vivo que hace desfilar ante nosotros, bajo una forma dramática y figurativa, todas las verdades del cristianismo. Raramente encontraremos un punto de la doctrina cristia­na que no esté contenido ni señalado de algún modo en el Año Litúrgico. El predicador ha de tener esto en cuenta para no instruir a su comunidad de un modo monótono e incompleto. La enseñanza honda y penetrante de las verdades del catecismo habrá que dejarla para la predica­ción de la doctrina cristiana. Pero esto ocurría igualmente en los sermones de tipo temático. Y aún me atrevería a afirmar que, teniendo en cuenta la liturgia de la misa, nuestra predicación puede llegar a ser más dogmática y sustancial que en otros tiempos. El predicador litúrgico no se contenta con moralizar ni se limita a la periferia de la doctrina, sino que va constantemente al centro y a lo esencial: Cristo, la vida de la gracia, la Iglesia, el bautismo, la Eucaristía, las grandes exigencias cristianas, la gra­cia actual, etc., he ahí las grandes ideas de la liturgia.

308 **DR. PÍO PARSCH**

Por lo demás, no se vaya a creer que la predicación litúrgica debe someterse servilmente a los textos que la liturgia le ofrece, tiene una gran libertad en la elección de los temas.

Podríamos incluso volver la objeción a favor de mi tesis: la liturgia pone en manos del predicador una rica fuente de temas que lo encumbra muy por encima de su estrechez espiritual. Recordemos las fuentes antiguas de la predicación. Buscábamos con ansia en el Evangelio una frase adaptada a nuestro tema. Habíamos ya dado tantas vueltas a las perícopes evangélicas que nos resultaba difícil encontrar una materia conveniente. Pensábamos además que en el Evangelio no debíamos buscar más que la doctrina (ignorábamos que también ofrece comparaciones o sími­les para la distribución de las gracias de la misa). Había cierta curación milagrosa, la del hijo del oficial, por ejem­plo, que apenas ofrecía un apoyo para la reflexión. Pero como, de todas formas, había que partir del Evangelio, esto daba lugar a las más curiosas adaptaciones. Ahora ya es otra cosa, el Evangelio no es más que una de las fuentes y el Evangelio encuadrado y ambientado en la vida de Cristo está llamado a ser más luminoso e instructivo que nunca. El drama litúrgico de la misa en su contenido total —la epístola, el introito, las oraciones, etc.— está a nuestra disposición como fuente inagotable de temas. Po­demos recurrir además al breviario con sus lecciones de la Sagrada Escritura y otros textos. De esta manera la Sa­grada Escritura, abierta de nuevo para nosotros por la li­turgia, será un inmenso arsenal para nuestra predicación. Podemos, pues, afirmar que el conocimiento de la liturgia y de la Biblia ha enriquecido a la cátedra sagrada de una manera insospechada, ha elevado la predicación a muy alto nivel, ha hecho de ella la verdadera palabra de Dios y la ha vuelto a situar en el centro del santuario. De esta manera la predicación se encuentra en cierto modo en un plan de igualdad con la Sagrada Eucaristía. He ahí las dos mesas en las que se distribuyen los dos tesoros más grandes de la Iglesia: la mesa de la Eucaristía y la mesa

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 309

de la palabra de Dios. «Sin estas dos cosas me sería imposible vivir porque la palabra de Dios es la luz y el Santísimo Sacramento el pan que da vida a mi alma» (Imi­tación, 4, 11).

Antes de terminar, añadamos que cuando el sacerdote o diácono se dispone a leer el Evangelio, dice arrodillado o inclinado profundamente: «Purifica mi corazón y mis labios, Dios omnipotente, Vos que purificasteis los labios del profeta Isaías con un carbón hecho ascua. Dignaos purificarme también por vuestra misericordiosa bondad para que pueda anunciar dignamente vuestro santo Evangelio». Es posible que hasta ahora hayamos considerado esta ben­dición de nuestros labios como una ceremonia sin sentido, puesto que de hecho rara vez hemos predicado en la misa. Pero podríamos emplearla como bendición de nuestra pre­dicación litúrgica. Si queremos anunciar al pueblo, llevarle el Evangelio de una manera viva, si queremos ser los ángeles de la buena nueva en un sentido más amplio por medio de la predicación litúrgica, necesitamos que Dios mismo bendiga y purifique nuestro corazón.

CAPÍTULO II

BREVE PREDICACION LITURGICA

El mandato de Cristo: «Id por todo el mundo y pre­dicar el Evangelio a todas las criaturas» (San Marcos, 16, 15), es tan claro y tan general que vale para todos los tiempos, todos los países, todas las condiciones y todos los sacerdotes. De aquí se sigue que la naturaleza de la predicación se presenta de distinto modo según las regio­nes, los pueblos y las épocas. Cuando se comparan los ser­mones impresos o manuscritos de diversas épocas se ve bien clara la rapidez con que se modifica la forma de pre­dicación. Si tomamos un sermonario de hace, por ejemplo, cuarenta años, nos encontraremos en un mundo extraño. El hombre de hoy piensa y siente de muy distinta manera que el de otros tiempos. Somos más realistas, nos disgus­tan los largos exordios, preferimos la brevedad y lanzarnos en seguida a lo vivo del problema.

Esta particularidad del hombre moderno debe influen­ciar nuestra predicación incluso en lo que se refiere a su brevedad o largura. La duración de los sermones ha varia­do con las diversas épocas. Nuestros hermanos más an­cianos nos pueden contar cómo en los tiempos en que eran sacerdotes jóvenes la regla era que el sermón del domingo en la misa mayor debía durar toda una hora. Después, hace unos veinte años, ese mismo sermón duraba todavía media hora. Estos sermones eran generalmente discursos sobre tesis: el exordio duraba varios minutos, se desaíro-

312 **DR. PÍO PARSCH**

liaban tres o más puntos, y, por fin, se terminaba con una peroración larguísima y muy sentimental. Ese era el género de nuestra predicación. Los tiempos y las ideas cambian y no queremos reírnos de esos antiguos géneros de predica­ción; queremos, sí, servir a nuestro tiempo y cultivar la forma de predicación que corresponde a nuestra época y a nuestro pueblo. Modernicemos la forma y duración de nuestros sermones.

Llamo corta a la predicación que dura de cinco a quin­ce minutos. Esto, no obstante, no quisiera caer en el ex­tremo opuesto y recomendar únicamente sermones muy cortos. No; si nosotros, sacerdotes y párrocos, dedicáramos a la predicación un tiempo muy reducido despreciaríamos ese mandato tan trascendental de Jesucristo sobre la pre­dicación de la divina palabra. Sin embargo, esos sermones que solemos llamar largos, deberían ser menos largos y más objetivos que hasta ahora; por eso hay que guardarse bien contra la tentación de aprovechar al pie de la letra ciertos modelos antiguos de predicación.

I. Con el objeto de poner bien claras mis ideas sobre este interesante tema, voy a distinguir los sermones en tres clases: 1, instrucción religiosa; 2, sermón de circuns­tancias fuera de la misa, y 3, sermón dentro de la misa.

1. *La instrucción religiosa.* Todos sabemos que la prin­cipal labor de la predicación es la de formar e instruir en las verdades de la fe. Jesucristo dijo: «Enseñad a todos los pueblos... enseñándoles a observar todo cuanto os he mandado» (San Mateo, 28, 19).

¿Dónde y cómo cumplimos hoy este mandato del Se­ñor? Con los niños del catecismo, de acuerdo. Pero ¿y con los adultos? ¿Puede realmente decirse que nuestra pre­dicación hoy día forma a los cristianos en la fe? Una gran parte de nuestros sermones trata materias piadosas, de edi­ficación, pero que ofrecen muy poca formación religiosa. Puede comprobarse que en la parroquia media moderna no tenemos cátedra para la instrucción religiosa de los adultos. Nuestras iglesias se han convertido en lugares de

**CA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 313

**r^**

adoración en las que no es fácil hallar una postura cómoda para la instrucción; por otra parte, son muchos los medios y recursos modernos de formación que no pueden emplear­se en la iglesia. Además, a veces, nuestras iglesias son demasiado frías en invierno.

En este sentido el hogar parroquial tiene una magna y nueva tarea que realizar: la de convertirse en el centro de formación religiosa de los adultos en el que puedan emplearse todos los procedimientos modernos, como las proyecciones, cinema, fotografías, discos, cuadros, libros, etcétera. En estas tertulias religiosas se puede muy bien abarcar detalladamente todos los aspectos de la religión, cosa que no es muy factible desde el púlpito de la iglesia. Creo que en el futuro tendremos que insistir mucho en este aspecto de la predicación si queremos salir de la actual

crisis.

El mismo clero parroquial debería todos los años, durante los meses de invierno, organizar cursillos de formación religiosa a base de temas dogmáticos, bíblicos, litúrgicos, etc. De ese modo podría profundizarse más en cier­tas materias con pormenores y con profundidad, y así los fieles irían adquiriendo un conocimiento sólido de nuestra santa religión. En las ciudades y pueblos grandes los sacerdotes de las distintas parroquias podrían trabajar en equipo para facilitar toda la labor. Tales instrucciones no han de ser evidentemente de corta duración; pueden durar con tranquilidad los tres cuartos de hora o aún más.

2. El segundo género de predicación es el *sermón de circunstancias* que se suele tener en las funciones de la tarde, sermones de Cuaresma, del mes de mayo, de los primeros viernes de mes, etc. No es necesario que estos sermones sean cortos; pueden y deben tener cierta ampli­tud. A esas horas de la tarde, generalmente los fieles disponen de más tiempo. suelen ir a la iglesia expresamente a oír el sermón, después del cual se rezan ciertas oraciones y se da la bendición con el Santísimo. Tampoco voy a hablar aquí expresamente de este género de predicación.

314 **DR. PÍO PARSt** fl

3. El tercer género es el *sermón de la misa.* Aquí es donde conviene la brevedad, en *la* que voy a insistir en las líneas siguientes. Antes que nada he de decir que no pretendo con esto decir que todos los sermones de la misa deban de ser cortos. Existe ciertamente la posibilidad de que en alguna circunstancia el sermón pase del cuarto de hora, y hecha esta salvedad vamos a tratar ahora de esta breve predicación litúrgica.

II. No voy a contentarme con unas cuantas notas téc­nicas superficiales; quiero ir un poco más al fondo. Lo que voy a decir no puede crecer y desarrollarse sino en el te­rreno de una comunidad parroquial viva.

¿Qué es una comunidad parroquial viva? La palabra «viva» no está empleada aquí en el sentido figurado de fervorosa, sino en el metafísico de la vida divina de la gracia. Una familia parroquial viva es una célula y una reproducción del Cuerpo Místico de Cristo que no puede desarrollarse si no es junto a las fuentes de la vida divina, las fuentes bautismales y el altar. Sólo son miembros vivos de la familia parroquial aquellos que rodean las fuentes de la iniciación cristiana y el altar, es decir, los que edifi­can su vida religiosa sobre el bautismo y la Eucaristía.

De ahí nace la principal actividad del párroco. Es el dispensador de la vida de su parroquia. Es, a la vez, padre y madre; da la vida divina en el bautismo y en el confe­sonario y alimenta esa vida con la Eucaristía y con la pa­labra de Dios. La cumbre de su acción sacerdotal es la misa del domingo en la que distribuye para su parroquia y para sus hijos espirituales el doble pan de vida, de la doctrina y de la Eucaristía. Tales son las condiciones pre­vias para comprender mis exigencias con respecto a esta breve predicación litúrgica. Hay que comenzar por la re­novación del culto parroquial; los fieles deben comprender que no podemos salir de apuros con un cristianismo legal consistente en cumplir con Pascua y oír misa los domingos. Deben percatarse de que lo que nos hace realmente cris­tianos es la gracia que nos constituye en hijos de Dios. Miembro vivo de la familia parroquia] es solamente el que

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 315**

posee la vida de la gracia y la alimenta de un modo regu­lar con la Eucaristía. Hay un íntimo lazo de unión entre la misa, centro de vida religiosa del individuo y de la pa­rroquia, y la misa hecha verdadero sacrificio de la comunidad. Estas son las dos cosas que el párroco debe tener en cuenta al emprender la tarea de reformar su predicación: 1, los fieles deben hacer de la vida de la gracia el contenido y el fin constante de su cristianismo, y 2, los fieles de­ben entender la misa y aprender a tomar parte activa en ella. En la misa es donde palpita el corazón de la comunidad parroquia] viviente.

La inteligencia exacta de la misa lleva a la inteligen­cia de la predicación. Precisamente el sermón forma parte de la liturgia de la misa. Desde que la liturgia quedó fosilizada para el clero y para los fieles, se fue produciendo la separación de la predicación y de la liturgia con inmenso perjuicio de ambos sectores. Se hizo doctrinaria y moralista perdiendo su gracia y unción y sobre todo el con­tacto con el culto. Los fieles se creyeron sin obligación de asistir a la predicación. Puede afirmarse que las misas rezadas sin sermón en las ciudades han sido culpables de la apatía de muchos católicos (1).

La liturgia, a su vez, al separarse de la predicación perdió a su intérprete y al puente que la unía con el pue­blo. Cada vez se fue abriendo más el abismo entre el altar y la nave, entre el sacerdote y la comunidad, entre el culto divino y la vida.

Volvamos a recordar el lugar que corresponde a la predicación en el edificio de la misa. La misa tiene dos partes independientes entre sí, pero ordenadas la una para la otra: la ante-misa es el oficio dedicado a la palabra divina, la segunda parte es el sacrificio. El objeto de la primera es la fe, el del sacrificio la gracia. La gracia construye siempre sobre la base de la fe. La palabra de la

(1) Interprétese rectamente ésta y otras diatribas del autor a lo largo de la obra contra las misas rezadas. No se opone sino a las consecuencias *abusivas* que se han seguido de su introducción en la liturgia. Véase la nota en la página 319 (N. del T.)

314 **DR. PÍO PARSCH**

3. El tercer género es el *sermón de la misa.* Aquí es donde conviene la brevedad, en la que voy a insistir en las líneas siguientes. Antes que nada he de decir que no pretendo con esto decir que todos los sermones de la misa deban de ser cortos. Existe ciertamente la posibilidad de que en alguna circunstancia el sermón pase del cuarto de hora, y hecha esta salvedad vamos a tratar ahora de esta breve predicación litúrgica.

II. No voy a contentarme con unas cuantas notas téc­nicas superficiales; quiero ir un poco más al fondo. Lo que voy a decir no puede crecer y desarrollarse sino en el te­rreno de una comunidad parroquial viva.

¿Qué es una comunidad parroquial viva? La palabra «viva» no está empleada aquí en el sentido figurado de fervorosa, sino en el metafísico de la vida divina de la gracia. Una familia parroquial viva es una célula y una reproducción del Cuerpo Místico de Cristo que no puede desarrollarse si no es junto a las fuentes de la vida divina, las fuentes bautismales y el altar. Sólo son miembros vivos de la familia parroquial aquellos que rodean las fuentes de la iniciación cristiana y el altar, es decir, los que edifi­can su vida religiosa sobre el bautismo y la Eucaristía.

De ahí nace la principal actividad del párroco. Es el dispensador de la vida de su parroquia. Es, a la vez, padre y madre; da la vida divina en el bautismo y en el confe­sonario y alimenta esa vida con la Eucaristía y con la pa­labra de Dios. La cumbre de su acción sacerdotal es la misa del domingo en la que distribuye para su parroquia y para sus hijos espirituales el doble pan de vida, de la doctrina y de la Eucaristía. Tales son las condiciones pre­vias para comprender mis exigencias con respecto a esta breve predicación litúrgica. Hay que comenzar por la re­novación del culto parroquial; los fieles deben comprender que no podemos salir de apuros con un cristianismo legal consistente en cumplir con Pascua y oír misa los domingos. Deben percatarse de que lo que nos hace realmente cris­tianos es la gracia que nos constituye en hijos de Dios. Miembro vivo de la familia parroquial es solamente el que

**IA RENCWACIÓN DE LA PARROQUIA.\_** 315

posee la vida de la gracia y la alimenta de un modo regu­lar con la Eucaristía. Hay un íntimo lazo de unión entre la misa. centro de vida religiosa del individuo y de la pa­rroquia, y la misa hecha verdadero sacrificio de la comunidad. Estas son las dos cosas que el párroco debe tener en cuenta al emprender la tarea de reformar su predicación: 1, los fieles deben hacer de la vida de la gracia el contenido y el fin constante de su cristianismo, y 2, los fieles de­ben entender la misa y aprender a tomar parte activa en ella. En la misa es donde palpita el corazón de la comunidad parroquial viviente.

La inteligencia exacta de la misa lleva a la inteligencia de la predicación. Precisamente el sermón forma parte de la liturgia de la misa. Desde que la liturgia quedó fosilizada para el clero y para los fieles, se fue produciendo la separación de la predicación y de la liturgia con inmenso perjuicio de ambos sectores. Se hizo doctrinaria y moralista perdiendo su gracia y unción y sobre todo el con­tacto con el culto. Los fieles se creyeron sin obligación de asistir a la predicación. Puede afirmarse que las misas rezadas sin sermón en las ciudades han sido culpables de la apatía de muchos católicos (1).

La liturgia, a su vez, al separarse de la predicación perdió a su intérprete y al puente que la unía con el pue­blo. Cada vez se fue abriendo más el abismo entre el altar y la nave, entre el sacerdote y la comunidad, entre el culto divino y la vida.

Volvamos a recordar el lugar que corresponde a la predicación en el edificio de la misa. La misa tiene dos partes independientes entre sí, pero ordenadas la una para la otra: la ante-misa es el oficio dedicado a la palabra divina, la segunda parte es el sacrificio. El objeto de la primera es la fe, el del sacrificio la gracia. La gracia construye siempre sobre la base de la fe. La palabra de la

tí) Interprétese rectamente ésta y otras diatribas del autor a lo largo de la obra contra las misas rezadas. No se opone sino a las consecuencias *abusivas* que se han seguido de su introducción en la liturgia. Véase la nota en la página 319 (N. del T.)

**316 DR. PÍO PARSCH**

fe debe convertirse en la carne de la gracia. De este modo las dos partes de la misa se hallan edificadas la una sobre la otra.

La ante-misa está toda ella impregnada en la palabra divina: después de una discreta preparación con las oraciones al pie del altar y la colecta, la feligresía debe ir escuchando en bella graduación la divina palabra en la epístola, evangelio y sermón. La predicación forma, pues, parte de la liturgia de la misa, es el punto culminante de la ante-misa y al mismo tiempo su intérprete. Del mismo modo que la epístola y el evangelio van juntos e interpretan el sacrificio, así también la predicación debe ir incorporada a la misa. Esta predicación reforzará, pues, aún más los lazos de unión que existen entre las lecturas, el santo sacrificio y la comunidad que lo celebra.

Con esto estamos preparados para poder comprender cómo la predicación vive o muere al mismo tiempo que el oficio litúrgico comunitario. Si el pueblo no presta aten­ción a la ante-misa yconvierte la misa en el marco de sus devociones, entonces la predicación dentro de la misa no tiene su sentido propio y no servirá más que para au­mentar ese divorcio. Pero si hemos conseguido que el pue­blo vuelva a participar en la misa, entonces el que presi­de esa misa litúrgica se verá forzado a insertar su predi­cción dentro del marco de la misa. Ciertos defectos y ex­cesos de predicación se evitan de una sola vez. Ni pensa­rá el párroco en predicar un sermón de una hora ni aña­dirá a su sermón todo un apéndice de avisos y oraciones. Evitará escoger temas sin interés y hacer un verdadero desarrollode tesis. La predicación en la misa es breve y palpitante fundiendo en uno las lecturas, el sacrificio y la vida cristiana.

¡Cómo ganará así la predicación en fuerza y en efica­cia! Con la ante-misa los fieles están ya dispuestos a escu­char el sermón. (Supongo siempre que la asistencia parti­cipa activamente en la misa.) Oración, lecturas, predica­ción. Los fieles aprenden en las lecturas qué es lo que la Iglesia quiere y cómo esas lecturas encuentran su cumplimiento por medio de las gracias del santo sacrificio y su

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 317**

realización práctica en la vida. Después del sermón viene el sacrificio. Caldeados por las palabras del sacerdote, el corazón de los fieles está ya dispuesto a recibir la gracia del sacrificio. El efecto de la predicación puede desarrollarse y penetrar más a fondo durante el sacrificio. Esta predicación puede y debe ser corta. Nunca ha de pasar de un cuarto de hora, pero también puede obtener sus buenos efectos, aunque no dure más que cinco minutos.

Considero esta breve predicación litúrgica como el tipo especial de predicación que poseerá para la actualidad y para el futuro gran importancia y eficacia a medida que se vayan ampliando los conocimientos litúrgicos de los fieles. El sacerdote moderno de espíritu litúrgico sentirá la íntima necesidad de volverse al pueblo después del evangelio para dirigirle unas palabras. Este corto sermón u homilía litúr­gica es una exigencia de la misa comunitaria.

III. Con miras a la práctica voy a presentar tres prin­cipios que, aunque parecen algo utópicos al comienzo, sin embargo, pronto han de ser cosa corriente para todas las comunidades parroquiales vivas; son los siguientes: 1, el sermón de la mañana debe decirse sin excepción en el momento previsto por la liturgia, *es*decir, después del evangelio; 2, en todas las misas de los domingos y fiestas debe haber un corto sermón; 3, poco a poco el sacerdote deberá llegar a unas breves palabras en cada misa diaria.

Permítaseme comentar rápidamente cada uno de estos tres puntos:

1. El primer principio es claro. Un sermón del do-mingo que se predique fuera de la misa, apenas si tendrá oyentes. Hay que predicarle dentro de la misa y después del evangelio. Pero además es preciso que el predicador ponga un límite a la duración de su sermón. Para obtener, la brevedad necesaria hay que renunciar a la predicación de amplios desarrollos de tesis y dar preferencia al género homilético. De hecho el sermón siempre ha de girar en torno a estos dos polos: las lecturas de la ante-misa y el santo sacrificio. No podemos hacernos idea de lo que

318 **DR. PÍO PARSCH**

puede decirse en diez o quince minutos si se tienen las ideas bien concretas.

Resumiendo: el sacerdote ha de cuidarse de no prolongar demasiado la celebración de la misa haciendo que re­sulte pesada al pueblo, pero, de todas las maneras, la pre­dicación debe ser parte de la misa.

2. El segundo principio, un sermón en cada misa de los domingos y fiestas, es posible que encuentre alguna resistencia. Voy, pues, a escudarme en un decreto de la autoridad eclesiástica. En el Código de Derecho Canónico tenemos en el canon 1345 lo siguiente: *Optandum, ut in missis, quae, fidelibus adstantibus, diebus festis de prae­cepto in omnibus ecclesiis vel oratoriis publicis celebrantur, brevis Evangelii aut alicuius partís doctrinae christianue explanatio fiat: quod si loci Ordinarias ir praeceperit, op­portunis datis instructionibus, hac lege tenentur non solum sacerdotes e clero seaculari, sed etiam religiosi, exempti quoque, in suis ipsorum ecclesiis.* Este canon expresa, pues, el deseo, que puede también ser una orden si lo juzga e! ordinario, de que en todas las misas de los domingos y fiestas tenga lugar una breve homilía *(brevis explanatio).* El canon sugiere, incluso, los temas a tratar: explicación del Evangelio, homilía o comentario litúrgico, o una expli­cación de una parte cualquiera de la doctrina cristiana. Y. finalmente, se dice que el obispo puede convertir este consejo en una prescripción diocesana que obligue también a los religiosos.

Sería interesante hacer una estadística sobre la realiza­ción de este deseo en nuestras iglesias. Muchos párrocos de ciudad se han determinado a introducir el sermón en cada misa del domingo por razones puramente pastorales. Les parecía algo intolerable que muchos fieles pasaran todo el año sin oír un solo sermón. Por eso introdujeron la costumbre en sus parroquias de predicar un breve ser­món en cada misa; tal iniciativa ha resultado muy útil y ha sido recibida por los fieles con gran contento.

Siempre he sostenido que las misas rezadas de las ciu­dades, sobre todo las de las once en adelante, han debido

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 319

ser inventadas —perdóneseme la expresión-- por el diablo... (1). Estas misas son las que han creado el cristianismo liberal. El cristiano se oculta tras la apariencia legal de haber cumplido con su deber, permanece sentado toda esa media hora sin escuchar nunca la palabra divina y sin elevar el nivel de los conocimientos religiosos de su juven­tud. !Qué bien le vendría el oír al menos unas cuantas pa­labras o exhortaciones religiosas que le sirvan de aliento en la jornada ! ¡Creamos en el efecto sacramental de la pa­labra de Dios!

Ya sé que la realización práctica de todo este segundo principio se presta a dificultades e inconvenientes no des­preciables. Es ésta una labor más, impuesta al clero parroquial ya bastante cargado de trabajo en las ciudades. Si esta nueva tarea no se ejerce con amor y buena voluntad no se lograrán grandes resultados, y sobre todo, teniendo en cuenta que estos cortos sermones ante un auditorio selecto no son tan fáciles. No bastan dos palabras para salir del paso. Precisamente cuanto menos se habla debe pensarse más lo que ha de decirse.

3. El tercer principio lo rechazan muchos párrocos como una utopía. Sin embargo, me atrevo a defenderlo. Para que no se me eche en cara que soy un visionario voy a hablar de mi experiencia práctica.

IV. Llevo dirigiendo durante más de veinticinco años una comunidad litúrgica. No se trata de una parroquia, sino de un grupo de 20 a 300 personas, de las cuales la mitad son jóvenes. Todos los domingos y fiestas celebro una misa comunitaria solemne y los días entre semana otra

(1) «Inventadas por el diablo»: Según los últimos Decretos Pontificios hay que celebrar la santa misa a horas en que el pueblo pueda asistir a ellas. Pero en las ciudades se ha creado cierto ambiente frívolo en torno a las misas de 11 en adelante: prisa, mero cumplimiento, comodidad, exhibición, falta de piedad y de interés por la formación religiosa que se adquiere por la predicación, etc., lo cual ha contribuido a hacer que de estas misas —no por la misa en si, sino por su ambiente— salga muchas *veces* más favorecido el espíritu mundano que el autén­tico espíritu cristiano. (N. del T.)

320 **DR. PR) PARSCH**

más sencilla. Los domingos predico de 10 a 15 minutos y los días de labor de 5 a 7. Salvo raras excepciones, he venido predicando todos los días desde hace por lo menos veinte años.

¿Sobre qué he predicado? Los domingos, durante los primeros años, sobre la misa, ya sea exponiendo sus ideas fundamentales, ya demostrando el paralelismo que se da entre las lecturas y el sacrificio. Con esto tuve materia para varios años. Frecuentemente un solo texto, una ora­ción, un introito, me inspiraban el sermón. Los días de fiesta ensayé un género especial de sermones que bien po­dría llamar «de fiesta». Eran sermones basados en la fes­tividad y concebidos con el objeto de imbuir en los oyentes el espíritu de la fiesta. Este género lo practicaron ya los Santos Padres y tenemos toda una serie de ejemplos clási­cos en San León Magno, San Fulgencio, San Pedro Crisólogo y más aún entre los Padres griegos. A la larga, sin embargo, no me fue posible tener todos los domingos ser­mones puramente litúrgicos, máxime predicando a un audi­torio formado ya litúrgicamente y conocedor de mis publi­caciones. Por eso tuve que pasar a otros temas que no te­nían relación inmediata con la liturgia del día: liturgia en general y otros temas religiosos. Así, por ejemplo, prediqué una serie de sermones sobre el *Padrenuestro*y sobre las horas canónicas. Terminadas las vacaciones de 1935 co­mencé un ciclo de veinte pláticas sobre las relaciones de los cristianos con el Cuerpo Místico. Me limité en seguida a temas puramente dogmáticos, porque me di cuenta de que nuestros fieles tenían una formación muy deficiente en lo que se refiere a las verdades de la fe.

Y ¿los días de entre semana? Mi auditorio no es muy crecido: todavía asisten diariamente cincuenta personas. La misa dura, con la homilía, la comunión y los cantos, a lo más tres cuartos de hora. Mi alocución es cortísima: de 5 a 7 minutos. El tema escogido, al principio, era la liturgia del día, los textos de la misa, el común, la vida del santo del día y su virtud particular. Muchas veces he tratado de textos seleccionados, por ejemplo, durante la octava de Epifanía. Alguna vez he abordado asuntos inde-

pendientes de la liturgia del día, apoyándome en el ejemplo

de los Padres de la Iglesia, que con frecuencia trataban en una serie de sermones ininterrumpidos el Salterio o libros enteros de la sagrada Biblia.

Más de uno temerá que la predicación litúrgica exige una larga preparación: puedo afirmar que no es tanto. De ordinario escribo por entero los sermones del domingo. Pero los de entre semana no me cuestan más que unos pocos minutos de preparación. Creo que cuando uno vive con la Iglesia no es difícil sacar unas cuantas ideas de la liturgia del día. Si el sacerdote hace su rato de meditación en unión con la Iglesia —misal y breviario— le resultará facilísimo decir unas palabras.

Tengo una experiencia de más de veinte años y estoy convencido de que esa breve predicación diaria no ofrece gran dificultad y es de suma importancia para el núcleo cristiano parroquial. Pueden decirse tantas cosas y pueden darse tantos consejos y orientaciones religiosas a lo largo de los años... La gota de agua termina penetrando en la roca; estos sermones diarios constan de pocas frases e ideas, pero en su conjunto tienen gran eficacia.

No digan los párrocos que no merece la pena tener cada día un breve sermón para cuatro buenas mujeres... En primer lugar, soy de opinión de que el número de fie­les que asisten a la misa diaria irá en aumento si la comunidad parroquial es realmente viva. Por otra parte, la misa entre semana merece también los cuidados del párroco. Se­guramente no ha de asistir más que un pequeño grupo, pero el mejor de la parroquia. Esta minoría selecta tiene también necesidad de aprender a asistir a la misa. ¡Habría que reformar tantas cosas...! Si se reza, por ejemplo, a pesar de todo el rosario durante la misa, si tiene el párroco preferencia por las misas de *Requiem* por ser más cor­tas, si dice la misa tan de prisa que no hay posibilidad de seguirle, si distribuye la Sagrada Comunión antes o des­pués de la misa y nunca dentro de ella, entonces se comprende que acuda tan poca gente a misa durante la semana y que no haya tiempo ni lugar para un breve sermón.

Pero las cosas han de cambiar bien pronto si trata de

**322 DR. PÍO PARSCH**

formar esa pequeña minoría selecta de fieles piadosos. Es­tos serán también el fermento espiritual de la parroquia. Por amor a estos diez o cincuenta justos preservará Dios a esa parroquia de innumerables males. La misa comunitaria, bajo una u otra forma, y la breve instrucción litúrgica de los días de entre semana, caerán entonces por su propio peso. No dudo que sentirá la necesidad de dirigir alguna palabra edificante a sus ovejas más fieles. Estas gotas continuas hendirán las rocas vivas **y** harán de ellas vasos capaces de recibir la gracia. Después de meses, talvez años, el párroco conseguirá que el altar se convierta en el corazón de su parroquia. Para el párroco mismo esta corta predicación diaria será un medio excelente de auto­educación y de vida espiritual. Cuando uno quiere dar algo a los demás, debe tenerlo él mismo; de ahí que el sacerdote deba vivir conscientemente con la Iglesia.

V. Digamos algo sobre la homilía del domingo. Qui­siera llamar la atención sobre un detalle que abre un nuevo campo al pastor de almas. Por experiencia sabemos las dificultades que suele encontrar el predicador en la expli­cación de los evangelios del domingo, y más si ha de pre­dicar durante varios años. No sabe cómo arreglárselas con algunos evangelios, como, por ejemplo, con los de las curaciones milagrosas de los domingos posteriores a Pentecostés: los diez leprosos, el paralítico, el hombre de la mano seca, el sordomudo, el hijo del funcionario real, etcé­tera. De ordinario solía sacar del evangelio una enseñanza, pero de estas curaciones milagrosas le resultaba difícil sa­car algo práctico. Conclusión: cogen una frase del evangelio y desarrollan a propósito de ella unas ideas tomadas de quién sabe dónde. Comprendo perfectamente que esos evangelios no son nada prácticos y que aburren a los oyen­tes si se quiere sacar únicamente enseñanzas.

Voy a dar al predicador dos indicaciones que le mos­trarán estos evangelios bajo una luz totalmente distinta y que le facilitarán su utilización homilética.

Primera: encuadrar estos hechos en la vida de Jesús y comentarlos teniendo en cuenta todo el conjunto de esta vida. De esta manera la figura de Jesús será más conocida

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 323

y más viva para los fieles. Es bien triste que los fieles y los sacerdotes conozcan tan mal la vida de Jesús. Sólo sa­ben milagros y episodios aislados, no el conjunto, ni el encadenamiento de los hechos, ni lo que el Señor se proponía en cada una de sus obras. Al explicar los pasos de la vida de Jesús según el lugar que ocupan en el conjunto, las homilías adquieren automáticamente una vida insospechada.

La segunda indicación me parece todavía más importante. Hemos olvidado completamente que el evangelio es parte de la misa. Su fin primordial es proyectar su luz sobre el sacrificio. No pretende enseñar algo sin conexión con la misa. Si así fuera, si el evangelio quisiera ofrecer­nos solamente lecciones aplicables a nuestra vida, tendría­mos otros más apropiados que todos esos tan numerosos relatos de curaciones. He ahí otro ejemplo que nos mues­tra hasta qué punto la separación de la predicación de la misa ha enturbiado nuestra vista. ¿Qué significan, por ejemplo, todas esas curaciones de los domingos de Pentecostés? Nos quieren hacer ver la acción del Espíritu Santo. Efectivamente, Cristo, en el curso de su vida, curó visiblemente las enfermedades físicas para mostrarnos que su obra es la de curar en la Iglesia de modo invisible las almas enfermas. Esta curación comienza para nosotros en el bautismo y continúa en la Eucaristía. Ahora bien, la misa del domingo está en relación directa con el bautismo, es una renovación del mismo, una continuación y una conclusión de la curación de nuestra alma. Las curaciones del Evangelio son, pues, las figuras de las de nuestra alma en el bautismo y en la Sagrada Eucaristía. He aquí la clave para comprender ciertos evangelios. El predicador encuen­tra de este modo frecuentes ocasiones para tratar de los grandes intereses del cristiano y de la Iglesia: de la vida divina de la gracia, de su comienzo, conservación, desarrollo y término Así es como volvernos a encontrarnos con estas ideas madres de la comunidad parroquial viva.

Naturalmente no es necesario que el sacerdote predi­que sólo sobre los evangelios de la misa. Es completamen­te libre de escoger el tema; mas, si junta la predicación

324 DR. PiO PARSCH

con la misa, pronto se dará perfecta cuenta de que se en­cuentra sobre un puente tendido entre la vida y el sacrificio, entre el Evangelio y el misterio de la misa, y, enton­ces, pasará de una ribera a la otra conservándose siempre en los dominios de la vida.

He aquí el más sublime y más noble trabajo sacerdotal. De ese modo el párroco se convierte en el «siervo fiel y prudente a quien el Maestro puso al frente de su familia para proveerla del pan en el tiempo preciso», del pan de la doctrina y del pan de la vida.

CAPÍTULO III

CIRCULOS DE ESTUDIOS BIBLICOS Y   
LITURGICOS

La misión confiada por Jesucristo y con repercusión de siglos «Id por el mundo entero y predicad el Evange­lio a todas las criaturas», supone que los predicadores de­ben adaptarse a las condiciones de los tiempos y lugares. Es siempre el mismo Evangelio el que debemos predicar, pero no de la misma forma. El modo de predicar empleado la antigüedad y en la Edad Media no produciría hoy día los mismos efectos. La post-guerra exige otra manera de predicar la doctrina de Cristo distinta de la de antes de la guerra. Ante la gran ignorancia religiosa actual se im­pone una predicación catequética, pero con moldes adaptados a las necesidades de los oyentes. Y por encima de todo sería preciso volver a esos dos patrimonios tan aban­donados la formación religiosa: la Biblia y la liturgia. Ahí es donde el cristiano moderno encontrará lo que bus­ca ansiosamente, vida, acción, sentido dramático y parti­cipación. La predicación moderna deberá volver de nuevo a la Biblia y a la liturgia haciendo de ellas el centro de sus preocupaciones y la fuente de su inspiración. Círculos de estudios bíblicos y litúrgicos serán sobre todo las dos formas prácticas y atractivas de enseñar hoy día la doctrina de Cristo.

Vamos, pues, a dar algunas normas y sugerencias re­ferentes a los círculos de estudios bíblicos y litúrgicos ba­sadas en una experiencia de más de veinte años.

326 ***DR.* P1O l'ARSCH**

**1.** *El círculo de estudios en general. La* iglesia. la casa de Dios, es ciertamente la casa paterna del cristiano, es el lugar dedicado a la oración, al sacrificio *de* la misa, al culto divino. La misa, la oración y la predicación tienen su lugar propio en este recinto consagrado. Sin embargo. una familia parroquial viva tiene también precisión de un local fuera de la iglesia en donde pueda cultivar el espíritu de comunidad. Un salón familiar, una casa parroquial son para el ministerio moderno de absoluta necesidad. En un local como esos es donde ha de florecer el nuevo tipo de formación cristiana, la conferencia bíblica y litúrgica. Ante todo quisiera recordar que el templo no es muy a propósito para estas conferencias. Aparte de las malas condiciones acústicas y del frío, no es tan fácil lograr en el templo una viva colaboración entre el conferenciante y los oyen­tes. Los círculos de estudios requieren un ambiente agra­dable, calor en invierno y una impresión de bienestar; los participantes, si es factible, deben estar sentados en torno *a* una gran mesa; por eso no es necesario que acudan mu­chas personas; treinta, y a lo más cincuenta, sería el número máximo. Naturalmente es de desear que sea un sacerdote quien tenga la dirección del círculo.

Estoy convencido de que si en cada parroquia existiera uno de estos círculos de estudios se extendería sobre nuestro país toda una tupida red de vivo y hondo cristianismo y brotarían por doquier células de auténtica vida católica. El primer fruto de estos círculos sería el espíritu de comu­nidad cristiana; con el estudio serio de la religión, con el trabajo colectivo sobre las sagradas fuentes de la Biblia y de la liturgia los cristianos crecerán unidos mucho mejor que con otras asociaciones piadosas. Con la conciencia *de* poseer en común la verdad y la gracia se hacen más y más un solo corazón y una sola alma. En los círculos adquieren el concepto auténtico de la Iglesia, se sienten miembros del Cuerpo Místico y ponen con ello el funda­mento para una verdadera conciencia parroquial. Porque la parroquia, como la Iglesia, no es algo puramente exterior, no es sólo una comunidad con una organización ex-

**1 A RFNOVACIDN DE LA PARROQUIA... 327**

terna: es un organismo sobrenatural, es el Cuerpo Místico de Cristo en miniatura.

¿Cómo organizar uno de estos círculos? En cuanto sea posible debe tenerse una reunión semanal por la tarde y a una hora convenida. Hay que llegar y comenzar a la hora; la puntualidad es una parte de la educación cristiana. En cuanto sea posible debe procurarse que no tenga lugar en la iglesia ni en un mesón o casa donde puedan ser molestados por la gente. El ideal sería una sala que inspirara ambiente de familia; conviene tener en cuenta la vecindad. Puede empezarse con un canto correspondiente al tiempo litúrgico. La liturgia nos enseña que el canto ayuda mucho a ambientarse. Luego hay que abordar el tema propiamen­te dicho, bíblico o litúrgico o ambos juntos. Al mediar la sesión, hecha una pausa, podría cantarse otra pieza. Se terminará con una oración en común tomada de la sagra­da liturgia.

Inmediatamente, si el tiempo lo permite, antes de marcharse, se cultivará un poco el espíritu de comunidad cambiando impresiones sobre cuestiones importantes relativas al ministerio pastoral, a las obras de caridad, o con una conversión de tipo general; puede también servirse un té u otra cosa para revivir el ágape fraternal de los primeros cristianos. No puede uno figurarse lo que acerca unos a otros el comer y beber juntos.

Digamos una palabra sobre la participación en los círculos. Tendrá diversas manifestaciones y medidas: el canto, la oración en común y la conversación general que puede tenerse al fin... Dentro de la sesión se traducirá esta participación leyendo y siguiendo los temas tratados. Cada cual ha de tener delante la Biblia, el misal o el texto pre­ciso para poder seguir la lectura. Ante todo se debe pro­curar que no se convierta ese círculo en una conferencia piadosa en la que se contenten con escuchar sin tomar parte. Sin duda que el que ha de dirigir la palabra siempre ha de ser el que preside, pero siempre habrá alguna oca­sión de hacer alguna pregunta y mantener de ese modo el contacto con los miembros del círculo. Si una vez tratada y explicada la materia surge una discusión, es el director

328 DR. PÍO PARSCH

el que debe resolver las dudas. Por experiencia sé que estas discusiones surgen muy pocas veces, ya que por lo general los asistentes quedan satisfechos con la exposición del di­rector. Hay incluso peligro de que por causa de ciertas pre­guntas u objeciones inoportunas la impresión de la conferencia quede un tanto perjudicada.

2. *Círculos bíblicos.* Nosotros los católicos no pode­mos menos de confesar que hemos descuidado mucho el estudio de la Biblia; hasta los mismos evangelios nos son en gran parte desconocidos. Y, sin embargo, la Biblia siempre ha ocupado un lugar preponderante en la Iglesia; sobre todo en la primitiva Iglesia se la leía con fervor y se la honraba grandemente. También para los católicos de hoy día podría ser una rica fuente de santificación y de formación espiritual.

Ya he contado antes cómo empecé a trabajar en este terreno con conferencias bíblicas sobre la vida de Jesús.

Me vi en la alternativa de estudiar un evangelio determinado o de componer con los cuatro un cuadro de con­junto. Después de mi experiencia con los novicios, me de­cidí por lo segundo. Comencé inmediatamente con la vida pública de Jesús y dejé la historia de su infancia para el tiempo de Navidad. Mi primer postulado era el siguiente: cada cual debe tener su Biblia; no quería simples oyentes, sino colaboradores. Mas hasta conseguir eso tuve mis difi­cultades, porque había «madres de la Iglesia» que querían contentarse con escuchar. Pronto se fue definiendo un prin­cipio litúrgico que provocó cierta separación de espíritus. Algunas personas piadosas dejaron pronto de acudir.

Desde el principio celebramos las reuniones no en la iglesia, sino en una sala. Disponía de encerado y de mapa de Palestina. Como un centenar de personas de todas las clases sociales, gente culta y sin cultura, estudiantes y cria­dos, jóvenes y, sobre todo, el elemento femenino formaba mi auditorio. Acudían pocos niños. Empezábamos con un canto y una oración y terminábamos del mismo modo. Esta reunión era semanal y venía a durar una hora entera.

El objeto de tales conferencias bíblicas era trazar un cuadro de conjunto de toda la vida de Jesús. Pensaba

**LA RENOI ACIÓN DE LA PARROQUIA...** 329

que sólo conocíamos ciertos pasos, pero que ignorábamos su coordinación y las relaciones recíprocas de las acciones y palabras de Jesús. ¡Qué distinto resulta y qué fácil es de entender una palabra o un milagro en el conjunto de la vida del Salvador que considerándolo aislado del conjunto!

Pongamos un ejemplo: la tempestad en el mar. Aun aisladamente se presta este milagro a muy variadas consideraciones. Cristo, que es la calma en medio de las ma­rejadas de los elementos y de los corazones, se encuentra allá con toda su majestad. Sin embargo, si considero que este milagro forma parte de las grandes pruebas de la existencia de Dios que Jesús obra para instruir a sus Apóstoles, entonces su figura se nos muestra todavía más su­blime. Después de su rotura con los judíos el divino Maestro se dedicó a dar una formación a fondo a sus discípulos; al pueblo no habla más que en parábolas, a los Apóstoles, en cambio, les quiere meter profundamente la fe en su divinidad: Cristo es el dueño de los elementos (tempestad del mar), dueño del infierno (expulsión de los demonios en los gerasenianos) y dueño de la muerte (resurrección de la hija de Jairo). Precisamente en este orden es donde se destaca de una manera más vigorosa la prueba de su divinidad y su vida nos aparece de una manera clara y comprensible.

Lapreparación de estas conferencias me llevó bastante tiempo. Trabajaba a veces durante varios días para la preparación de una sola conferencia, tomando mis apun­tes por escrito. Consultaba muchas obras. pero con todo no recomiendo los comentarios voluminosos.

La multiplicación de los panes, por ejemplo: comenzaba por trazar en su conjunto las líneas de este cuadro, las enmarcaba en su orden cronológico revistiéndolo brevemente de sus circunstancias. Luego contaba los pasos principales de la escena y procedía después a su lectura. Utilizaba un solo evangelista, pero completaba el cuadro con la ayuda de los demás. De esta manera explicaba, si lo juzgaba necesario, cada versículo; creo muy importante no olvidar los detalles. También resulta interesante com-

330 **DR. PÍO PARSCH**

probar cómo cada evangelista proyecta su rayo de luz especial sobre el acontecimiento; esto les cautiva a los lectores y les mueve a estudiar más a fondo el Evangelio. Para terminar, resumía el conjunto del relato y pasaba a las aplicaciones: 1, nueva luz que ese episodio proyecta sobre la imagen de Cristo; 2, lecciones para mi vida teniendo en cuenta el principio fundamental de que Cristo obra en nosotros conforme al espíritu y sentido del Evangelio. Cristo y yo, tales son los dos focos de estas lecciones bíblicas sobre los evangelios.

Los discursos del Señor exigen trato especial. Procuro en primer lugar demostrar la trabazón de ideas y el plan propuesto que escribo en el encerado. Paso luego a cada una de las ideas en particular. He de hacer notar que los discursos de San Juan ofrecen su dificultad para explicarlos a la gente sencilla.

Las parábolas resultan más fáciles. Empiezo explicando la figura, doy luego su interpretación y por fin hago las aplicaciones prácticas, prefiriendo antes que otra la interpretación que dan los Santos Padres.

Hay pasos, sobre todo en San Juan, que resultan difíciles. Pero siempre he podido comprobar que precisamente los pasos más difíciles y aparentemente inservibles son después los más profundos y los más emotivos. Estas conferencias sobre la vida de Jesús duraron casi tres años y creo que apenas habrá un solo paso en los evangelios que no haya tratado en ese centenar de conferencias.

¿Cómo reaccionaron los asistentes? Ante todo se vieron llenos de muda admiración. Se encontraban en un mundo nuevo. En los primeros tiempos, al principio o al fin de la conferencia provocaba de intento una discusión, pero después poco a poco renuncié a ato. Estas discusiones pueden ser de provecho en un pequeño círculo más homogéneo, pero no son recomendables entre muchos asistentes de distinto nivel cultural. El director de la sesión ha de explicar el pasaje bíblico de la manera más exhaustiva posible. Si alguien tiene que preguntar o poner alguna objeción puede presentarla por escrito o aparte. De lo

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUI 1. 331**

contrario el efecto y la unción de la sesión se verían fácil­mente comprometidos por interpelaciones inoportunas.

Debe procurarse desde el principio que los asistentes se esfuercen en aprender a leer la Biblia; para ello los oyentes deben volver a leer en su casa el pasaje explicado **y** confrontarlo con los pasos paralelos en los demás evangelios; débese también llamar su atención sobre las difi­cultades que encierra la lectura de la Biblia: si encuentran algún paso difícil deben dejarlo tranquilamente. El sacerdote podrá comprobar que la gente sencilla sale más fácilmente de las dificultades que los de más instrucción. Ante todo se debe evitar el racionalismo malsano en la lectura de la Sagrada Escritura. ¡Es la palabra de Dios. de Cristo, que ha de oírse con gran veneración! Con cuanta más sencillez la leamos tanto más se nos abrirá su sentido. Enseñemos a los asistentes a coleccionar, a sub­rayar o a copiar los pasajes más bellos. Generalmente al principio encontrarán más satisfacción e interés en e! aspecto exterior de este trabajo, pero poco a poco irán penetrando hasta las ideas, y entonces la lectura de la Biblia les proporcionará hondo consuelo.

Y ahora una palabra para el director del círculo bíblico. La preparación exige todo un esfuerzo; como ya he dicho, escribí palabra por palabra todas mis conferencias bíblicas. Pero el provecho es enorme. Creo que solamente después de terminar esta labor pude afirmar en cierto sentido que entonces era cuando conocía los evangelios **y** la vida de Jesús. Todos los sacerdotes deberían hacer este trabajo como preparación para su ministerio pastoral. De ese modo se capacitarían para explicar los evangelios dominicales y les resultaría facilísimo el hacer la homilía. Basta situar el paso en cuestión dentro del conjunto de la vida de Jesús para que aparezca radiante de vida y de luz. Puedo asegurar que esta preparación de mis con­ferencias sobre la vida de Jesús me han formado más quetodos mis estudios bíblicos cursados durante mis años de teología.

El primer ciclo de mis conferencias bíblicas fue la vida de Jesús, y esto mismo aconsejo hoy día **a** los que

**332 DR. PiO PARSCH**

quieran comenzar esta labor: empezar por los evangelios. Si se prefiere explicar un evangelio por separado puede desde luego hacerse, pero no aparecerá tan diáfana la estructura histórica de la vida del Salvador. San Juan completa el relato cronológico de San Marcos, mientras que San Mateo es más bien sistemático. Entre San Mar­cos y San Juan, historiadores, y San Mateo, sistemático, se encuentra el amable evangelio de San Lucas, el evan­gelio del amor misericordioso. Cada evangelio tiene su atractivo especial, atractivo que quizás no sea posible captar sin un panorama de conjunto de los cuatro evangelios. Con todo eso, siga cada cual el camino que le agrade más; el término es idéntico.

Después de mis conferencias sobre la vida de Jesús pasé a los Hechos de los Apóstoles, que son la continuación histórica de la vida del Salvador. La lectura de este libro es naturalmente mucho más fácil para el director y los miembros del círculo. No exige una preparación tan pormenorizada y puede explicarse de un modo más rápido. Por otra parte su explicación resulta interesante. Los relatos, los cuadros y los personajes tienen tal atractivo que los asistentes, aun los más jóvenes y menos reflexivos, encuentran en ellos un gran placer. La primera parte termina de una manera general con la persona de San Pedro, y la segunda con la de San Pablo; precisa­mente esta segunda parte tiene una importancia capital para la lectura de las epístolas paulinas. El relato de los viajes misioneros del Apóstol de las Gentes gusta mucho a los que lo leen. Los Hechos de los Apóstoles son el verdadero libro de la comunidad cristiana y pueden pres­tar magníficos servicios en lo referente a la edificación de una comunidad parroquial.

Viene luego el Antiguo Testamento. Comencé con el Génesis y seguí toda la historia del Antiguo Testamento comentando solamente los libros históricos. No teniendo entre mis oyentes más que personas mayores pude hablar de la historia de los patriarcas y de los reyes sin supri­mir nada. Nosotros los católicos hemos de tener empeño en entender el Antiguo Testamento debidamente: no de-

1 A RENOVACIÓN DE I A PARROQUIA. 333

bemos juzgarle según la moral cristiana. Las grandes figuras, por otro lado tan originales, de los patriarcas, de los jueces y de los primeros reyes, se levantan ante nos­otros como estatuas gigantescas talladas en la roca y, no obstante su acusado humanismo, nos llevan hacia Dios. Mucho interesa no perder nunca de vista el objeto prin­cipal del Antiguo Testamento: preparar la venida de Cristo. La Sagrada Escritura no es la historia universal, ni la de una familia, sino la historia de la salvación o redención. Todo el Antiguo Testamento es una prepara­ción para la llegada del Redentor. Muchas de las historias escandalosas en apariencia se explican con eso. Vistas así las cosas, estas conferencias bíblicas despertarán gran interés entre los católicos: con el catecismo aprendieron la Historia Sagrada; ahora se abre ante sus ojos todo su hondo sentido.

Las epístolas de San Pablo exigen un método distinto. Al principio tenía miedo de explicarlas porque, desde mis años de estudio, tenía la impresión de que eran difíciles. Mas pronto me di cuenta de que no eran tan difíciles ni áridas como creía. Empecé por las más sencillas: la primera a los tesalonicenses y la de los filipenses. 1a de los tesalonicenses resulta más familiar con sólo cambiar la forma «nosotros» en «yo». La leí cambiando el «nos­otros» por el «yo» y resultó que parecía totalmente una carta moderna. Ambas epístolas tienen un giro tan per­sonal que puede uno sumergirse en el alma delicada del Apóstol. Importa mucho el explicar la situación histórica con la ayuda de los Hechos de los Apóstoles. Expliqué luego las demás epístolas comenzando por la de la cau­tividad, a los efesios, colosenses y Filemón, y siguiendo por la epístola a los gálatas, la primera a los corintios y, por fin, la de los romanos. En las cartas a los gálatas y a los romanos no hay que perder tiempo en las discusiones con los judíos; pueden pasarse tranquilamente es­tos pasajes por no ser de tanta utilidad para nosotros. La primera a los corintios nos ofrece un cuadro plástico y realista de la vida de una comunidad cristiana de entonces; encierra además ideas profundas. El gran mérito y

k

**334 DR. PU) PARSCH**

valor de las epístolas paulinas consiste en que nos enseñan un cristianismo práctico y vivido. Puedo, por lo demás, afirmar que toda la esencia de la piedad litúrgica la he encontrado en el estudio de estas epístolas.

En el curso, pues, *de* estos años he explicado la ma­yor parte de los libros de la Biblia. No he abordado, con todo, algunos de los profetas menores, pero he estudiado algunos pasos aislados de Isaías, Daniel, Ezequiel y Je­remías. Por otra parte, tampoco quiero llevar las cosas demasiado lejos. Si encuentro partes que no puedo utilizar prácticamente, las dejo tranquilamente a un lado: la Biblia no es en sí misma un fin, sino un medio de santi­ficación y de formación.

Al cabo de algunos años los jóvenes se incorporaron a la comunidad litúrgica en número considerable, lo cual me obligó a cambiar de método en estas conferencias. Al principio me resultó difícil el adaptar mis conferencias a un público tan diverso. Tuve que acostumbrarme a hablar de la manera más sencilla y lo más popularmente posible, y creo que conseguí poner incluso al alcance de los niños los libros más difíciles.

Durante las vacaciones de julio a septiembre tuvimos casi todos los días una lección bíblica. Todas las tardes se juntaba la comunidad. Las reuniones empezaban a las siete y terminábamos con el canto de completas en la capilla. Para este período escogí siempre un tema bas­tante amplio: en una ocasión hablé del Apocalipsis. Las grandiosas figuras de la liturgia del cielo, del combate del dragón, de las bestias, etc., han quedado grabadas en la memoria de los niños. El Apocalipsis ha llegado a ser para mí un libro predilecto, y esa predilección ha ido en aumento a medida que he repetido su explicación en los círculos bíblicos. Durante otras vacaciones hablé de los libros de Moisés hasta los Jueces. Como a estas lecciones asistían también los niños tuve que saltar ciertos pasajes, pero saqué el convencimiento de que las lecturas del Antiguo Testamento pueden resultar útiles y edificantes, incluso para los niños.

Durante el año expliqué las epístolas. Casi en un año

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 335

traté de la primera a los corintios, y luego la de San Pedro, Santiago y a los romanos. Esta última encierra sin duda pasajes difíciles; sin embargo, también se puede mostrar a los mismos niños el magnífico plan de esta epístola. Es fácil buscar dentro de este plan una adaptación hasta para los pasajes más profundos y grandiosos. Re­pito: el Espíritu Santo, que ha inspirado toda la sagrada Biblia, mora también en las almas de los niños, y por lo mismo no es imposible que la Sagrada Escritura halle eco en sus almas. Por otra parte, como formamos ya a los niños en la piedad litúrgica, las ideas de San Pablo les resultan familiares.

No hay que olvidar en las conferencias bíblicas el ritmo del Año Litúrgico: por eso en Navidad y Pascua cuidé de explicar todos los años la Infancia, Pasión y Resurrección del Señor.

Continuamente estoy exhortando a los fieles a que lean ellos mismos la Biblia. *Nulla dies sine linea.* Para esto me valía de algún recurso, como el de imprimir figuras alusivas a los pasos más interesantes de un libro sagrado.

Cuando vuelvo la vista atrás y miro mi actividad al servicio de la divina palabra, puedo decir que, gracias a la Biblia, un torrente inmenso de conocimientos religiosos se ha derramado tanto sobre mí como sobre todas aquellas almas que se me han confiado. Lo cual me mueve a recomendar encarecidamente a todos los pastores de almas, tanto por el interés propio como por el de sus ovejas, que den con gran celo estas lecciones bíblicas.

Para concluir diré unas palabras al director de estos círculos bíblicos. Más de un compañero en el sacerdocio se ha vuelto atrás antes de empezar por no saber cómo arreglarse para ello. Se creía no estar suficientemente fuerte en ciencias bíblicas. Insisto en que cada uno debe considerarse a sí mismo como el primer alumno: el más aprovechado será uno mismo. Hay que poner manos a la obra sin tanto miramiento, lo cual no quiere decir sin preparación. No se debe imitar servilmente el método de los demás: que cada cual haga sus experiencias y poco a poco se dará cuenta del método que más le conviene.

336 **DR. PÍO PARSCH**

No es conveniente consultar demasiados libros y comentarios. Dejemos que la Sagrada Escritura nos hable por sí misma. Confiemos en la acción del Espíritu Santo, que nos hará conocer el camino para enraizar su divina palabra en el corazón de los fieles.

3. *Los círculos de estudios litúrgicos.* El círculo *li­túrgico* más aún que el círculo bíblico debe influenciar la vida comunitaria de los cristianos. La liturgia no debe solamente ser estudiada, comprendida y escuchada, sino también practicada, puesta en obra y vivida. El círculo litúrgico no ha de consistir sólo en bonitas conferencias litúrgicas, sino que debe también ser acción litúrgica.

Así como la vida religiosa parroquial debe centrarse en el altar, y por lo mismo en la liturgia, en el sentido más elevado de la palabra, así también en cada parroquia debería de haber un círculo litúrgico que se mantuviera en torno a ese centro y que formaría el núcleo cristalizador de toda la parroquia. Al fin y al cabo tanto la Acción Católica como las demás Asociaciones piadosas, las obras de caridad y el mismo ministerio pastoral, no son más que un «bronce que suena y una campana que repica», si no tienen como centro este foco: la vida divina, la Eucaristía y, por tanto, la liturgia.

Este círculo litúrgico tiene, pues, suma importancia porque dispone a los fieles a comprender debidamente estas ideas, les instruye en las solemnidades litúrgicas y, lo que es más todavía, les infunde el espíritu de la pie­dad de la Iglesia, tal cual late fuertemente en la vida litúrgica.

El círculo litúrgico debe estar basado en la parroquia por ser ésta la célula nata de la Iglesia; el círculo litúrgico no debe estar cerrado a los demás fieles, debe estar abierto a todos, y debe ser un medio apostólico para el ministerio litúrgico del párroco. Tal es el ideal. Por desgracia la situación de muchas parroquias dista bastan­te de permitir al círculo católico ser la guardia personal del sacerdote. En estas circunstancias debe aguardar con paciencia, y mientras tanto, formarse y prepararse en si­lencio hasta que llegue el momento oportuno. Los círcu-

los litúrgicos tienen en la actualidad la gran incumbencia de constituirse en depósitos de fuerzas litúrgicas. No se trata de desplegar una gran actividad exterior, sino de fortificarse interiormente. Es probable que en el curso de los años pasados hayamos cometido errores de táctica; hemos querido introducir en el pueblo las formas litúr­gicas exteriores sin hacerlas preceder de la correspon­diente formación espiritual. Esta fue la razón por la que dichas formas fueron rechazadas o menospreciadas, faltas como estaban de verdadero espíritu. El trabajo, pues, que se nos impone es el interior; creada el alma, ella se formará su cuerpo.

Una palabra sobre las sesiones del círculo litúrgico. Primeramente se debe aplicar a éste lo dicho de los círcu­los en general: comiénzase con un canto, litúrgico o co­ral, y se termina con una oración litúrgica rezada por todos los asistentes. De ordinario el centro de la sesión ha de comprender las dos partes siguientes: la primera versará sobre el tiempo litúrgico que se celebra entonces; sobre todo hay que dar preponderancia a los domingos y fiestas, sin olvidar la Escritura ocurrente (de este modo se funden en uno la Biblia y la liturgia). Esta primera parte es totalmente necesaria, porque con ella se intro­duce prácticamente a los participantes en la vida del Año Litúrgico. Para esto basta una media hora.

En la segunda parte se tratará de un tema más am­plio. Son de aconsejar los siguientes: la misa en sí misma, en su estructura y en sus ceremonias. Con esto hay tema para un año. Urge recomendar el estudio de la misa para que los asistentes lleguen a comprender a fondo lo que constituye el centro de nuestro culto. Otro tema sería, por ejemplo, la acción de los sacramentos en la formación cristiana de la vida. Puede tratarse también de los tem­plos en cuanto edificios destinados al culto, del breviario, ritual y pontifical. Terminada cada una de estas dos par­tes puede dedicarse un tiempo a la discusión, o bien pue­de invitarse a los asistentes que tengan dudas a ponerlas por escrito y entregarlas para solucionarlas al fin de la conferencia.

**138 DR. PÍO PARSCH**

Lo que más interesa e importa es intensificar la vida comunitaria de los miembros del círculo; deben ser «cor unum et anima una», un solo corazón y una sola alma, y un ejemplo vivo para toda la parroquia.

Hemos de subrayar que el funcionamiento del círculo debe evitar todas las formas rutinarias y habituales de las demás asociaciones.

El católico actual es reacio a la burocracia de las cofradías...; por eso, probablemente, se aprecian tanto y re­sultan tan eficaces estos círculos de estudios bíblicos y litúrgicos.

**CAPÍTULO IV**

EXPLICACION TEOLOGICA DE LA SAGRADA   
ESCRITURA

La divina palabra o Sagrada Escritura es uno de los mayores tesoros de nuestra religión. Si bien ha podido Dios revelarse en las demás cosas, en la creación, naturaleza, etc., sin embargo, en la Sagrada Escritura se dirige directa ***y*** *personalmente*a nosotros. Podría hacer una comparación entre el rostro y el lenguaje del hombre. La cara es ciertamente un reflejo del alma, pero sola­mente la palabra humana es la que expresa aquello que el alma piensa y siente. La Sagrada Escritura es, pues, para nosotros la palabra de Dios revelada. Por eso debe­mos quererla tanto.

Para oír la voz divina en la Biblia es preciso que nos ocupemos de ella con amor y en todos sus pormenores. Ante todo debemos cultivar la exégesis. Más de un sacer­dote va a replicar que la exégesis durante los estudios teológicos, más que acercarnos a la Sagrada Escritura, lo que nos hizo es distanciarnos de ella... Mi propia expe­riencia confirma esta objeción. Tengo que confesar que durante mis estudios la exégesis no me aficionó a la Sa­grada Escritura del mismo modo que el colegio, de joven, no me enseñó a amar a Hornero... En la precisión de hacer la conquista espiritual de la Biblia descubrí otra exégesis que me ha convertido la Biblia en la palabra de Dios.

**340 DR. PÍO** PARSCH

Yo suelo distinguir dos clases de exégesis: la *filológica* y la *teológica* o*sagrada.*

La *exégesis filológica* se limita a considerar el autor humano, a investigar e interpretar sus palabras y a des­cubrir sus ideas. Por supuesto reconoce el carácter religioso e inspirado del libro, pero no saca de ello consecuencia alguna: se atiene a la filología y a la arqueología y procura con su ayuda dar la explicación de los textos. Esa es la razón por la que muchas veces este género de exégesis no ha llevado a los estudiantes al amor de la Biblia, y sobre todo cuando el profesor expone secamente esta materia.

No hay que olvidar que la exégesis filológica no es más que una parte de la labor exegética. El autor humano y su obra no han de hacer sombra al autor divino, que es el autor incomparablemente más importante. Por eso a la exégesis filológica ha de juntarse la *teológica,* que nos enseña lo que el autor divino quiere decir en ese paso escripturistico. Esto es lo principal.

Es necesario que veamos claramente cómo colaboran los dos autores: el escritor inspirado y el Espíritu Santo. El escritor no es un instrumento sin voluntad que se deja dictar simplemente por el Espíritu Santo. El escritor ha redactado con su ciencia y talento personales el libro, teniendo en cuenta un fin determinado que incluso puede no ser religioso. Por ejemplo, el salmo 44 es, probable­mente, un canto nupcial profano; el autor no pensó que el Espíritu Santo se lo inspiró para que fuera el canto nupcial de Cristo con su Iglesia. Haríamos, pues, una exégesis a medias si explicáramos sólo el canto profano dejando aun lado el poema inspirado.

El evangelista San Juan fue impulsado por sus con­temporáneos a completar los sinópticos; por su parte se propuso probar contra los herejes de entonces (Cerinto) la divinidad de Jesucristo. Para tal empresa emplea todos los medios naturales: sus recuerdos de los años pasados con el Salvador, su contemplación mística, su filosofía (Logos) y las ideas de su tiempo. Escribe completamente vara su tiempo y sin pensar quizás en el futuro; y hoy

día se sigue amando su evangelio... San Pablo escribió a comunidades determinadas.

Mientras el escritor trabaja su libro el Espíritu Santo está allí inspirándole, le indica sus ideas sin que el escri­tor se dé necesariamente cuenta de ello.

Partiendo de este hecho hemos de preguntarnos si real­mente basta la exégesis filológica. Francamente no quisié­ramos caer en el extremo opuesto y despreciar la exégesis filológica. El Espíritu Santo utiliza el trabajo intelectual del escritor para sus fines; por lo tanto, nosotros debemos procurar captar el espíritu del libro y su lenguaje, para dar con el texto original, con sus ideas y pensamientos. Es ciertamente una labor importante la de comprender enteramente el libro bajo el punto de vista literario, filo­sófico e histórico. Hemos de saber lo que quiere decirnos, lo que encierran cada una de sus palabras y qué ideas, opiniones y sentimientos se ocultan tras la materialidad de las palabras. Debemos también comprender la lengua. Tal es el objeto de la exégesis filológica. Empleemos el tiempo y los medios precisos para lograr ese fin.

Mas, ¿basta sólo esto? Muchos exégetas, al llegar aquí, creen que con eso está todo terminado. Mi opinión es que éste no es más que un trabajo preliminar, el pórtico, el vestíbulo del santuario. Todavía no hemos penetrado en el templo mismo. Sólo la exégesis teológica puede introducirnos en él. Su pregunta es ¿qué quiere Dios decirnos en este escrito? Dios pone en tales palabras un sentido de mucho más alcance. El autor ha redactado compenetrado con su tiempo y su país y limita su pensamiento a casos especiales: recordemos las cartas personales de San Pablo. En cambio, Dios se dirige al mundo entero, a todos los tiempos. Dios nos habla personalmente a cada uno de nosotros. Debemos, pues, preguntarnos: ¿qué es lo que dice Dios a su Iglesia, a nuestro tiempo, a mí personalmente?

Siendo divinas las palabras de la Sagrada Escritura no tienen límite ni pueden ser agotadas. Cada época pue­de descubrir en ellas cosas nuevas, cada época puede reivindicárselas como propias, cada individuo puede en-

342 **DR. PíO PARSCH**

contrar algo nuevo para él. De esta manera empieza la verdadera exégesis de la Biblia y la palabra de Dios se hace vida para los hombres.

Cuando vemos cómo han interpretado los Padres de la Iglesia la Biblia, no nos agradan muchas de sus cosas: su alegorismo, el simbolismo de los números, su desdeño del sentido literal son cosas que difícilmente admitimos. pero, sin embargo, no hay que olvidar que cada época interpreta a su modo la Biblia (1 Hay en la Biblia muchas cuestiones en cuya interpretación deja la Iglesia libertad por no afectar a la esencia del dogma. Por otra parte, la Biblia es un libro universal, para todos los hombres, por medio del cual Dios habla a todos los tiempos bajo el magisterio infalible de la Iglesia Católica. N. del T.). Lo que tenemos que aprender de los Santos Padres es a escuchar la voz de Dios en los libros santos. Ellos nos enseñan el camino de la exé­gesis católica.

Los modernos estamos tan apasionados por la exégesis filológica y los descubrimientos históricos que nos creemos capaces de explicar la Biblia con la ayuda de las ciencias y nos olvidamos del otro factor más importante, de Dios. No nos preguntamos lo que Dios nos quiere decir en un determinado pasaje. Y con todo es lo principal. Más aún, la única cosa importante para los fieles.

Con semejante manera de proceder tropezaremos con innumerables defectos en nuestras conferencias y predicaciones bíblicas. Muchos sacerdotes se contentan con una exégesis única o principalmente filológica que dice bien poco al pueblo, y de esta manera las conferencias bíblicas apenas si llegan a tener un efecto duradero entre los fieles. Para el pueblo la exégesis teológica es casi la única interesante. El párroco debe exponer a sus fieles aquello que Dios quiere decir a su Iglesia y a cada individuo en la Santa Biblia.

La exégesis teológica consiste, pues, en oir en la Biblia la voz de Dios e impetrar su palabra.

Todo lo dicho nos muestra las relaciones existentes entre estos dos géneros de exégesis. La filología no es la

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 343**

mayor parte de las veces más que la introductora que nos abre las puertas de la exégesis teológica. Es ésta el blanco a que debemos apuntar y el objeto principal de toda exé­gesis. Ciertamente el libro del autor humano es instructivo en muchos aspectos, pero la preeminencia la tiene la pa­labra divina que da la pauta de todo. Para el sacerdote y para el predicador tiene su importancia la exégesis filológica en cuanto preparación, pero la mayor parte de sus en­señanzas deben guardárselas para su propio gobierno; para la predicación y los círculos bíblicos deberán trabajar y utilizar, sobre todo, la exégesis teológica. En exégesis teo­lógica nunca terminaremos de aprender. La filológica no es más que un andamio; terminada la construcción se qui­ta el andamio. Sin embargo, son muchos los sacerdotes que conservan este armazón en su predicación e instrucciones bíblicas.

Aunque la exégesis teológica tenga también sus propias leyes y su técnica depende más que nada de la influencia del Espíritu Santo, que «sopla donde quiere». Indudable­mente tiene su objetividad, pero a cada uno le habla con un lenguaje distinto. Hay que guardarse de la ilusión de creer que se pueden trasladar a la Sagrada Escritura las ideas propias y darlas luego como el fruto de la exégesis teológica. También es posible hacer mal uso de la Biblia como lo hizo el demonio al tentar a Nuestro Señor. Hay que escuchar con veneración y orar mucho para que el Espíritu Santo nos diga lo que El quiere.

La exégesis teológica resultará particularmente bella y edificante para el cristiano que se sumerja con amor en la Sagrada Escritura. Dios habla a cada hombre de distinta manera en los libros sagrados. Una de mis ocupaciones predilectas es hacer la meditación a base de un pasa­je examinado antes con la exégesis científica. «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha.» Entonces hay algo que se abre dentro de mi alma, es como si oyera la pala­bra de Dios. Mi modelo es la Santísima Virgen: «María conservaba todas estas palabras y las meditaba en su co­razón». Sí, llegaremos a la exégesis teológica por medio de la meditación. Cada cual tiene la suya propia. Se necesita

**344 DR. PíO PARSCH**

rezar más que leer, rezar para que el Espíritu Santo nos ilumine. Sin El el acceso a la Sagrada Escritura estará para nosotros cerrado. Puede uno ser un gran exégeta y no oir la voz de Dios. Si la exégesis científica supone en los se­glares cierta cultura profana, la teológica, en cambio, es accesible a todos, está al alcance de la más sencilla mujer de aldea y del obrero sin cultura. Basta una profunda vida de fe. Cuando vemos que hombres sencillos se aprovechan de la Biblia, nosotros, los que hemos estudiado teología debemos tener motivos para admirarnos y para avergonzarnos. Sin ningún aparato científico penetran el sentido aun de los pasajes más complicados. Se preguntan senci­llamente: ¿Qué me dice Dios con esto? Y Dios enseña mucho más a estos «pequeños» del reino ***de*** los cielos, que no están pervertidos por esa ciencia que muchas veces fomenta las dudas y paraliza la fe infantil. Lo que no llegan a entender lo dejan sin atormentarse la cabeza. Por eso la Biblia es para ellos fuente copiosa de trato íntimo con Dios. Si nosotros queremos llevar a los seglares a las fuentes de la divina palabra, hemos de seguir este mismo camino. Seamos en nuestras conferencias y sermones bíbli­cos lo más sencillos que podamos: si nosotros lo hemos estudiado todo a través de ese aparato científico hagamos lo posible para que no aparezca al exterior. La formación bíblica del pueblo ha de ser casi exclusivamente de exége­sis teológica.

***La*** Sagrada Escritura tiene algo de la unión hipostática con Cristo. Del mismo modo que Cristo une en una sola persona la divinidad y la humanidad, de igual modo en la Sagrada Escritura se junta lo divino y humano en una sola obra que jamás puede desgarrarse. Si es que quere­mos comprender la Biblia debemos considerar y ver ambas cosas. Tratemos los libros sagrados con el cuidado con que María trató al Niño Jesús: con respeto, amor y solicitud maternal. Ella cuidó de Jesús, le enseñó y protegió como si no fuera más que hombre; como Dios, Ella le adoró. Esto es lo mismo que debemos hacer con la Sagrada Es­critura. Estudiémosla valiéndonos de todos los medios científicos como si fuera un libro profano y luego inclinémo-

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 345

noscon veneración delante de cada palabra que «sale de la boca de Dios». El sacerdote tiene mucho de común con la Madre de Dios: como una Madre debe cuidar de Cristo en su doble manifestación sobre la tierra: la Sagrada Escritura y la divina palabra.

**SÉPTIMA PARTE**

**LOS TIEMPOS LITÚRGICOS**

**CAPÍTULO I**

EL AÑO LITÚRGICO EN LA PARROQUIA

La liturgia envuelve al cristiano y a la parroquia de un ritmo cuádruple para asegurarles la vida de la gracia: con los sacramentos, desde el nacimiento hasta la muerte, con el Año Litúrgico, con el día del Señor —el domingo—y, en fin, con la jornada cristiana. Estos cuatro círculos concéntricos envuelven al cristiano santificándole. El pri­mero envuelve al individuo considerado en particular, te­niendo en cuenta su personalidad y su individualidad: el bautismo, la confirmación y el alimento de la sagrada Eucaristía, la entrada en el matrimonio, la ordenación sacerdotal y los últimos sacramentos son cosas que uno recibe por sí y para sí. Los otros tres círculos nos rodean *a* todos juntos y no tienen en cuenta la personalidad del cristiano, considerado aisladamente. Sucede lo mismo que en la naturaleza: cada individuo nace, crece, pasa a tra­vés de la vida en determinadas condiciones y, al fin, mue­re. Pero el año, la semana y el día comprenden a todas las criaturas juntas y les ayudan a asegurar y desarrollar su vida terrena. Otro tanto puede decirse de la vida sobre­natural de la gracia. Mientras que los medios de lograr la gracia están determinados por las necesidades de cada uno, el año cristiano, la semana y el día se dirigen por medio de la liturgia y su fuerza sacramental a la comu­nidad. Esta idea *es* muy importante para el ministerio parroquial. El párroco debe practicar el ministerio indi­vidual allí donde se trate de la vida sobrenatural de cada uno. Para eso dispone de todoun sistema de sacramentos

350 DR. PÍO PARSCH

y sacramentales. La mayor parte del ritual sirve a este pri­mer círculo. Además ha de ejercer un ministerio comuni­tario con el que desarrolla en torno a la comunidad el círculo del Año Litúrgico, de la semana y del día.

Ya conocemos bien el sentido y la importancia del Año Litúrgico, mas ahora vamos a insistir en el tema referente al Año Litúrgico en la vida parroquial. Resumi­remos lo más posible la exposición teórica para insistir en el aspecto práctico.

1. *Sentido exacto del término Año litúrgico.* ¿Cuál es el sentido de esta expresión? Vamos a examinar aquí la cuestión discutida de si existe en el espíritu de la litur­gia un Año Litúrgico (el término Año Litúrgico, como es sabido, no se encuentra en ninguno de los libros ofi­ciales de la Iglesia) *y* cuándo comienza este Año Litúr­gico. Desde luego no hay hasta ahora nada definitivo. Hay razones para probar que comienza con el Adviento y las hay para probar que comienza con Septuagésima. Ningún texto litúrgico habla del comienzo del Año Litúr­gico; la liturgia no conoce ninguna fiesta de fin de año. Según se conciba el Año Litúrgico histórica o sacramen­talmente se prefiere comenzarle en Adviento o Septua­gésima. Para nuestro propósito esta polémica es algo muy secundario y no debemos inquietar a los seglares con se­mejante cuestión. En la vida de ministerio hay que mirar el Año Litúrgico más por el lado de la gracia que por el histórico. El Año Litúrgico no es solamente una repre­sentación histórica de la Redención y. en particular, de la vida de Jesucristo. Se ha venido diciendo que las cuatro semanas de Adviento correspondían a los cuatro mil años anteriores al nacimiento del Salvador, y que desde Navi­dad a la Ascensión acompañábamos a Jesús en su vida terrenal, y desde Pentecostés hasta el último domingo de ese tiempo se representaba el crecimiento y la vida de la Iglesia hasta el fin del mundo... Esta concepción pura­mente exterior del Año Litúrgico, hapasado ya como anticuada.

El sentido y el objeto del Año Litúrgico no es otro que la vida sobrenatural del individuo, de la parroquia

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 351

**y** de toda la Iglesia, para que tengan vida y la tengan **en** abundancia. El paralelo entre la naturaleza y el año natural nos ayudará a comprender el Año Litúrgico. El árbol crece, reverdece, florece y da sus frutos a lo largo del año y de las estaciones. Igualmente el mundo animal, como, por ejemplo, el ave, desarrolla su vida en las diver­sas épocas del año. Del mismo modo el alma ha de desarrollar su vida sobrenatural, recibida en el bautismo durante los diversos tiempos del Año Litúrgico; símbolo de la Iglesia o de la parroquia, en la que el grano de mostaza crece a lo largo de las diversas estaciones del Año Litúrgico, el Cuerpo Místico de Cristo madura en espera de su glorificación. El Año Litúrgico es un año de vida del Cristo Místico sobre la tierra.

También podemos considerar el Año Litúrgico en su aspecto racional e instructivo, o sea, como una escuela de formación de la vida cristiana, como un catecismo vivo, como una Biblia abierta, como una dogmática y una mo­ral hecha oración. El Año Litúrgico puede ayudarnos enormemente a los directores de almas en el confesonario, en el púlpito, en el catecismo, en todo el ministerio. Hay ya catequistas prestigiosos que procuran sacar al catecis­mo de ese panorama demasiado mecanizado en sus tres partes *(verdades que hay que creer, mandamientos que hay que guardar y sacramentos que hay que recibir)* para relacionarlo con el ritmo orgánico del Año Litúrgico. Ni faltan confesores que guían a sus dirigidos uniendo sus exhortaciones y direcciones al Año Litúrgico. También los predicadores pueden utilizarlo con provecho. En una palabra: todo sacerdote que haya procurado basar su mi­nisterio y predicación en el Año Litúrgico, ha tenido que experimentar que la riqueza de las ideas, temas y senti­mientos que se encuentran en el Año Litúrgico, le ofrece una mina inagotable para la formación religiosa de sus fieles. El Año Litúrgico es realmente para los hijos de Dios un guía de almas en el pleno sentido de la palabra. Mas todas estas ideas nos son ya sobradamente conocidas para que nos detengamos en ellas.

Es preferible considerar el Año Litúrgico sacramental-

352 **DR. PÍO PARSC**H

mente. Para mucho es ésta una idea desconocida. El Año Litúrgico tiene un carácter sacramental. ¿Qué significa esto? Para explicarlo hay que partir del concepto de sacramento. ¿Qué es un sacramento? Recordemos, por ejemplo, el bautismo. El sacerdote derrama el agua sobre la cabeza del bautizado pronunciado la forma «Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Por medio de las palabras y la acción de la infu­sión del agua (forma y materia) se verifica algo muy su­blime: el hombre se convierte en un redimido, en un hijo de Dios. Una vida divina llena su alma, el cielo le abre sus puertas y el Espíritu Santo comienza a morar en ese corazón. Según esto, ¿qué es un sacramento? Un sacra­mento es una fuente, un medio y un instrumento de la gracia. Los siete sacramentos de la Iglesia son las grandes fuentes de la gracia. Mas con esto no quiero decir que no haya otros medios. El catecismo habla también de los sacramentales, que son, por decirlo así, pequeños sacramentos que no obran tan inmediatamente como los gran­des sacramentos. Quisiera hablar ahora del concepto de sacramento tal como lo entendía la primitiva Iglesia (1 El concepto tradicional del *Sacramento* es mucho más amplio que la noción técnica escolástica reducida a los siete Sacramentos. Este concepto tradicional puesto de actualidad por la *Teología de los Misterios,* de Dom CASE**.,** es el que refleja PARSCHen estas páginas. N. del T.). El sacramento es una manifestación de Dios que reporta gracia al hombre. Este concepto implica dos elementos importantes, divino uno y otro humano, o mejor aplicado al hombre: 1, una presencia, un encuentro, un acercarse a Dios. Dios viene a nosotros por medio del sacramento; 2, un perdón, una gracia, una santificación del hombre. El hombre se hace santo y se llena de Dios. En este sentido el principal y más grande de los sacramentos es el Hombre-Dios, Jesucristo mismo, puesto que El es la manifestación máxima de Dios en la tierra. Con El Dios mismo ha venido a vivir en medio de los hombres. Al mismo tiempo nos ha traído la gracia de la Redención. El segundo gran sacramento es la Iglesia, Cuerpo Místico

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA..** 353

de Cristo. También por Ella Dios se nos aproxima. En cualquier rincón del mundo en donde está la Iglesia allí también está Dios y Cristo. La Iglesia es también la dispensadora de las gracias; sus manos que bendicen y consagran derraman por doquier la gracia de la salvación. Esta acción sacramental de la Iglesia se extiende a todo aquello que se encuentra bajo su sagrado dominio: lugares, tiempos, personas y cosas.

Es el Reino de Dios que viene a nosotros, que crece como el granito de mostaza, lo penetra todo y fermenta toda la masa. Es preciso que sintamos y vivamos de nuevo lo sacramental de la Iglesia, su fuerza interna. Es algo totalmente sobrenatural y que viene del cielo, a diferencia de las influencias naturales y sicológicas. Creo que esto ha sido realmente un gran hallazgo del movimiento litúrgico: reconocer de nuevo el aspecto sacramental de la Iglesia y del culto.

Ciertamente todo el culto o la liturgia es un gran sacra­mento, un río abundante de gracias. En él se encuentran los dos elementos precisos: 1.° El acercamiento de Dios; en la sagrada liturgia Dios y Cristo se hacen presentes y están junto a nosotros. 2.° Pero no están con las manos vacías, sino que nos dan su perdón y su gracia santifi­cante. Sí, en la liturgia Cristo perpetúa su obra redentora y en ella se cumple realmente su promesa: «Estoy con vosotros hasta el fin del mundo».

Lo dicho del carácter sacramental de la Liturgia en general, puede afirmarse también del Año Litúrgico. Es un tiempo de santificación y de gracias. El Año Litúrgico es sacramental, pues se dan en él estos dos elementos: 1.° Dios aparece en el tiempo, sale de la eternidad para entrar en el tiempo y llenarlo de su presencia y de sus gracias. 2.° Dios no viene con las manos vacías; santifica nuestro tiempo, lo purifica y lo llena de gracia. El Año Litúrgico es, además, un tiempo de santificación, un tiempo lleno de Dios y cerca de Dios.

Nos conviene comprender y sentir esto. En el pueblo cristiano vive aún un resto del carácter sacramental del tiempo. ¡Cómo estiman aún nuestros aldeanos el domingo

**334 DR. PÍO PARSCH**

comodía consagrado a Dios! Hay cristianos que se acusan al confesarse de haber profanado el domingo con el pe­cado. ¡Cómo sentimos en las grandes fiestas el carácter sacramental del tiempo! ¡Cómo, por ejemplo, el día de Navidad, aparte de las consideraciones sicológicas, experimentamos que es un día de gracia! La liturgia nos ayuda a interpretar y sentir este misterio cuando en su santa vigilia canta y repite: *crastina die delebitur iniquitas terrae et regnabit super nos Salvator mundi - Crastina die erit vobis*

No podremos captar debidamente la hondura y sentido del Año Litúrgico sin tener presente su sacramentalidad, como la entrada de Dios con sus gracias en nuestro tiempo.

No necesito explicar las muchas consecuencias importantes que se desprenden de estas ideas para un pastor de almas. ¡Cómo se santificará su parroquia a lo largo del Año Litúrgico! ¡Cómo se llenarán de Dios las horas y los días en que reza el breviario por la parroquia y por la Iglesia! El domingo es el día divino para toda la parro­quia, el gran día de trabajo espiritual para las almas. ¡Cómo celebrará el párroco las grandes fiestas de Navidad sabiendo que Dios mismo visita su parroquia y la llena de sus divinas gracias! Todo el Adviento ha sido una pre­paración para este encuentro con Dios. De repente todos los textos litúrgicos del Adviento aparecen mucho más realistas y comprensibles cuando se sabe que todos ellos quieren decir: el Rey llega. ¡El Señor se acerca! El Ad­viento es un verdadero acercamiento de Cristo a nuestra alma. ¡Cuánto más luminoso se nos hará el Año Litúrgico *de* este modo! No podemos dividir el Año Litúrgico en tres ciclos como se ha venido haciendo hasta ahora; no hay más que dos ciclos: el de invierno y el de verano, Navidad y Pascua. Cada uno de ellos cuenta con un período preparatorio, otro de la fiesta y un tercero para terminar. Me gusta representar estos dos ciclos como dos grandes montañas: la de Navidad y la de Pascua. Ambas tienen su subida, una cumbre y una bajada. Usemos de otra comparación: dos grandes olas de gracias pasan sobre nosotros y sobre la parroquia. Cada una de ellas des-

LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 355

ciende; es el tiempo humano, el tiempo de la preparación (Adviento y Cuaresma). Luego la ola nos lleva hacia el perdón y el encuentro con Dios. Viene después el período de la festividad: desde Navidad a Epifanía, desde Pascua a Pentecostés: son los tiempos divinos, los tiempos sacra­mentales. Finalmente la ola desciende de nuevo desde la montaña de la. Transfiguración; estamos ahora en el tiempo de trabajo, en la labor de todos los días.

Siendo la vida de la gracia el objeto y el sentido de todo el Año Litúrgico, podemos también considerarla par­tiendo de la gracia del bautismo. Pascua es el centro *y* la cumbre del Año Litúrgico, es el tiempo más santo. En Pascua todos los sacramentos reciben nueva fuerza. En Pascua nos vemos como bautizados otra vez, confirmados de nuevo, los sacerdotes nos sentimos como recién ordenados y los esposos vuelven a recibir nuevas gracias para su vida matrimonial. En Pascua nos hacemos cria­turas nuevas. Pascua es para todos el día del bautismo. Basta este efluvio de gracias que llueve sobre nuestra alma en el Tiempo Pascual para justificar la Cuaresma con sus cuarenta días de preparación, de catecumenado y de peni­tencia. La Cuaresma *es* un curso intensivo de formación cristiana y parroquial. La Cuaresma nos prepara a esa gracia del nuevo bautismo. El Tiempo Pascual (Pascua-Pentecostés) nos comunica de nuevo positivamente la gra­cia del bautismo: el cristiano ha de sentirse el dichoso hijo de Dios. El tiempo de Navidad con el Adviento y el ciclo de sus fiestas es una especie de preludio del Tiempo Pascual y prepara también a los fieles para la gracia del bautismo. Mas para llevar la luz del bautismo *a* través de cada día, la Iglesia celebra cada domingo una pequeña fiesta pascual y con ella una fiesta bautismal. Cada do­mingo es un día de bautismo, un aniversario del bautismo. De este modo hemos contemplado todo el Año Litúrgico a la luz de la gracia del bautismo.

No creo necesario subrayar los valores pastorales que encierra esta postura relativa al objeto del Año Litúrgico. No es una simple celebración, una serie **de** ejercicios piadosos y de fiestas, sino que con todas sus fiestas y sus

356 **DR. PÍO PARSCH**

tiempos el Año Litúrgico pretende el fin de todo ministerio: *«que tengan vida y vida en abundancia».* Con este texto queda bien claro el significado pastoral del Año Litúrgico.

2. *Participación activa.* Trátase ahora de ver cómo se puede hacer vivir el Año Litúrgico en la parroquia. El Año Litúrgico tiene dos elementos, uno divino y otro humano. Ya hemos hablado del elemento divino, que no es otro que el aspecto sacramental, la visita que Dios nos hace con sus gracias. La ola de sus gracias baña el alma y la parroquia. Pero existe, además, un elemento humano: la celebración exterior del Año Litúrgico. Aquí entran las costumbres, funciones, oraciones reglamentadas y prescritas por la Iglesia en su liturgia. Esto tiene su importancia para la acción de la gracia. Es cosa cierta que cuanto más participe un cristiano y una parroquia en estas manifestaciones humanas del Año Litúrgico, tanto más obrará en él la fuerza sacramental. Llegamos con esto a una importante exigencia esencial en la liturgia católica, a la participación activa de los fieles en la celebración del Año Litúrgico. Los párrocos han de considerar como una labor importante el hacer que sus fieles participen activa­mente en la celebración del Año Litúrgico. También aquí se aplica la consigna de Pío XI de que los fieles no deben ser simples oyentes *(muti auditores)* en los oficios del Año Litúrgico, sino verdaderos participantes.

Para exponer claramente el concepto de la participa­ción activa me he servido en estas páginas de la compa­ración con un espectáculo. El único que toma parte activa es el actor, no el espectador. Pero esta comparación su­pone un tercer término. No debemos extrañarnos de que la liturgia, sobre todo el Año Litúrgico, sea un espectáculo, un drama de una admirable realidad. Podemos llevar aún más lejos esta comparación.

Todo espectáculo necesita un escenario, en nuestro caso una iglesia. De aquí podemos sacar múltiples conse­cuencias para la buena disposición de la iglesia parroquial. Los actores necesitan sus vestiduras especiales, distintas de las de los profanos. A este propósito podríamos pasar

LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 357

revista a los ornamentos litúrgicos, incluso los de los ministros inferiores: sacristanes, acólitos, cantores, etc.

En los espectáculos suelen cambiar las decoraciones; podría hablarse de la decoración de la iglesia a lo largo del Año Litúrgico. No se dejarían durante todo el año las flores de papel llenas de polvo y desteñidas en el al­tar... Convendría también guardar cierta jerarquía y dife­rencia en los ornamentos, en los colores, tapices y flores.

¡Qué cuidado tendría el párroco en todos los cultos, en sus gestos, en las procesiones y en sus movimientos y en los de la asamblea si tuviera siempre presente que está actuando en un drama sagrado!

Conviene que el párroco esté penetrado de la idea de que toda la parroquia tiene un papel que cumplir en el drama del Año Litúrgico, no solamente como oyentes sino también como actores, cada cual naturalmente en su puesto: el sacerdote como *jefe (mystagogo) y* los fieles como colaboradores.

3. *Condiciones previas.* Quisiera indicar ciertas condiciones que presupone la celebración exacta del Año Li­túrgico.

1. Ante todo se necesita *un sacerdote* que viva él mismo al ritmo del Año Litúrgico. Nadie puede dar lo que no tiene. Ese sacerdote debe haber experimentado en sí mismo la fuerza sacramental del Año Litúrgico. Debe utiliza\* y entender esos tres libros vitales: breviario, misal y Biblia que han de acompañarle durante todo el Año Litúrgico. Estos tres libros le abrirán todas las riquezas y plenitud del Año Litúrgico. Ellos han de ser sus libros de meditación y de predicación. Si llena el corazón de su contenido la boca no podrá hablar de otra cosa.
2. La segunda condición previa es *una iglesia* bien cuidada, caldeada y dispuesta litúrgicamente donde se pueda celebrar realmente el culto en paz y en un estado de espíritu adecuado. Considero como una barbaridad el obligar a los fieles a ir a una iglesia sin calefacción. Es un falso ascetismo el hacer que los fieles asistan a los cultos tiritando y dando diente con diente.

358 DR. **PÍO PARSCH**

1. La tercera condición es *un salón parroquial.* Sin él no se pueden tener los ensayos ni se puede imbuir en los fieles el espíritu del Año Litúrgico.
2. La cuarta se refiere a *los auxiliares parroquiales.* Se trata de un grupo de fieles que se pongan a disposición del párroco y sean como el núcleo de la parroquia. La masa es difícil de manejar, más bien imita, es pasiva. Este grupo de auxiliares ensaya, proporciona los entre­nadores y da el ejemplo. Si el párroco puede contar con este grupo, confíe en el éxito de las ceremonias. Puede además utilizarlo para los más diversos servicios del Año Litúrgico.
3. Al grupo anterior hay que añadir la *«schola».* Es importante y aun necesaria una «schola» compuesta de niños o de muchachos. Ha de situarse junto al altar y, en cuanto sea posible, con sus vestidos litúrgicos.
4. Se impone, por fin, constituir una serie de *oficios* con una formación particular para cada caso. El sacristán ha de ser un sujeto piadoso y lleno de celo litúrgico. El organista ha de gustar y comprender el canto y la liturgia popular. El oficio del lector es sumamente importante. No suele ser fácil el hallar buenos lectores. Tampoco es superfluo el cargo de portero. Pero sobre todo tiene importancia el grupo selecto de acólitos y monaguillos. Es importantísimo para la solemnidad de una función litúrgica el contar con un buen número de acólitos bien formados.
5. Si se dan todos estos factores, si los ornamentos, la decoración de la iglesia, el canto, el sonido de las cam­panas, el órgano y todo lo demás está en perfecta armo­nía, entonces la liturgia resultará además una *obra de arte* que ha de impresionar los espíritus de los fieles.

4. *Los elementos.* Vamos *a* enumerar rápidamente los principales elementos que intervienen en los oficios del Año Litúrgico.

a) El centro de todo oficio en el Año Litúrgico debe ser *el sacrificio de la misa.* En este punto debemos pro­ceder evidentemente de una manera orgánica separando

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 359

lo esencia] de lo accesorio. Lo que da solemnidad a un culto no son las novenas, ni las aureolas eléctricas, ni las exposiciones solemnes, ni las montañas de cirios, ni los oficios largos con su música polifónica, sino la celebración del santo sacrificio --centro de toda la fiesta— con una participación inteligente por parte del pueblo.

1. Otro elemento debería ser el *Oficio Divino.* Hay que hacer que nuestros fieles vayan poco a poco rezando las horas canónicas, sin perder de vista su objeto. En algunos países se han conservado las vísperas; no es una utopía el ver al párroco celebrando con lo más escogido de su parroquia los oficios de laudes, vísperas y completas.
2. Un cuidado especial deberíamos poner en las *fun­ciones de la tarde.* Celebrándose estos oficios en lengua vulgar, el párroco tiene la posibilidad de organizarlos enteramente según las necesidades de sus feligreses, y dentro del espíritu del Año Litúrgico. En vez de tantas oraciones soporíferas y monótonas, podrá componer él mismo otras oraciones y lecturas sacadas del breviario, de la Biblia, de las vidas de los santos y así poner estas funciones a contribución del Año Litúrgico. El sábado por la tarde y las vísperas de las fiestas deberían utilizarse de una manera especial para preparar el ambiente.
3. *Las reuniones parroquiales* celebradas fuera de la iglesia en el salón parroquial, había que aprovecharlas para dar a conocer el Año Litúrgico. Podrían organizarse reuniones de Adviento, Navidad, etc. Pero insistiendo mu­cho en el aspecto religioso.
4. Las tradiciones familiares y parroquiales ayudan también a la celebración del Año Litúrgico y tienen gran­dísima importancia para hacérselo comprender a los fieles. Casi todas estas tradiciones tienen su origen en la cele­bración de las fiestas litúrgicas de las que representan el aspecto popular.
5. Por fin, entran también las muchas y bellas ceremonias que se celebran a lo largo de todo el año, como las procesiones, bendiciones, las consagraciones y todas esas magnas ceremonias con las que siempre goza el pueblo.

360 **DR. PÍO PARSCH**

Termino con una observación: en todos los símbolos que utilice el párroco para la instrucción de los fieles, lo que interesa es que subraye y haga notar el sentido de tales símbolos. Un símbolo simplemente esbozado pierde su sentido porque no se ha puesto bastante en relieve la idea sugerida por ese signo. Al pueblo le gusta ver y tocar. Por eso debemos luchar contra la volatilización de los signos. Así, por ejemplo, el cirio pascual no debe ser una vela miserable, sino un buen cirio adornado y real­mente encendido durante el Tiempo Pascual; solamente de esta manera será un verdadero símbolo del divino Resucitado.

El cuidado amoroso de celebrar en la parroquia el Año Litúrgico proporcionará al párroco grandes alegrías espirituales y su parroquia se asemejará a un jardín regado, fértil y bien cultivado... El Padre celestial no dejará de dar a su fiel jardinero el salario merecido.

CAPÍTULO II   
LA SEMANA SANTA EN LA LITURGIA POPULAR

¿Cómo presentar a los fieles la Semana Santa? He aquí un problema que se le plantea a todo párroco. Año tras año sufre al verse obligado a celebrar estas bellas funciones ante los bancos vacíos y viendo que los pocos fieles que asisten apenas si comprenden la grandeza y sublimidad de la Semana Santa. La solución está en el movimiento litúrgico popular que le pone a su disposición dos cosas: 1, un medio para comprender la liturgia **de** esos días, y 2, una indicación para lograr la participación más activa posible del pueblo cristiano.

Se impone ante todo que el sacerdote mismo sepa bien **el** significado de esta Semana **y** de sus diversas ceremonias. No faltan obras que explican los ritos de la Semana Santa. Si el párroco mismo no está penetrado de la subli­midad de estas ceremonias, no logrará que el pueblo llegue **a** comprender esta sublimidad. Por eso es de todo punto necesario que el párroco emplee los últimos días de la semana de Pasión para familiarizar a su parroquia con la liturgia de la Semana Santa. Ha de explicar piadosamente todo el desarrollo de las ceremonias, pero no en una igle­sia fría, sino en el salón parroquial bien caldeado. Esta explicación no será de provecho si el párroco no ha preparado las traducciones de los textos litúrgicos para poder proceder con ellos a su explicación. Por lo demás una de las consignas del ministerio moderno debe ser que no haya

362 **DR. PíO PARSCH**

función litúrgica sin un folleto que contenga los textos. Sacerdote que descuide esta exigencia elemental de la pedagogía no puede considerarse como sacerdote moderno. Por eso que no se extrañe si su iglesia está cada vez más vacía. Las condiciones previas para la buena cele­bración de la Semana Santa son las siguientes: 1, estudio personal; 2, preparación de los fieles, y 3. que éstos dispongan de traducciones.

Y vamos ahora ***a*** la explicación directa de las ceremonias de la Semana Santa. Dos partidos se ofrecen ***a*** nuestra consideración: mientras los partidarios del uno insisten en observar lo más exactamente posible toda la liturgia romana, dando una importancia particular a la lengua latina y a la fidelidad rigurosa de las rúbricas, los partidarios del otro insisten en la participación activa del pueblo haciendo cortes en los ritos mismos de la liturgia y utilizando en la medida de lo posible la lengua vulgar. Creo que no deberíamos discutir sobre este punto. Los dos caminos llevan a Roma; cada párroco debe saber lo que puede esperar de su parroquia. Mientras que en una parroquia será preferible el latín, en otra no habrá más modo de conducir a los fieles a la liturgia que por medio de traducciones. Es cuestión ***de*** método. No hay que llamarse por eso unos a otros herejes. Respetemos la libertad de los hijos de Dios y no desaprobemos la buena intención del que procede de distinta manera que nos­otros. Por propia experiencia en nuestro país y en los países vecinos, sabemos que actualmente ambos métodos tienen éxito: el método que ataca de frente comenzando inmediatamente con la liturgia en latín y el otro método de rodeo que llega al término de la comprensión de la liturgia recurriendo a las traducciones. Muy bien podrían ambos sistemas aunar sus experiencias y utilizarlas para el mayor bien de los fieles. Añadamos que los dos quie­ren obedecer a la Iglesia y seguir a las rúbricas como nor­ma de conducta. La cuestión que se le presenta, pues, ***al*** párroco en la celebración de la Semana Santa es, por un lado, la liturgia íntegra, y, por otro, la popular.

Vamos al detalle. El *Domingo de Pasión* la iglesia

**LA ~ACIÓN DE LA PARROQUIA...** 363

debe presentar un aspecto distinto del ordinario. Las cru­ces cubiertas con velos, e igualmente las imágenes y los cuadros tapados o quitados de sus sitios. No hay que olvidar esto. Todo lo que en la iglesia hable a los sen­tidos debemos subrayarlo de modo particular. Es la lec­ción de cosas de la liturgia.

*El Domingo de Ramos* es la puerta de entrada para la Gran Semana ((1) En lo que resta del presente capitulo nos hemos visto precisados a adaptar a la nueva ordenación de la liturgia de la Semana Santa aquellos elementos que han sido superados por la misma. N. del T.). El significado de este día no es sólo el recuerdo de la entrada de Jesús en Jerusalén sino también nuestro deseo de acompañar solemnemente al Salvador en su Pasión. Pero no podremos hacer esto si antes no nos hemos consagrado como soldados y mártires. Tal es el significado de la ceremonia del Domingo de Ramos. No comprenderemos ni celebraremos debidamente tal ce­remonia si no nos representamos de un modo vivo a Cris­to entre nosotros y nos consideramos como sus discípulos que le preparamos un cortejo triunfal. Acompañamos a Cristo, divino Maestro, desde el monte de los Olivos hasta la ciudad santa para asistir a su Pasión. Se trata, pues, de un drama sacro en el que nosotros no vamos a ser meros espectadores, sino verdaderos actores. El Domingo de Ramos es, por lo tanto, un verdadero drama litúrgico popular. Creo que no hay en todo el año otra fiesta que pueda ser utilizada de manera tan dramática por todo el pueblo. Cada acto de este drama debe aparecer total­mente separado uno de otro. El primer acto se desarrolla en el monte de los Olivos, el segundo durante la entrada de Jesús en la ciudad de Jerusalén y el tercero en el tem­plo. Los dos primeros actos son alegres, victoriosos y triunfales; en cambio, el tercero es ya triste y nos intro­duce al gran drama de la Cruz. El ideal sería que estas tres escenas se desarrollaran realmente en sitios distintos en los que los fieles se sintieran actores del drama. Si en una parroquia hay dos iglesias, y mejor, si una de ellas

**364 DR. PIO PARSCH**

está en un alto, la bendición debería tener lugar en este «monte de los Olivos», luego la procesión podría dirigirse cantando a la iglesia principal para celebrar en ella el santo sacrificio de la misa.

*Acto primero.* Nos reunimos todos en la iglesia, que hoy representa el monte de los Olivos, para prepararnos **a** la solemne procesión de los ramos en honor de Cristo Rey. Comenzamos por bendecir los ramos que vamos a llevar durante la procesión. Los ramos se encuentran co­locados en una mesa cerca del altar o los llevan los fieles en propias manos. La bendición de los ramos y la lec­tura del evangelio (entrada de Jesús en la ciudad) se podrá hacer al modo de una misa con cantos. Mientras el sacerdote bendice los ramos conviene, pues, que un lector lea en lengua vulgar la oración. Terminada la ora­ción se procede a la distribución de los ramos. La Iglesia supone una distribución solemne: ¡es nuestra consagra­ción anual como caballeros y mártires! Al recibir los ra­mos los fieles se consideran como mártires y desde ese momento se sienten capaces de acompañar al Rey de los Mártires en su Pasión. Durante la distribución *de* los ramos nos sentimos ya como los niños de los judíos que iban cantando delante del Salvador. Explique el celebrante a los fieles que el ponernos la Iglesia nuestra Madre la palma o el ramo en las manos en este día, lo mismo que en el día de la purificación (Candelaria) el cirio, no es una simple ceremonia carente de sentido... El día de la Candelaria prometimos ser hombres de luz; hoy prometemos ser mártires y confesores. ¿Tenemos conciencia de lo que significa ser mártir? Ser Mártir es ser testigo de Cristo en las obras y en la vida, testigo por la palabra, aun con el riesgo de perder todos nuestros bienes, nuestra sangre y nuestra vida. Si colgamos el ramo bendito en nuestra habitación acordémonos durante todo el año **de** nuestra consagración como mártires.

Insisto en que esta ceremonia es como una consagración martirial y en la que somos armados caballeros de Cristo, de la milicia cristiana. Por eso el párroco debe procurar que los ramos benditos sean entregados real-

**! LA RENOVACIÓN** DE **LA PARkOQUIA...** 365

mente a los fieles, ya sea por sí mismo en las parroquias reducidas, ya entre varios sacerdotes en las más populosas. 1 , Esto lo aprecian mucho los fieles.

Terminada la distribución de los ramos y cantado el

evangelio convendrá tener una breve alocución en la que el sacerdote ha de explicar el significado de la procesión. Si habla a la asamblea con entusiasmo serán sus palabras de un efecto magnífico.

*Acto segundo.* Como caballeros y confesores de Cris-

to estamos preparados para acompañar a Cristo, Rey delos Mártires, en su combate heroico. El segundo acto es, pues, una función importante. Vamos al combate en pos del Vencedor de la muerte y del infierno. ¿Cómo podría­mos inflamar los corazones de nuestros fieles para disponerlos a celebrar debidamente esta solemne procesión? Supongamos que estamos en los tiempos de las persecu­ciones, de los mártires; uno de nosotros ha sido conde­nado a muerte por profesar la fe de Cristo. La comunidad cristiana toda entera le acompaña hasta el lugar del suplicio. ¡Con qué respeto iríamos nosotros en este cortejo!

La procesión no debe ser un pobre esbozo, como ocurría antes de la reforma de la Semana Santa en algu­nas iglesias. En la Edad Media era ésta un imponente homenaje a Jesucristo; se salía de la ciudad, los fieles llevaban las palmas —signos de la victoria— en sus ma­nos. Cristo era conducido simbólicamente bajo la imagen *de* un crucifijo o del evangelio. Esto tenía un hondo sim­bolismo: los cristianos caminaban con Jesucristo formando

un cortejo de vencedores y de confesores.

Hagamos también nosotros de esta procesión algo vivo y una verdadera manifestación de fe. No olvidemos a los niños que, como los *pueri Hebraeorum,* juegan un papel importante. Cada vez que se cante el *Hosanna agiten tod*os alegremente los ramos. Durante el trayecto puédense alternar cantos litúrgicos y populares. Los cantores pueden cantar los textos latinos y la gente del pueblo cantos populares. Pero lo importante es que todos los asistentes a la procesión canten y participen, para lo cual esconve­niente preparar con la parroquia esta ceremonia.

366 **DR. PIO PARSCH**

*Acto tercero.* Comienza ahora en la iglesia un cambio de disposiciones: la nota dominante es una profunda gravedad. La escena se desarrolla en Jerusalén. ¿Para qué ha entrado Nuestro Salvador en esa ciudad? ¿Para ha­cerse coronar Rey? No, para sufrir por nosotros. La misa nos transporta de lleno a la historia de la Pasión; todas las partes de la misa son profundamente tristes. La Iglesia nos presenta la figura paciente del Mesías. Los cantos son quejas puestas en labios de Cristo que grita a su Padre en un abandono total. Tres hombres nos pintan la muerte sobre la cruz: el real profeta David *(salmo 21),* el Apóstol de las gentes San Pablo *(epístola)* y el evangelista San Mateo *(Pasión).*

La misa debería celebrarse en la medida de lo posible como misa de comunidad. Por lo menos debe cuidarse de que todos los fieles estén provistos del texto. ¡Cuántas veces he tenido que ver en las iglesias durante la lectura de la Pasión a la gente aburrida mientras el organista se esforzaba por rellenar este silencio...! En la misa rezada otro sacerdote, o bien un seglar preparado, debería leer la Pasión en lengua vulgar, o, lo que sería mejor aún, deberían repartirse los papeles entre varios lectores. Nosotros los católicos hemos descuidado el hacer amar al pueblo la Pasión. Los protestantes tienen numerosas traducciones y casi todos los grandes compositores antiguos han puesto en música alguna Pasión. La experiencia me ha enseñado que la lectura o el canto de la Pasión hecha de una forma dramática producen en toda la asistencia un gran efecto.

Tales son las posibilidades de una celebración del Do­mingo de Ramos según los postulados de la liturgia po­pular. Todos los sacerdotes que han hecho este mismo ensayo afirman que la ceremonia de *este* día puede convertirse en una emocionante manifestación religiosa. Mas no hay que olvidar que se precisa una preparación espiritual y técnica.

*Las Tinieblas.* Siempre me han dado pena los fieles que van a las Tinieblas sin entender nada de este drama magnífico, de esta «trilogía de la Semana Santa». Ultima-

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 367

mente va mejorando la situación. Algunos católicos siguen e1 oficio de las Tinieblas, pero su número resulta ridículo en comparación de los que no conocen nada. Sería conveniente distribuir folletos a la puerta de la iglesia. Pero téngase en cuenta que una simple traducción sin la expli­cación no basta.

El oficio de Tinieblas debe volver a ser un tesoro al alcance del pueblo allí donde habían caído en desuso. También en este punto hay diversas posibilidades. Si hay un coro de religiosos o de cantores se deben cantar en latín. En este caso hay que invitar al pueblo a que las sigan con una traducción. Pero si no se dan estas condiciones será preferible que se digan en lengua vulgar a modo de plegaria popular. Podríase ir ensayando poco a poco algu­nas modificaciones; las Lamentaciones, por ejemplo, cantarlas en latín o en lengua vulgar; los Responsorios con una melodía más sencilla; las Lecturas hechas por los hombres o los jóvenes. Dar una importancia especial al canto del *Christus factus est* y del *Benedictus.*

Sé por experiencia que los fieles se interesan mucho por estos oficios si se les invita a desempeñar un papel y si se les prepara bien. Hay que preparar mucho y bien. El mundo espiritual de los salmos y de las horas canonicas es mucho más extraño para el pueblo para que pueda hacerse cargo de repente de todo su sentido.

*El Jueves Santo* es el primer día del Triduo Sacro. Para nuestros fieles lo que cuenta es, sobre todo, la misa y quizás el *Mandatum* o lavatorio de los pies.

La misa de este día tiene un significado especial: es el aniversario de la última Cena; hay algo en ella de im­presionante y emotivo. Debiéramos celebrarla reunidos en espíritu en el Cenáculo con Jesús y sus Apóstoles. Ense­ñemos a nuestros fieles a dar gracias a Dios este día por haberse instituido en él el santo sacrificio de la misa y el sacerdocio que continúa su Sacerdocio Real. La misa lene una doble atmósfera de alegría y de tristeza. El altar se adorna con flores, la cruz del altar mayor se cubre de olor blanco, los ornamentos de los oficiantes son también blancos; se canta el *Gloria,* tanto tiempo sin oírse, y se

368 **DR. PÍO PARSCH**

tocan por última vez las campanas. ¡Pocos momentos del año más emocionantes para nuestras almas! Inmediata­mente se callan las campanas expresando la tristeza... Sin embargo, por encima de esta alegre ceremonia que rememora la institución de la Sagrada Eucaristía, flota una nube de muda tristeza. El párroco ha de tener presentes todos estos elementos en la ornamentación de la iglesia, en los colores y en la solemnidad.

Pero hay además una cosa sobre la que he de insistir especialmente: el banquete pascual de la familia parro­quial. Ese día, sacerdote y pueblo, se sientan a la misma mesa. El párroco, como padre de la familia, y los demás sacerdotes como sus ayudantes, y toda la parroquia como una gran familia se sientan en la sagrada mesa y reciben el Pan del Cielo de manos del representante de Cristo. Esta misa podría ser muy bien una misa de comunidad. Procúrese ponerla a una hora en la que puedan acudir los que trabajan. Por supuesto, los fieles comulgarán en la misa. ¡Cuántas veces he podido ver este día comulgar a los fieles fuera de la misa porque en ella sólo los sacerdotes podían hacerlo!

¿Es factible el lavatorio de los pies? Son las circuns­tancias las que han de decidirlo; en todo caso está permitido en todas partes. El despojo de los altares se ha de hacer siguiendo las reglas establecidas.

*El Viernes Santo.* Este día en que nos han robado al Esposo es el día del gran duelo de la Cristiandad. El único día en que no se celebra el santo sacrificio de la misa porque el Sumo Sacerdote Jesucristo ofrece en él su sacrificio sangriento en el ara de la cruz. Comprende­remos así por qué la Iglesia despliega hoy todo su amor, toda su solicitud y todo su arte para celebrar dignamente el día de la muerte de Jesús. Nos encontramos en el *Sancta Santorum* de la Semana Santa.

Entramos en el templo y lo hallamos vacío, sin adorno alguno, con el sagrario abierto y vacío. Todo esto expresa el dolor que invade nuestros corazones. Comienza el oficio: hoy no hay introito, sino un profundo silencio..., no hay cruz ni velas en el altar..., la sacerdotes llevan orna-

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 369

mentos negros y se postran en el presbiterio en tierra simbolizando el estado de la humanidad antes de la Reden­ción. El oficio que sigue es antiquísimo. Examinado de cerca resulta una especie de misa sin consagración: de la misma manera que todas las misas se componen de ante-misa, consagración y comunión, así también tenemos hoy un oficio análogo a ella. En lugar de la consagración y elevación se muestra al pueblo solemnemente la cruz y se la da a adorar después.

Comiénzase con una especie de antemisa, recuerdo venerable de una misa de los catecúmenos de la primitiva liturgia (oración, lectura, responsorio, oración, segunda lectura con su responsorio y canto de la Pasión de San Juan). Siguen las oraciones solemnes llamadas en conjunto *Oración de los fieles.*

El punto culminante y la parte central de toda esta función litúrgica postmeridiana del Viernes Santo lo cons­tituye la impresionante y dramática ostensión y adoración de la cruz.

Por fin, el rito de la comunión con las hostias consa­gradas el día anterior y que han estado reservadas en el monumento, hace que percibamos todos más copiosamente los frutos de nuestra redención.

Para el buen desarrollo y resultado de estas tan emotivas ceremonias procure el párroco fijarse en los puntos siguientes:

1.° Que todo se realice con gran dignidad, y para lograr esto se deben preparar con el mayor empeño y cuidado estas ceremonias, únicas en el año, y han de ensayarse en todos sus detalles con sacerdotes, ministros, acólitos, cantores, etc.

No podrán resultar lo suficientemente emotivas estas ceremonias si no se hace todo con el mayor orden, detalle, dignidad y piedad.

2.° Hay que procurar que los asistentes comprendan todo y se adhieran lo más posible al drama sacro, siguiéndole todos con especial atención y recogimiento.

Tampoco en esta función litúrgica postmeridiana del Viernes Santo ha de haber espectadores mudos e inactivos...

**370 DR. PÍO PARSCH**

Se precisan, pues, textos, una buena explicación previa y una verdadera participación activa en todo aquello que la liturgia de *ese* día permita.

Pensando bien las cosas no resultaría difícil que el pueblo entrara en acción. Un lector podría leer las leccio­nes en lengua vulgar desde un púlpito y la misma Pasión podría leerse o también cantarse repartiendo los papeles acostumbrados de Cronista, Cristo, Sinagoga y Pueblo.

El sermón del Viernes Santo, tan arraigado en ciertos países, debería tenerse en su momento litúrgico. ¡Cuánto más convincente sería si fuera injertado nuevamente en la liturgia del día, es decir, después del canto de la Pasión! Primero con las lecturas, luego con la explicación del sacerdote, y, por fin, con el sermón estarán ya preparados los corazones para la solemne adoración de la cruz. Durante esta sublime ceremonia de la adoración de Cristo bajo el símbolo dela cruz, el pueblo no debe permanecer como simple espectador. Las rúbricas dicen que después del clero se acerquen los fieles a la entrada del presbiterio ***a*** besar la santa cruz mientras se cantan los emocionantes improperios.

Si se ve que esta ceremonia va a resultar demasiado larga, podría colocarse otra cruz.

La*Vigilia Pascual.* La liturgia de la Vigilia Pascual es el rito de la noche de Pascua y una ceremonia bautismal. Es la cima de todo el culto litúrgico del año.

En esta sacratísima noche se dan cita dos grandes acontecimientos: la Resurrección de Cristo y el renacimiento del hombre en el bautismo. La noche de la Vigilia Pascual no sólo recuerda la Resurrección de Cristo del sepulcro, sino también la resurrección espiritual del hombre y su entrada en el reino de la gracia. En la primitiva Iglesia el bautismo expresaba esta idea magníficamente: Cristo y los cristianos celebran la Resurrección. En el bautismo de los nuevos cristianos en esta noche inmediatamente antes de la Resurrección del Salvador, se encerraba un profundo simbolismo al que aludía San Pedro: «El hombre muerto con Cristo, sumergido en las aguas y sepultado con Elpara resucitar inmediatamente con Cristo para vivir nueva

**LA RENOVACIÓN** DE LA **PARROQUIA... 371**

vida...» En la primitiva Iglesia los nuevos bautizados eran los predicadores vivos de la resurrección espiritual: Cristo resucita en cada bautizado.

Pueden distinguirse en esta Vigilia Pascual las siguien­tes partes principales:

Bendición de la luz (fuego nuevo); bendición del cirio pascual. El cirio pascual ha de ser un cirio grande y deco­rado con gusto, digno de simbolizar durante cuarenta días a Cristo. Hay que lograr que tanto estas bendiciones como la solemne procesión con el *«Lumen Christi»* y el bellísimo pregón pascual que las siguen, se realicen con dignidad y participen en todo ello los fieles.

Las Profecías no son otra cosa que una antigua vigilia. Representan con figuras del Antiguo Testamento el efecto del bautismo y la grandeza del cristianismo. Si no se ex­plican estas lecturas proféticas a los fieles y se preparan debidamente, resultarán para el sacerdote y para los fieles muy pesadas. Podría aprovecharse la Cuaresma para ex­plicar a los fieles estas profecías durante las conferencias bíblicas y en la Vigilia Pascual se deberían leer a los fieles en lengua vulgar. Mientras se leen en el altar en latín un lector podría leer un resumen con alguna explica­ción. La experiencia ha demostrado que es éste un buen medio para salir airoso en este punto muerto.

A la primera parte de las Letanías sigue la bendición del agua bautismal ((1) Esta ceremonia es altamente instructiva y facilita intuiti­vamente la inteligencia de la *causa instrumental* de los sacramen­tos: los elementos naturales merced a una fuerza santificaste que reciben del Espíritu Santo producen efectos sobrenaturales. (N. del T.). Sería interesante que coincidiera en este momento algún bautizo. El *Codex Juris Canonici* y el *Ceremoniale Episcoporum* expresan el deseo de que se celebre realmente en ese momento algún bautizo. Esto ha de impresionar a los fieles.

Sigue luego la renovación de las promesas del bautismo. En esta oportunísima ceremonia se trata de que hagamos personalmente la profesión de fe de nuestro bautismo

372 **DR. PÍO PARSCH**

que entonces hicieron por nosotros los padrinos. El cirio encendido que tenemos en nuestras manos simboliza la gra­cia de nuestro bautismo y debe comprometernos a conser­var nuestra alma sin pecado. Moja el sacerdote al fin el hisopo en el agua bautismal acabada de bendecir y asper­gea al pueblo en memoria de nuestro bautismo. La honda impresión que esta ceremonia produce será patente.

Prosíguese luego la segunda parte de las letanías de los Santos.

La misa solemne de la Vigilia Pascual era el primer sacrificio de los recién bautizados, invitados por vez primera al banquete del Cordero. De este modo el párroco puede hacer de esta misa un memorial del bautismo y de la pri­mera comunión.

**OCTAVA PARTE**

**LOS SEGLARES Y LA LITURGIA POPÚLAR**

**CAPÍTULO I**

UN NUEVO TIPO DE SEGLAR

Así como el nuevo cultivo de la liturgia ha ejercido benéficos efectos en los demás terrenos de la vida religiosa, del mismo modo el principio litúrgico de la participación activa del pueblo en la liturgia no se ha limitado sólo al altar y a la iglesia, sino que se va proyectando en toda la vida cristiana y creando un nuevo tipo de seglar, cristiano independiente y mayor de edad con plena responsabilidad de su vida religiosa y de la de su prójimo ((1) La frase «cristiano independiente y mayor de edad» que aparentemente tiene un sentido peyorativo no ha de entenderse en P. Parsch como independencia absoluta al modo del libre examen protestante —lo cual es incompatible con la constitución jerárquica de la Iglesia— sino en el sentido de una *misión* que el seglar, en virtud de su carácter cristiano, tiene que realizar en el Cuerpo Místico de Cristo.

Esta revalorización actual de la personalidad cristiana del se­glar, que ha dado origen a la novísima Teología del Laicado, es una de las cuestiones suscitadas por el moderno movimiento litúrgico y uno de sus más preciados frutos. (N. del T.)

1. Echemos una rápida mirada sobre la situación de ayer. Desde hace casi unos mil años el seglar no tenía que hacer otra cosa en la Iglesia que escuchar y obedecer. El sacerdote en su iglesia era el dueño absoluto; en su oficio sacerdotal él sólo ofrecía el sacrificio, mientras que los fieles no eran más que simples oyentes mudos y participantes pasivos en el culto litúrgico. Sólo el sacerdote era

**378 DR. PÍO PARSCH**

*proceder si no es de un gran movimiento espiritual católico.*

Un gran movimiento espiritual católico nacido de la liturgia de la Biblia, de la piedad *de la* gracia, es el único que puede comprender la verdadera labor del seglar católico en conformidad con las directivas del Papa Pío XI.

Tales son los pilares sobre los que ha de basarse ese nuevo tipo del seglar católico: Acción Católica y partici­pación en la liturgia. Sobre este sólido fundamento ponemos los pies cuando nos referimos a la independencia del seglar en la Iglesia.

2. Del mismo modo que la vida religiosa se funda­menta enteramente en las fuentes bautismales y en el altar, en la gracia y en los sacramentos, así también el puesto del seglar en la Iglesia no puede explicarse y considerarse fuera de este espíritu.

¿Cuál es el papel del sacerdote y del seglar como miembro del Cuerpo Místico de Cristo? El sacerdote en su igle­sia y ante su parroquia hace las veces de Cristo. Pero también como Cristo es el servidor de los fieles. Como todo superior, el sacerdote está en continuo riesgo a causa de la naturaleza viciada por el pecado original, de cambiar su papel de servidor en el de dominador, dejándose llevar por cierta manía de mando para con aquellos que depen­den de su ministerio. Con razón Jesucristo llamó la atención de sus Apóstoles para que comprendieran su función de jefes de una manera distinta *de* las autoridades civiles: «Vosotros sabéis que los príncipes de las naciones las sub­yugan y que los grandes imperan sobre ellas. No ha de ser así entre vosotros; al contrario, el que entre vosotros quiera llegar a ser potentado sea vuestro servidor, y el que entre vosotros quiera ser el primero sea vuestro siervo, así como el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en redención de muchos» (San Mateo, XX, 25-28). Y como el Señor sabía que los sacerdotes de su Iglesia habían de sufrir la tentación de dominar, no va­ciló de manifestar en la última Cena por medio del lava­torio de los pies, que su última voluntad era que los sacerdotes de su Iglesia fueran, más que señores, siervos. «Yo os he dado ejemplo para que vosotros también lo hagáis

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 379**

como yo lo he hecho con vosotros» (San Juan, XIII, 15). Este lavatorio de los pies lo llama la Iglesia el *Mandatum,* pero con frecuencia suele ser una ceremonia que no tras­ciende luego a nuestra vida.

Entre el carácter bautismal y el sacerdotal hay un grado intermedio, el carácter del confirmado. No solemos poner en esto mucha atención por ser algo que reciben todos los bautizados. Pero para nuestro intento, que es estudiar el nuevo tipo del seglar católico, merece la pena el considerarlo más detalladamente. El carácter sacramental de la confirmación refuerza el bautismo y comunica algo de la ordenación sacerdotal ((1) La ordenación sacerdotal confiere una doble potestad: una sobre el Cuerpo Eucarístico (potestad de orden) y otra sobre el Cuerpo Místico (potestad de jurisdicción). Como quiera que todo sacramento que imprime carácter, según Santo Tomás, confiere una participación del sacerdocio de Cristo, parece ser —según nuestro movimiento litúrgico ha puesto de manifiesto— que por el sacramento del bautismo todo fiel participa del *poder oferente* (no consagrante) del sacerdocio de Cristo por el cual participa activamente en los cultos litúrgicos. Por la confirmación *participa* en el apostolado jerárquico de la Iglesia. (N. del T.). Podríamos decir que la confirmación es el sacramento del sacerdocio de los seglares, o, con Pío XI, el sacramento de la Acción Católica. La confirmación nos hace capaces de tomar parte activa y completa en la liturgia. La confirmación da esa capacidad y el derecho al trabajo pastoral y de apostolado en la Iglesia.

3. Y vamos, a base de esto, a entrar en la descripción concreta de los deberes del seglar en la Iglesia, tanto nega­tiva como positivamente.

a) El seglar no debe intervenir en los actos consecratorios de la liturgia. No tiene nada que desempeñar en la consagración eucarística ni en la absolución sacramen­tal; sólo puede ser ministro en el sacramento del bautismo en caso urgente y en el del matrimonio. No hay necesidad de decir que los partidarios del movimiento litúrgico es­tamos firmemente adheridos a la doctrina del sacerdocio jerárquico, cuyos dominios no queremos debilitar con la doctrina del sacerdocio universal.

**380 DR. PÍO PARSCH**

No hay misa ni sacramentos sin sacerdote consagrado, pero en caso de necesidad y de persecución se puede permitir a los seglares ciertos ministerios litúrgicos, como la distribución de la sagrada Eucaristía; hace pocos años lo hemos podido ver.

1. La administración y la dirección de la parroquia, de la diócesis y de la Iglesia universal no puede depender, por expresa voluntad ***de*** Cristo, de los seglares, como si el sacerdote no fuera más que un celebrante de misas y un administrador de los sacramentos que por lo demás no tuviera nada que hacer y estuviera sometido a la autoridad de los seglares. Semejante doctrina se opondría totalmente a la idea del Cuerpo Místico de Cristo. Cada parroquia, grande o pequeña es un Cuerpo Místico con su cabeza, cuerpo y miembros; Cristo es siempre la cabeza y tiene como representante visible al sacerdote a quien ha sido confiada la parroquia.
2. La predicación es también, sin género *de* duda, una labor reservada al sacerdote. Tampoco esto se puede dis­cutir. Sin embargo, el seglar tiene cierta participación en la predicación de la fe. No le está prohibido, sino, al contrario, se le recomienda mucho el leer y meditar los libros sagrados de la Biblia... Puede también comunicar al círculo familiar el fruto ***de*** sus lecturas, y hasta puede muy bien organizar reuniones y charlas de tipo religioso entre sus amigos. Esto está completamente de acuerdo con las incumbencias de la Acción Católica.
3. El campo completo de la sagrada liturgia es, evidentemente, propio del sacerdote. Es el presidente del coro y el liturgo. Tampoco en este punto caben dudas. Mas, por otra parte, el sacerdote no puede celebrar la liturgia sin el elemento seglar. Si es verdad que no hay misa sin sacerdote, también lo es que tampoco la hay sin fieles, como en su reciente encíclica lo dijo expresamente Pío XII. Para que haya verdadera liturgia se precisa una parroquia y una parroquia que participe. La liturgia sin la participación de la parroquia es contraria a la naturaleza.

¡Cuán magnífico campo se abre ***a*** los seglares en este terreno! Bajo la dirección del sacerdote, el seglar tiene en

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 381**

laliturgia numerosas atribuciones que le elevan al rango del sacerdote en muchas oraciones litúrgicas.

1. El ministerio pastoral era antes monopolio sacerdotal. Ahora los seglares han sido invitados solemnemente por el Papa Pío XI a participar en él. Este es el sentido propio de la Acción Católica. La confirmación hace que esto sea para los seglares un derecho y un deber. El acrecentamiento y refuerzo del Cuerpo Místico es la labor que preocupa a toda la Iglesia. Cada seglar tiene hoy «su pe­queña parroquia», medio familiar, parientes, amigos y conocidos confiados a su ministerio. Hoy el padre, la madre, el patrón, el jefe o director deben preocuparse de su res­ponsabilidad frente a las almas de sus subordinados. ¡Gran labor para este nuevo tipo de seglar!
2. La dirección espiritual es ciertamente incumbencia del sacerdote; en el confesonario tiene un medio incomparable de acercarse a las almas. Tampoco podemos discutir esto. Mas cierta independencia y un sentimiento más vivo de sus responsabilidades de este nuevo tipo de seglar católico no están reñidos con lo que acabamos de afirmar. Un nuevo sentido de responsabilidad será la legítima consecuencia del estudio fervoroso de la Biblia, de las ense­ñanzas de Jesucristo y de la dirección espiritual de la Igle­sia a través del Año Litúrgico. Claro que cada uno puede libremente escoger su director espiritual e incluso es de aconsejar que se tenga, pero no siempre encuentra uno el que le conviene. Puede también suceder que un seglar pueda guiar espiritualmente a otros y penetrar allí donde no habría podido llegar la influencia del sacerdote. Naturalmente que estas intervenciones del seglar no tienen un carácter oficial.
3. Una última reflexión acerca del nuevo tipo de se­glar. En los tiempos difíciles de la persecución, cuando al seglar podrá mostrarse en toda su grandeza. En tales condiciones cuando al sacerdote le resulte del todo imposible su ministerio, en estas coyunturas el seglar deberá reemplazar al sacerdote en diversos campos del ministerio, de la liturgia y de la dirección de la parroquia. Entonces será cuando el seglar podrá

382 DR. PÍO PARSCH

tocar la cumbre de su sacerdocio real sacrificando sus bienes y hasta su vida.

Acabo de bosquejar el perfil del nuevo tipo del seglar. Este seglar lleva consigo la responsabilidad de su salvación y la de aquellos que le están confiados, trata de edificar el reino de Dios en su parroquia y en toda la Iglesia, marcha a través de la vida con tres libros —la santa Biblia, el breviario y el misal— y tiene plena conciencia de su sacerdocio real.

**CAPITULO** II

EL SEGLAR Y LA BIBLIA

Uno de los más grandes y serios cuidados del minis­terio es el poner la Biblia a disposición de los seglares. Lanzando una mirada retrospectiva sobre los treinta años de nuestra labor al servicio de la Biblia, hemos de reco­nocer que hemos obtenido buenos resultados, pero tam­bién que aún falta mucho por hacer. Comencé las veladas bíblicas el año 1919. Hicieron impresión: unos las mira­ban como una cosa de inspiración protestante, otros ha­blaban de ellas con desdén como de una enseñanza infan­til de la Historia Sagrada. Pero hubo católicos ejemplares que respondieron gustosos a mi invitación y que perseve­raron. Se proveyeron de Biblias y un mundo nuevo se alzó ante sus ojos. Pronto mi ejemplo encontró imitadores. Había nacido un movimiento bíblico-católico que demos­tró que los esfuerzos que hacíamos por llevar a los fieles a las fuentes puras de la Biblia no eran humo de pajas, sino de efectos duraderos. Hacia el año 1938 el movimiento bíblico había obtenido un doble resultado: cada católico podía hacerse con una Biblia a precio asequible y bien traducida, y además los círculos de estudios bíblicos co­menzaron a formar parte del ministerio sacerdotal. Esto —creemos— fue una intervención de la divina Providen­cia en favor de nuestra Iglesia de Austria, puesto que los jerarcas del Tercer Reich prohibieron toda actividad reli­giosa. Téngase presente que los católicos durante aquella persecución quedamos privados de nuestras asociaciones,

384 **DR. PÍO PARSCH**

de nuestras publicaciones de prensa, de nuestro catecismo; y si nuestros fieles se mantuvieron firmes se debió a su lectura de la Biblia y a los oficios litúrgicos. *La Biblia y la liturgia fueron la defensa providencial de los católicos durante la persecución hitleriana.*

Después de la liberación debemos continuar el camino comenzado y procurar que los fieles dispongan de Biblias manejables y baratas. El primer cuidado del movimiento bíblico es el de procurar a cada católico una edición de la Sagrada Escritura. El segundo le toca al clero, y es organizar círculos litúrgicos y tener conferencias y predicación bíblica. La experiencia ha demostrado que hasta los cristianos poco cultos llegan a entender la Biblia con tal que el sacerdote *la* ponga al alcance del pueblo. Los santos Evangelios, los Hechos de los Apóstoles y otros muchos libros del Antiguo Testamento pueden hacerse asequibles a los fieles.

Pero además pretendemos otra cosa a la que hasta ahora no se la ha prestado bastante atención: *debemos inducir a los fieles a leer y utilizar la Biblia por sí mismos.* ¿Qué director de círculos bíblicos no habrá notado que muchos de los asistentes prefieren escuchar en vez de leer por sí mismos la Biblia? Son relativamente muy pocos los que en nuestros círculos trabajan por sí mismos y vuelven a leer en su casa lo que se ha explicado en las reuniones. Para muchos estas reuniones no son sino unas pláticas edificantes y la misma Biblia les resulta como algo accesorio... Por eso el blanco primario de nuestra labor bíblica es el de enseñar a leer y utilizar por sí mismos la sagrada Escritura. ¿Qué se hace hoy día en este sentido? ¿Qué hacen los directores de los círculos bíblicos para enseñar a los fieles a leer por sí mismos la Biblia? ¡Conocemos muchos seglares que aman la Biblia, toman parte con gusto en las conferencias bíblicas, pero se encuentran incapaces de leer por sí mismos la Biblia! ¿Cómo llevarles a esta lec­tura?

Podría comenzarse por los Evangelios, leyéndolos len­tamente, capítulo por capítulo, reflexionando sobre cada frase, y leyendo atentamente las notas. Ayuda también el

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 385

copiar o subrayar lo que más impresiona. Leídos sucesivamente los cuatro evangelios, podrá pasarse luego a los Hechos de los Apóstoles y después a los libros históricos del Antiguo Testamento: los libros de Moisés, los libros de los Reyes, dejando a un lado, si se quiere, ciertas partes de los Números, del Levítico y del Deuteronomio. Los libros de Ruth, Tobías y Judit se leerán luego con interés. De Job algunas partes solamente. Los Profetas pueden dejarse de momento. Esta lectura somera de las partes más fáciles de la Biblia será la primera etapa. No conviene detenerse en los pasajes que ofrecen dificultad: limitarse sólo a los textos claros y edificantes.

Terminada esta primera etapa se abrirá ante el seglar un poco del mundo bíblico. El modo de hablar de la sa­grada Escritura se le hará más familiar y conocerá perfectamente los acontecimientos externos que en ella se descri­ben. Primero, pues, la vida de Jesús con sus milagros y sus enseñanzas, luego la historia de la primitiva Iglesia y, por fin, la historia de la Redención en el Antiguo Testamento.

Se trata, en primer lugar, de pasar revista a los acontecimientos que nos presentan los libros sagrados; esta etapa corresponde a la historia. Por eso, en mis conferencias bíblicas comencé con la vida de Jesús y la historia de la Redención. Enseñé a los fieles a mirar y ver estos acon­tecimientos de una manera viva, representándoselos y poniéndoselos en su ambiente. Después esta segunda etapa va en busca de la verdad. Tras la historia se encuentra una idea, una verdad religiosa que es preciso captar. Ahora pre­guntamos: ¿por qué, cómo? Este segundo paso nos intro­duce más adentro en el santuario de la sagrada Escritura, puesto que la historia sólo es la envoltura de la verdad re­ligiosa. La Biblia nos comunica el pensamiento de Dios. Mientras estemos detenidos en la historia no captaremos el hondo sentido de la Biblia, que es la palabra de Dios y que quiere anunciarnos las verdades divinas. Reconozco que al seglar le cuesta elevarse a esta segunda etapa. Hay que llevarle de la mano. «¡Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha!» Si escuchamos debidamente lo que nos dice Dios, entonces la Sagrada Escritura será para nosotros un

386 **DR. PÍO PARSCH**

gran acontecimiento. No creamos que esto exige conocimientos especiales; hay gente sencilla que penetra con fre­cuencia más hondo en el sentido de la Biblia que los de­formados por la ciencia y los estudios. Invítese a los fie­les a ponerse, por ejemplo, ante la escena de las bodas de Caná, contemplarla y preguntarse luego: ¿qué me dice el Salvador, qué la Virgen y qué me dice también cada pa­labra en particular?, y podrán permanecer durante horas enteras ante esta escena.

El tercer grado es más fácil de superar, se trata ya de la moraleja de la historia, de su aplicación a nuestra vida. La Biblia es también la educadora que forma un carácter cristiano, una gran personalidad religiosa y que lleva a la perfección.

El sacerdote tiene en estas tres etapas el camino que ha de recorrer en sus conferencias bíblicas para enseñar prácticamente a los fieles: la historia, la verdad y la vida. Haga una descripción realista de cada relato, saque las ideas religiosas que se desprendan e indique por fin sus aplicaciones en la vida práctica. Estos tres grados son también las etapas de evolución de un cristiano: durante bastante tiempo ha de estar contemplando simplemente los misterios bíblicos considerando su historia con fe y con veneración. No ha de atormentarse por querer superar el segundo grado.

Con el tiempo, el cristiano por sí mismo llegará a este grado, asemejándose a María Santísima, de la que está escrito que «conservaba todas estas palabras y las meditaba en su corazón». En este estado las palabras de Jesús y ciertas frases bíblicas tienen un valor extraordinario. Hay que aprenderlas de memoria o copiarlas; hay que «rumiarlas» durante el día. Son un tesoro para la vida entera.

Entonces el cristiano trabajará por poner en armonía su vida con la Sagrada Escritura. Llegará a ser un perfecto cristiano. Con frecuencia solemos encontrar muchos católicos que «evitan las moscas y se tragan los camellos», es decir, que se aferran a lo accesorio y se olvidan de lo prin­cipal. Los cristianos formados en la escuela de la Biblia se ven libres de semejante peligro.

**CAPÍTULO** III

EL BREVIARIO DE LOS SEGLARES

El nuevo Salterio editado por la Santa Sede ha venido a arrojar un nuevo rayo de esperanza sobre la cuestión del breviario de los fieles. Estos esperan que Roma les dé también un libro oficial de oraciones.

El pueblo católico sabe perfectamente que existe una oración oficial de la Iglesia. Los fieles conocen los oficios de Semana Santa, los maitines de Navidad, las vísperas del domingo, pero creen que el oficio canónico es cosa de sacerdotes y religiosos. Apenas hay sacerdotes que se hayan preocupado de iniciar a los fieles en esta oración de la Iglesia. Fue poco a poco, al comenzar el movimiento litúrgico, cuando los fieles tomaron contacto con las horas del Oficio Divino en las grandes abadías benedictinas. Se pusieron en sus manos los textos litúrgicos a fin de permitirles seguir y comprender la oración coral, pero ni si­quiera se llegó a tratar del derecho y de la posibilidad de la participación de los fieles en la oración oficial de la Iglesia. Fue solamente el movimiento litúrgico popular el que puso esta cuestión sobre el tapete y trató de buscarla una solución.

No tengo necesidad de extenderme en largas disquisiciones para probar que el seglar tiene derecho a participar en el rezo canónico. El deber de orar y de «orar sin ce­sar» lo ha recibido la Iglesia de su divino Maestro. De hecho, en la primitiva Iglesia la comunidad cristiana cumplía esta obligación de orar, cosa que competía no sólo a

**388 DR. PÍO PARSCH**

los sacerdotes, sino a la comunidad entera. Entonces los seglares ***se*** sentían tan obligados y autorizados a orar en nombre de la Iglesia como los mismos sacerdotes. La si­tuación cambió al comienzo de la Edad Media. El pueblo fue dejando de participar cada vez más en la oración oficial, debido a su ignorancia del latín, la lengua oficial ecle­siástica. Desde entonces el deber de la oración oficial pasó al clero y a las órdenes religiosas. Estaevolución llegó al extremo de que el pueblo se vio excluído del oficio coral, y el breviario llegó a ser monopolio del clero y de los re­ligiosos. El movimiento litúrgico se ha visto precisado a decir a los sacerdotes que el Oficio Divino lo rezan en nombre de la Iglesia y por la parroquia. En este deber de la oración los sacerdotes no son más que los representan­tes del pueblo.

Los seglares tienen derecho a participar en el rezo litúrgico del breviario. Esto es evidente. Pero ¿cómo componer ese breviario de los seglares? Hay varias soluciones:

1. Traducirles por completo el breviario, para que puedan ellos escoger por sí mismos las oraciones que les agraden. Es un medio muy sencillo, pero poco práctico, porque ante tal amalgama de oraciones ni sabrán por dónde empezar ni en dónde terminar. Además, lo que quieren los seglares es una oración fijada ya por la Iglesia y no un repertorio de oraciones. Quieren que la Iglesia les dé un libro que contenga realmente la oración oficial.
2. Una segunda posibilidad consiste en la selección y compilación privada de las partes del breviario acomodadas por su extensión y facilidad a la mentalidad de los seglares. Estos últimos años han aparecido, con diversos resultados, varios breviarios de este tipo. Sin embargo, estos breviarios se apartan notablemente en su texto del oficial. Es de desear que los seglares formen con el clero un solo coro común y que puedan tomar parte con su breviario en los oficios litúrgicos de la Iglesia.

e) La tercera posibilidad es que la misma Iglesia esco­ja de su breviario los elementos precisos para componer el de los fieles.

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 389

Este plano no es nuevo y ya ha sido previsto por la Iglesia desde hace tiempo. Existen, como se sabe, el Oficio mayor y el Parvo de la Santísima Virgen. El primero figu­ra en los breviarios y comprende todas las horas tal como el sacerdote las recita. El Oficio Parvo no tiene más que un nocturno; es el breviario de muchas congregaciones religiosas femeninas. Algo parecido sucede con el Oficio votivo de Difuntos: un nocturno, los laudes y las vísperas.

Por esto puede verse que la Iglesia, en principio, ha fijado la extensión del breviario de los seglares: mientras que el clero y los religiosos deben rezar el Oficio mayor con todas sus horas, los seglares pueden decir como Oficio Parvo o menor un nocturno, los laudes y las vísperas.

Podríamos probar también esta misma tesis por razones históricas y por argumentos de razón. Los maitines, los laudes y las vísperas son las horas más antiguas que primitivamente solía rezar el pueblo, mientras que las demás de prima, tercia, sexta, nona y completas se rezaban sólo en los monasterios. Las primeras son también las horas solemnes que se cantaban o recitaban públicamente en la iglesia (horas mayores). Además estas tres horas contienen lo más valioso del Oficio Divino. Los maitines son la oración dramática del día o de la fiesta, los laudes y las víspe­ras son las oraciones solemnes de la mañana y de la tarde y las más unidas al espíritu e idea de la fiesta.

¿Qué puede tomar el seglar de las horas canónicas? Debe hacer una oración por la mañana y otra por la tarde, y, por medio de la lectura, sintonizar con los sentimientos convenientes para ese día. Esto puede lograrlo con las tres horas antes indicadas. El nocturno le ofrecerá princi­palmente una lectura bíblica. Los laudes y las vísperas son las verdaderas oraciones de la mañana y de la tarde. La duración de estas tres horas debería regularse teniendo en cuenta que es para seglares. Cada una de estas tres horas podría durar diez minutos.

¿Cómo podría presentarse ese breviario de los seglares? Bastaría con un nocturno de tres salmos y la lectura. Y ¿qué nocturno escoger? Se podría poner sólo el primero o también ir cambiando de modo que se rezaran en tres se-

390 **DR. PÍO PARSCH**

manas todos los salmos de maitines. En cuanto a las lecturas hay que decir que las actuales están cortadas mecánicamente cuando se compuso el breviario de la Curia Ro­mana en la Edad Media. A los seglares les bastarían unos veinte versos meditados. Este nocturno tendría la gran ven­taja de que cada día los seglares podrían leer un trozo de la Biblia. Este Oficio comenzaría con el invitatorio y el himno, terminando después con el *Te Deum, y en* los días *de* penitencia, con un responsorio. Los laudes y las vísperas serían idénticos al Oficio canónico, a fin de que pudieran servir para el oficio público del coro.

En lo concerniente a la lengua, creemos que debería ser breviario bilingüe con el texto latino y su traducción enfrente. El seglar rezaría las horas en su lengua, pero con una buena traducción que fluyera y tuviera carácter de auténtica oración.

Aún queda por añadir algo importante. Al hablar del breviario de los seglares no hemos de pensar únicamente en una oración privada. El breviario es por principio y ante todo una oración comunitaria. El hecho de que los sacerdotes lo recen casi siempre y exclusivamente solos, ha dado ocasión para creer que el breviario es una oración indivi­dual. Esta opinión es inexacta. El breviario es la oración de la comunidad que ora por aquel que, por cualquier circunstancia, no puede tomar parte en la misma. Esta verdad debe rehabilitarse en la conciencia de los fieles para que el Oficio Divino de los seglares sea también una oración comunitaria. En cada iglesia y parroquia debería tenerse una reunión todas las mañanas y todas las tardes para rezar en común el Oficio Divino en nombre de toda la comunidad. No es esto algo quimérico: en Klosterneuburg se viene haciendo así desde hace ya varios años y este rezo del Oficio forma parte esencial de nuestro culto.

Como última idea importante he de significar que las *congregaciones religiosas femeninas* deberían tomar parte en este concierto y dar el ejemplo. Al rezar el Oficio Parvo de la Santísima Virgen rezan ya este género del breviario. Pero todas saben la monotonía que encierra el repetir día tras día lo mismo... En lugar de este Oficio Parvo invaria-

LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA... 391

ble podrían aceptar el Oficio menor romano: maitines (un nocturno), laudes y vísperas. Y hasta podría estudiarse el medio de que en las casas religiosas se llegara a adoptar un plan intermedio entre el Oficio Canónico de los sacerdotes y el Oficio menor de los seglares, añadiendo prima y completas y aun las demás horas menores ((1) Excelente modelo de este Oficio Divino de plan *inter­medio* lo tenemos en el famoso «Libro de Horas» editado por los monjes benedictinos de la abadia de En-Calcat y destinado al elemento seglar. Ha sido traducido ya a varias lenguas y adoptado por muchas Congregaciones de religiosas. Su traducción y adaptación española (texto y cantos) la acaban de hacer los monjes de la Abadía de Silos. N. del T.)

De este modo existiría un único Oficio para toda la Iglesia, en el que los cristianos participarían de tres modos: los sacerdotes y religiosos con el Oficio canónico, las religiosas con un Oficio de tipo intermedio y los seglares con un Oficio menor. Entonces podríamos volver a decir que todos formábamos un pueblo orante, un coro inmenso formado por toda la Iglesia.

CAPÍTULO IV

«TRES LIBROS EN MI VIDA» Carta de un seglar:

«De niño fui muy piadoso. Recuerdo las fervorosas ansias con que aguardaba el día de mi primera comunión; pensaba entonces que ya podría acercarme siempre a la mesa eucarística. Al principio iba casi todos los domingos a comulgar, aunque en mi casa nadie me animaba a ello. Mis padres no solían ir mucho a misa, pero querían que sus hijos no faltaran.

»En el colegio fui congregante. Aún recuerdo que todos los días, al ir al colegio, entrábamos a la iglesia que estaba en el camino. Pasados los años de colegio, entré en la uni­versidad. Ya en los últimos años de colegio me enfrié bastante en la piedad. Tuve una crisis moral e intelectual muy violenta y al mismo tiempo casi llegué a perder la fe. Ya no rezaba ni iba a la iglesia. No es que fuera ateo, sino lo que es peor, indiferente. Nada significaba para mí la religión. El teatro, los conciertos, el baile, el cine, el de­porte y algunos trabajos intelectuales llenaban mi vida. Interiormente me sentía vacío y nada podía llenarme...; creí encontrar mi salvación en la filosofía: leía a Kant, Nietzsche, etcétera, pero no me encontraba satisfecho.

»Caí repentinamente enfermo, con tal gravedad, que se llegó a dudar por algún tiempo de mi curación. Recibí los últimos sacramentos y de un momento a otro esperaba mi muerte, pero sin tener el menor sentimiento religioso. Re-

394 **DR. PIO PARSCH**

cuerdo todavía que sufría mucho por no poder escribir mis últimos (así pensaba yo) pensamientos y observaciones; quería encontrarme con la muerte con pleno conocimiento y mi único miedo era el morir dormido y no poder darme perfecta cuenta del último momento, el más interesante, a mi ver, de mi existencia.

»Pero me curé y después de muchos años de sufrimientos pude recuperar por fin la salud; lo que no llegué a re­cobrar fueron los sentimientos religiosos. De repente se me ocurrió leer el *Nuevo Testamento.* No rezaba ni tampoco iba a la iglesia, pero compré un Nuevo Testamento y me puse a leerlo. Adonde quiera que me dirigía, en el tranvía, en el tren, en el café, iba leyéndolo. Un día tropecé con una nota fuera del texto que tenía estas palabras: «gracia santificante». Estas palabras me hicieron profunda impresión y después de tantos años volví a la confesión y a la comunión, al principio cada domingo, luego algunos días entre semana y, por fin, todos los días.

»Entonces comenzó para mí una vida nueva. Mi vida iba transformándose lenta, pero constantemente: lo mundano habíase convertido en cristiano. No cesaba de leer el Nuevo Testamento, que fue para mí mi guía, mi maestro y mi amigo.

»Todos los días iba a misa y comulgaba en ella, pero sin comprender casi nada. Recuerdo que durante ella me entretenía rezando el Rosario... Un día, por casualidad, asistí a una misa temprana y me admiré de oír a los asis­tentes rezar en comunidad. No conocía estas oraciones, pero me gustaban mucho. Vi que la mayoría de los fieles usaba un libro bastante grueso con cintas de diversos colores. Me hubiera gustado preguntar qué libro era ese, pero me daba vergüenza hacerlo y seguí ignorando cómo se llamaba ese curioso libro.

»Cierto día coincidí casualmente con un antiguo com­pañero de colegio en una librería católica. Después de ha­blar un poco le pregunté. Oye, ¿sabes tú cuál es ese libro con cintas en color que lleva la gente a misa? Dudó un poco y luego me dijo: Ah, sí, seguramente el *misal* coti­diano de Schott.. . Pedí en seguida ese libro. Así fue cómo

**LA RENOVACIÓN DE LA PARROQUIA...** 395

cayó en mis manos por primera vez un misal, con el que me sentía más rico que un rey... Desde entonces comenzó para mí una nueva vida religiosa. Al principio, como nadie me había enseñado su manejo, me costaba bastante encon­trar las misas. Pero al poco tiempo todo marchaba perfectamente y me sentía completamente feliz. Había encontrado lo que buscaba y podía repetir con San Agustín: «Nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Dios».

»Pasaron varios años. Entretanto compré un Antiguo Testamento, que empecé a leer con asiduidad. Leía la Bi­blia sin explicaciones ni comentarios; únicamente pedía siempre las luces del Espíritu Santo antes de empezar a leer. Cuando encontraba algo que entendía me alegraba y cuando había algo que no entendía me contentaba creyendo que Dios no quería que supiera aquello. Era ésta una manera muy simple de leer la Biblia, pero yo encontraba en ello una gran satisfacción.

»Pasado algún tiempo, se celebró en la parroquia una semana de oración y sacrificio; todos los días había una misa comunitaria y sermón. En uno de éstos se habló del *breviario*como oración oficial de la Iglesia. Durante mucho tiempo tuve metido en el alma este sermón; me perseguía la idea de que la Iglesia había estado orando diariamente por mí en el breviario cuando me encontraba perdido en el error. No sería, pues, demasiado si me decidía a manifestar mi agradecimiento por la felicidad y alegría de mi conversión, rezando el Breviario con la Iglesia. En plena guerra no me resultó fácil encontrar un breviario. Pero mi confianza en Dios, que da a cada cual lo que necesita se­gún su necesidad, era tal, que bien pronto la Providencia puso uno en mis manos.

»Su manejo me resultó todavía más complicado que el del misal, pero me puse a ello y pronto lo conseguí. Ya hacía tiempo que tenía una edición de los salmos y me servía de ellos para hacer mis oraciones diarias. Pero no rezar más que salmos, de los cuales algunos me eran difíciles de comprender, no me convencía del todo... Sin embargo, los rezaba por amor de Dios y también por un sentimiento de veneración al pensar que aquellos mismos salmos

396 **DR. PÍO PARSCH**

habían estado un día en la boca de Cristo y de sus Apóstoles. Hoy no puedo imaginarme mi vida sin el Breviario. Con él estoy contento y feliz. Esta es la historia de los tres libros de mi vida: la *Biblia,* el *Misal y el Breviario.* ¡Lector amigo, haz tú también la misma experiencia!»

INDICE

**PRIMERA PARTE. Cómo** *llegué a hacerme liturgista popular.*

**SEGUNDA PARTE.—Sentido** *y espíritu de la renovación litúr­gica popular.*

*Cap. 1.* A propósito del concepto de liturgia ... ... 25

* 2. Participación activa del pueblo cristiano ... ... 39
* 3. La piedad litúrgica ... 69
* 4. La vida cristiana basada en la piedad litúrgica

79

* 5. Programa mínimo del movimiento litúrgico 89
* 6. Método del trabajo litúrgico ... 95
* 7. Factores psicológicos ... ... 113

**TERCERA PARTE El** *sacerdote en el movimiento litúrgico.*

Cap. 1. El sacerdote y la liturgia ... 121

* 2. El carácter sacramental del sacerdote ... 137
* 3. La santidad sacerdotal y la liturgia ... 149
* 4. El sacerdote y la misa ... 157
* 5. El sacerdote y el breviario ... 169
* 6. El sacerdote y la Biblia ... 193
* 7. Liturgia y ministerio 199

**CUARTA PARTE.-La** *liturgia y la parroquia.*

**207 219 225 233 241**

Cap. 1. La piedad de la gracia y el ministerio

* 2. Intensiva o extensivamente ...
* **3. El** sentido litúrgico de la casa de Dios
* 4. La liturgia y la música religiosa ...
* 5. Las devociones populares ...

|  |  |
| --- | --- |
| QUINTA ***PARTE.—Liturgia*** *popular y celebración de la misa.*  Cap. 1. Explicación de la misa ...  » 2. Participación activa en la misa ... ...  » 3. La misa dialogada con cantos ... ...  **SEXTA PARTE.—La** *liturgia popular* y *la divina palabra.* | Pág.  251  267  287 |
| Cap. 1. La predicación litúrgica ... | 301 |
| » 2. Breve predicación litúrgica ... | 311 |
| » 3. Círculos de estudios bíblicos y litúrgicos ... | 325 |
| » 4. Explicación teológica de la sagrada Escritura. | 339 |
| **SÉPTIMA PARTE.—Los** *tiempos litúrgicos.*  Cap. 1. El Año Litúrgico en la parroquia ... ...... ... | 349 |
| » 2. La Semana Santa en la liturgia popular ... ... | 361 |
| **OCTAVA PARTE.—Los** *seglares y la liturgia popular.*  Cap. 1. Un nuevo tipo de seglar ... ... ... ... ... ... | 375 |
| » 2. El seglar y la Biblia ... ... ... ... ...... ... ... | 383 |
| » 3. El breviario de los seglares............... | 387 |
| » 4. «Tres libros en mi vida» .................. | 393 |